BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

72

FELIPE SALVADOR GILIJ

BN
3

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

TRADUCCION
DE
ANTONIO TOVAR

TOMO II

FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA
CARACAS - 1965

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

Director de la Academia Nacional de la Historia:

Cristóbal L. Mendoza

Comisión Editora:

Héctor García Chuecos
Carlos Felice Cardot
Guillermo Morón
Joaquín Gabaldón Márquez
Mario Briceño Perozo

Director de Publicaciones:

Guillermo Morón

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

72

FELIPE SALVADOR GILIJ

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

TRADUCCION
DE
ANTONIO TOVAR

TOMO II

FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA
CARACAS - 1965

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1965

I
980
G474s
v.2

Impreso en Venezuela por Italgráfica, C. A., Teléfono 41.26.86, Caracas

ENSAYO
DE HISTORIA AMERICANA

o sea

HISTORIA NATURAL, CIVIL Y SACRA DE LOS REINOS Y DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS DE TIERRA FIRME EN LA AMERICA MERIDIONAL

escrita por el abate

Felipe Salvador Gilij

y dedicada a la Santidad de N. S.

Papa Pio VI

felizmente reinante

Tomo II

De las costumbres de los orinoquenses

Roma 1782.

INDICE

de los libros y de los capítulos contenidos en el tomo II
de la Historia Natural del Orinoco.

Libro Primero

Noticias preliminares de la tierra,
del agua y del cielo del Orinoco.

Cap. I – De la tierra.
Cap. II – Algunos fenómenos de la tierra.
Cap. III – De las aguas.
Cap. IV – Del cielo del Orinoco.
Cap. V – De las estaciones en el Orinoco.
Cap. VI – Del invierno del Orinoco.
Cap. VII – De las señales que preceden al invierno.
Cap. VIII – Del verano orinoquense.
Cap. IX – Efectos del calor del Orinoco.
Cap. X – De la niebla, del granizo y de los vientos.
Cap. XI – Del aire del Orinoco.

Libro Segundo

Del físico de los orinoquenses.

Cap. I – De sus rasgos.
Cap. II – De la complexión de los orinoquenses.
Cap. III – De la agilidad de los orinoquenses.
Cap. IV – Del genio de los orinoquenses.

Cap. V – De la desnudez de los orinoquenses.
Cap. VI – De los adornos de las mujeres orinoquenses.
Cap. VII – De los ornamentos de los hombres.
Cap. VIII – De los colores con que se pintan los orinoquenses.
Cap. IX – De las enfermedades a que están sujetos los orinoquenses.
Cap. X – De las enfermedades particulares del Orinoco.
Cap. XI – De las enfermedades extraordinarias de los orinoquenses.
Cap. XII – De los remedios usados en las fiebres, en los dolores de cabeza y en los males de pleuresía.
Cap. XIII – De los remedios de las disenterías, de la ictericia, de las fluxiones de cabeza y de los abscesos.
Cap. XIV – De los remedios del bicho, de las fluxiones de ojos y de otras enfermedades del Orinoco.
Cap. XV – De los contravenenos.
Cap. XVI – De los médicos orinoquenses.
Cap. XVII – Carácter de los médicos y de los piaches orinoquenses.
Cap. XVIII – De las curaciones de los piaches.
Cap. XIX – Si los piaches son brujos.
Cap. XX – De la muerte, de los funerales y del luto de los orinoquenses.

Libro Tercero

De lo moral de los orinoquenses.

Cap. I – De las virtudes naturales de los orinoquenses.
Cap. II – De la ingratitud.
Cap. III – De la glotonería.
Cap. IV – De la crueldad.
Cap. V – De la disolución y liviandad.
Cap. VI – De la superstición.
Cap. VII – Del carácter mentiroso de los orinoquenses.
Cap. VIII – De la embriaguez.
Cap. IX – De la pereza.
Cap. X – Del mendigar de los orinoquenses.
Cap. XI – De la curiosidad.

Cap. XII – Si son amantes del honor los orinoquenses.
Cap. XIII – De la inconstancia de los orinoquenses.
Cap. XIV – De las huídas de los orinoquenses.
Cap. XV – De la fe de los fugitivos.

Libro Cuarto

De lo político de los orinoquenses.

Cap. I – De los caciques del Orinoco.
Cap. II – De los ornamentos y del mando de los caciques.
Cap. III – Del trato entre los orinoquenses.
Cap. IV – De los nombres de los orinoquenses.
Cap. V – De las habitaciones.
Cap. VI – De las poblaciones de los salvajes y de las fortalezas.
Cap. VII – De los enseres de las cabañas salvajes.
Cap. VIII – De las ocupaciones estables de los salvajes y de la división de los tiempos.
Cap. IX – De los conocimientos de los orinoquenses.
Cap. X – De los eclipses lunares.
Cap. XI – De los matrimonios.
Cap. XII – Del repudio.
Cap. XIII – Otros efectos de los matrimonios indios.
Cap. XIV – De la poligamia.
Cap. XV – De las mujeres casadas.
Cap. XVI – De los juegos.
Cap. XVII – De los bailes.
Cap. XVIII – De los bailes extraordinarios.
Cap. XIX – Del baile *cueti* y del baile *akkéi-naterí*.
Cap. XX – Medios usados para la extirpación de los bailes nuevos.
Cap. XXI – De las bebidas.
Cap. XXII – Del pan.
Cap. XXIII – De la preparación de los dos mejores panes del Orinoco.
Cap. XXIV – De los trabajos domésticos de las mujeres.
Cap. XXV – Trabajos de los hombres orinoquenses.
Cap. XXVI – De la pesca y de la caza.

Cap. XXVII - Del comercio y de la moneda.
Cap. XXVIII - Del contar de los orinoquenses.
Cap. XXIX - Del trabajo de la tierra.
Cap. XXX - De la guerra.
Cap. XXXI - Del veneno curare.
Cap. XXXII - De los esclavos llamados *poitos*.

Notas y aclaraciones.

PREFACIO

Si se pudiera hablar de los indios de aquella manera en que se habla de las naciones o más civilizadas o más conocidas, y ellos también tuvieran escritores que pusieran de manifiesto con libros sus méritos, después de tantos años de los descubrimientos de Colón estaría al fin o acallado o resuelto el pleito que aún se agita con fervor sobre el mérito de ellos. Pero la causa de los indios, al contrario de la de las otras naciones, nunca ha sido ni ilustrada ni promovida con argumentos sólidos por aquellos que eran parte en ella. En el decurso de tantos años, en tiempo tan largo, jamás ha aparecido nadie que, poniéndose a la cabeza de sus compatriotas, haya defendido o propalado sus prerrogativas. Estén sujetos a los españoles, lo estén a los franceses e ingleses y a otras naciones europeas, los indios todos, tanto meridionales como septentrionales, son por lo general ignorantes, a modo de campesinos, son pobres no menos de fortuna que de talentos y espíritu.

Los entendidos en aquellos países oyen con asombro que algunos en el reino de Méjico hayan llegado al sacerdocio. Pero mientras gente de semejante grado es entre nosotros aquella que más que las demás promueve las glorias de la propia nación y las amplifica, entre los sacerdotes indios de Méjico no sé si hay ni siquiera uno a quien se le haya ocurrido tal pensamiento.[1] Uno compuso últimamente una gramática de su lengua,[2] y se dice que

---

1 Digo, tratando de él de propósito, porque no hay duda de que algunos, cuyos nombres pueden leerse al principio de la historia antigua de Méjico del Sr. Abate Clavigero, han escrito historias tanto en lengua mejicana, como en lengua española.

2 Llamábase Mota, y fue cura de una diócesis mejicana. [Se trata del Bachiller José de la Mota, de cuya obra *Alabado en mexicano. Que contiene los principales Misterios de nuestra Santa Fe* encuentro referencia a una reimpresión en México, 1809.]

no es [VI] la mejor. El Inca Garcilaso, nacido en el Perú de un caballero español que tomó por mujer a una *ñusta*,[1] sacudió la indiferencia nativa materna, y lleno de aquella noble vivacidad que sacó al nacer del padre, llevó un poco más allá las glorias de sus peruanos, en especial las de los Incas, que nunca acaba de alabar. Pero de las otras gentes índicas, que por la materna altanería creyó muy inferiores a sí mismo, no habla de forma igual.

Queda, pues, que la causa de los indios, privada, como la de los campesinos, de protectores propios, se vuelva para su defensa a los extraños. Pero cuán raros son los que logran la justa medida. Algunos, como abogados seducidos por afán de partido o por falta de luces justas, los rebajan hasta el extremo. Otros, por el contrario, los alaban, pero sin discreción. Y para comenzar por los primeros, no se puede oir sin horror lo que con sus compañeros refirió al Consejo Real de las Indias[2] el P. Tomás Ruiz, después obispo de Santa Marta.

« Los hombres de tierra firme de Indias — dice — comen carne humana, y son sodométicos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen honor ni vergüenza; son como asnos, abobados. alocados, insensatos; no tienen en nada matarse y matar; no guardan verdad si no es en su provecho; son inconstantes; no saben qué cosa sea consejo; son ingratísimos y amigos de novedades; précianse de borrachos, ca tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y grano; emborráchanse también con humo y con ciertas yerbas que los saca de seso; son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos ni hijos a padres; no son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inimicísimos de religión, haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios bajos y apocados; no guardan fe ni orden; no se guardan lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos doquiera que los hallan; no tienen arte ni maña de hombres; cuando se olvidan de las cosas de la fe que aprendieron, dicen que son aquellas cosas para Castilla y no para ellos, y que no quieren mudar costumbres ni dioses;

---

1 Nombre de las princesas de sangre real de los Incas.

2 En GOMARA, *Historia de las Indias Occ.*, cap. 217.

son sin barbas, y si algunas les nascen, se las arrancan (¡gran pecado!); con los enfermos no usan piedad alguna, y aunque sean vecinos y parientes los desamparan al tiempo de la muerte, o los llevan a los montes a morir con sendos pocos de pan y agua; cuanto más crescen se hacen peores; hasta diez o doce años paresce que han de salir con alguna crianza y virtud; de allí adelante se tornan como brutos animales; en fin, digo que nunca crió Dios tan cocida gente en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad o policía. Juzguen ahora las gentes para qué puede ser cepa de tan malas mañas y artes. Los que los hemos tratado, esto habemos conoscido de ellos por experiencia, mayormente el padre fray Pedro de Córdoba, de cuya mano yo tengo escripto todo esto, y lo platicamos en uno muchas veces con otras cosas que callo ».

A sangre caliente no se podían decir más despropósitos que los que dijeron estos buenos religiosos en una tranquila consulta. Se descubre en cada palabra, que ya no en cada [VIII] sentencia y aseveración, un increíble o fanatismo o atrevimiento. No sea por eso maravilla que el P. Las Casas, su contemporáneo, se pusiera a decir todo lo contrario. Según él, en muchos lugares, que sería superfluo citar, los indios son dóciles, son mansos, son ovejitas, son inocentes, de bien, justos y mejores que sus conquistadores. He aquí un elogio[1] que con gran pena se haría de los europeos: « Los indios son de tan buena inteligencia, de ingenio tan agudo, de tanta capacidad, tan dóciles para cualquier ciencia moral y doctrina especulativa, y además de tal orden, providencia y razón en su policía, con muchas justísimas leyes, y han hecho tal progreso en cosas de fe y de religión cristiana y en las buenas costumbres y enmienda de los vicios, donde han sido enseñados por religiosos y personas de buena vida, y tanto progreso hacen cada día, cuanto ninguna otra nación que se haya encontrado o se encuentre hasta hoy, después de subidos al cielo los santos apóstoles. Dejo de decir el maravilloso provecho que han hecho en las artes mecánicas y liberales, esto es, leer y escribir, y música de canto y de instrumentos, gramática, lógica y todo lo que les ha sido enseñado ».

1 En el libro titulado *Réplicas del Obispo de Chiapa contra el Doctor Sepúlveda*, p. 101 de la edición de Sevilla, 1552. [Como no hemos podido ver la edición original, ni la reedición bonaerense de Ravignani, traducimos de Gilij contra nuestra costumbre de transcribir de los textos originales españoles.]

Pero basta de este río, o torrente, que sin barrera alguna corre impetuosísimo por todas partes. Dos palabritas, pero de aquella estricta lógica por él enseñada a los indios, habrían concluído más. *Dictum de omni* (dijeron los peripatéticos en su tiempo, y dijeron la verdad), *dictum de nullo*. Tantas alabanzas no son alabanzas, son bromas. Toda nación tiene cualidades buenas, [IX] pero mezcladas con el mal, no todo bueno, como de los indios quiere injustamente Las Casas, no todo malo, como, casi diría yo, impíamente, pretendieron los antedichos, no ya informadores, sino impugnadores de los indios.

Estos autores son empero demasiado antiguos. Oigamos a los modernos. He aquí a Gumilla:[1] « me atrevo a decir que el Indio bárbaro y silvestre *es un monstruo*, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitud, pecho de inconstancia, espaldas de pereza, pies de miedo, su vientre para beber y su inclinación a la embriaguez son dos abismos sin fin ». Pero este parecer suyo, ¡qué defectuoso es también! Es verdad que el indio es una persona nunca vista antes de Colón, pero nunca monstruo. No ser visto no lleva consigo monstruosidad: pueden darse virtud y belleza oculta. Sigamos adelante: « tiene cabeza de ignorancia . . . » ¿Pero quien hay en el mundo que no participe de ella? No es por consiguiente recta la definición. Se me dirá que corresponde mejor a los indios que a cualquier otro. Pero una proposición universal adaptable en mucho a todas las naciones era entonces modificada. Nosotros lo haremos después una vez que hayamos oído al señor La Condamine.

Dice él sabiamente primero[2] que hacer un carácter universal de los indios es cosa bastante difícil por la variedad de las naciones. Pero pudiéndose encontrar excepciones en las tribus particulares, cree sin embargo poder afirmar generalmente que del carácter de los indios *forma la base la insensibilidad*. « Yo — así dice — dejo discutir a otros si se debe honrar con el nombre de impasibilidad o rebajar con el de estupidez. Nace sin duda del número pequeño de sus ideas, el cual no se extiende más allá de [X] sus necesidades. Glotones hasta la voracidad cuando tienen con qué satisfacerse, sobrios cuando la necesidad les obliga, hasta prescindir de todo

---

1 *Hist. del Orinoco*, tomo I, cap. V, p. 5.

2 *Voyage à l'Amér. Merid.*

sin dar muestra de echar de menos nada, pusilánimes y holgazanes hasta el exceso, si la embriaguez no los transporta, enemigos de la fatiga, indiferentes a todo motivo de gloria, de honor o de reconocimiento; únicamente ocupados del objeto presente, y siempre determinados por él, sin inquietud por el porvenir, incapaces de previsión y de reflexiones, entregados, cuando nada les molesta, a una alegría pueril, que manifiestan con saltos y con risas inmoderadas; sin objeto y sin designio pasan su vida sin pensar, y envejecen sin salir de la infancia, de la que conservan siempre los defectos ».

Y en verdad que los indios son en gran parte de este modo es cosa indudable para los que los conocen. Pero aquí también mucho, según yo creo, hay falso, y mucho también exagerado. Y después, ¿dónde se dice lo bueno que siempre se halla en toda gente? Nunca he sabido comprender del todo si aquella que se llama *insensibilidad* en los indios es más bien sufrimiento o soberbia. Callan en sus desgracias, sean de naturaleza, séanles venidas por obra de hombres. Y he aquí por qué razón son llamados insensibles. ¿Pero cuántas veces se calla por humildad, cuántas por prudencia, cuántas porque no se puede hacer de otro modo, cuántas por rabia? La glotonería que mucho afirman, y que pocos o nadie prueban, paréceme falsa; cierta es sin embargo la pereza, cierto el amor al ocio, ciertas sus niñerías. Indiferentes a todo motivo de gloria, de honor o de reconocimiento no me lo han parecido nunca, al menos a la decantada manera. Pero en lo demás, aunque hay mucho en ello de verdad, hay también mucho de exageración.

[XI] Dígase, pues, que los indios (hablo especialmente de los salvajes, y excluyo en gran parte a los antiguos mejicanos y peruanos) son un pueblo inculto de caracteres no despreciables, de singulares ritos y costumbres, extraño o cruel en mucho, de no mala inteligencia, a menudo inconstante en el bien, pero fácil de ser educado tanto en la religión cristiana como en los usos de la vida civil. En suma, una gente que no ha hecho como nosotros grandes progresos en las ciencias y en las artes, pero que es capaz de hacerlos, venciendo su pereza.

Digo mucho en pocas palabras. Pero nada adelanto que no quede probado con los hechos que expongo en mi historia. Y venturoso de mí si en lo poco que se podía por mí llevo alguna luz

a aquellos a los que por eterno divino consejo está reservada la conversión de aquellos salvajes, los cuales o están aún en las islas y en las riberas más remotas de América, o se hallan por ventura en sus países interiores. Yo me afano por decir la verdad, y no me importa nada que alguno tenga contrario parecer. Presente cada uno lo que le parezca mejor. Yo así la siento no después de haberme consumido sobre una mesa en Europa, sino después de haber visto con mis propios ojos y oído con mis propios oídos a los americanos no menos de veinticinco años, si a los del Orinoco añado también los otros que estuve en Santa Fe del Nuevo Reino.

[XII] Imprímase

si bien le parece al Revdmo. P. Maestro del Sacro Palacio Apostólico

Francisco Antonio Marcucci de I. C.

Obispo de Monte Alto, Vicesecretario.

He revisado atentamente por comisión del Revdmo. P. Maestro del Sacro Palacio Apostólico el segundo volumen del *Ensayo de Historia Americana*, que el Sr. Abate Gilij continúa publicando, y habiéndolo encontrado no desemejante del primero, esto es, lleno de curiosas noticias, que pueden también interesar a nuestra santa religión contra los atentados de los modernos filósofos, lo juzgo dignísimo de ser impreso.

San Calisto, 2 de abril de 1781.

P[ier] L[uigi] Obispo de Cirene.[1]

Imprímase.

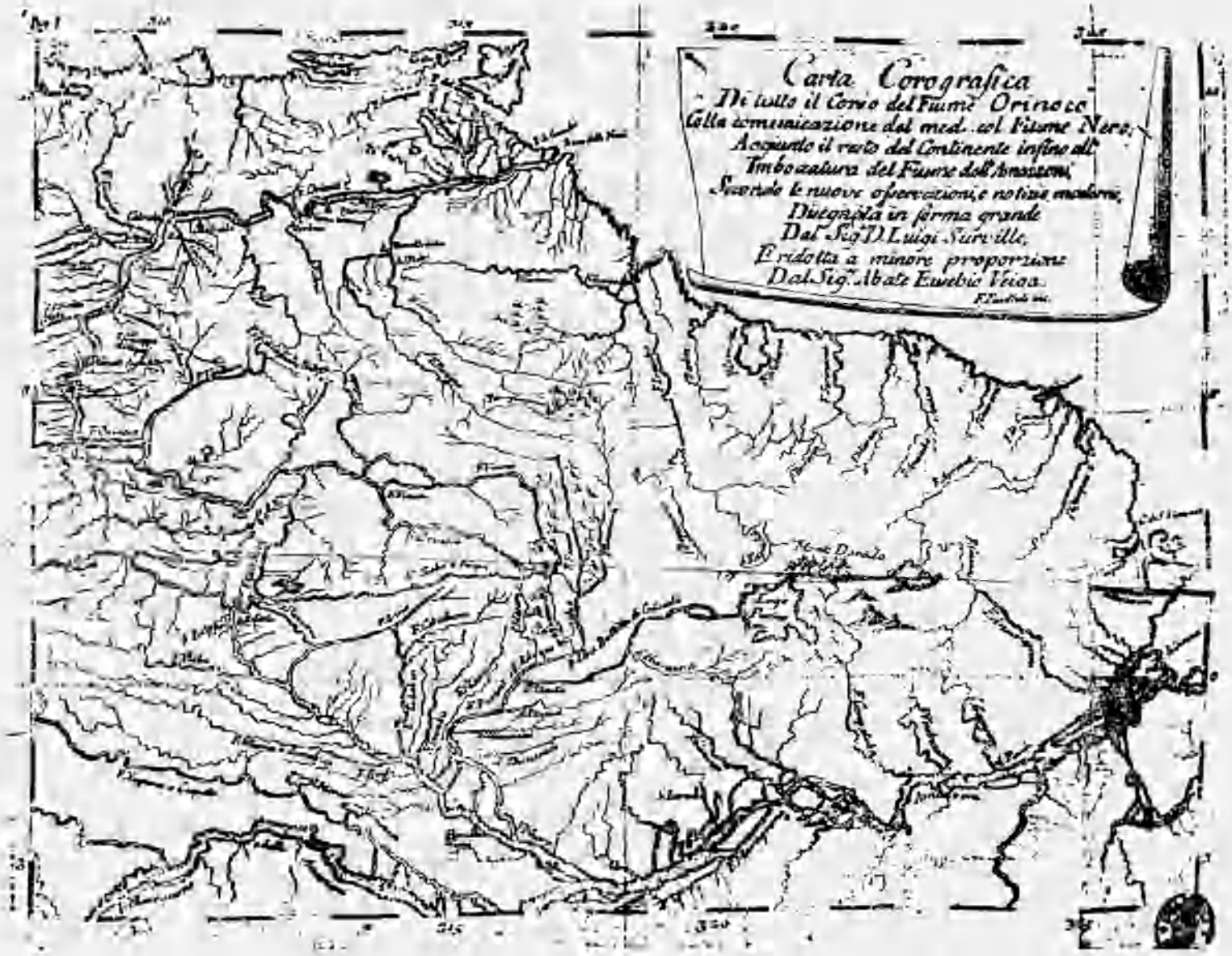
Fr. Bruno Tomás, de la Orden de Predicadores, Maestro Socio del Sacro Palacio Apostólico.

---

1 [De la identidad de este personaje ya hablamos en n. 2 a la p. XI del tomo I.]

TOMO II

DE LAS COSTUMBRES DE LOS ORINOQUENSES


Carta Corografica
Di tutto il Corso del Fiume Orinoco
Colla comunicazione del med.o col Fiume Nero;
Acquisto il resto del Continente infino all'
Imbocatura del Fiume dell'Amazzoni,
Secondo le nuove osservazioni, e notizie moderne,
Disegnata in forma grande
Dal Sig.r D. Luigi Surville,
E ridotta a minore proporzione
Dal Sig.r Abate Eusebio Vicos.

LIBRO PRIMERO

Noticias preliminares de la tierra, del agua y del cielo del Orinoco

Capítulo I

De la tierra.

La historia natural del Orinoco que hasta aquí me he ingeniado en adaptar a los eruditos estudios de mis lectores sería defectuosa si, después de haber hablado de los ríos, y después de haber indicado sus habitantes y las cosas más raras en aquella región, tanto en el reino vegetal como en el animal, sería, digo, defectuosa, si dejase de hablar sobre la tierra misma del Orinoco. La tierra (¿quién entre naturalistas no lo sabe?) es uno de los objetos principales de esta clase de historias. ¿Quién, entonces, sino por sumo descuido, podrá prescindir de ella? Ya que ella es donde germinan las plantas, sobre la que discurren las aguas o se detienen, [2] ella, por decirlo en una palabra, donde campan hombres y animales.

No incurriría en menor reproche si nada dijera en particular de las aguas, nada de las lluvias y de los truenos, nada de otros meteoros notabilísimos en aquellos lugares. El sitio diverso del cielo bajo el que se extiende el Orinoco lleva consigo una combinación de estrellas nuevas, de un sol más ardiente, de una insólita manera de estaciones, de meses y de años. ¿Quién no se enojaría con razón conmigo si yo pusiera ante mis lectores una historia no sólo escasa, sino carente de estas noticias?

Pero yo pienso más. Lo piensan acaso también los otros. Mi historia tiene por objeto principalísimo los indios, de los cuales habremos de hablar extensamente dentro de poco. Ahora bien, ¿qué concepto formar de esta gente, poco conocida por nosotros, si se ignora del todo la tierra en que habita, se saben poco las aguas que bebe, nada del genio del cielo bajo el que está, nada del sol que la protege? Yo bien sé que bastantes cosas he dicho ya de paso sobre este particular, y no intento repetirlas. Pero

¡cuántas faltan todavía! Las piedras, los fósiles, los minerales, los terremotos. Pero no nos entretengamos más.

Nunca he visto hacer excavaciones para sacar de las entrañas de la tierra las piedras más escogidas. Mas sobre la superficie, además de los grandes peñascos, que nada nos importan, sino es para notar su increíble dureza, hay piedras usaderas y muy útiles. Las hay redondas, grandes y pequeñas para diversión de la tierna edad. A propósito para moler al uso de los indios maíz y cacao no faltan en los arroyos, donde también se encuentran otras que sirven para afilar las herramientas. Hacia Crataima, viejo sitio de los [3] tamanacos, hay piedras de fuego.

Hállase esparcido por todas partes en los prados y otras partes el *uaratáru*,[1] no diferente del alabastro nuestro, fuera de que son trozos pequeños y no buenos para el uso de los cinceles. Pero en un lugar que los tamanacos llaman *Uaratáru panó*[2] hay rocas enteras de estas piedras. En algunas partes se han hallado trozos pequeños que parecen cristal. Piedras preciosas, que yo sepa, no las hay. Pero cerca de las fuentes del Orinoco fue hallado por el señor don Apolinar Díez, nombrado por mí en otra parte, un montecillo de piedras bellísimas, las cuales por lo demás no se creen preciosas. Pero dediquémonos a explorar de alguna manera el país entero.

Se encuentran frecuentemente grutas muy curiosas. Hay tierra blanca tan linda que se tomaría por yeso. Las casas blanqueadas con ella son bastante agradables, no se pega a los vestidos, como aquí la cal que no se ha mezclado con cutícula. De esta clase de tierra hay dos especies, pero es acaso mejor aquella que tira al turquí, como el papel de moda.

Las tierras amarillas son varias. La de las orillas del Orinoco es corriente. En el monte que llaman Cerro del Burro los habitantes de la Encaramada hay una cueva de un amarillo bastante bonito. La roja no se encuentra más que a las orillas del Orinoco, y no es muy buena. En los lugares donde nacen las palmeras muriche hay tierra negra, y de ella se sirven los españoles para teñir de negro sus vestidos. No puedo alabar bastante las varias gredas de que hacen los indios sus vasijas. Pero ya hablaremos de ellas en otra parte.

---

1 En esp. guarataro.

2 Es palabra compuesta, que quiere decir el lugar del guarataro.

[4] No dudo de que, como en casi toda América, se encuentre también en el Orinoco oro y plata. Mas hasta mis días no había sido descubierta ninguna mina, y los indios, nada interesados en este metal, las tienen quizá ocultas. El oro lo llaman los caribes *carucúru*, los tamanacos, *caricúri*, y los maipures, *cavítta*. Creo que todas las demás naciones orinoquenses le dan su nombre en propia lengua, y esto es para mí el signo más evidente de que haya en las montañas del Orinoco oro, ya que nunca han solido los indios llamar con nombre propio las cosas que no conocen plenamente.

Las importadas de otra parte, aunque estropeando a su modo las voces, las llaman con aquellos nombres que oyen en boca de los mercaderes. Así, por callar de otras, la palabra *chombréru* viene de la española sombrero. Ha venido de modo semejante del español azadón la voz *charóna*. Y así concluyo que no dando los orinoquenses al oro una palabra que se parezca a las nuestras, sino propia y completamente orinoquenses, debe aquel existir allí ciertamente.

Si la palabra *caricúri* me hace creer que hay oro en el Orinoco, la voz *prata*,[1] que viene del español, con que los orinoquenses llaman universalmente a la plata, me hace pensar que no la hay en el Orinoco. Por lo demás no faltan allí personas que se lisonjean de que hay allí plata, y creen que los indios, para escapar a la fatiga enorme que se requiere para excavarla, disimulan su nombre y como mercancía forastera la llaman con nombre español.

[5] Capítulo II

Algunos fenómenos de la tierra.

Hemos hablado de las piedras. Hemos indicado los diversos y no desagradables colores de la tierra del Orinoco, hemos indicado las minas que como piensan algunos se encuentran en ella. Queda ahora que hablemos de los fenómenos. Se oye no raras veces en el Orinoco cierto ruido subterráneo que parece exactamente de disparos de cañón. Yo fui testigo de él algunas veces. Los indios,

1 Los parecas dicen *rata*.

como ignorantes y supersticiosos, creen que son silbidos de serpientes, que así soplan en el agua. Pero en buena física, sea cual sea su causa, deben creerse ruidos internos de aquellá tierra.

Siendo misionero en Cabruta el P. Morello, del otro lado del río se oyeron tantos una noche, que todos los tomaron por disparos de pedreros[1] caribes. Eran en aquella época frecuentísimas en las reducciones cristianas las correrías de estos nunca tranquilos enemigos. Oídos, pues, tantas veces los disparos citados, fue enviado un grupo de soldados y de cáveres, para refrenar, como pensaban, la audacia de los caribes. Llegados al lugar, sintieron que continuaban los golpes, pero con sorpresa suya no vieron a nadie, Este es un fenómeno que interesa a los filósofos. El siguiente, que acaso no interesa a nadie, a todos da terror.

Estuve en el Orinoco diez y siete años sin sentir, al menos sensible y fuerte, ningún terremoto. He dicho al menos sensible y fuerte, porque alguna rarísima vez en [6] tan largo curso de años me pareció, tanto a mí como a otros, sentir alguno. Decía con maravilla de todos el célebre P. Román que había oído uno al amanecer, en Pararuma, en 1740. De los indios diré después lo que sé por cierto de ello.

Los tamanacos, como de cosa rarísima y extraña, hablando conmigo una vez, decían que en tiempo de sus antepasados había habido uno en Pacuta, donde entonces vivían. Pero entre los que vivían no había absolutamente ninguno que los conociera por experiencia. Oían por eso con estupor cuando les hablaba de terremotos que yo había sentido en diversas partes. Los maipures después, que habitaban conmigo también en la Encaramada, no solo no sabían los tristes efectos del terremoto, sino que ni siquiera habían oído hablar de ellos a sus viejos fallecidos.

Entre tantos males de que es madre fecundísima el Orinoco, me era de consolación no pequeña estar, como yo me linsonjeaba, lejos de tan terrible azote. Horrorizado por el muy sensible terremoto que con universal temor de todos sacudió en 1743 a la ciudad de Santa Fe, capital del Nuevo Reino, donde yo vivía entonces, sin preocuparme de las comodidades que hay allí, como en país civilizado, estaba contento y alegre entre las miserias del Orinoco. Pero el día 21 de octubre de 1766 me sacó finalmente del engaño.

---

1 Con esta palabra española se designan las piezas pequeñas de artillería.

Después de hechos, según mi costumbre, los ejercicios espirituales, habiendo ido casi por distracción a Uruana, reducción de los otomacos, sentí uno que fue terrible.

Apenas comenzado el ruido, que le precedió grandísimo, salté de la cama (era ya casi de día) para buscar como pude algún alivio fuera de la casa. Vino también después para hacerme compañía y para encomendarse junto conmigo al Señor el misionero Juan Bautista Polo. No creo que me haya [7] sucedido más que en el mar ser sacudido de acá para allá por el gran movimiento que hacía la tierra al temblar, y no conseguí mantenerme encima más que apoyado con las manos y con los pies.

Me pareció a mí y a quien como yo estaba sin reloj que el horrible movimiento duró una hora al menos. Otros dijeron que menos, pero lo cierto es que todos creyeron comunmente que una hora. En acontecimientos tan horribles, que tanto mueven la fantasía, ¿quién es capaz de decir la verdad? Continuaron después el mismo día y en los siguientes, y hasta que después de nueve meses me marché del Orinoco, diversos terremotos, unos grandes y otros pequeños, pero ninguno tan espantoso como el primero.

Este espantoso terremoto habría derribado del todo pueblos construídos con muros. En el Orinoco no cayeron las cabañas, pero eran poco reparo para la ira divina, y cada uno, en vez de piedras, temía que se le abriera bajo los pies la tierra. Se abrió en efecto en algunas partes, manando hacia arriba, donde antes no había, agua en abundancia. Rodaron de los montes abajo en gran abundancia los peñascos. Abriéronse a guisa de volcanes, quedando después en ellos señales espantosas, los montes más altos.[1] De una islita que estaba primero bajo la roca Aravacoto en el Orinoco no quedó para funesta memoria sino un árbol. Dejó en seco su canoa el cacique de los otomacos. Vuelto en sí, una vez acabado el terremoto, encontró que aquel lugar en que la había puesto se había llenado de agua no suya y había bajado lo menos dos varas. En otros sitios bajaron de manera que después del terremoto no se veían más que las humildes cimas, las palmeras muriche.

[8] Dejo, para no horrorizar al lector, otras cosas. Sólo digo, para no omitir nada de notable, que este terremoto, aunque no igualmente horrible en todas partes, se sintió también en Caracas,

1 Las grietas del monte Paurari y de otro cercano a Buenavista fueron muy horribles.

en Maracaibo, en los ríos Meta y Casanare, en el Venituari, en la Guayana, y en todos los países intermedios, es decir, en una extensión de tierra dos veces al menos más grande que nuestra Italia. Un portugués que vivía entonces en Angostura del Orinoco, y que ya había estado en el terremoto de Lisboa, lo creyó bastante inferior al del Orinoco.

Pasemos a los efectos que causó en los corazones de los indios. Tuvieron tanto miedo, que a consecuencia de él, después de varios días, murieron algunos. Otros a menudo desmayaban, y si Dios no hubiera dado fuerza a mis palabras, se hubieran vuelto todos por temor al terremoto a sus antiguas selvas, creyendo por ignorancia que allí no se sentiría. Les serví como pude de consolación, atendiéndoles incluso en las necesidades temporales. Muchos que todavía eran catecúmenos me pedían con instancias el bautismo, mientras que los neófitos me tenían incluso de noche escuchando sus dolientes confesiones.

Pero ¿cómo podré referir sin reirme las necedades de los gentiles en este nuevo azote? Es verdad que algunos guahívos, sacados con la sacudida de sus selvas, fueron a rogar al misionero Roque Lubián de Macuco que hiciera por ellos oraciones y sacrificios al Dios de los cristianos, como ellos decían. Pero los demás, ¡qué ridículas extravagancias no hicieron!

Hubo un otomaco que gloriándose de ser mago y de volar a su placer por el aire decía a los aterrorizados tamanacos que no temieran nada y que se asieran fuertemente a él. Los otomacos gentiles, habitantes de los ríos que están a la izquierda del Orinoco, [9] creyendo que el insólito movimiento viniera de mágico encanto de algunos paisanos suyos, vinieron furiosamente a las manos, y armados en batalla campal de macanas y de flechas se mataron entre sí bárbaramente. Cierto fugitivo yaruro, que también se fingía mago, atado por los suyos para volverlo a llevar a la reducción, les amenazó con hacer temblar la tierra bajo sus pies si no lo soltaban prontamente. Tanto influye en el hombre, en casos nuevos e insólitos, la fantasía y la ignorancia.

Excepto los tamanacos, que tenían noticia del terremoto de Pacuta, los otros indios no sabían con qué palabra debían explicar en sus lenguas el nuevo fenómeno. Los otomacos decían que se hendía la tierra. Los maipures, ateniéndose a la palabra española temblor, común también al temblor de los miembros, adoptaron en adelante la voz *tereriacá*, que significa lo mismo en su idioma. Y baste de esto.

Capítulo III

De las aguas.

Las aguas de las comarcas en las que estuve de misionero tantos años, son ordinariamente calientes, lo que en la vecindad y para quien vive allá en un clima, como es el Orinoco, calidísimo, no es pequeña materia de sufrimiento, siendo este elemento un refrigerio demasiado necesario para tolerar el calor. Es preciso, pues, beber para no secarse del todo, de la manera que el bendito Dios quiere. Bébese en efecto, y bébese acaso demasiado. De aquí las fiebres y las hidropesías, de aquí otros males que derivan del beber inmoderado.

No sería allí concedido acaso por nuestros médicos el uso frecuente del agua a los febricitantes, [10] como aquí acostumbran. Quien se pica de tener inteligencia en la cabeza en aquellos lugares, para no convertirse en hidrópico y enfermizo, la aborrece como a un áspid. Pero no hay duda que muchos la aborrecen demasiado, y para huir de un mal incurren no raras veces en otro. Si se mantuvieran en un medio, y no bebieran demasiado los enfermos, ni poco o nada, como acostumbran los más, creo que la cosa iría mejor. Después de fiebres molestísimas, que tuve yo por largo tiempo, cansado de la abstinencia tan rigurosa del agua, viajando una vez por el Orinoco con fiebre, bebí en tanta abundancia, que quise propiamente secar una gran vasija. Puedo decir el efecto: la fiebre se desvaneció, y si después de algunos meses volvió la fiebre de nuevo, no procedió ciertamente del agua bebida, al menos por entonces, sino de un país en el que a sus habitantes les viene tan naturalmente la fiebre como se dice les viene a los leones.

Para beber el agua menos caliente (que fría no puede esperarse nunca) usan los españoles algunos medios que aquí añado. I) Por la tarde se pone en un vaso de barro fuera de casa encima de cualquier cañizo, y siendo el rocío nocturno muy sensible, se enfría el agua un poco. II) De día se tiene en tinajas de barro. las cuales no están barnizadas como las nuestras. Destila por los poros la humedad, vuelven el agua salubre y no tan molesta de beber como la recién traída del río. III) Como en país abundante en frutas agrias, otros añaden jugo de limón. No puede sin embargo hacerse más que un uso muy moderado, dada la languidez del estómago con el continuo beber agua.

Las aguas del Orinoco, además del calor, son gruesas, turbias como estas de nuestro Tíber, y llenas acaso de la materia viscosa que sale de las tortugas y [11] de los peces. Es fácil inferir de ello qué juicio se deba formar de estas aguas, y cual sea su peso, por la abundancia de materias heterogéneas que se les unen. Añádase que el Orinoco tendrá sin duda aguas un tantico salitrosas. Antes de llegar a él, pasando yo por los ríos Casanare y Meta, me disgustaban mucho las aguas de estos porque sabían a sal. Así también, digo yo, serán las del Orinoco, al que van a dar los ríos susodichos. Pero acostumbrado por muchos años a beber de ellas, y entorpecido por los trabajos y la larga demora todo sentido, yo ya no sentía más lo salitroso.

Las aguas de los torrentes y de los canales, como llevan consigo las hojas y las inmundicias todas de las selvas vecinas que recogen en el largo verano, son malísimas. Menos tolerables aún, porque están reunidas en lugar pequeño e inmóviles, y más sujetas que las otras a los calores del sol, están las aguas de los lagos. Mas las de los arroyuelos que de vez en cuando se encuentran por las selvas o por los montes, son extraordinariamente buenas. En un monte cercano a la reducción en que yo estuve, tuve la suerte de tener un riachuelo que por la ligereza del agua que desciende precipitándose de peñascos era muy apreciado por todos. Entre los matorrales altos, donde por la altura de los árboles no es tan grande el calor, las aguas de los arroyos, si creemos a los misioneros que han avanzado más que yo en los viajes tierra adentro, son no sólo ligeras, sino frescas.

Los misioneros, y los españoles del Orinoco, que viven en un país que carece de vino, no tienen para quitarse la sed otra cosa que agua, y es fortuna no pequeña tenerla buena. Felices entre los orinoquenses aquellos que estando cercanos al monte Chamacu gozan de sus frías aguas. Dios quiso que a mí [12] me tocase en suerte una comarca calidísima, donde también el beber era un trabajo.

Capítulo IV

Del cielo del Orinoco.

El cielo que está sobre el Orinoco es turbio y negro en los tiempos lluviosos, o si queremos decirlo a la americana, en invierno. Pero en verano o en los tiempos secos es hermosísimo. No se ve entonces sino por maravilla una nube, y a quien está allí, si está a bien con Dios, le es de no pequeña consolación desear desde una tierra tan mala un cielo tan hermoso. Se pueden por eso contar tranquilamente y ver aquellas muchísimas luminarias que en él resplandecen. Yo diré lo poco o lo mucho que se puede decir a uno que no ha estado allá.

El Orinoco está en la zona tórrida, alejado del ecuador hacia nosotros, como allí se piensa, de cinco a seis grados. Digo los lugares en que habité. De aquí podrán los lectores fácilmente deducir el curso del sol y la altura y variedad de las estrellas. Dos veces al año (y es en aquellos meses en que aquí entre nosotros cae el equinocio) el sol es completamente perpendicular y cae a plomo sobre la cabeza. Entonces no es preciso para saber el medio día preguntárselo a nadie, pues a aquella hora carecen de sombra árboles, hombres y casas. Más difícil es señalar el punto justo en los meses distintos de los sobredichos. Pero cuando un indiecito dice que el sol está derecho (así explican el medio día), se puede estar seguro de ello, viéndose estar ciertamente más bajo el sol, pero dividir siempre al medio día como en dos trozos iguales en tamaño el cielo que se ve sobre el horizonte.

[13] El oriente, tanto en estío como en invierno, es con poquísima diferencia el mismo. Dígase lo mismo del occidente. El sol no lanza, como entre nosotros, las sombras en opuestos sentidos y en círculo, al enviarlas directamente, cuando viene el Capricornio hacia nosotros, a la zona templada opuesta, o cuando desde nosotros vuelve a marchar al comenzar el verano, hacia la zona templada en que estamos. Delante de mi casa planté en tierra una pértiga, que enviando la sombra siempre directa hacia los polos me servía de distracción y de regla para observar minuciosamente los antedichos movimientos del sol.

La luna, inconstante en todo, hace sin embargo en el Orinoco la misma figura que aquí. Sumamente notable es la pérdida de

la estrella polar, y de las estrellas que llaman los griegos triones. La una y las otras están allí bajísimas, y si nos gusta usar una expresión americana, la polar especialmente no está en el horizonte una media vara de alto. Cuando más se va hacia el ecuador, más baja la indicada estrella, y finalmente se esconde cubierta por la tierra. Más acá, viajando hacia Europa, según se viene, se alza también más, y aparece cada vez más hermosa.

No es a mi parecer demasiado admirable la ciencia que tiene de las millas del mar la chusma, aun la más baja, en las naves. Acostumbrada con el largo navegar a ver contínuamente las estrellas, reconoce fácilmente las nuestras, y levantándose estas más cada día al volver hacia acá, infiere fácilmente las millas que faltan por hacer para llegar. En la nave en que vine de América tuve el honor de tratar a menudo con una persona muy despierta, pero por sus muchas ocupaciones poco interesada en los libros. Este, como yo le preguntara un día por el número de días que nos quedaban de navegación, aún a gran distancia de Cádiz, sin ver [14] las Canarias ni las Terceras, que no vimos nunca, dijo que cinco días, y así fue, ni más ni menos. Un cuidadoso geógrafo con el sextante en la mano no lo habría adivinado mejor.

Pero volvamos de nuevo los ojos al Orinoco. Las estrellas llamadas, como dije, triones están también muy bajas, y se ponen después de breve círculo; van subiendo, como la estrella polar, al volver a Europa, y bajan y finalmente se esconden cuando los viajeros han pasado la línea. A la parte meridional del cielo hay cuatro estrellas muy luminosas que los españoles llaman Crucero del Sur. Más abajo, y de belleza no inferior a las primeras, hay otras dos, que los mismos llaman las Guardas del Crucero. El grupo de estrellas que los necios creen, como dijimos en otra parte, un reflejo del famoso Dorado, puede contarse entre los fenómenos del cielo alejado y no visto por nosotros.

Capítulo V

De las estaciones en el Orinoco.

Dos solas y no cuatro, como sucede entre nosotros, son en Orinoco las estaciones del año, siendo en los tiempos dos solas las variaciones que en el curso de un año se observan por los habi-

tantes. Dividen, pues, el año todo en dos tiempos. Unos son hermosos y serenos, y a estos llaman verano. Otros son tristes y lluviosos, y a estos dicen invierno. No es esto hablar de solos los habitantes españoles. Los indios todos distinguen las estaciones del año así, y los españoles que habitan [15] en el Orinoco no hacen, creo yo, sino imitar en esto a los habitantes indios, de los cuales, como muchas otras frases y palabras, también han tomado para hacerse entender hablando los nombres allá comunes de verano y de invierno.

Los maipures llaman a la estación en que no llueve *camotí*, es decir resplandor ardiente del sol. Los tamanacos la llaman *uamu*, nombre de las cigarras que se oyen resonar por todas partes en los tiempos de verano. Recorred de manera semejante los otros indios, los que pensando de la misma manera que los maipures y tamanacos, dicen en diversa lengua lo mismo. El invierno después, sin alusión ninguna a las circunstancias de truenos y agua, tanto en la lengua de los tamanacos como en la de los maipures, tiene un nombre propio, como en latín y en otras lenguas nuestras. Los tamanacos lo llaman *canepó*, y los maipures, *yuccamári*. Dicen por eso para explicar cosas que han de hacerse en las dos antedichas estaciones: *yuccamári uati kiacó nunuá* « iré en invierno », o bien, *camotí uati* « en verano ». De la misma manera se explican los tamanacos en su lengua: *uam' yave vepuchí*, esto es, « en verano iré »; *canepó yave vepuchí*, esto es, « en invierno ».

No son más que ideas abstractas, y tomadas especulando en los libros pretender allí, como alguien más ingeniosamente que con verdad ha pretendido, las mismas estaciones que se ven en los diversos giros del sol entre nosotros. En un país como es el Orinoco, calidísimo en todo mes, de la mengua de calor o de frío que en algún mes se sienta, no se pueden nombrar ni declarar bien las diversas estaciones de un año. Todos los meses son calidísimos.

Del verano o de los tiempos secos no hablo. Cada uno comprende por sí mismo el gran calor. Pero en los tiempos [16] lluviosos es lo mismo, y si nos atenemos al sentir de algunos, es mayor, al faltar entonces el refrigerio de los vientos periódicos que se goza en los tiempos de estío. Además que en el Orinoco las lluvias, aunque muy tempestuosas, son de tal carácter que no amenguan nada el calor, ni después de ellas se sigue, como a las nuestra otoñales, un invierno rigidísisimo. Añadid el ahogo intolerabilísimo que se siente antes de que rompa la lluvia, añadid que

BIBLIOTECA NACIONAL Rio de Janeiro

el sol, excepto los tiempos en que está entre las nubes, quema siempre de la misma manera.

Es verdad que venido después algún huracán, u otro viento impetuosísimo, se experimenta naturalmente un poco de frío. Pero no es de larga duración ni tal que obligue a los habitantes españoles a mudar de vestidos. Los orinoquenses lo pasan con la piel sola encima, como los primeros habitantes del mundo. Debo sin embargo confesar que he visto a muchos, viajando conmigo bajo la lluvia, temblando lo mismo que se tiemble en los más helados países del mundo. Pero este frío es pasajero, y sin llamarlo neciamente invierno, se sentiría en el mismo mes de agosto por un hombre bien guarnecido de vestidos en una lluvia estrepitosa en Italia.

En lo demás puedo decir que siempre se suda en el Orinoco. No se usan allá todo el año sino vestidos ligerísimos, y cuanto baste a cubrir las carnes. Y sin embargo son intolerables para muchos, viéndose en la sabana siempre desnudos a los gentiles, y a no raros europeos con un sombrero de hojas de palma en la cabeza, la camisa, los calzones y nada más, siendo muy pulido aquel que añade a la pierna desnuda los zapatos. No hablo de los señores españoles, que aunque vistan a la ligera, como se usa entre nosotros en los tiempos estivales, van siempre con pulidísimo adorno.

[17] Así vestido yo también, me mudaba sin embargo la camisa cuatro veces al día en verano, y en invierno sólo dos, alternando para tolerar el gran calor una semana. Por la mañana, al levantarse de la cama, por el sudor y por las fauces abrasadas parece propiamente que se ha tenido por la noche fiebre. Es necesario, pues, mudarse. Antes de descansar después de la comida, se necesita la segunda camisa. Es sumo el sudor después del descanso, y se requiere la tercera. Al irse a dormir por la noche, se requiere absolutamente la cuarta. Pero como he dicho, dos solas camisas, secadas y puestas alternando, son suficientes para pasar una semana. Siendo, pues, siempre el calor el mismo, los entendidos en aquellos países no pueden tomar la variedad de las estaciones del año que de las lluvias o de la falta de ellas.

Capítulo VI

Del invierno del Orinoco.

Digamos ahora más particularmente, y en su propio lugar, del invierno orinoquense. Comienza este a fines de Abril, y a lo más en los principios de mayo, revolviéndose entonces, al faltar los vientos periódicos que se llaman brisas, y nublándose el cielo en extrañas forma. Dura el invierno hasta el fin de octubre, esto es, seis meses, sustituyéndole en los siguientes seis meses y ocupando su puesto el verano. Es muy revuelto siempre el principio del invierno, sueltas y casi continuas las lluvias, y soy no sin fundamento de opinión que las lluvias vulgares en el Orinoco no pueden compararse sino a aquellas que acaso caen más estrepitosas entre nosotros.

[18] Por fin sucede que el río Orinoco, de un cauce, como dije al principio, capacísimo, insensiblemente, porque es tan grande, se llena sin embargo con las contínuas lluvias de manera que se sale del lecho e inunda y cubre cual mar las vecinas campiñas. El país interior no anegado se torna inhabitable por las lluvias, y con grandes esfuerzos puede pasarse a pie. A caballo no se puede ir de ninguna manera, pues el terreno es sumamente blando. No cesan en los sobredichos seis meses sino raras veces las lluvias, y es caso extrañísimo que pase una semana sin agua.

Cómo es entonces el calor ya lo he dicho más arriba. Cómo es la humedad, y cuán perniciosos efectos produzca, puede pensarse fácilmente. No es esto sin embargo el mal peor del invierno orinoqués. ¿Qué diremos de los relámpagos, de los truenos y de los rayos? Se ve con horror relampaguear al mismo tiempo de varias partes del cielo. Si después, como no raramente sucede, las diversas tempestades, entre sí alejadas, se unen, no sabría decir sino con estupor de quien lee estos relatos, el estrépito horrendo que producen. Son tan frecuentes entonces, tan estrepitosos y horribles los truenos, que parece propiamente un infierno. Una sola vez he oído en Roma truenos que puedan asemejarse a aquellos.[1]

---

1 Hacia el final del año 1773, cuando de noche cayeron dos rayos en San Pedro.

Excepto que después de revuelta noche se respira entre nosotros al menos de día. Pero por lo demás no es lo mismo en el Orinoco. Esperad al menos tres tempestades en el curso de la noche y del día. Comencemos por la tarde. A las dos de la noche tenemos ordinariamente la primera; viene la segunda hacia el día, cuando sin ella más sabrosamente se duerme. Después [19] sigue quieta y tranquila la lluvia hasta la hora de comer. Pero dos horas después del mediodía vuelve sin duda a su costumbre, y no raras veces hace lo mismo hacia la puesta del sol. Es un milagro que en país tan hórrido se encuentre gente que lo habite. Siendo allí muy floja la comida y faltando toda comodidad humana, especialmente en la edad avanzada, cesa toda fuerza para resistir a tantos males. Los mismos indios, gente de por sí bárbara, están llenos de espanto en las tormentas.

Los rayos después, que en lluvias tan espantosas caen frecuentemente del aire, son por cierto muchísimos. Todo alrededor de mi reducción se veían los árboles destrozados y partidos por los rayos. Sin embargo no quiso Dios que ninguno cayera dentro de lo habitado, ni sobre las casas o la iglesia en mi tiempo, lo cual sirvió maravillosamente para confirmar a los neófitos en la religión cristiana. Está muy expuesto al rayo el árbol chaparro. Pobre del que bajo él se resguarda del agua.

Por lo demás es utilísimo en aquellos países el invierno por muchas razones. Apenas venidas las primeras aguas, como si volviese la primavera tras rígido invierno, llénanse de nuevas hojas las selvas. Vuelve a la campiña, desolada antes, y quemada en verano por el sol, el prístino vigor y belleza. Se ven por todas partes flores, y bajo la sombra de los árboles en las selvas y en los prados se goza el poco de fresco que inútilmente se buscaría en verano, cuando están los árboles sin frondas. En invierno se siembra allá, y se recoge del mismo modo el fruto de las fatigas de los labradores en invierno. Apenas pasadas las primeras lluvias, vuelta mansa y capaz de dar fruto la tierra, siembran los indios el maíz. La yuca, otro comestible de ellos, se planta igualmente entonces. [20] Argumentad sobre el resto del mismo modo. Por esta razón es amado de muchos el invierno, aunque sea muy hórrido. No sólo los hombres, sino las mismas hormigas, como ya dije, en invierno cogen para poder subsistir y gozar del fruto en verano.

Capítulo VII

De las señales que preceden al invierno.

Es cosa también muy conocida a quien tiene dos ojos en la cara que a fines de abril o a comienzos de mayo principia en Orinoco el invierno. Los orinoquenses sin embargo, a los cuales no les es conocida la cuenta que nosotros hacemos de los meses, para hallar el comienzo se complican de extraña manera el cerebro, pues no pueden como nosotros decir de modo determinado: viene en tal mes. He aquí, pues, las señales que a su modo tienen.

La primera señal de que el invierno se avecina es el graznar del mono araguato hacia la media noche o al acercarse el día. Preveen las lluvias, creo yo, y aun de lejos sienten sus efectos los monos sobredichos; y alegrándose, como de cosa ventajosa para ellos, anuncian con sus gritos el principio. Segunda señal: cuando aún es muy hermosa la estación del verano, cuando menos se piensa se ven florecer de improviso ciertos árboles cuyo nombre es en tamanaco *aravóne* y *uanarúca*. Estos, como ya dije, tienen flores amarillas, que apenas abiertas, y embellecidas con ellas las selvas, son para los orinoquenses anuncio cierto del invierno. Tercera señal: las aguas de los arroyos, siendo escasas [21] y disminuídas en verano, algunos días antes de las acostumbradas lluvias aumentan, fenómeno que visto por los indios les sirve de regla para indicar el invierno. Cuarta señal: los ñames que se guardan en las chozas, los cuales, en verano, como todos los demás vegetales en aquellos lugares, están despojados de hojas, vuelven a germinar enseguida, al sentir cercano al invierno.

La última señal (y esta es más que de bárbaros) son las estrellas que llamadas por el vulgo las *gallinelle* nuestros sabios llamaron pléyades.[1] Dicen, pues, estos astrónomos orinoquenses que el invierno está cerca cuando las citadas estrellas al ponerse el sol están demasiado lejanas del horizonte occidental. Es así en efecto, porque en aquella época, saliendo antes del día, se ponen a principios de mayo, cuando viene el invierno, no mucho después que el sol. Las cigarras después, de las cuales los tamanacos toman el nombre del verano, cantan sin fin en su terminación, y esto

1 En español las cabrillas, en tam. *turíma-panó*, esto es, la estera.

para mí es señal bien cierta de la que deducir que no está el invierno demasiado lejano. Si no atienden a estas señales, es increible cuanto se embrolla la cabeza de los orinoquenses para decir, por ejemplo, que faltan uno o dos meses, y en pleno verano tal vez esparcen entre sus connacionales el rumor de que está ya cerca el invierno.

[22] Capítulo VIII

Del verano orinoquense.

La estación más hermosa en Orinoco es el verano. En verano no se oyen truenos, no llueve ni relampaguea nunca, y en seis meses, en los cuales, llegado el verano, está serenísimo y sin nubes el cielo, se reposa al menos de las molestias contínuas que traen consigo las lluvias. No es sin embargo que yo guste del verano orinoquense de manera que no reconozca sus incomodidades, y las iremos exponiendo poco a poco. Pero de los dos males es el menor.

Vuelven a traer este hermoso tiempo los vientos periódicos llamados brisas, que son de algún alivio a aquellos míseros habitantes. Estas brisas son una especie de viento del este que se inclina un poco hacia el septentrión. Son comunmente tranquilas y refrescantes, mientras que el terreno está aún húmedo con las lluvias invernales. Seco después el terreno, ya no son amables y agradables como antes; y con el calor que traen de otra parte, aumentan el ardor del Orinoco.

Cáense en verano todas las hojas de los vegetales, y los árboles verdes y vestidos de hojas no se ven sino en la vecindad de los ríos (Nota I). Es signo evidente de agua hallar viajando algún árbol verde; y si no es visible, se halla con poca fatiga excavando un poco en la tierra. Los árboles próximos al agua, que en verano son tan verdes, inundados en invierno con los ríos, pierden en medio del agua todas las hojas, causando en ellos el agua en exceso el mismo efecto que les ocasiona a los árboles lejanos del río el excesivo ardor del sol. Las hierbas todas se secan y mueren.

[23] Esto no obstante, como indiqué en el primer tomo, en los prados abrasados en verano renace enseguida una hierba hermo-

sísima, la cual es de gran alivio para las bestias bovinas. Pero si los animales gozan, con el gran calor, que se aumenta con quemarse los prados, sufren mucho los hombres. Y sin embargo, parte por limpieza, y por tener el terreno cercano a la casa limpio de serpientes e insectos, parte por alivio, como he dicho, del ganado, es necesario despreciar el calor, y quemar los prados a su tiempo. Las hierbas de los prados son altísimas y derechas, y aplicándoles el fuego crece inmensamente la llama, la cual una vez que ha consumido la materia de las llanuras no raras veces lleva la destrucción a las selvas, y con disgusto de los indios quema las cortas recién hechas para sembrar.

En verano, como contaré en otra parte, los indios suelen hacer sus rozas. En verano también se hace el aceite de los huevos de las tortugas. Se viaja, después del duro invierno, cómodamente en verano, y las excursiones en busca de gentiles al interior, que no podrían hacerse sino con indecibles sufrimientos en invierno, se hacen igualmente en verano. En verano se navega menos incómodamente por todos los ríos, pero por el Orinoco se va muy bien; es estrecho entonces el lecho de este río, son hermosísimas sus playas.

Aunque en los tiempos de verano, como ya he dicho, no llueve nunca en el Orinoco, debe sin embargo exceptuarse la llovizna que, como viene después de que han puesto sus huevos las tortugas, toma de ellas su nombre. En diez y ocho años y medio que viví allí vi siempre esta distribución de estaciones, excepto el año de los grandes terremotos, a los cuales el verano anterior precedió, con asombro de todos, una estrepitosa lluvia con truenos.

[24] Capítulo IX

Efectos del calor del Orinoco.

Siendo el Orinoco sumamente cálido, como se ha dicho, es necesario ahora decir los efectos que produce allí el excesivo calor. No es, a mi parecer, otra la causa de tantos y tan variados insectos que hay por todas patres. Es cosa sensible a los ojos de todos, que o en verano solamente, o en él especialmente se vean los insectos

que se encuentran más escasos entre nosotros. Veraniegas son las hormigas, que también en Italia entran en las casas, veraniegas las serpientes, que en invierno se esconden a sus madrigueras, veraniegos los mosquitos, las avispas y las moscas, que mueren o al menos no son tantas en invierno.

Pues si aquí tuviéramos todos los meses, como en Orinoco, los calores extremados de agosto, Dios sabe en qué guarida de fieras y de insectos extrañísimos se convertiría el hermoso clima de Italia en un año. Y sin embargo el agosto que para entendernos suponemos de un año de duración, no es del calor que allá se experimenta todos los meses. A mi vuelta a Italia me detuve en Viterbo, ciudad, como todos saben, calurosísima, precisamente a mediados de agosto. El año 1768, en que allí llegué, al parecer de muchos, fue más ardiente que ningún otro en este siglo. ¿Lo querréis creer? Me pareció haber llegado a un país fresquísimo, y dormí con cobertor de lana, con las ventanas bien cerradas, y en una habitación pequeña, con aquella tranquilidad y placer con que se duerme en primavera. Arguméntese de aquí qué distancia, como por tierra y por mar, hay también en el calor, entre el nuestro y el del Orinoco. No sorprenda, pues, si el extremado calor produce allí tantos y tan variados insectos. El sol no está allí [25] regularmente más que doce horas sobre el horizonte, estando, como en perpetuo equinoccio, otras tantas debajo. Esto no obstante, la larga noche no disminuye nada el calor, estando por la mañana las paredes aún quemando, al menos las que miran al occidente.

El otro efecto de aquel calor, como ya indiqué, es un perpetuo sudar. Otro efecto son las fiebres, pero de estas trataremos en otra parte. Todos los comestibles que se llevan de otra parte se estropean en pocos días y se corrompen totalmente; y no dura sino poco tiempo, y pierde casi del todo el sabor, el más duro bizcocho de mar. La harina que para hacer las hostias se lleva de Santa Fe con un viaje de casi dos meses, fácilmente se expone a la corrupación, y para librarla de los insectos y de los perniciosos efectos del calor es preciso tenerla bien tapada en los frascos.

Por lo demás el vino de las Canarias, en especial el llamado malvasía, se conserva bueno en las botellas muchos años. El español no es de tanta duración, y mucho menos dura todavía el extranjero francés si dentro de las botellas penetra aire. Siendo además aquel calor húmedo, es sumamente pernicioso para la leche y los hierros. Una chapa de lata no duraría limpia medio año,

ennegreciéndose y disolviéndose en menudas escamas de manera tal, que al poco tiempo ya no se puede uno servir de ella. Ennegrece enseguida y se vuelve casi negra la plata. El hierro además en el espacio de un año se vuelve tan cubierto de orín, tan viejo y escamoso, que parece recuerdo y memoria de los viejos tiempos.

¿Qué efectos producirá este calor en los cuerpos de los hombres? No digo nada de las inflamaciones y de los gruesos tumores que provienen del calentamiento de la sangre, nada de otras miserias. La debilidad de los miembros en lugar [26] tan quemado por el sol es grandísima. Por pequeña que sea la fuerza que se ponga al usar en los trabajos las manos, se dislocan pronto los nervios de los pulsos, o se rompen. De aquí que muchos españoles lleven las muñecas sujetas con placas de plata. Pero los indios, que por su pobreza no pueden alcanzar tanto lujo, se atan apretadamente alrededor gruesos hilos de algodón.

Es increíble el dolor que ocasiona esta dislocación de las muñecas, a la cual estuve largo tiempo sometido también yo. Me sirvió algún alivio tenerlos atados con cierta trepadora que usan los tamanacos. No conseguí sin embargo, sin dolor muy sensible, quitarme las ligaduras sino en las cercanías de Italia, es decir, que las tuve ligadas lo menos siete años, o con algodón o con trepadoras, hasta que con el aire nativo volví a ganar alguna fuerza. No podía estar allá de rodillas sino brevísimo rato. Ahora puedo estar en esta postura largo tiempo. Pero al menos, pasando así la vida, resistí muchos años. A cuántos más jóvenes que yo, y más robustos, se llevó el Orinoco de esta vida en aquellos años.

Capítulo X

De la niebla, del granizo y de los vientos.

En Orinoco, al menos a cielo sereno, no se ve nunca niebla; ni en las cimas de los montes, como aquí acaece a menudo, ni en los valles y en los ríos y en los lugares más bajos. Cuando llueve, a veces se hace tan densa, que cubre los montes y los llanos, y todo parece niebla. Pero desaparece enseguida al terminar la lluvia. El gran calor, [27] creo yo, de aquel clima no permite a la humedad

que sube de la tierra coagularse de manera que se haga visible en niebla. Quedé sorprendido en el río Auvana de verla en el mes de abril, antes de las lluvias periódicas. Este fenómeno, en mi opinión, no puede atribuirse sino al mayor frío que hay al pie de la montaña Yuyamari, próxima a él. Se ve, es cierto, en los tiempos secos, calina por todas partes, y de ella están cubiertas no raras veces los montes alejados del Orinoco. La niebla la llaman los tamanacos con el nombre de *veréite*, esto es, nube, y aunque sin filosofía, la aplican bien, y no se separan de lo que les dicen los sentidos.

Si falta en Orinoco la niebla, no está por cierto, como en país humedísimo, sin nocturno rocío el terreno. Llaman a este los tamanacos *chirike-chuccúru*, es decir, filosofando al modo bárbaro, orina de las estrellas. Los maipures parecen haber estado en la escuela de Furio Bibáculo,[1] y con una metáfora toda del necio genio de aquel, llaman al rocío nocturno o sereno *urrúpu-saccaré*, esto es, esputo de las estrellas. Es perniciosísimo en aquellos países el sereno, y un médico célebre, que pasó antiguamente por allá, solía decir que en él, esencialmente si se toma por la tarde, consistían todos los males de los habitantes.

En Orinoco mientras llueve no hay más que agua, rayos y truenos. No espereis el granizo, que no se ve nunca. En Santa Fe en cambio en las grandes tempestades graniza. Pero en el Orinoco los indios no saben en sus lenguas ni siquiera el nombre [28] de granizo. Al P. Román, persona no sólo de crédito, sino que había estado más de treinta años allá, lo oí una vez narrar que en una gran tempestad había caído en Pararuma, donde él entonces se hallaba. Si damos fe al joven Veniamari, en el monte Chamacu hay hielo y escarcha. La llamó en maipure *virti*. La nieve les es tan desconocida a los orinoquenses como a nosotros sus serpientes. Pero la hay en otros altísimos montes de la zona tórrida que se llaman por esto nevados.

En todo tiempo, en verano y en invierno, hay allí vientos. Podía haber hablado de ellos antes, donde he sido obligado por la materia que tenía entre manos a anticipar alguna cosa. Pero este es el propio lugar donde hablar de ellos más extensamente.

---

1 Según el verso de Horacio (*Sát.* II 5, 41) *Furius hibernas cana nive conspuit Alpes.* [« Furio dice que (Júpiter) escupe con nieve sobre los Alpes invernales »: Horacio se burla de un poeta hinchado que compone poemas históricos en un estilo pasado de moda.]

Los vientos estivales son periódicos, regulares y amables. Los españoles los llaman brisas, como he indicado varias veces, y nosotros, como vienen en tiempos ciertos y fijados del año, podemos llamarlos los etesios. Esta especie de viento que en Orinoco comienza a soplar en octubre, es la más oportuna entre todas para ir de Europa a América. Empuja suave y contínuamente por la popa a las naves, y sin mucho temor de los pasajeros los conduce con seguridad a América. Quiero decir a Cartagena del Nuevo Reino, donde yo desembarqué. En el Orinoco comienzan en octubre y terminan en abril. Pero no soplan noche y día sin interrupción. He aquí los períodos.

Comienzan por la tarde, más o menos a las dos horas de haber comenzado la noche, y duran hasta por la mañana, cuando cesan. Pero recomienzan tres horas antes de mediodía su curso regular. Cesan a mediodía, ordinariamente hasta las dos de la tarde, cuando con nuevo vigor [29] soplan de nuevo hasta una hora antes de la puesta del sol. Así acaece comunmente. A veces sin embargo son menos regulares y más ruidosos, especialmente en los tiempos intermedios en los que se acerca el invierno.

Son altísimas las olas que levanta en el Orinoco la brisa, y grandes también los peligros; y les parece a muchos que como es inmensamente ancho y sin tantas islas el mar Océano, es más fácil de navegar y menos peligroso que el Orinoco. Pero si soplan tranquilas las brisas, en un buen tronco dotado de velas se va por el Orinoco bastante bien, con tal de que se ponga ojo con los bancos que ya describí, y se vaya hacia occidente, esto es, desde las bocas al raudal de Atures, donde, como ya dijimos en otra parte, o terminan del todo o se aflojan en mucho las brisas. Pero cuan favorables son a quien viaja hacia poniente, tanto por la razón opuesta son una rémora fastidiosísima en el retorno, debiendo algunas veces por el estorbo de la brisa, que sopla impetuosa de proa, hacer en dos o tres días el viaje que con el río quieto se hace cómodamente en pocas horas. Es entonces necesario aprovecharse de los tiempos en que periódicamente cesan las brisas.

Son violentos y arremolinados los vientos que dominan en Orinoco en invierno, y apenas se mantienen bien plantadas en tierra las casas. Al principio de la tempestad comienzan a soplar ordinariamente del septentrión (Nota II), nublándose de modo horrible el cielo por la parte opuesta al mediodía. Del mediodía vienen las tempestades más feas, cambiándose entonces a meridional el viento,

que antes soplaba del septentrión. Son en ciertos tiempos muy frecuentes los torbellinos, es decir, aquellos vientos que girando y al mismo tiempo levantándose hacia lo alto son llamados por los tamanacos [30] *marichicotto*. No son sin embargo tales cuales los vientos horribles por muchos descritos en países extraños. Una sola vez en tantos años hubo uno que habiendo derribado por tierra árboles por aquella parte por donde pasó, y habiendo hecho casi un camino, causó terror grandísimo por la novedad.

Capítulo XI

Del aire del Orinoco.

Más bien para diversión de mis lectores, y porque nada que sea notable quede sin decir al menos algo de ello, hablaré del aire del Orinoco, ya que cada uno por sí mismo comprenderá, como yo creo, que no puede ser sino pésimo.

En Orinoco se está comunmente mal, y quien allí va a parar debe pasar necesariamente por una serie de muchas fiebres, siendo rarísimo el que sin ellas haga allí estancia por algún tiempo. Yo no estuve más que siete meses con salud. Después comenzaron las fiebres y contínuamente o con interrupción me duraron muchos años. Es verdad que en los últimos años estaba yo allí bastante bien. Pero era bien para aquellos lugares, un bien, quiere decirse, no carente de fiebres ni otras enfermedades, pero no tan contínuas y molestas como en los principios.

Es caso muy raro en Orinoco que se llegue a los 50 años, pues casi todos mueren en la infancia, o en el caso de que les vaya bien, en la edad viril y más plena. Sería allá temeridad prometerse, como en Italia bastante a menudo, los sesenta, los setenta y hasta los ochenta años de vida. No son estos fenómenos del cielo orinoquense, donde en boca de todos son llamados viejos aquellos que tienen cuarenta y cincuenta. Y es en realidad así, que de [31] aquella edad, por la debilidad de la vida, y por las arrugas y todo parecen muy semejantes a los viejos septuagenarios y octogenarios de Italia. Tanto puede en la vida de los hombres un clima dañino como el del Orinoco.

Los indios deberían estar mejor, pero están peor. Es rarísimo entre ellos un viejo, y me produjo no pequeña maravilla cierto pareca llamado Yama, el cual además de nietos tenía biznietos; siendo entre los indios afortunado aquel que ve crecidos a los hijos. No hablo aquí de las epidemias y de otras extraordinarias enfermedades a las que de vez en cuando está expuesto aquel clima. Bastan por ahora las comunes y ordinarias de cada año para conocer de alguna manera su veneno.

Del interior dicen los indios que sus países son mejores. Pero además de que no se conocen nunca bien los defectos de los países propios, a los que naturalmente amamos más que a otro cualquiera, no sabría yo prestarles fe, al menos en todo. Son las naciones orinoquenses un pequeño puñado de gente. Así, aparte de la guerra, que no siempre es corriente, son las enfermedades de aquellos lugares las que se los llevan de esta vida. También entre los recién venidos y sacados por los oficios de los misioneros de los bosques es extraño hallar entre muchos jóvenes algún viejo. Es, pues, digo yo, con poca diferencia lo mismo el clima del interior que el de los lugares vecinos al Orinoco.

Es verdad que habitando muchos indios en el interior en los montes, y otros entre matorrales altísimos, donde no es tan molesto el calor, es verdad, digo, que parece que deban gozar allí de salud. Pero Dios sabe cuántos otros males hay allí. Yo en sus países he sufrido de fiebre y he tenido enfriamientos que ellos sin embargo dicen que son propios del Orinoco. En mi excursión al Auvana, lugar antiguo [32] de los maipures, sufrí con desengaño de ellos los males descritos, y se lo dije varias veces. Pero el país propio le agrada a todo el mundo.

Mas se me dirá: son acaso mejores, no obstante las razones expuestas, los países interiores, y si son tales, ¿por qué traer a los indios, sacándolos de sus lugares nativos, a las orillas del Orinoco? Lo diré en pocas palabras: ¿quién querrá estar solo y a muchos días de distancia, viviendo con los bárbaros en el corazón de las espesuras? ¿Quién (suponiendo buenos también, dulces y fieles a los indios), quién, digo, servirá de apoyo al misionero en las invasiones de los caribes, de los guaipunaves y de otros enemigos ferocísimos? ¿Quién les llevará no digo ya el pan y el vino, que tanto no es de esperar, sino los vestidos para cubrirse, las hostias y el vino para celebrar la misa? Hacen, pues, sabiamente los misioneros como una cadena de poblaciones a las orillas de los ríos,

tanto para ventaja propia, pues en caso de invasión pueden huir en barca, como por común utilidad, sacando de las reducciones comida y remeros aquellos españoles que pasan por allí para sus negocios o para servicio del Rey. Pero hasta hoy, además del crecimiento de las colonias sobre el Orinoco, utilísimas como he dicho para este fin, hay otras muchas en el interior por todas partes, y quizá los males que antes se temían allá no son ya de temer.

LIBRO SEGUNDO

Del físico de los orinoquenses

[33]

LIBRO SEGUNDO

Del físico de los orinoquenses

Capítulo I

De sus rasgos.

No creo inadecuado para mí, imitando el estilo de las sagradas escrituras, hablar al fin de los hombres, para los cuales fue por Dios creada la tierra que hemos descrito, y decir de ellos todo lo que o sé por fieles relatos o bien observé yo mismo por mí con atención. Entre los libros que tuve antaño en el Orinoco ninguno me pareció más raro y más digno de profunda especulación que los indios con quienes conviví. Qué escenas casi inimaginables, qué comedias y tragedias, qué novedades increíbles. Infinitas, podría decir, son las cosas que se aprenden estudiando al hombre indio. Yo he escogido muchas, pero importa decirlas con orden.

Hablaremos, pues, primeramente del físico de los orinoquenses, después de lo moral, y en fin de su [34] organización. Bajo el físico corresponde precisamente el color de los indios, las cualidades de sus cuerpos, las enfermedades a que frecuentemente sucumben, sus médicos, muerte, sepultura y las ceremonias fúnebres. Lo moral trata de sus vicios y virtudes. Pero lo político expondrá los jefes de las naciones salvajes del Orinoco, sus costumbres, trabajos domésticos, el cultivo de los campos, el comercio, la guerra.

Ninguna cosa pica no sé si decir la curiosidad de los investigadores de la naturaleza, o la de aquellos a quienes nada del hombre agrada sino la apariencia externa, ninguna cosa, digo, más vivamente pica la curiosidad que la belleza o fealdad de las

naciones extranjeras, y son acaso las primeras preguntas que muchos hacen al preguntar sobre los indios. Yo no ignoro que se dice comunmente bello, o feo y deforme por el contrario, lo que agrada o desagrada a algunos. Pero procuraré hablar de los orinoquenses de manera que cada uno juzgue por sí mismo.

El color de los orinoquenses comunmente es oscuro, pero se inclina un tanto al rojizo (Nota III). Es verdad que algunas naciones, por ejemplo los otomacos y los guamos, tiran más bien al negro. Pero son sin embargo de tal color que ninguno hay entre ellos que pueda decirse semejante a los negros, cuyo color aborrecen muchísimo. Generalmente las naciones más próximas al Orinoco, como las antedichas, los yaruros y los quaquaros, son más morenas, y más blancos los habitantes de las espesuras del interior y de los montes. Son más blancos, pues, los mapoyes, los maipures, algunos tamanacos, y sobre todos los maquiritares y los oyes.

Este es el color que los orinoquenses tienen cuando andan aún desnudos y viven en sus selvas. Pero luego que se hacen cristianos y se visten al modo de aquellos neófitos, [35] quitándose el hedor y suciedad de los colores con que se pintan la piel, se tornan más blancos, causando entonces repugnancia el verlos sin los vestidos acostumbrados encima.

Les es muy agradable el color blanco, y no hacen sino pequeña estimación del negro. Algunos porque ven a los indios hablar casi fraternalmente con los negros los creen íntimos amigos de estos, y que poco o nada se cuidan de los españoles. Pero yo tengo distinta opinión, y estoy bastante persuadido de que el trato familiar que tienen los indios con los negros procede de otra cosa. Tanto los unos como los otros convienen bastante en las costumbres, son pobres en igual forma, y unos a título de esclavitud, los otros por debido vasallaje, súbditos de los blancos.[1] He aquí la verdadera causa de tratarse entre ellos con familiaridad: la bajeza de su nacimiento, la igualdad en la servidumbre. Así no raras veces se unen los servidores de un mismo amo, así muchos otros, que tienen en los labios la miel, el veneno y la envidia en el corazón.

Por lo demás, de la fealdad de los negros, del olor que despiden, y de su repugnante color, los indios suelen hacer risas sabrosas no menos entre ellos mismos que con aquellos europeos con los que

---

1 Nombre con el que en América se designa a los españoles.

tienen confianza. Prefieren a todos a los blancos, al menos en la estimación.

Una muchacha orinoquense, que está como una hija al lado de una dama española, y adivina para agradarle hasta los gestos, no serviría en modo alguno a una negra. Sé bien que hay indias casadas con negros. Pero el amor no tiene ley. Con más gusto acaso tomarían por marido a un europeo, [36] y lo toman en efecto algunas veces. Pero si bien estén contentas en su corazón, no lo demuestran pronto al exterior por natural bajeza de ánimo, pareciéndoles hacer al casarse así el paso que aquí dan las campesinas que se casan con un noble. Tanta es ordinariamente la estima que los orinoquenses mantienen por los blancos.

Pero terminemos de decir lo que teníamos en las manos. De aquel poco de blancura que tienen naturalmente las indias o la adquieren vestidas, se pavonean increíblemente, llamando negras y feas a las otras. La estatura, tanto de los hombres como de las mujeres, no es, como algunos piensan aquí, pigmea, sino justa comunmente en todos y en todas, tal cual ordinariamente es la de los españoles. Los otomacos son no sólo más altos, sino de una estatura completamente soldadesca. Las mujeres, como se crían sin corsé, y lejos de las torturas de Italia, en la estatura y en el grueso no son muy distintas de los hombres. Miradlas por detrás, y las tendrías a menudo por hombres. El tono de la voz de ellas es varonil, salvo las mujeres sálivas, que la tienen más dulce.

Por lo demás, tanto entre los hombres como entre las mujeres, hay feos y feas. Los quaquaros y los guamos son los más feos. Pero universalmente los miembros de todos los orinoquenses son proporcionados y justos, y causa maravilla esta proporción de miembros en gentes que en la infancia ni siquiera de nombre conocieron las fajas y que anda de contínuo desnuda por las selvas. No se ven entre ellos de ordinario ni cojos ni ciegos ni jorobados, ni persona ninguna que tenga en su cuerpo un defecto. Me parece oir todavía la risa que excitó en todos un indio cojo que vino a mi reducción por sus negocios. Hombres y mujeres, poniéndose a su [37] alrededor, quisieron observarlo minuciosamente, y gozar a su placer como de un espectáculo nuevo.

Por decir mi parecer sobre una materia poco interesante a mi estado, los orinoquenses on un tanto descoloridos y oscuros, pero feos no son. Sus ojos son negros y vivos, y sus facciones, como

hemos dicho, son justas, salvo que algunos tienen la nariz un poquito aplastada. Los más hermosos son los aruacos; también son hermosos los maipures y los tamanacos; hermosos también si oímos pareceres ajenos, también los demás indios (Nota IV).

Capítulo II

De la complexión de los orinoquenses.

La mísera situación de los orinoquenses, su vagar contínuo por los bosques y por los prados, el estar expuestos casi siempre a los ardores del sol, la vida, en suma, de fieras, que llevan, parecen a primera vista que habrían de llevar consigo un temperamento de cuerpo robustísimo, hórrido a la vista, y peludo de arriba abajo. Y sin embargo no es así como lo imaginamos desde lejos. Estas gentes, a las que llamamos salvajes a boca llena, además de la belleza de que acaso no sin fundamento presumen, carecen de barba y son de una complexión tan grácil y delicada, que no parecen nacidos en el campo.

Fuera de los cabellos, de los cuales están abundantemente provistos por la naturaleza, no se descubre un pelo en todo su cuerpo, y si algunos raros salen en la barbilla o en cualquier otra parte, a modo de la pelusa de los jóvenes, se los arrancan enseguida que se dan cuenta. La suerte misma toca también a las cejas y hasta [38] a las pestañas. Pero quitar los pelos de los párpados no es tan universal como arrancarse las cejas y la barba. Qué fea figura hacen estos mascarones así pelados. Y sin embargo de ello se jactan como de belleza singular.

Por lo demás, entre tanta multitud de pelados se halla también alguno que sea de contrario parecer, y deja crecer con cuidado sus pelos. El cacique de los oyes hacía gran pompa de los pocos que tenía en la barba, y se los tocaba a menudo con complacencia, y al oír de los tamanacos que yo le envié que los misioneros también los tenían, se quedó contentísimo.

La imaginada belleza que los indios antes de ir a las reducciones piensan que consiste en semejantes bagatelas les da asco en cuanto al hacerse cristianos tratan con los europeos, y como son

de un genio que imita naturalmente las acciones extrañas, se proveen de cuchilla de afeitar y de espejo, y se afeitan frecuentemente la barba. Por muy viejos que sean no echan más que poquísimos canas, y siempre son negros su cabellos. Entre los otomacos vi un viejo recién traído de los bosques que los tenía rojizos y casi ahumados. Los rubios les parecen a ellos semejantes a los pelos del mono araguato, y hacen de ellos, ridículas burlas.

Sus cabellos son laxos ordinariamente, y gruesos a manera de pequeñas cerdas. Hay sin embargo excepciones. El cacique Caravana tenía los cabellos finísimos y suaves, y algunos pocos entre tantos indios se hallan que los tienen también rizados. Mas sobre los cabellos es vario el pensamiento de los orinoquenses, y hay quien por hermosearse los cría y alisa y unta, y hay quien considerándolos viles se los corta del todo. Pero esto es un efecto del uso. Volvamos a los efectos que parecen de la naturaleza o del clima. Ordinariamente no tienen arrugas en la cara, [39] y para conocer la vejez de ellos, como decía un señor entendidísimo en indios,[1] hay que mirarles a los pies, en cuya parte superior, si son un tanto viejos, hay arrugas.

En naciones bárbaras, como son los orinoquenses, ¿qué robustez puede esperarse? Ninguna, o muy poca. En efecto, no hay en el mundo ninguna otra gente que sea más blanda o más débil o menos robusta que los indios (Nota V). Parecen flores que apenas cogidas languidecen; sensibilísimos a toda inclemencia del aire, sujetos naturalmente a enfermedades varias y de vida comunmente cortísima.

Capítulo III

De la agilidad de los orinoquenses.

La delgadez de los cuerpos de los orinoquenses no impide nada su agilidad y la ligereza increíble con que hacen uso de sus miembros. Son excelentes nadadores, y tanto hombres como mujeres, con maravilla de los que los ven, nadan ora boca abajo y moviendo las manos y los pies, como más comunmente se acostumbra, ora sobre el costado derecho o izquierdo, levantada en alto una mano

1 El Sr. Capitán don Juan Antonio Bonalde.

y bogando, como con un remo, con la otra. Pero lo más bonito es verlos atravesar derechos un río en postura supina, y boca arriba, sin ser arrastrados por la corriente, sirviéndose habilmente de sus manos y de los pies.

Esta facilidad que tienen los orinoquenses para disponer de sus miembros como quieren es [40] singular también en acomodarse a remar, sin causar peso o desequilibrio en el borde mismo de las canoas. Aunque sean de tamaño ordinariamente pequeño y estrechas, se sientan allí a remar ocho o diez indios, acaso más, llevándolas tan derechas e iguales, y con tal equilibrio, que se va en ellas sin peligro, con tal de que sobresalgan al menos un dedo del río que surcan. Yo lo he visto muchas veces, al menos sin viento.

Es objeto de risa y de diversión no pequeña para los orinoquenses el ver que en entrando en una barca un europeo se siente enseguida su peso, y perdiendo el equilibrio, pronto entra agua. Por eso se ponen los europeos comunmente en medio de la canoa, y es tenido por indio aquel que sin molestar a los demás puede fácilmente sentarse sobre la borda.

Son ligerísimos todos para subir a los árboles, y se ven no raras veces para coger la fruta en sus cimas aun las mujeres más débiles. Si no consiguen, por ser lisa y resbaladiza la corteza, subir agarrándose a ella, usan otro medio: hacen un aro de trepadoras, y poniendo dentro los pies, se sirven de él como de apoyo y sostén para subir.

Son todos, machos y hembras, de cuerpo bastante ágil, y mueven como les place en todas direcciones sus miembros. No tienen como nosotros necesidad de la mano para coger por ejemplo un cuchillo, o una aguja misma, que se haya caído al suelo. Pues sin bajarse nada, la levantan lindamente con los dedos de los pies, los cuales, como no acostumbrados a los zapatos, no están los unos puestos sobre los otros, sino anchos y separados. Abriendo, pues, el índice, digámoslo así, y el pulgar de los pies, alzan con ellos del suelo las cosas caídas, con aquella facilidad con la que nosotros las levantamos con las manos.

[41] En saltar después de una parte a otra, de una roca, si no está demasiado alejada, a otra, son absolutamente admirables. Diré lo que he visto con mis propios ojos. Habiendo ido en busca de cierta trepadora que sirve para atar las muñecas debilitadas con un joven tamanaco una vez, salté con esfuerzo, y agarrado con las manos y con los pies a la roca en cuya cima se hallaba. El joven

compañero mío me apoyó siempre y me ayudó a subir. Pero una vez subidos era un placer verlo andar por el peñasco arriba y abajo, como si paseara tranquilamente por un prado. No es esto lo más lindo. Vio cerca otro escollo, separado del primero sus buenas cuatro varas. Quizo lanzarse a él, y saltó en efecto como un pájaro.

Otro hecho más raro. En mi viaje al río Túriva, que desemboca, como ya dijimos en otra parte, en el Suapuri, estaba entre los otros remeros el susodicho joven, cuyo nombre es Luis Uáite. Entre mil escollos, que a cada paso se encuentran en los lugares deshabitados, me era de consolación su presencia. Oigase ahora si yo no tenía razón. Se llegó un día, después de tranquila navegación a un lugar donde, cerrado por las rocas por todos lados el Suapuri, según parecía, querían volver atrás resueltamente los tamanacos y los soldados que me acompañaban. Habiéndolos animado lo mejor que pude, y diciéndoles que mi ánimo no era volver sino después de haber hallado a los areverianos (a hablar a estos y a volverlos cristianos y amigos era el viaje) pensé el modo de pasar los escollos que había.

Dije a los compañeros que buscaran por la orilla derecha el paso de la barca, y habiendo visto cerca un escollo plano me puse con Uáite a andar por encima de él, para ir [42] a la parte izquierda del río. Ocupados los otros en buscar el paso, andaba yo muy contento por el escollo con Uáite. Cuando he aquí que todavía a gran distancia de la orilla, el escollo, que parecía antes unido a la tierra, nos faltó de repente. Quiero decir, que acabada la primera roca, había que pasar otra que distaba de nosotros cuatro o cinco palmos, y entre los dos escollos un abismo por el que se precipitaba impetuoso y formidable el río. Me horroricé, como era natural, ante el peligro, y levantando fuerte la voz, llamé a los compañeros para volver atrás y pasar el río en barca con ellos. Pero entre la distancia y el estrépito grande del río en aquel lugar, nadie me oyó. Sacóme de apuros Uáite, que tomándome, no sé con qué extemporánea resolución suya, en hombros, me llevó de un salto, y sin que yo me diera cuenta, a la otra roca. Fuera de mí, no menos por el asombro que por el peligro pasado, vi una vez llegado a tierra a los compañeros, los cuales, pasada al fin la barca, habían llegado también a la orilla. Continuamos, todos tranquilos y contentos, el viaje. Me saldría fuera de mi tema si lo dijera, pero bien se ve que los orinoquenses son de verdad ágiles y ligeros.

[43]

Capítulo IV

Del genio de los orinoquenses.

No entro por ahora en investigar minuciosamente las variaciones de semblante, ora alegre ora triste, ora amable ora odioso y violento, que causan en los orinoquenses las varias pasiones más dominantes. Pero hablo al presente de aquel genio que puede decirse como un efecto físico del clima, de la educación, de los alimentos, y que en toda nación se descubre con poca fatiga en los primeros encuentros. Y aunque sea inadecuado hablar de lo externo sin pasar a lo interior, y por consiguiente sin tocar, al menos un poco, lo moral, procuraré no traspasar los límites que me he señalado.

Generalmente hablando, pues, los orinoquenses son de genio alegre, pero sobre toda otra nación se distinguen los maipures por la afabilidad y amorosidad con que tratan a los extranjeros. De aquí el amor que les tienen todos los europeos que los conocen. No hay acaso indios que más se acomoden al humor de cada uno. Hacen amistad con todos, y apenas se encuentra en Orinoco una nación en que no haya algún maipure. Su lengua, como facilísima de aprender, se ha convertido entre los orinoquenses en lengua de moda, y quien poco, quien mucho, quien medianamente, quien bien, la hablan casi todos. Los maipures, sin embargo (lo que les quita mucho valor) son inconstantes, poco claros, y no tan buenos interiormente como por su innata cortesía les parecen a los demás.

Son de más firmeza, y también menos alegres, pero constantes y fieles, los tamanacos. Los otomacos son [44] bárbaros por sí mismos, enemigos de la fatiga y feroces. Pero a estas cualidades naturales unen un genio curioso y casi pueril, que les hace amables a todos. Apenas ven en las cercanías de su reducción una barca en el Orinoco, se apiñan todos, hombres y mujeres, para verla en el puerto y para preguntar a los extranjeros de dónde vienen y adónde van y qué llevan. Para sacar demás cualquier bagatela de los huéspedes, los llaman, como si hubieran nacido y se hubieran educado con ellos, con el dulce nombre de amigos.

Los otomacos, excepto aquellos que habitan todavía gentiles en la selva, usan estas finezas con todos. Pero si alguna persona

les demuestra amabilidad, y para contentarlos reparte entre ellos cosillas que les gustan, no es fácil decir cuán amigos y aficionados son para él. Yo tuve la suerte de ser uno de estos, y parecía propiamente a mi llegada a aquel puerto que arribaba quien les traía un tesoro. Tantas eran las demostraciones de afecto y estima con que me recibían. En los bosques sin embargo, dado que los orinoquenses tienen a todo extranjero como enemigo, y por necia sospecha temen de él la muerte o la esclavitud, son ferocísimos todos. Los caribes dominantes no han ejercitado nunca sobre esta nación la carnicería que durante treinta años han hecho sobre otras.

Los sálivas son de genio suave, pero débiles, blandos y poco aptos para las armas. Son amigos de todos, y a toda nación dan el nombre de *panari*[1] los caribes. Pero Dios os guarde de ellos. Son fingidores sumamente, y la miel que tienen en la boca es otra tanta hiel en el corazón. Quieren enseguida, en cuanto han llegado a las naciones amigas, diversiones y bailes. Pero ¿y después? Una vez pasado [45] astutamente por ellos, y con imprevisión por los ingenuos amigos, en contínua borrachera el día y la noche, cuando menos se lo piensan toman las macanas y las escopetas, los matan a todos o los atan.

Los guaipunaves, los parenes y los cáveres son muy valerosos, y es lástima que naciones tan valientes sean después tan viciosas y tan estragadas de comer como alimento usual las carnes humanas, y anden a caza de hombres como de fieras. Estos indios son los únicos antropófagos en el Orinoco, y aunque lo sean acaso también los avanes y los maipures, no lo son más que los amigos de aquellos o también los que con aquellos se han criado. Los caribes, aunque crueles y enemigos de toda nación orinoquense, no usan carne humana, excepto los bailes, en los que es fama que se comen por jactancia el corazón de los enemigos matados. Pero lo que de paso, y por motivo de bárbara gloria es hecho por los caribes, se usa casi diariamente entre los guaipunaves. No conozco que maten su hambre sacrificando por gula también a sus connacionales, pero que en sus peleas, cuando alguno quede muerto, no lo hagan inmediatamente trozos y no lo devoren alegremente no lo creo. Con todo, su mayor gusto es especialmente por los extranjeros,

---

1 Amigo.

sean blancos, sean negros, sean indios. En una gran hambre se comen a todos sin diferencia. Pero en las ordinarias, el bocado más grato para ellos son los niños y las mujeres jóvenes y gorditas. Dicen que es delicadísimo el vientre y los pies.

No hay, según creo, quitado este vicio, nación más estimable que los guaipunaves. Tienen un aire europeo, un aspecto militar y civilizado. Odian los colores postizos y son más blancos que las demás naciones orinoquenses. Los reyezuelos, o capitanes, como los españoles los llaman, tienen una actitud grave y cortés, y tanto [46] ellos como sus súbditos van comunmente vestidos aun en las selvas.

Son groseros, amantes de la oscuridad de las selvas, y poco aficionados a los extraños los piaroas, los quaquas, los guamos, los quaquaros. De genio agitanado son los guahívos y los chiricoas, que no tienen cabañas sino improvisadas, andando contínuamente por las selvas y las praderías con su ajuar doméstico encima y sus tiernos hijos, que llevan al hombro o bien en cestillas. La nación de los yaruros, aunque semejante en mucho a los susodichos, tiene cualidades estimables. De estas naciones orinoquenses de las que he hablado podrá fácilmente deducirse el genio de las otras, habiendo en todo el Orinoco, excepto las lenguas y ciertos extraños usos procedentes de la ignorancia, de la pereza y de los vicios, el mismo modo de pensar y de hacer.

Capítulo V

De la desnudez de los orinoquenses.

Las naciones salvajes del Orinoco, por falta de vestimenta, o bien de vergüenza, están todas desnudas. Es verdad que aquel clima calídisimo no les permitiría cargarse de vestidos como el nuestro. Pero sin demasiada angustia, como hacen después de abrazar el cristianismo, podrían llevarlos ligeros. Con todo, entre gentiles dueños de sí, y no temerosos de Dios, como los cristianos, no es de esperar tanto. También ver personas vestidas les produce aquel asombro que nos daría si las viéramos desnudas.

Di a las mujeres, en cuanto pude, pues no me sufría [47] el corazón verlas desnudas, una *nagua* o saco largo con que vestirse, y les dije que la llevaran siempre encima. Pero ¿cuánto la tuvieron? De allí a poco, habiéndose dado por los fiscales[1] orden de quitar la hierba que había vuelto a nacer en la plaza de la reducción, acudieron todas desnudas, como antes. Habiéndome dado cuenta desde mi casa de lo que pasaba dije: — Oh, esto no está bien; enseguida, volveos a poner vuestras vestidos. — No, repuso una de ellas con más ánimo, no: tenemos vergüenza de andar vestidas. — ¿A quién, si no a ellas, se les ocurriría respuesta semejante? En suma, la desnudez, que produce tan justamente rubor en Europa, no les da ningún empacho a las bárbaras.

En los principios no hacen uso del vestido sino cuando van a la iglesia o deben por sus asuntos presentarse al misionero. Acostumbradas después poco a poco a usarlo, les entra el rubor cristiano, y lo aprecian de tal manera que no se lo quitan ni aun durmiendo. No se veían nunca hoy día sin vestidos, y con increíble placer oí muchas veces a los fiscales que ni siquiera viajando ni quedándose sin las reprensiones de los misioneros en sus sembrados se los quitaban. Esto, como se ve, es motivo de sumo consuelo a quien por convertir indios vive entre tantas miserias en aquellos lugares.

Pero aquí no termina. Estas indias, que antes de reducirse a la fe tenían tanta repugnancia por vestirse, una vez que han abierto los ojos y han visto a las cristianas viejas vestidas de varias formas civilizadas, comienzan también a encapricharse ellas, y quieren a porfía para vestir mejor las telas más escogidas. Al principio suplican [48] a los misioneros de la manera que pueden, pero puestas después por los orinoquenses en una reducción, digámoslo así, las raíces, se visten a su costa, sembrando el maíz y otros comestibles para comprar las telas.

Es cosa bien agradable oir a bárbaros acostumbrados a no tener rubor en las selvas cuando el misionero visita sus sembrados que dicen: — Este trozo de maíz lo he destinado para vestirme, este otro para mi mujer, para los hijos este otro. — No es así con los gentiles, y hace falta estómago y paciencia grande cuando se les visita para sacarlos de la selva.

---

1 Pequeño magistrado, que tiene cuidado de la honestidad en las reducciones.

Todos, hombres y mujeres, como ya dije, van desnudos, y no llevan encima sino el solo ceñidor, como nuestros primeros padres después del pecado. El ceñidor orinoquense se llama comunmente guayuco,[1] y es de varias maneras. El de las mujeres, con el cual quedan cubiertas por una parte y por otra ordinariamente en todo, es de unos dos palmos de largo, pero de ancho se extiende apenas uno. El de los hombres, aunque pequeño en algunas naciones, es sin embargo en todas más grande que el femenino, y muy semejante a nuestras toallas. Pero los principales y más civilizados, particularmente los caribes, lo usan más largo y lo estiran por pompa detrás. He aquí la única vestimenta de los orinoquenses modestos, porque no faltan, si bien son bastante raras, naciones desnudas del todo. De este insufrible carácter son en el río Apure los quaquaros, también de este no pocos de los quirrupos y de los avanes. Estos últimos, a los que yo hice llamar a las orillas del río Auvana desde el interior de las selvas por medio de un indio neófito, se me presentaron completamente desnudos, hombres y mujeres. [49] Fueme entonces de no pequeño consuelo mi débil vista, y de mayor aún el haber sido advertido a tiempo por un amigo soldado, el cual por orden mía hizo trozos los pañuelos que había traído yo conmigo, y se los echó a las mujeres, las cuales entre risas y admiración, se los pusieron encima.

Tuve, a decir verdad, una gran fortuna. No le sucedió así a otro misionero. Habiendo ido también él en busca de gentiles a las selvas, y habiéndolos encontrado a todos desnudos, cortó para ellos abundantes ceñidores para que se cubrieran. Las mujeres se rieron, según su costumbre, y los aceptaron, mas para ponérselos al cuello a modo de pañuelo, no ocurriéndoseles por su innata barbarie el fin para que se los había dado el misionero. Tendría otras historias ridículas. Pero no puedo decirlas sin fastidio de mis lectores y mío.

---

1 Esta palabra, tomada del caribe, se usa en español.

Capítulo VI

De los adornos de las mujeres orinoquenses.

Se creerá de ligero que mujeres nacidas en el monte y acostumbradas a estar entre las fieras no se cuiden nada de la belleza y de presentarse de manera agradable ante aquellos que conviven con ellas. Y sin embargo no es así. Ya hemos oído arriba cómo se ríen de los defectos naturales, y las peleas por su blancura, sea esta cual sea. Oigamos ahora sobre los adornos con que, a su parecer, se ponen más atractivas. Algunas indias, como las sálivas y las caribes, y alguna vez las tamanacas, hacen gran caso de los cabellos largos. A menudo los peinan, y para darles esplendor y lustre, los untan de contínuo, usando para este fin el aceite de tortuga, o el de palma [50] *puperri*, que conservan todo el año cuidadosamente en pequeñas calabazas.

En mis días, dejado por todas o casi todas las naciones reducidas el cabello, tanto por repugnancia que les entró de los ungüentos como por mayor limpieza de la cabeza, se acomodaron a esta moda monástica. Pero el uso antiguo era diferentísimo.

Hablemos de los adornos. Llevan algunas a la usanza caribe laminillas de plata[1] pendientes de las orejas horadadas. Pero como no es de todas llegar tan allá, las más llevan en ellas hacecillos de madera o de caña fina de la longitud del dedo pulgar.

Larguísimos, y sin duda de un palmo, son aquellos con que adornan sus orejas las quaquas;[2] las cuales horadan también el cartílago que está entre los dos conductos de la nariz, para ponerse otro de semejante modo. ¿Qué más? Quaquas, tamanacas, y maipures y todas se agujerean de pequeñas el labio inferior para tener dentro agujas como adorno, y también para sacarse las niguas. Además el cuello de las naciones mujeriles está lleno todo de tiras

---

1 Estas laminillas son llamadas por los tamanacos *panacheré*. Véase la lám. I, núm. 4, donde se representa una mujer caribe que da objetos a los indios salvajes.

2 *Ibid.*, núm 2.

de globulillos de vidrio, o también de trozos alargados de barro cocido, o de raicillas olorosas.[1]

Quien gusta de mostrarse más bella lleva al cuello perlas en poca cantidad, mezclando con los globulillos blancos los amarillos y los verdes. No estiman los colorados porque resaltan poco de su oscura piel. Usan algunas a la moda caribe un collar de glóbulos grandes azules que les cuelga sobre el pecho.[2] En los bailes y [51] en las diversiones públicas las tamanacas van cargadas por casi todo su cuerpo de sartas variadas de perlas, de las cuales sartas unas se las ponen envueltas en los brazos por encima del codo, y a las muñecas; otras las atan debajo de las rodillas, otras hacia el tobillo, otras a la larga faja con que se adornan la cintura.[3] Muchas indias, y en especial las que tienen gusto en imitar a las caribes, que antes ponían las modas, usan de ciertas pequeñas calzas en el tobillo,[4] las cuales son un tejido de hilo de palma bastante fuerte, y de la altura de cuatro a cinco dedos. No se las quitan nunca hasta que no se parten del todo, y como están estrechamente pegadas a la carne, apretada continuamente por esta atadura, sus piernas se tornan gruesas y deformes, pero ellos las creen bellísimas. El lugar de estas calzas, como nunca es visto por el sol, es bastante blanco y parece la señal de una cadena sujeta a los pies y que se ha adentrado en la carne.

No es tampoco sin adorno el ceñidor. Algunas lo llevan de lindas telas, otras de telas bastas, pero tejidas con hilos de varios colores. El ceñidor de las aruacas, que les cuelga delante a modo de pequeño delantal, es un trenzado de hilos de cuentas de diversos colores, muy estimado de las indias. Y verdaderamente lo merecería si con él quedaron cubiertas del todo.[5] Véndese este ceñidor a precio carísimo por las aruacas a las mujeres salvajes extranjeras.

Pero las indias reducidas dejan sin darse cuenta este bárbaro ornato, contentas de andar vestidas de bonitas telas las fiestas y

---

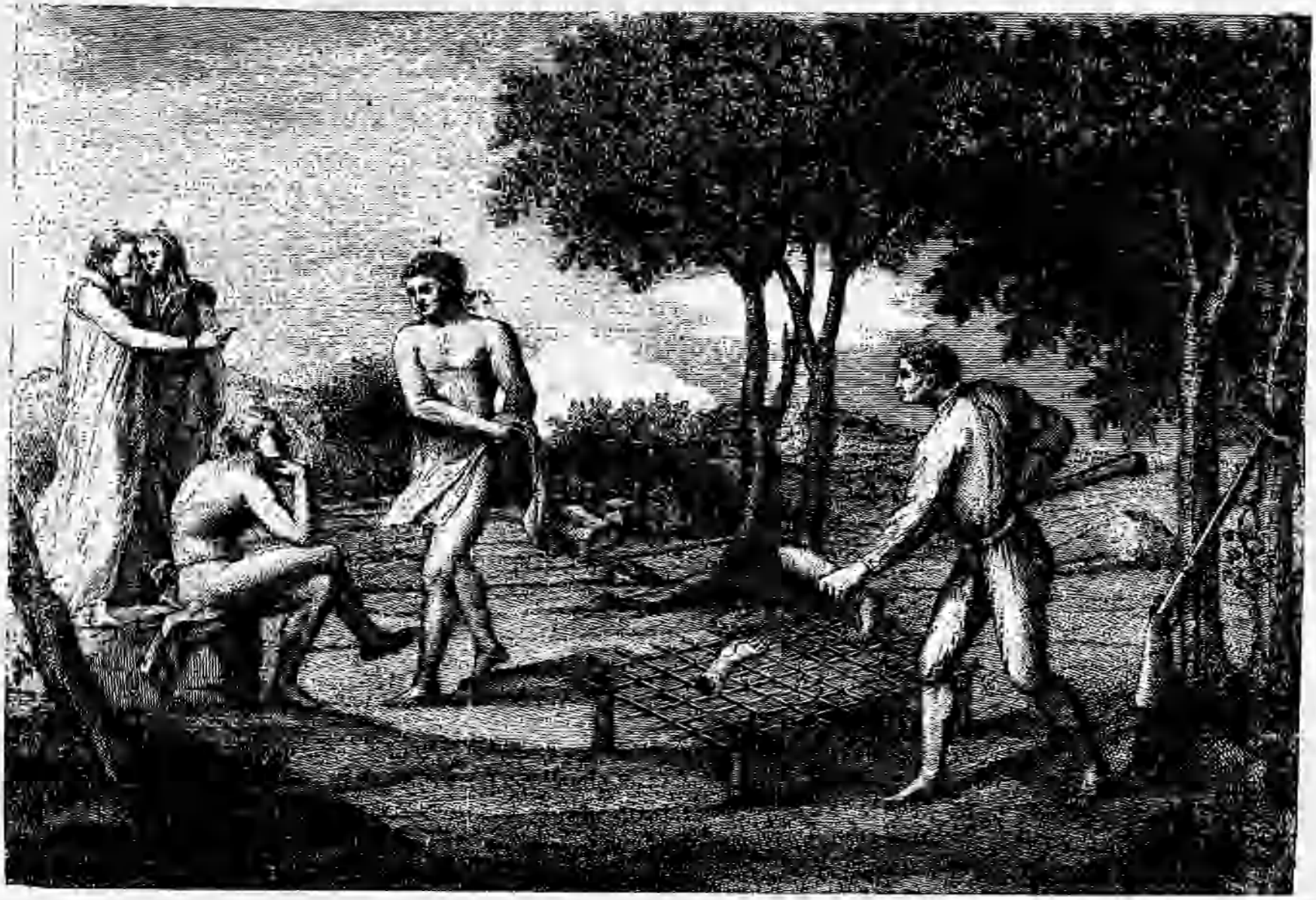
1 *Ibidem.*

2 *Ibid.*, núm. 4.

3 *Ibid.*, núm. 5, donde se representa una tamanaca en vestido de baile, con el marido a su lado, con el núm. 6.

4 *Ibid.*, núm. 4.

5 *Ibid.*, núm. 7.



de ordinarias los días de trabajo, y con [52] algunos glóbulos de vidrio, de granates o de perlas al cuello y a las muñecas. El vestido después de las cristianas, excepto unas pocas que visten allí a la española, es un saco largo cosido por ambos lados, con el que quedan cubiertas de cabeza a pies. Es muy semejante a una falda, que en vez de atarse a las caderas o detrás, se sujeta con cintas al brazo diestro y al siniestro, por encima.[1]

Capítulo VII

De los ornamentos de los hombres.

No todos los orinoquenses, pero los más ciertamente tienen cortados y casi del todo esquilados los cabellos. Los maipures y los avanes se dejan pequeños mechones, y a veces dos o tres pelos solos por adorno y gala.[2] Se cortan el pelo tanto por quitarse toda suciedad, como para no ser cogido por los cabellos en sus guerras, derribados por tierra y más fácilmente vencidos. Las naciones orinoquenses de cabeza tonsurada son todas valerosas y guerreras, y tienen por cobardes y huidizas en las batallas ante el enemigo a aquellas que tienen cabellos largos.

No hay ninguna nación salvaje que use sombrero u otra cosa para cubrir la cabeza. Pero a todas son familiares los penachos para adornarse o para presentarse más hermosos. Algunos de estos penachos ciñen a modo de corona lo alto de la frente,[3] algunos son [53] altos a modo de mitras.[4] Las coronas están hechas de lindas plumas de pájaros, y algunas vi entre los guaipunaves que son de un gusto maravilloso. Las altas están compuestas de plumas de

---

1 Véase la lám. II, en la cual con los números 1 y 2 están dibujadas dos mujeres güipunaves vestidas en la forma susodicha.

2 Lám. II, núm. 3, donde se representa un maipure sentado.

3 *Ibid.*, núm. 4 y 6, donde está dibujado un güipunave en actitud de asar los miembros humanos sobre una parrilla que lleva el núm. 5.

4 Obsérvese la lám. I, núm. 3, donde aparece un cacique caribe en actitud de repartir cosas entre los indios salvajes, con el penacho en forma de mitra en la cabeza.

raras y de otros pájaros vistosos. Por agradable que sea a toda nación orinoquense el penacho, no todas sin embargo lo usan igualmente; y excepto el baile, en el que muchos lo usan, van casi siempre con la cabeza desnuda y desarreglada si son salvajes.

Los montañeses enhebran de lindo modo los dientes de tigre, de cocodrilo y de otros animales para ornato del cuello.[1] Otros en vez de dientes usan para esto raíces olorosas. Los parecas (también allá cada nación tiene sus modas) tienen sartas de vainilla.

Todos los indios en la infancia se agujerean las orejas, y desde entonces los tamanacos se ponen dentro pequeños husos, de los cuales apenas se ve la punta por fuera. Los cáveres, y muchos entre los maipures y entre los avanes, creyendo aumentar así la belleza de su rostro, horadan las orejas de manera que pone espanto mirarlas. El agujero que en ellas hacen desde pequeños es tal que puede caber dentro un huso bien grueso, y bastaría esto para hacerlos muy deformes. Pero según su pensar, no creen que les esté mal, sino que les es de honor este bárbaro embellecimiento, y mudando de vez en cuando el huso, van pasando gradualmente de pequeños a medianos, de medianos a máximos, y ensanchan de tal manera el agujero de las orejas, que se podría fácilmente pasar por él un limón. [54] Ordinariamente, para que sea más hermoso y aparente el agujero, tienen dentro un arito de madera. Acaso se lo quitan, y entonces son tan largas sus orejas, que parecen talmente de asno.[2]

Ningún orinoquense lleva pendientes en las orejas, pero los aficionados a las modas caribes, en lugar de dientes y de raíces olorosas, usan al cuello otro ornamento bien raro. Se llama *chaguála*,[3] y es semejante a las coronas que llamamos grecas cortadas por el medio. Esta *chaguála*, que está hecha de madera plana, recubierta de manera notable con chapa de plata, se pone debajo de la barba, atada al cuello con cordones de algodón que penden graciosamente por las espaldas de quien la lleva. El que entre los orinoquenses tiene la suerte de tener este adorno, se pavonea con él a paso grave entre sus compañeros. Muchos, especialmente qua-

---

1 Lám. I, núm. 1, donde se encuentra un quaqua con este vestido.

2 Lám. II, núm. 4, donde se pone un cávere orejón.

3 Lám. I, núm. 3.

quas, tamanacos y caribes, se atan a las muñecas gruesos hilos de algodón con flecos. Otros no llevan nada y están del todo desnudos y sin adornos sus brazos.

He hablado más arriba de la pampanilla con que se cubren los indios, pero no he dicho nada del cinturón de que la cuelgan. Pues todos, hombres y mujeres, para sostener y sujetar el ceñidor se atan a las caderas ciertos gruesos hilos de algodón o de palma. Los tamanacos llaman a este cinturón *yekeimutí*. ¿Quién creería que también en esta cosa ridícula haya entre los salvajes su moda? Y la hay. Las cuerdecitas que los hombres sujetan al pubis son simples y bastas, de hilo de algodón, como hemos dicho, o bien de palma. Pero las indias hacen para este fin cuerdas con cabellos propios o ajenos [55] del grueso de un cordón y las tuercen tan bien, que no se puede mejor. Tienen instrumentos a propósito para este trabajo, y con ellos en la mano van por las chozas y las selvas. De estos cordoncillos unen varios juntos y se hacen una linda faja para sostener sus pampanillas. Esta moda sin embargo no es universal en todas, sino sólo en las imitadoras de las caribes, esto es, tamanacas, parecas, quaquas y algunas otras. Las otomacas y las guahívas no tienen adornos, con sólo un grosero cinturón de hilos de palma, un mazo de fibras también de palma para pampanillas, y collar mísero de barro cocido o de vidrio.

Ya hablé del calzado de las orinoquenses. Entre los hombres hay también algunas naciones en las que se usa una especie de calzas en los tobillos. Pero esta atadura no se aprieta tan fuerte como entre las mujeres, y es un entretejido de gruesos hilos de algodón con flecos al extremo, que flotan al viento al caminar. Se dirían sus pies alados y semejantes a los de Mercurio. Así el fabuloso relato se ve verificado en el Orinoco.[1]

¿Quién diría que de personas vestidas así de máscara se pueda hacer un cristiano? Lo cierto es sin embargo que no mucho tiempo después de que se les explica el Evangelio, deponen de tal suerte sus antiquísimos ritos anteriores, que no parecen ya los mismos, mejorando con la nueva ley además del alma también el cuerpo; aunque por su pobreza no lleven de ordinario encima más que los

1 Véase la lám. I, núm. 1.

calzones, una mantita de lana abierta por el medio a modo de planeta eclesiástica,[1] y el sombrero, que ellos mismos hacen con hojas de hermosa palmera.

[56]

Capítulo VIII

De los colores con que se pintan los orinoquenses.

Hombres y mujeres, si carecen de vestidos para cubrir sus carnes, no se quedan sin colores varios con que pintarse de cabeza a pies, y ellos tienen de los colores, para cubrir en cierto modo la desnudez, la idea que nosotros tenemos de los vestidos que usamos. No se presentan en público sino con vergüenza sin sus colores acostumbrados, y les resulta tan repugnante presentarse ante sus iguales sin adornos, como ellos dicen, cuanto a persona bien nacida le sería presentarse sin los sólitos vestidos.

Y para que se vea más claro que los orinoquenses tienen de los colores aquella opinión en que nosotros los europeos solemos tener los vestidos, he aquí otras pruebas tomadas del modo de usarlos. Hay en primer lugar un modo de pintarse que no impropiamente podríamos llamar diario y común, y es el que se usa en los días de labor, sencillo y sin aquellas variaciones que en los días suyos geniales y de fiesta.

Cada día pintan todo su cuerpo de un solo color. Les gusta apasionadamente el rojo. Y cogiendo las bolitas de anoto se pintan todos, sin exceptuar ni siquiera los pies. Esta extraña moda es tan universal entre los indios del Nuevo Mundo, que no hay nadie que la descuide. Se vuelve rojo cuanto ellos tocan: pampanillas, telas, hierros, todo se mancha. Como las bolas de anoto están mezcladas con el aceite crudo de tortuga, que fácilmente hiede, llevan la peste donde quiera que van. Pero guardémonos por [57] ahora de poner ante ellos en descrédito su estimado anoto. Vendrá tiempo en que escuchando a los valerosos misioneros abrirán los ojos por sí mismos para reconocer lo feo que es.

---

1 Los españoles la llaman camiseta o ruana. Este uso de vestir es universal en Tierra Firme.

Pero cuando están aún salvajes no saben prescindir de él. Que si un indio por falta de colores, o porque estuvo todo el día de caza, o trabajando la tierra, no tuvo tiempo de *anotarse*[1] oportunamente, cuando vuelve a casa por la tarde, su hermana, su mujer o la madre ponen todo su pensamiento en pintarle al menos los pies. Agradece infinitamente esta fineza, y se enoja sumamente si por falta de colores o por otro motivo no lo pintan.

Las pinturas usadas en los bailes y en los días en que los indios acostumbran hacer de sus bebidas el uso que aquí hacemos con el agua, son más extrañas, y se pintan todos y todas con aquella flema con que nuestras damas, perdiendo mucho tiempo, se visten en sus gabinetes. Veríais entonces a los orinoquenses hacer una figura muy ridícula, tal cual muchos en Italia hacen neciamente en el carnaval. Se pintan media cara de amarillo y de colorado la otra mitad, de colorado también el pecho, los hombros, los muslos y los pies. Los brazos algunos se los pintan de negro. A otros les place el colorado en los brazos, y el negro, como si fueran guantes, en las manos.

Las mujeres después, para mejor adornarse, y hacerse más vistosas en los bailes, sacan fuera de las calabazas (en estas cajitas guardan sus caprichos) sacan, digo, fuera de las calabazas los colores y los collares de globulillos de vidrio más raros, y cargadas todas de piez a cabeza de la manera arriba descrita de estos globulillos, se presentan [58] unidas a muchas compañeras en los lugares de bailar. No contendría en semejantes ocasiones la risa ni siquiera un Catón. Tan irregular y bárbaro es el modo en que aparecen pintadas.

Algunas indias, que tienen para este fin estampillas de barro cocido en sus arquillas, es decir, en canastillos de hoja de palma, añaden caprichosos arabescos en las nalgas y en el pecho, vistosamente coloreados con chica.[2] Esta especie de ornato es una moda caribe, que es allí tan estimada como aquí la francesa o la inglesa. Pero estas modas, sean cual sean, caribes o de otros, no se usan sino entre los indios salvajes, y los nuevos van dejando después de hacerse cristianos, aunque con esfuerzo, todos los colores con que se pintaban.

---

1 Así se llama en español la acción de los indios al pintarse con el anoto.

2 Ya hablamos de ésta, tomo I, lib. IV, cap. XII.

He dicho con esfuerzo, porque como poco antes señalábamos, les parece muy extravagante una persona que aparezca en público sin pintarse, y de ella hacen, hombres y mujeres, como de persona desnuda, burlas y risas, o aun escarnios más amargos. Por lo demás no es este el pensamiento de todos los orinoquenses. Los guaipunaves y cáveres, y casi todas las naciones del alto Orinoco no se pintan más que la cara, siendo moda caribe, imitada por los del bajo, colorearse todos. Los que son de genio caribe, como los tamanacos, los sálivas, y algunos maipures y otros, tienen los colores en altísima estima, y consideran viles a las naciones que se abstienen de ellos. Pero nosotros, aunque acaso necesariamente, nos hemos desviado del físico de los indios. Volvamos a nuestro propósito.

[59] Capítulo IX

De las enfermedades a que están sujetos los orinoquenses.

Un cuerpo como es el de los indios grácil, delicado, débil, perpetuamente desnudo y expuesto continuamente a las lluvias o al sol es necesario que sea la cuna de mil extrañísimas enfermedades. En efecto, no hay nación más enfermiza que los indios, y están bien aquellos que lo pasan menos mal. Pero debiendo hablar de los males de los orinoquenses, no será acaso inoportuno notar que no están en absoluto sujetos a algunos de aquellos que nosotros sufrimos. Nunca oí hablar de orinar arenillas ni de piedra ni de hernias. Los ataques, las parálisis y las muertes repentinas son rarísimas.

Pero si quito estos males, ¡cuántos otros, y de qué ponzoñoso efecto en los cuerpos, estoy obligado a contar! Se ha dicho ya ocasionalmente más de una vez de las fiebres a que están sujetos. Pero nunca se ha hablado bastante. Es cosa extrañísima que haya entre ellos algunos que pase un año sin fiebre. Pero los meses más peligrosos son el comienzo de la bajada del río, y aquellos en que al volver las lluvias comienza de nuevo a crecer. Puede entonces colgar, como librado de un gran peligro, un voto en los altares el que no es molestado por la fiebre como los demás.

Mis fiebres, que duraron con pequeña interrupción seis años, comenzaron precisamente en septiembre, mes en que baja el río. Los europeos sin embargo, como también indiqué arriba, gozan de alguna salud. Pero de fiebre, bien terciana, bien cuartana, mueren muchísimos orinoquenses. Durante mi residencia en [60] aquellas comarcas, tan larga, no ocurrió sino una vez sola que el número de nacidos excediera del de muertos. Digo en la reducción en que estuve, porque las de Uruana y de Cabruta eran más sanas. Y sin embargo los orinoquenses son fecundísimos, y si estuvieran en país de mejor clima, podrían poblarlo en pocos años.

Uno de los síntomas que a menudo acompañan a las fiebres de los orinoquenses son las solturas de vientre, procedentes acaso de los frutos que comen o de las aguas insalubres que beben. Este es un mal que si se extiende como epidemia en una reducción, se lleva de esta vida a otra a muchos indios, que se consumen en pocos días y reducen hasta quedar con sola la piel encima, como cadáveres que respiraran. Pues si, como ocurre muchas veces, al aflojamiento común de vientre va unida la sangre, es entonces milagro que se salve uno.

Además de las disenterías comunes y con sangre hay también feísimos vómitos amarillos y negros, mortales para los orinoquenses como las enfermedades más fieras. La ictericia es un mal igualmente común, por lo demás no tan peligroso en aquellos lugares como los precedentes. Se vuelven muy amarillos en ciertos tiempos, pero no se extiende allí la ictericia ni se propaga a otros, como los vómitos y las disenterías. Se ven algunos indios recubiertos de hinchazones bastante gruesas, que causan un dolor increíble.

Si es efecto de tumor lo que voy a decir lo sabrá el que entendiendo mejor que yo las humanas enfermedades, ha estudiado entre cirujanos y médicos. Conocí a una mujer llamada Florentina Arem-yane a la que le nació uno en la rodilla. Se puso a supurar en pocos días, y puso dentro, como es costumbre de los orinoquenses, hilo de palma para sacar el pus, el cual, en cuanto se quitaba el hilo salía contínuamente [61] sin cesar nunca. Por decirlo brevemente, en uno o dos meses, agotándose sin fin, y reducida la paciente a piel y huesos, murió. Era mujer de bien para con todos, y que yo sepa no fue sino tumor que llegado a tan extraña supuración la llevó de esta vida.

No es mi intención, ahorrando a mis lectores y a mí la molestia que tendría tratando de ellos, hablar de las enfermedades

venéreas, allá tan frecuentes como los males más ordinarios en Italia. Como nosotros los europeos decimos que vino de allá esta especie de mal, así cren los orinoquenses llevada de Europa la viruela (Nota VI). Los caribes la llaman *kirísi*, y no sé de qué lengua lo tienen en préstamo. En las selvas del interior apenas la conocen.

Hace allí la viruela en los indios y a veces también en los españoles el daño que ocasiona en Europa la peste. Mueren entonces infinitos a causa de ella, y pienso que si en mi tiempo hubiera venido al Orinoco la viruela, consumiendo a los indios, no habría dejado sino a solos los misioneros: Dios bendito no quiso darme esta pena, y en diez y ocho años y más nunca la vi. Se ponen allí en tiempo de viruela y de escarlatina, que también es mercancía extranjera allá, guardias en los caminos, para que nadie infectado con semejante mal llegue a las reducciones, y si no llega de otra parte llevado en las ropas o de otra manera, el remedio de los dichos guardias es oportunísimo.

Quizá por los vientos o por el agua, acaso porque sudando se meten inconsideradamente en los ríos para refrescarse, son frecuentes entre los orinoquenses los males de pleuresía y dolores, frecuentes las inflamaciones y los dolores de garganta. Son comunes al bajar y crecer el río los catarros.

Además de los impétigos de varias clases, de los cuales no se escasea nada en América, a algunos, especialmente [62] en sus selvas, les sobrevienen escrófulas. Se avergüenzan mucho de este mal las mujeres, y para ocultarlo se cargan el cuello con esferitas de vidrio. Hay entre maipures, quirrupas, avanes y guaipunaves un mal que en su lengua llaman *uné*,[1] que les cubre a muchos la cara y a otros casi todo el cuerpo con feas escamas. No produce dolor alguno a los que lo tienen, como en las Sagradas Escrituras se dice de la lepra. Fuera de que la antigua lepra rebajaba las carnes, cuando se extendía, mas por el contrario la orinoquense no las baja, sino que las levanta mucho y las vuelve deformísimas. Los infectados de esta lepra se vuelven blanquecinos como peces. El *uné* les da vergüenza. Se lo raen de propósito con huesos, pero de la enfermedad interna les vuelve a salir otro tanto de lo que con vano afán se quitan. Algunos la esconden a la moda caribe con

1 En esp. carate.

colores. Pero como quedan siempre desiguales y no lisas como las de los otros indios, sus carnes no evitan la risa.

La suma humedad que hay produce a los orinoquenses dolores extremados de los dientes, y parte por esto, parte por las frutas dulces que comen, muchos en la flor de la juventud se quedan sin dientes. Creí al principio que las mujeres tamanacas se los quitaban por capricho, pues se les caen de ordinario, como si fuera hecho de propósito, los dos dientes de delante. Pero después me dí cuenta poco a poco de que era un mal natural en ellas, del cual todos y todas padecían. A muchos se les hinchan las piernas. Se les vuelve débil con crecer en años el cuerpo. Pero son poquísimos los que y las que tienen temblor de manos. No les hace daño, como a los europeos, mojarse los pies cuando andan bajo la lluvia. Para los [63] europeos es cosa del todo perniciosa, llenándose con los pies mojados de dolencias de manera, que algunos soportan los tristes efectos toda la vida.

Capítulo X

De las enfermedades particulares del Orinoco.

La enfermedad más contraria de los orinoquenses y más fatal para ellos que ninguna otra es cierto mal que con bárbaro nombre se llama el bicho.[1] El bicho es desconocido de los habitantes de países fríos y de los altísimos montes de la zona tórrida. Los santafereños, los habitantes de Tunja y de otras comarcas montañosas del Nuevo Reino no lo conocen sino por el nombre y por la horrible fama que de él llevan los viajeros. Pero los orinoquenses sienten demasiado el terrible poder de él sobre sus cuerpos. Para dar una justa noticia de este mal (sin hablar de su causa, desconocida no sólo para mí, sino a todos comunmente en aquellos lugares) diré los efectos que produce externamente.

El bicho va siempre acompañado de fiebre, pero ligera y apenas conocida de quien la tiene. Siéntese además dolor en las rodillas,

1 Así en español; en tam. *poriké*.

debilidad en las piernas y ciertos pequeños escalofríos. Produce igualmente somnolencia, pero leve. Lo peor del bicho después es que no se conoce fácilmente sino de personas muy prácticas, por la aparente pequeñez de sus síntomas. Pero Dios libre de que se descuide ni un poquito, porque este mal engañoso lleva consigo comunmente la muerte al cabo de veinticuatro horas.

[64] He dicho comunmente porque este es el pensamiento ordinario de los habitantes españoles. Pero yo puedo decir que he visto bastantes veces bichos no tan violentos y perentorios como se dice, y sé de algunos que, atacados de semejante mal, sacaron su vida adelante varios días; quizá porque tomaron alguna cosa oportuna para refrigerar las vísceras y para hacer más lenta su fuerza de esta no observada manera.

Pero ordinariamente, si no se adopta a tiempo el remedio eficaz de que hablaremos enseguida, comienza después de algunas horas el delirio, y el enfermo va festivo y risueño al encuentro de la muerte. Uno de los efectos más extraños del bicho es que distiende el ano de manera insólita, cayendo los excrementos sin que ni siquiera se den cuenta los pacientes. En mi permanencia en aquellos lugares fuí atacado del bicho dos veces, y estoy seguro de que habiéndome visto otras tantas muy cercano a la muerte, otras tantas fui de ella librado, después de Dios, por el poderosísimo remedio que se usa en el Orinoco por los españoles, es decir, el limón suministrado a tiempo.

Como en país donde, no habiendo médicos, cada uno discurre sobre las enfermedades como mejor le parece, las causas del bicho son adivinadas de varias formas. Los tamanacos, y acaso todos los orinoquenses, dicen que el bicho es un gusanillo interno, que royendo primero la parte posterior, hace después, habiéndose metido en las vísceras, el daño que hemos descrito. Entre los habitantes españoles quien lo atribuye a alguna inflamación interna de las vísceras, quien a otra cosa. A mí no me desagrada el pensamiento de los orinoquenses, pudiéndose decir por los efectos que el limón introducido durante tiempo por debajo sea contrario al gusanillo sobredicho, y lo mata. El hecho es que la cura con limón es maravillosa, [65] y aquel que por la fuerza del bicho parecía antes un cadáver, y no habría comido ni siquiera obligado con muchos ruegos un bocado, se restablece, medicado con limón, en un momento, y alegre y hambriento se sienta incontinenti a la mesa. Pero me he pasado casi inadvertidamente de las enfermedades orino-

quenses a los remedios, es decir, de una materia a otra. Es raro finalmente el bicho, y no se pasa como tantas otras enfermedades de unos a otros.

La enfermedad que como peste se desliza y llena en pocos días de enfermos o de desgraciados una reducción es el *ambíu*,[1] esto es, las fluxiones que por el calor o la humedad les sobrevienen en ciertos tiempos a los ojos. Es verdaderamente una compasión ver entonces obligados a estar en la oscuridad a los pobres orinoquenses, con los ojos llenos de sangre, aunque esta sea la menor de sus lástimas. A algunos la vehemencia del dolor les revienta del todo los ojos, y se los hace salir de manera deforme hacia afuera. Algunos se quedan a consecuencia de ello ciego, y otros con los ojos estorbados por tenacísimas nubes, sin soportar por la molestia del sufrimientos acudir a los remedios más eficaces. También yo tuve que sufrir de esto y estar inactivo entre dolores abrasadores dos meses.

No sabría decir de qué manera, comenzando las fluxiones sanguinolentas de los ojos por una o dos personas al principio, se difunden tan deprisa, contra lo acostumbrado en nuestros países, y se propagan rápidamente en los otros. Los orinoquenses, que sin saber de ordinario la verdadera causa física de las cosas, gustan por lo demás de atribuirles siempre alguna, dicen que se difunde con mirar a los ojos de quien de ella padece. Este necio pensamiento hace que no se acerque nadie al enfermo, sino [66] tímidamente; ni la madre, ni la hermana, ni ningún amigo o pariente.

No sé si debo pasar por alto lo que de la influencia dañosa de la luna se piensa comunmente en América. Dicen todos que el dormir a la luna es nocivo. Si alguno, como frecuentemente sucede, es obligado a dormir en el campo, busca para defenderse de los rayos lunares algún árbol que de sombra opuesta a la luna, y bajo esta reposa tranquilamente. Si no hay árboles cerca, para no ser dañados, como dicen, por la luna, se cubren al menos cautamente con tejidos, estando todos escondidos dentro de la hamaca en que duermen.

Oí decir muchas veces, aunque nunca tuve ocasión de verlas, de personas que durmiendo sin resguardo de la luna se despertaron por la mañana con dolores en el cuerpo y con la boca torcida. Es

---

1 Voz tamanaca que expresa las fluxiones de los ojos.

preciso decir, aun negando la causa, que América tiene muchas cosas suyas propias, desemejantes de las nuestras. Se tendría aquí por delicadísimo e insufrible al que temiese mojarse los pies. Y sin embargo, se ha oído cuánto daña este poco de humedad en América.

[67] Capítulo XI

De las enfermedades extraordinarias de los orinoquenses.

No termina con las enfermedades ordinarias la infelicidad de los orinoquenses. Pasan de vez en cuando, como pestilente contagio, por las comarcas americanas otras enfermedades que no son propias de aquel clima, sino llevadas de otra parte. Tal es la viruela, de la que hemos hablado. Tal es también la escarlatina, y tales también otros males que proceden del mutuo comercio de las naciones. No hay duda que en nuestros días los indios son felicísimos no menos por la religión católica introducida en sus países, que por la adquisición de muchas manufacturas extranjeras, de que estaban antaño privados sus antepasados. Pero es verdad también que estaban antes privados de muchas calamidades que les han sido llevadas por el trato con las naciones extranjeras.

Estaban antaño los orinoquenses, antes de que se enfrentasen con los europeos, encerrados en sus selvas, como en cercado segurísimo. Sufrían, creo yo, enfermedades, pero propias de ellos, y originadas del clima, de los míseros alimentos y de las pobres casas en que estaban. Huían acaso como de áspid, como aún hacen hasta hoy los gentiles, a las gentes de lenguaje extranjero, y si no gozaban de las ventajas que lleva el comercio con los otros, tampoco tenían los inconvenientes.

Podrían hoy, tomando lo bueno de los forasteros, mantener alejado lo malo. Pero son imprevisores naturalmente, desocupados, inertes, y de genio infantil los americanos. Si no se toman el cuidado de ellos y de su conservación y salud los misioneros y los gobernadores españoles, ellos dan paso [68] libre a cualquier mal. Lo más que suelen hacer para evitarlo es huir neciamente a las selvas, donde en la falta de alimentos y en la ferocidad de sus enemigos

encuentran la muerte que acaso habrían evitado estándose quietos y usando contra el mal los comunes remedios de las reducciones. Pero sea como sea, esto es, o estén los indios lejos, o presentes en las reducciones, mueren siempre muchísimos en los males extraordinarios.

Numerosísima antaño entre los orinoquenses la nación de los sálivas, se redujo a poquísimos por la viruela que tuvo al establecerse en las orillas del Orinoco. La escarlatina misma, ¡qué daño no hizo en estos desgraciados! Y lo que acaeció a los orinoquenses sé por libros y por personas dignas de fe que sucedió en casi toda América. No es justo el pensamiento de los escritores que creen que América fue despoblada por las armas de los primeros conquistadores. Para convertirla en poco tiempo en una soledad, si quitamos el cuidado de aquellos que mandan en los indios, bastaría la sola viruela.

Todos los libros que he leído, y entre ellos Gomara y Oviedo, y otros muchos testifican que no se conocía la viruela ni la escarlatina por los americanos antes de las conquistas de los españoles. Pero apenas se apoderaron de aquellos lugares, se descubrió la viruela en uno de los soldados del famoso Pánfilo de Narváez, y se contagió inmediatamente como peste a los isleños de Santo Domingo, y de allí pasó a las otras islas Antillas, y finalmente al continente, haciendo tales estragos en los antiguos habitantes, que horrorizan a quien los considera (Nota VII).

Pero estas son enfermedades llevadas de Europa a América, de donde los soldados, en pena de su incontinencia, trajeron la enfermedad que se llama gálica, pero que hablando con precisión no es sino americana. Digamos también de otra que es también americana, [69] pero extraordinaria. Hubo en los últimos años que yo estuve allí una enfermedad que después de haber recorrido gran parte de América, llegó finalmente a exterminar también a pueblos en el Orinoco. Quienes le daban un nombre, como es costumbre en los casos extraños, quienes otro. Los españoles de Caracas la llamaban *No me iré sin verte*, lo que quiere decir: Te haré una visita, o No me iré sin visitarte. Llenáronse de terror los orinoquenses a la primera noticia que tuvieron, y exagerando extremadamente los malos efectos, como no tenían nombre propio en sus lenguajes, la llamaron araguato,[1] esto es, dijeron a mara-

1 En tam. *aravatá*, en maip. *maravé*.

villa en una sola voz los efectos terribles de este mal, asemejándolo al toser del mono araguato. En efecto, el mal de que hablamos no era más que una tos convulsiva acompañada de una fiebre ardentísima.

Llegó por fin al Orinoco, y habiéndose esparcido velozmente por todas partes, se llevó muchísimos hacia el Creador. Dios nos libre de que llegara a América o arraigara allí la peste. Pero no sé por qué admirable providencia no se recuerda en memoria de hombre que haya llegado allá nunca, contento quizá el Señor de usar misericordia con aquellos que sin peste están sujetos a tantos males.

[70]

Capítulo XII

De los remedios usados en las fiebres, en los dolores de cabeza y en los males de pleuresía.

Son muchos y grandes los males de los orinoquenses, pero son igualmente prontos y comunmente eficaces los remedios. No es mi plan hacer, como podría, una diligente colección de aquellos usados por los españoles en comarcas alejadas del Orinoco. Fue dada a luz, alabada mucho por todos, y llena de remedios americanos una obra, la cual, bajo el nombre de *Florilegio* compuso en Méjico el Hermano Steineffer, jesuíta. Madame Fouquet también añadió a los remedios comunes en Francia los que diligentemente recogió de la obra del P. Gumilla.

De hacer un libro en este estilo, cuánto se podría decir. No hay acaso en el mundo otra región que abunde más que América en simples escogidísimos, aptos para curar las enfermedades humanas. De allí nos vienen la quina, de allí la zarzaparrilla, el salsafrás, el copaiba, y otras cien drogas de que hoy abunda la Italia. Pero como he dicho, no es mi pensamiento hablar sino de los remedios usados por los orinoquenses. Comencemos, pues, por las fiebres.

Para curar estas, como en país en que faltan médicos y boticarios, se acude a aquellos simples que se hallan indubitadamente

en las selvas y en los prados. No se piensa en modo alguno, ni lo sufrirían los bárbaros, en sacarles sangre. Yo mismo en tantos años no me la saqué sino con sumo esfuerzo una sola vez en Cabruta, y para no sujetarme a los hierros de una mano inexperta, usé siempre de aquellos remedios que se usan por la [71] gente más vulgar. Es verdad sin embargo que alguna emisión de sangre usan también los orinoquenses, pero bárbara, como diré más abajo, e indigna de ser imitada, como no lo es en efecto, por los europeos.

Entre las ardientes incomodidades, pues, que ocasionan las fiebres, bien tercianas, bien cuartanas, se pone en infusión la víspera, y se da a beber por la mañana la flor de la hierba cariaquillo.[1] Estas flores son menudas y coloradas, de olor no desagradable, y muy provechosas para refrescar y confortar a los febricitantes. Son también buenos el fruto y los tiernos retoños de la planta guamache,[2] o bien las semillas del anoto, bien machacadas en el agua.

Si estos o semejantes remedios refrigerantes no bastan para bajar la fiebre, con dificultades ciertamente, y después de muchas razones que les han dado los misioneros, algunos indios más civilizados se inducen a aceptar las lavativas. Pero lo que los bárbaros les da menos fastidio en sus enfermedades son los medicamentos diaforéticos hechos con flores de casia, de rosas, o bien de borraja, traídos de Santa Fe, y sea por el azúcar que se mezcla en estas infusiones, y que a los indios les gusta extraordinariamente, o por la utilidad que de ellas sacan, las piden muchas veces por sí mismos.

Es verdad sin embargo que difícilmente se hallan entre los orinoquenses telas a propósito para cubrirse suficientemente a fin de excitar el sudor. Empieza por no haber camas, ya que se duerme en redes. Pero tomado el remedio sudorífico, debe ser cuidado del misionero proveer a los enfermos de alguna manta de lana con que se cubran. Y esto, que en nuestra zona sería [72] una temeridad, allá, dado el gran calor que se siente dentro y fuera de las chozas, resulta bastante felizmente.

Si a la fiebre se añade, como no raras veces ocurre, dolor de cabeza, las hojas de anoto que se aplican encima son buenas para reducirlo y hasta quitarlo. No he usado sin embargo en mis do-

1 Este es el nombre español. En tam. *naruáke-yanúru* « ojo de mosquito ».

2 Nombre que se le da en español. En tam. *pachikiá*.

lores de cabeza el anoto, y para quitar de ella cualquier dolor arraigado antepongo a todos los remedios orinoquenses las hojas de la higuereta.[1] De producir fruto comestible la higuereta, podría decirse una higuera americana. Tanto se le parece en las hojas y en el tronco. Su fruto, del que se extrae una especie de aceite semejante al de lino, está hecho de racimos, y es del tamaño y del color del café más menudo (Nota VIII).

En Santa Fe del Nuevo Reino sufrí por algún tiempo de pertinaz dolor de cabeza. Dios sabe cuántos remedios usé para librarme de él, pero en vano siempre, hasta que hallé felizmente un mulato[2] que me sugirió la higuereta. Me la apliqué enseguida, y cubierta la cabeza, como él prescribió, con dos o tres hojas, y habiéndome puesto encima el sombrero, hice una pequeña excursión a caballo. No he visto un remedio más pronto. Apenas di pocos pasos, comenzó un sudor de cabeza tan copioso, que no se podía más. Me sequé al llegar a casa y se siguió un aligeramiento notabilísimo del dolor. Por decirlo brevemente: repetido dos o tres veces el remedio, quedé perfectamente libre.

Antes de los misioneros, que la introdujeron para gran ventaja de aquellos pueblos, la higuereta era desconocida en el Orinoco. Ahora se usa comunmente. Mis lectores se darán cuenta perfectamente de que yo en la descripción [73] de los remedios orinoquenses hablo siempre de aquellos que usan los misioneros. Sigamos con estos y más abajo tendrá su lugar el curar extravagante de los bárbaros.

Además de los dolores de cabeza, con las fiebres se presentan frecuentemente unidas las pleuresías, mal muy terrible en Orinoco. Es increíble cuántos mueren de estas, que también son epidémicas, entre los orinoquenses. El calor sumo, los poros siempre abiertos, la contínua transpiración, parecen cosas incompatibles con las pleuresías a quien no reflexiona sobre los imprevistos vientos, las lluvias, y el excesivo amor que los indios tienen por los baños, incluso con cuerpo sudado.

Para impedir y retardar de la mejor manera la muerte de estos desgraciados, faltando el justo remedio de una buena emisión de sangre, se han estudiado por los misioneros españoles y

---

1 También se llama tártago.

2 Nombre que en América se da a los hijos de blanco y negra.

por los más entendidos cristianos orinoquenses diversos remedios. La decocción de madera de *uanarúca*[1] hecha trocitos y dada tibia a beber, de ordinario es un lenitivo no despreciable. El más eficaz remedio es el hervido de la hierba espadilla,[2] cuyos buenos efectos he visto muchas veces. ¿Qué conexión tiene ella con los males de pleuresía? Así diría uno de nuestros médicos, y así me dijo también el célebre señor don Francisco Rodríguez, cirujano de la Real Expedición de Límites. Yo no lo sé, ni lo supo el referido cirujano, el cual por lo demás estuvo de acuerdo conmigo en favor de la virtud de aquella hierba.

Los emplastos tampoco encontrarían la aprobación de nuestros médicos para la cura de este mal. Allá, donde se echa mano de aquellos remedios solos que da el país, son de gran utilidad. Los aplican sobre la parte [74] que duele y son hierbas diversas: esto es, de guamache machacado y de verdolaga. ¿Sirven de algo? Unas veces sí, otras no.

Los eméticos no les son molestos a los orinoquenses, acostumbrados a usarlos también en sus selvas. Es demasiado violento el que se hace de cierto fruto silvestre llamado por los españoles esponjilla. El mejor de todos los eméticos es el jugo de la planta *chiviúru*[3] exprimido la noche anterior, puesto al sereno y dado a beber a los febricitantas temprano por la mañana. No es fácil de hallar un emético más suave que el *chiviúru*. Son también comunes remedios en las fiebres varios bebedizos de pulpa de casia y de jugo de limón, y parte porque refrescan, parte por temor de bicho oculto, en el Orinoco los usan sin parsimonia.

---

1 En esp. carnestoliendo.

2 Nombre español. En tam. *akéi-maracári.*

3 En esp. caña agria.

Capítulo XIII

De los remedios de las disenterías,
de la ictericia, de las fluxiones de cabeza y de los abscesos.

Como las disenterías son epidémicas, y se pasan en poco tiempo a los otros, requieren remedio más serio. Es verdaderamente un milagro que al mismo tiempo no sean todos atacados de este mal, el cual, comenzando por uno o dos, se espera por cierto en todos. Uno de nuestros médicos, sabiendo los remedios adecuados, a cuántos alargaría la vida. Pero no ya los indios, sino los mismos misioneros comunmente ignoran la causa y el remedio. Así que se ayudan lo mejor que pueden, hasta que el mal va disminuyendo o termina.

[75] Se les dan confortativos y caldos. Se procura al menos (lo que no hacen los indios sino con mucho esfuerzo) que coman algo. Otros remedios se rehusan comunmente por los menos cultos y los bárbaros. Pero al fin son ciertamente peligrosas, aunque no demasiado dañosas, las disenterías comunes. Las perentorias son las cámaras de sangre, y en estas se requiere la mano de Dios y una atención continua de los misioneros para poder curar. Así como los indios las temen mucho, saben por sí mismos que el remedio consiste en infusiones de la raíz de la guayavilla,[1] y en efecto, es de algún alivio en este mal.

A mí me pareció estimable en más medida que otro remedio el de la corteza de merey,[2] astringente no ciertamente impropio en semejantes ocasiones. Veo bien que un estreñimiento imprevisor podría acaso con el tiempo ocasionar efectos malos. Pero tuve la experiencia de que una vez que cesaba por algunos días tal disentería, volvían a tomar aliento aquellos pobres enfermos y se fortificaban visiblemente, y para los bárbaros, que en la enfermedad se entregan fácilmente como presa a la melancolía y se creen muertos enseguida, no es ciertamente poco respirar algo.

Los orinoquenses hacen burla de aquellos que discurriendo según los principios de los médicos, secundan a la naturaleza, lle-

---

1 Nombre en español. En tam. *morómo.*

2 En tam. *uoróí.*

vándola allí adonde se inclina (*quo vergit*, como ellos dicen) y dan lavativas a quien padece disentería, y eméticos a las personas cansadas de vomitar. Como no servía ningún otro remedio, quise inducir a una mujer maipure a ello, por consejo de un práctico extranjero. Pero ella volvió desdeñosamente la cara y horrorizada del pensamiento europeo, [76] poco faltó para que no nos considerara locos a los dos. He aquí el carácter de los enfermos orinoquenses. No hacen ningún caso de la muerte, con tal de que se cure el mal al modo bárbaro.

Es mal horrible la ictericia, mas como procede, según me parece, del calor excesivo, es también de remedio fácil. Cuando los tamanacos estaban todos colorados, y tenían pintado con extrañas modas el cuerpo, no me era fácil conocer quién padecía de esta enfermedad, y vi con pena morir casi repentinamente a una mujer a la que apenas me dio tiempo de catequizarla para conferirle el bautismo.

Pero con el paso del tiempo, una vez dejado por todos el anoto, por el color natural externo estuve en condiciones de inferir el estado interno de su salud. Y así, dándome cuenta de la ictericia, que les sobreviene bastante a menudo, ponía prontamente remedio a ella, y a varios los libré con darles a beber temprano por la mañana refrescantes. Es bueno como tal el fruto del anoto macerado en agua; bueno es también el limón. Pero sobre todo me agrada la hierba *accúri-matiri*,[1] la cual se tiene en infusión por la noche, para beberla al alba del día siguiente, y tengo la experiencia de que bebida dos o tres mañanas seguidas, libra sin duda del mal. La más peligrosa entre las ictericias es la negra. Soy sin embargo de opinión de que para todas es muy buena esa hierba.

Cuando no es común, ni el mal pasa fácilmente de unos países a otros, puede con alguna tranquilidad pensar el misionero en el remedio. Pero he aquí otro que comenzando por uno, se extiende rápidamente a muchos, quiero decir la tos. No es solamente contagiosa la tos, sino un mal periódico entre los orinoquenses, y debe [77] esperarse cada año dos veces, al comenzar y al acabar las lluvias. Es verdaderamente una compasión oir toser por todas partes en aquel tiempo, y parte porque muchos tienen ya el catarro, parte porque a otros les parece por miedo tenerlo, no cesan nunca

1 Teta de picure.

ni de noche ni de día de toser casi a porfía. Dándoles agua caliente con azúcar, no sólo la agradecen, sino que en ella encuentran agrado.

Para los dolores de cabeza, allá no infrecuentes en quien tose, se usa aplicar a las sienes emplastos de sebo extendido en trocitos redondos de papel agujereado de propósito, y son comunmente útiles. Es también remedio universal untar de sebo la punta de la nariz y las sienes. Si se opone la crítica de nuestros médicos, no tengo dificultad en asegurar que el bendito Dios suple de manera admirable a las necesidades de los enfermos en aquellos lugares, aun con los más triviales remedios, satisfecho acaso de cualquier medio caritativo que se use para aliviarlos.

Terminemos este capítulo con los abscesos. De estos unos son pequeños, poco molestos, y casi desahogo externo de la sangre. Otros son grandes, dolorosos sumamente, y que superan la paciencia ordinaria de los bárbaros. Optimo remedio de los segundos (porque los primeros no se cuidan) es aplicarse una hoja de pimiento llamado ají del pajarito, untada con sebo caliente a modo de emplasto.

Tuve en el pulgar de la mano izquierda un grano desgraciadísimo, por cuyo dolor sufrí espasmos por mucho tiempo. El remedio forastero que me fue ofrecido agravó con mucho el dolor. Pero habiéndome puesto, por sugestión de un entendido la susodicha hoja, sentí al momento un gran alivio, [78] se puso a supurar al poco tiempo, y sanó perfectamente. Pero no siempre para los abscesos grandes y extraordinarios es suficiente la hoja del ají antes citado. Remedio oportunísimo para curarlos es el cebo bien amasado con jugo de limón, y extendido por encima a modo de ungüento. No menos de la virtud de la hoja del ají que de este ungüento soy testigo ocular.

Puesto que, acaso con molestia de los lectores, tratamos de las úlceras, hablemos de la *marána*, llamada de otro modo copaiba. No es buena para curarlas la copaiba, pero es remedio precioso si se aplica inmediatamente para sanar las heridas recientes. Si se deja por algún tiempo enfriar la herida, es necesario después, cuando ha comenzado la llaga a curarse, pasar a los abstergentes. No sería entonces sino de poca o ninguna eficacia la copaiba, y es precisa la miel de la cucuísa, esto es, el jugo del áloe vulgar cocido y convertido en miel, o bien, un emplasto de la corteza

bien machacada del guásimo,[1] la cual es de maravillosa eficacia para este efecto.

No es la virtud de la copaiba sino para los diligentes y listos. Fue herido con macana en la cabeza en uno de los acostumbrados bailes el tamanaco Saverio Marevó. El cabo de los soldados Juan de Dios Hernández tomó enseguida un cacharro y escaldando allí ligeramente copaiba, le untó la herida, atando encima un trozo de tela de lino. Sucedió esto por la tarde. A la mañana siguiente se había cerrado perfectamente la herida, y Marevó estaba curado. Dos palabras sobre las escrófulas: nunca supe de los orinoquenses, ni acaso lo hay, remedio para este mal. Para aliviarlo en cierto modo, mejor que para curarlo, como yo pienso, ponen en ellas ceniza.

[79] Capítulo XIV

De los remedios del bicho, de las fluxiones de ojos y de otras enfermedades del Orinoco.

Ningún remedio, creo yo, hubo antaño entre los orinoquenses para el formidable mal del bicho. Acostumbrados desde los más tiernos años a creer que viene de veneno toda enfermedad, en una activísima y perentoria como el bicho, esperaban de él muerte pronta. No tengo noticia, ni lo he hallado hasta ahora en ningún escritor, de quién fue el primero en usar del limón en su curación. Sé por lo demás que este modo de medicarlo es comunísimo hoy, y el mejor no sólo entre todos, sino acaso el único.

El bicho, además de los síntomas ya dichos, lleva consigo dolor de cabeza, y para curarlo com método, se da primeramente al enfermo a beber gran cantidad de jugo de limón mezclado con agua, haciéndole después sorber algunas gotas por las narices. Si esto último está bien, no sabría decirlo. Pero se bien que sorbido así por la nariz se cree provechoso en el Orinoco.

Tal vez, dada la fuerza del bicho, no es bastante el jugo solo del limón. Entonces (remedio bárbaro de veras) se mezcla con él hollín y pólvora de arcabuz, y esta horrible bebida negra hay que

1 En tam. *poye.*

pasarla, si se quiere curar. Mas esto no basta. Una bebida tan frígida reduciría ciertamente el mal, pero no quitaría del todo el maleficio. Es preciso pasar absolutamente a la aplicación del limón en la parte trasera. Quitándole, pues, la corteza, se introducen dos o tres gajos, y si se siente dolor al meterlo es buena señal, no ocasionando [80] ningún dolor cuando el bicho se ha pasado y ha tomado poder. En el cual caso se dobla la dosis, y si esta no basta, se pasa a lavativas de puro jugo de limón, las cuales ordinariamente lo vencen.

Así hice curar, estando extremadamente crecido el mal, al cabo por mí nombrado arriba. Como era más que ningún otro práctico en el país y en los remedios comunes, Hernández, no creyéndose enfermo del bicho (lo que acaece a casi todos), rechazaba pertinazmente el limón. Fue después de muchas instancias, cuando no había tomado por algún tiempo ningún alimento, inducido por una mujer a tomar una lavativa de sustancia, como ella dijo: y habiéndole aplicado un clister de jugo de limón, al sentir el picor interno, saltó inmediatamente sobre el lecho. — No es otra cosa, le dije yo entonces: estáis curado del bicho. — Y en efecto fue así, mudándose la escena melancólica de un hombre antes delirante y oprimido por el sueño en otra, de una persona perfectamente sana y hambrienta.

Vi también en semejantes terribles circunstancias a un misionero que me era querido.[1] Lo peor fue que, como en viaje por el río, no habíamos pensado en llevar el clister para caso tan repentino. Suplió bien que mal una bolsa de tabaco, llena de jugo de limón, a la cual por sifón fue aplicada una caña de río. Curó enseguida, y habiendo descansado a la boca del río Suapuri tranquilamente el resto de aquella noche, seguimos alegremente el viaje.

Siendo de tanto uso por el calor contínuo y para la cura del bicho, el limón se planta por todas partes y crece allí felizmente. Pero en los tiempos de sequía, o como allí se dice, en el verano, faltan al fin los limones. Algunos los conservan largo tiempo, lindos y frescos debajo [81] de las chozas, en la arena. Pero como al fin se pudren, es preciso remedio más duradero, y se hace necesario exprimir a tiempo los limones, cocer ligeramente el jugo

---

1 El difunto Sr. Abate Juan Bautista Polo.

y guardarlo en frascos bien tapados para las necesidades cotidianas. Y aunque no sea tan poderoso como el fresco, suple en los males doblando la dosis ordinaria. A falta de limón dicen que es bueno curar el bicho (acaso porque es de calidad frígida) el retoño tierno del árbol candelero.[1] Pero yo no lo he usado nunca.

Pasemos a las fluxiones de los ojos. Para quitarlas, según los principios de los habitantes civilizados, se usa agua fresca de la mañana, buena para refrescar los ojos y para aliviar el dolor. Otros ponen, con poco o ningún provecho, clara de huevo. Otros prescriben los baños de agua caliente en las piernas, manteniendo entre tanto los pies en una palanganita llena de agua, también caliente. Durante el día además se refrescan los ojos con algún trapo de lino mojado en agua de rosas. Agua de flor de saúco no se halla allá. Son por consiguiente, como se ve, remedios todos debilísimos, y para curar es preciso tener paciencia y tiempo.

Los indios, cansados de estar sin hacer nada a oscuras tan largo tiempo, no tienen repugnancia por los más crueles medicamentos, y se oye con horror que muchas veces algunos han metido en los ojos el ají pulverizado. Salen con él, como dicen, todos los excrementos de los ojos, y haciéndoles lagrimar y sufrir mucho tiempo, quita prontamente todo mal. Pero no son ésto sino bárbaras locuras o imaginación de quien sueña velando. Para quitar las nubes recientes no es por lo demás inoportuno el remedio orinoquense de masticar en ayunas [82] uno o dos granitos de sal, e introducirlos, junto con la saliva, en los ojos. Repetido muchas mañanas el remedio, lo he hallado bastante bueno, quizá porque la sal es abstergente de la infección.

Y he aquí esbozado los más usados remedios de las enfermedades orinoquenses. Hay sin duda otros, pero no tan comunes como los que he dicho. El escorbuto, que se llama en el Orinoco el mal de Loanda, y que se cree llevado a aquel continente por los negros, es común a bastantes, y algunos tienen estropeadas las encías de extraña manera. Quien está libre de él se mantiene lejos de beber en vaso usado por aquellos que de él sufren, para no incurrir también él en el mal.

Concluyamos, para decir esto también, con los pies mojados. Es increíble cuantos males sobrevienen a aquellos que en América no se cuiden de bañarse. La humedad que lloviendo o pasando

---

1 Palabra española; en tam. *croréta-yapponí*.

por los lugares pantanosos y por los ríos se mete en los pies, produce males increíbles a la naturaleza humana. Por lo cual todos ponen mucho cuidado en llegando a casa de lavarse muy bien con aguardiente, y es un remedio no menos común que provechoso. Quien puede no sale de casa en tiempo de lluvia. Muchos, para mejor defenderse de la humedad, además de los zapatos usan zuecos. Este mal, por lo demás es propio, como allá dicen, de la gente blanca. Los indios, los cuales van siempre descalzos, no se cuidan de bañarse, ni acaso les daña tanto como a los europeos, pues tienen la piel durísima del continuo andar.

[83]

Capítulo XV

De los contravenenos.

No hay quizá en todos los países que he recorrido lugar alguno en que se hable más de veneno que en Orinoco. Indios y españoles lo tienen contínuamente en boca, y todos lo temen igualmente. No me produce ningún asombro el temor, o digámoslo más justamente, la desconfianza de los españoles. Dándose bien cuenta, no es más que mantenerse prudentemente en guardia y estar cauto frente a males que les pueden amenazar de parte de gente aún bárbara y que no está del todo contenta con los cristianos. Pero el temor que los indios tienen no ya de los españoles, a los cuales saben muy bien que les es desconocido el vil oficio de quitar la vida por medio ocultos, sino a sus semejantes que conviven con ellos, los indios mismos, nunca supe comprenderlo. Bebió uno, por ejemplo, la chicha,[1] y murió después de algunos días de cualquier enfermedad: bebió veneno. Muere otro cuya mujer se distinguía por su fidelidad, quitóle la vida con veneno preparado su rival. Mueren todos o de pleuresía o de flujo de vientre, o de semejantes enfermedades naturalísimas, y sin embargo se dice que todo el mal ha venido de veneno.

---

1 Bebida india.

Por mi parte, yo no podría dar nunca crédito a charlas tan pueriles. Habría creído faltar contra mí mismo si hubiera desconfiado de la asistencia que Cristo ha prometido a los predicadores de su evangelio;[1] contra los indios, que me amaron o me respetaron siempre, si les hubiera preguntado [84] impertinentemente por hierbas o simples venenosos. En suma, digo ingenuamente que de venenos no sé nada, si exceptuamos aquellos que a todos nos son conocidos en el Orinoco, esto es, los procedentes de las mordeduras de los insectos y de los reptiles venenosos. Quiere el buen orden que diga los contravenenos de ellos, y hélos aquí brevemente expuestos.

El colmillo de caimán se dice que es un contraveneno potentísimo. Yo no lo sé por experiencia. Pero sé que teniéndolo en gran estima los habitantes españoles y los negros, no hacen ningún caso de él los orinoquenses, excepto la costumbre de llevar algunos de estos dientes enhebrados a guisa de collar. Entre los habitantes españoles y entre los negros, ¿quién hay que esté sin ellos o que no lleve al menos uno atado al brazo, colgado del rosario, o de otra manera? Se cree que llevándolo encima es un antídoto contra todo veneno.

No es conocido de los salvajes, pero es muy celebrado entre los pobladores españoles el siguiente contraveneno: el cuerno del ciervo, que bien calcinado se usa en las mordeduras de serpientes. Se toma un trocito de este cuerno, se aproxima a la herida, e inmediatamente se pega a ella. No me parece que se una a ella demasiado tenazmente. Pero si no se quita, dura mucho tiempo. Su efecto es admirable, y no he visto a nadie morir curado de esta manera. De la misma manera, o bien raspada y dada a beber en aguardiente, se usa la frutilla de San Ignacio, y tiene el mismo efecto. Ya he dicho que con esta curé a los mordidos por arañas coloradas.

Pero el remedio más común, más a la mano, y menos costoso en aquellos lugares es la hoja de tabaco. De [85] esta puede uno fácilmente servirse en las mordeduras venenosas y en cualquier otra ocasión. Se mastica bien, se traga parte de la saliva, y la hoja masticada se pone a modo de emplasto sobre la herida. El efecto es pronto y feliz. A los indios les es conocida la potente virtud

1 MARCOS, XVI, vers. 18.

de esta hierba, y por juego hacen pruebas, salpicando con dos o tres gotas la cabeza de los sapos, que mueren en el acto, extendiendo las patas y temblando. Dícese que en la cabeza de las serpientes, y en la de cualquier animal venenoso hace el mismo efecto.

No soy testimonio ocular de la virtud del gengibre.[1] Pero si hemos de creer a un honrado español de Cumaná[2] que me lo dijo, es remedio eficacísimo, y aun antídoto contra el veneno. He aquí el hecho que me contó. Hubo en las cercanías de Cumaná un religioso de San Francisco, al cual, para quitarle la vida, sus indios dieron muchas veces veneno. Pero no habiéndole nunca hecho daño, le dijo un día un indio: — ¿Qué comes, o qué remedio tienes contra el veneno? — No tengo ninguno, repuso el misionero, y entre tanto le trajeron el chocolate. — Ah, hélo aquí, dijo el indio. — ¿Cómo?, replicó el padre, ¿dónde está?. — El gengibre, repuso el indio, que bebes cada día te ha conservado la vida hasta ahora. — Yo también lo usaba, y sirvióme de no pequeño gusto oir para confirmar mi afición el relato del cumanés.

El jugo de la yuca, que en Orinoco se llama *catára*, es un veneno. Veneno también muy poderoso es cierto ungüento con el que los indios untan sus flechas. Pero de él hablaremos en lugar más adecuado.

[86]

Capítulo XVI

De los médicos orinoquenses.

No se crea que voy a hablar de los médicos al uso nuestro. Estos en mi época no los había, y creo rarísima la reducción donde se halle alguno. Pero rarísimo es también en las regiones americanas un pueblo donde no haya muchos que creen estar en condiciones de curar a los enfermos. Y algunos, es verdad que groseramente, pero otros a falta de verdaderos médicos, tanto hombres, como mujeres, entienden de medicina y aplican remedios varios en los

1 En tam. *tinéme*, en esp. agengibre.

2 Don Luis Alemán.

males. De estas tales personas (como usan siempre remedios caseros y nada nocivos a los enfermos) se hace comunmente gran caso. Y en verdad algunos son afortunados en sus curas, y tienen hacia los enfermos una caridad sorprendente, no dudando por eso los enfermos, aun en las ciudades en que hay médicos, servirse mejor de estos en sus necesidades.

En el Orinoco, país de solos indios, eran pocos los extranjeros cristianos prácticos en curar males. Pero algunos venía, y era, además de los misioneros, algún alivio y ayuda a los enfermos. A estos prácticos se acudía en las enfermedades y se escuchaba con atención su parecer. Pero yo terminaré enseguida mi discurso si hablo sólo de los médicos cristianos. Hablemos, puesto que así lo exige el orden de la materia, de los médicos bárbaros.

También los bárbaros tienen sus médicos, y como personas más sagaces que las demás, ocupan un rango eminente entre su nación. Diremos primeramente sus nombres. Los maipures los llaman *marirri*. Les dan el [87] nombre de *yachi* los parecas. Entre los tamanacos se llaman *pchiachi*. Mas para suavizar esta palabra y hacerla menos bárbara, ha sido cambiada en *piaches*[1] por los españoles y se ha convertido en el más adecuado nombre de estos médicos. Erró enormemente, y se verá también en otra parte la prueba, quien escribió, engañando a los que están lejos, que *Piache* es el dios adorado por los orinoquenses, no siendo, como allá saben hasta las mujercillas, más que el nombre de sus médicos. Y para aducir una razón sensibilísima y verdadera, el cirujano europeo arriba citado era comunmente llamado por los maipures *uavémi marirré*, y por los tamanacos *ponguéme-pchiachíri*, que es como decir el piache de los blancos.

Están en gran estima entre los orinoquenses sus piaches. Creen que conocen no sólo las virtudes de toda hierba, y su nombre propio, sino las cosas aún más abstrusas y más ocultas a las miradas. Ninguno en efecto sabe mejor que los piaches, que hacen un estudio particular de los vegetales, el nombre de las hierbas, y si, como tal vez acaece lo ignoran, no dudan, para no parecer ignorantes, en formar uno nuevo. Si los piaches usaran bien de las virtudes dadas por Dios a las hierbas, serían dignos de alabanza. Por lo cual, los médicos o piaches chilenos, llamados vulgarmente

1 También se llaman en español mojanes.

machi en aquel reino[1] son muy buscados en las enfermedades, no menos por sus connacionales que por los habitantes españoles.

Si con todo, de lo que yo vi se pueden inferir prudentemente por analogía de materias las cosas aún lejanas, me parece temerario el que para curar sus males se sirve de los piaches. Confieso que saben lo bueno de las hierbas, pero saben también lo malo, y [88] siendo gente perversa como son, por enemistad o por otra finalidad suya se aplican voluntariamente a los simples que creen a propósito para sus designios. Más por este motivo que por el bien que de ellos esperan, los piaches son mirados con veneración, o digámoslo justamente, con horror por los orinoquenses.

Temen todos en sus enfermedades haber sido soplados o de otra manera envenenados por los piaches, y aunque las verdaderas causas de las enfermedades existan demasiado, no saben sin embargo hallar otra sino el ánimo enemistado con ellos de los piaches. Apenas se difunde un mal, dicen que ellos han envenenado el charco donde se saca el agua. Dicen que ha tocado la *maraca*[2] por la noche y que ha soplado con aliento venenoso en aquel lugar en que tantos mueren. Tal vez se dice que ha sido enterrada por los piaches en algún camino por el que se pasa comunmente una hierba venenosa con la que se produce muerte a la gente. Son no raras veces necedades y cosas no dignas de ser creídas las que temen de los piaches los orinoquenses. Pero es verdad también que entre tantas que se dicen de ellos hay también muchas verdaderas.

He aquí un hecho concluyentísimo: muchas veces oi con indiferencia los lamentos que a propósito de cierto piache quirrupa, que vivía en mi reducción, hicieron los maipures. Pero habiendo sido finalmente puesto a cargo del cabo Juan de Dios Hernández tanto para seguridad, como para tranquilizar a los indios, se llegaron a ver las cosas que tenía. Fueron encontrados en sus cestillos ollitas y calabacitas llenas de ungüentos nunca vistos, y con ellas se hizo, con gusto de todos una hoguera. No se contentaron con esto los indios, y para quitarse de encima toda sospecha de mal, quisieron que se le condujera en cadenas [89] a Cabruta en manos del comandante señor don José Monroy, y después que se

---

1 OVALLE, lib. I, cap. 2 de la *Historia de Chile*.

2 Calabaza pequeña con piedrecillas dentro.

le alejara para mayor seguridad al Macuco.[1] Dícese que en aquel lugar, dejando su arte de envenenador, se portó bien.

Vi también en Cabruta puestos en el cepo por el señor capitán Navarro a dos viejos sálivas a los cuales, por sospechas de piachismo, atribuían sus paisanos las enfermedades de la reducción de Carichana. Y también, con todo el odio que les tienen los indios, encuéntranse ordinariamente piaches en toda nación. Pero sobre todas las otras es célebre la de los aruacos, y sus piaches gozan de las mayores alabanzas. Los cáveres y los guaipunaves, como valerosísimos, aborrecen en extremo el arte oculta de dañar, y son acaso los únicos entre quienes no se cultiva. Entre los maipures no faltan nunca, y aunque sean de índole amabilísima, son odiados por muchos por esta razón. Murió en Cabruta de enfermedad, como yo pienso ordinaria, el P. Rotella. Pero los cáveres y los guaipunaves, de los cuales era muy amado este misionero, creyeron que lo habían envenenado los piaches, y tocando enseguida al arma, quitaron de en medio a todo maipure sospechoso.

[90] Capítulo XVII

Carácter de los médicos y de los piaches orinoquenses.

Desde pequeños (y Dios sabe con qué medios diabólicos) van todos a la escuela y son instruídos los muchachos en el arte de curar por algún piache famoso que han sido por él vigilados durante tiempo y por su malicia o habilidad son creídos aptos para el piachismo. Les dan lecciones en espesas selvas, lejos siempre de la vista de otro, y al cabo de algunos años, he aquí que son de repente piaches y doctores. No llevan insignias por las que se conozca el nuevo grado. Pero la mirada grave, la vida solitaria, la larga cabellera lo demuestra. Tienen un continente más severo que el común de los indios, y seguros de vivir a costa ajena, llevan vida ociosa y desocupada de ordinario.

---

1 Nombre de una reducción sobre el río Meta.

Presiden en las reuniones de las naciones y en los bailes, y con la maraca en la mano, la cual hacen sonar de contínuo, conducen el coro de los hombres y de las mujeres. Ninguno se atreve a oponerse a lo que un piache prescribe, y si él quiere, hacer dar vueltas a su talento a una nación entera, admitiendo si le place al misionero, y si no lo consiente, haciéndole llenar de flechas. En las enfermedades, diciendo versos que ellos solos entienden, tocan perpetuamente su maraca a los enfermos y cogiendo de vez en cuando los labios o la cabeza, o bien a los brazos o al pecho, o a otra parte doliente de los enfermos, fingen sacarles piedrecillas o espinas, y lo que antes de la cura tienen los piaches preparado en la boca, dicen que lo han sacado de los miembros de aquellos.

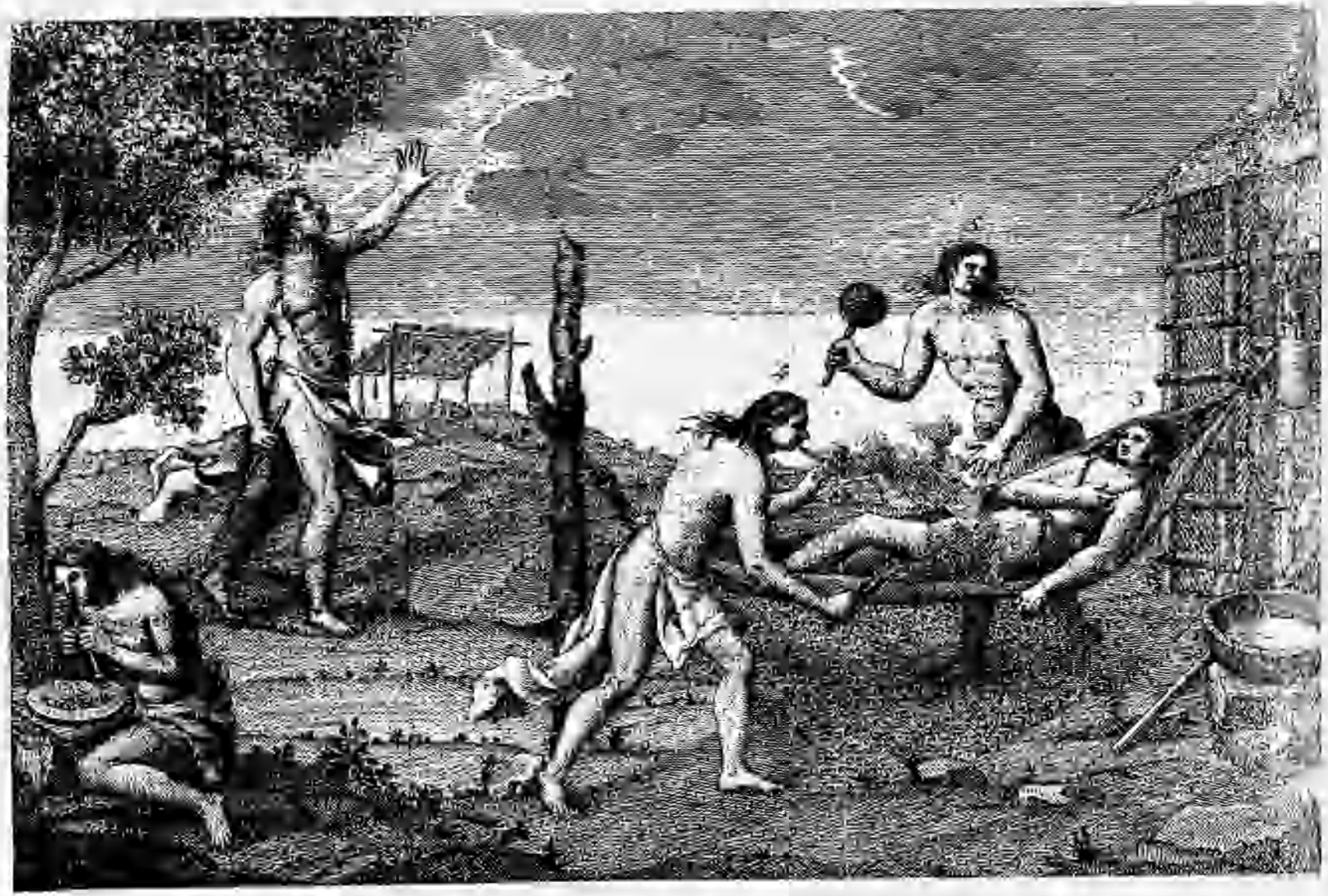
[91] Hay quien lo cree, y hay quien no, siendo bien conocidas las bribonerías de los piaches. He aquí una prueba. A los maridos de las parturientas, bajo pena de que muera el niño si no lo observan, prescriben los piaches un ayuno rigurosísimo. No pueden entonces comer sino un poco de cazabe,[1] y beber sólo agua, teniendo lejos de sí toda chicha. En aquellos primeros días del puerperio un marido indio en su ayuno está tan inactivo y tranquilo, echado continuamente en su red, como si fuera él el parturiento. Dios le guarde de que mate entonces a un pez. Creería, engañado por los piaches, que atraviesa con la flecha al niño.

Pero no todos se lo creen, como antes decíamos. En mi reducción, en la que como en toda otra nueva los indios eran al principio gentiles, dio a luz la mujer de Yucumare, persona conocidísima en aquel lugar. No se vio a este, como a los demás, estar inactivo en su red. Partió, apenas fuera de cuidado la mujer, y no volvió sino pasado el tiempo del ayuno prescrito. Le pregunté, dada la novedad del caso, por la causa de su ausencia. Y él me dijo: — Ya sabrás el ayuno ordenado a los maridos de las parturientas por nuestros piaches. Me he ido para evitar no menos los ojos de los piaches que de aquellos que les creen, a hartarme de pescado en el arroyo Cara.[2] — Me reí, no tanto por aquella chispa de razón que se descubría en él mayor que en los otros, cuanto por la esperanza que tuve de encontrar en él una persona apta para comprender la religión cristiana. Mas su debilidad no eran

---

1 Pan indio, o pan de palo, como dicen los españoles.

2 Nombre de un riachuelo, poco lejano de la Encaramada.



por entonces las supersticiones de los piaches. No cambiemos de tema.

[92] El arte de los piaches, sus imposturas y vueltas, además de la comida, que siempre tienen segura, por el temor o la liberalidad de los enfermos, no tienen comunmente por objeto sino las mujeres. Escogen por mujeres a las más bellas, no perdiendo entre tanto de vista a las ajenas. Para el cual fin les es muy oportuno el arte de curar. Escuchemos, por callar muchos otros, un relato que me hizo don Simón Goitia, señor muy amable de la isla Margarita.

Cierto piache aruaco, como él me dijo, tocó largamente la maraca en torno a una joven enferma de su nación, y habiéndose enamorado fuertemente, fingió tener necesidad de una hierba. Dijo que era inútil la música y los versos, e indujo astutamente al marido a buscarla en sitio lejano. — Allá en aquel monte, dijo el bribón, hay una hierba de tal clase, y nada más oportuno se encuentra en el mundo para curar los males de tu mujer. — La describió brevemente y añadió: — Ve deprisa, y tráela pronto, si te es cara su salud. — Sabía bien el sucio piache que bastaba para su criminal designio algún tiempo. Pero el deseo de ver curada a la mujer dio alas al infeliz marido, y vuelto de improviso, al no oir ruido de maraca ni canto alguno en la choza, sino todo quieto y tranquilo, cogió al malvado en su delito. Si fue capaz de darle una paliza no lo sé. Pero dado el miedo que todos tienen a los piaches, apenas lo creo.

No son sólo bribones los piaches, sino también jactanciosos de modo insoportable. En otra parte se les ha oído pregonarse dueños de hacer temblar la tierra bajo sus pies. Ya se ha oído también sobre aquel piache otomaco que en el terremoto de 1766 exhortaba a los indios a agarrarse a él para levantarse en el aire con él mismo. Pero aquí no [93] terminan las inepcias con que engañan a los pueblos. Dicen que la luna es herida por ellos, y por eso enrojece y se pone sangrienta, en sus deliquios. Creen que traen y que alejan a su talante las lluvias. Cuando se enturbia, como allá ocurre, con hórridas nubes el cielo, se ponen a soplar para alejarlas, como ellos dicen, y dirigiendo sus soplos ora a una parte del cielo, ora a otra, se cansan aún más soplando que lo que se agotaron gritando los profetas de Jezabel.[1] Vi traído de las aldeas

1 III Libro de los Reyes, XVIII, vers. 28.

de los parecas un rosario de que se servían para encantar las lluvias, y era una sarta de raicillas olorosas dispuestas de aquella manera en que acostumbramos los rosarios. Del cuello, de donde lo suspenden en las lluvias, llega hasta las rodillas, y con él encima soplan a las nubes mientras que las hay.[1]

Aunque los piaches se jacten de su arte delante de sus simples compatriotas, se enojan sumamente si son llamados piaches también en presencia de los misioneros, y cuando se les pregunta si lo son, temiendo que sus artes sean descubiertas, dicen ciertamente que no. Y sin embargo yo, curiosísimo cada vez más de espiar sus usos, tuve una vez el gusto de que uno de ellos sencillamente me lo dijera. La causa fue del modo siguiente. Habiendo ido yo al río Túriva para hablar a los areverianos gentiles, tuve que pasar con ellos la noche para buscar sitio oportuno para hacer una reducción.

Para aliviar el aburrimiento, estando todos nosotros sentados a la orilla del río una tarde, dije riendo a uno de los jóvenes si era piache. (Nótese aquí de una vez para siempre que para comprender ciertas verdades de los indios se [94] requiere una agradable viveza). — Yo no lo soy, repuso el joven, pero nuestro cacique lo es. — Quedé verdaderamente sorprendido de la dulce respuesta, puesto que entre indios reducidos no podía yo esperármela sino desagradable. Tanto, bien porque los cristianos odian a los piaches, bien porque al revelarlos se temen sus ofensas, tanto, digo, huyen hablar de ellos. Habiendo tomado ánimo, mezclando algún otro breve discurso, hice la misma pregunta a otro joven. — No, repuso él también, he aquí el piache, me dijo, señalando al cacique.

El placer con que el buen cacique sentía ser llamado públicamente piache por sus salvajes me dio lugar de preguntarle finalmente también a él. — Lo soy, me dijo de repente, y si no estuviera demasiado lejos de mi choza, te mostraría de buen grado los instrumentos de mi arte. — Dicho esto se calló, y entonces, tomando ocasión de alabar al cacique, que por humildad se callaba, otro joven dijo: — Nuestro cacique sube todos los días al cielo. — Dios sabe cuánto me costó contener la risa ante esta extravagantísima expresión. Pero disimulando lo mejor que pude, dije: — ¿Y

1 Véase la lám. III, núm. 2, donde está un piache pareca en acto de soplar hacia las nubes.

qué ve allí? — Ve allí a Dios, replicó él, que da de comer sus alimentos a los tigres, como las mujeres echan maíz delante de sus gallinas.

Los soporté con la esperanza de hacer de una persona tan despierta un prosélito de Cristo. Pero Dios me llamó, sin volverlo a ver más, al cabo de pocos meses a Italia. Estuvieron suspensos ante tan largo relato los soldados y los neófitos que me acompañaban. Pero en fin, les dije (traslandando al español la narración), he aquí un San Pablo. Y dando justo desahogo a la risa, se pasó más alegremente la tarde. Pareció bastante extraño, y nunca antes oído del cabo Juan de Dios, el sincero relato del piache areveriano, y tanto él como yo esperábamos [95] grandes cosas. Y de verdad que si no es, como éste, despiertísimo un piache, el cielo está cerrado para él.

Se jactan los piaches (continúo diciendo sus trapacerías) de trasformarse en tigres y en otros feroces animales, y tanta abundancia de tigres que a veces se ven en la estación lluviosa creen los orinoquenses que son piaches venidos de entre los guamos o bien de los otomacos. Se jactaba otro de caminar por debajo de tierra desde el lugar de las misiones jesuíticas hasta las bocas del Orinoco. Este mismo (tanta es su orgullosa vanidad) decía que había visto la boca del infierno, que era muy estrecha y que por sí misma no daba entrada a los hombres. Así este no sólo se engañaba a sí mismo, sino a sus connacionales. Canturreando, me decía Caravana, el cacique de los maipures, y pronunciando versos, como tú cuando dices el oficio, saltan los piaches el infierno y pasan del otro lado.

Grandes cosas hemos dicho de los piaches. Querría sin embargo, para formar el justo concepto de ellos, que los lectores se persuadieran de que no todo piache es malo. Ninguno habla las lenguas mejor que ellos. Son elegantes, de espíritu, e ingeniosos en el decir. Si usaran bien de la ciencia que al cabo tienen, podrían servir de mucho para la conversión de los indios. Saben las tradiciones antiguas de los pueblos y otras cosas no despreciables. Pero instigados por el enemigo común, mezclan con ello increíbles inepcias.

[96]

Capítulo XVIII

De las curaciones de los piaches.

Tres son especialmente los medios con los cuales, por indicación de los piaches, los indios creen que recuperan su salud: los baños, las emisiones de sangre, el ayuno; y los tres serían buenísimos en algún sentido, pero son malísimos de ordinario en el de los orinoquenses. ¿A quién se le pondría en la cabeza usar los baños en las fiebres ardientes? Pues nuestros salvajes, imaginando que se quitan todo calor febril con el agua, lavan contínuamente a los enfermos, echándosela por la cabeza y por todos los miembros.

Este uso bárbaro es apoyado por los tamanacos con fábulas. Dicen que cierto piache, cuando murió un tamanaco, pidió a los circunstantes agua para reavivarlo. Salió inmediatamente uno para ir en busca de ella. Pero no trajo el agua que se requería para tal objeto. — Hemos perdido el intento, dijo el piache. Si tú hubieras traído el agua del lago, el muerto hubiera vuelto a la vida. — Con este bien necio fundamento, cuando están aún recién salidos de sus selvas, y no han escuchado aún a los misioneros, no terminaban nunca con sus lavados, que después dejaron.

El segundo medio, esto es, las emisiones de sangre, no serían sino muy laudables. Pero es extravagante la manera como se la sacan, haciendo con navajas de afeitar o con huesos agudos de pez cortes perpendiculares bien sobre la superficie de las piernas, bien de los brazos o del pecho. Este modo de sacar sangre, común a casi todos los orinoquenses en sus males, es usado por los otomacos también cuando están sanos, y cuando están calentados por el sol [97] en el trabajoso juego del caucho,[1] se hacen de la manera sobredicha una sangría para refrescarse.

Para quien no conoce, como ellos, las lancetas de nuestros cirujanos, no parece ciertamente inoportuno el remedio, como tampoco el de ligarse apretadamente la frente con cortezas de los árboles en los dolores de cabeza, y el pecho y los costados en los males agudos. Hacen finalmente las veces de pañuelos.[2] Pero el

---

1 Así se llama en español, o pelota otomaca. En tam. *arbará*.

2 Véase la lám. III, núm. 3, donde está una orinoquesa enferma.

ayuno en las fiebres incluso intermitentes es inoportunísimo. No comen casi nada, y si toman también alguna comida, son alimentos nocivos; y con la fiebre encima se les ve chupar caña de azúcar, o bien comer algún mísero fruto, cosas, como saben los prácticos de aquellos lugares, aptas para aumentar, y no para disimular las fiebres.

Cuanto los indios en sus enfermedades odian los alimentos, otro tanto desean las bebidas de maíz cocido o de yuca. Estos son los únicos confortativos que son ofrecidos a aquellos pobres en sus languideces. Acércase con cara triste una madre a la red en que yace enfermo su hijo y le dice: — He aquí tu bebida. — Si el enfermo la toma, todo va bien. Pero si tuerce el gesto algo o muestra que no quiere beber, no hay cuidado de que lo fuerce, sino que la pone en tierra junto a él, sin decirle siquiera que beba, y se sienta silenciosa y sin pensar en su red. El enfermo está él también en silencio, y quietísimo, sin prorrumpir nunca en un lamento.

Venga en esto mientras el misionero , y tóquele [98] el pulso. Y he aquí las maravillas de todos: pues los indios no conocen la fiebre sino por el ardor de los miembros y por otros síntomas extraordinarios, no habiendo entre ellos ninguno que sepa distinguirla por los movimientos irregulares del pulso. De los misioneros o de cualquier extranjero o soldado aprenden por primera vez la costumbre de tomar el pulso a los enfermos. He aquí un caso graciosísimo que me aconteció con una mujer maipure. La mujer de cierto Uavirri, como recién traída de los bosques, no conociendo siquiera el fin para el que le tomaba el pulso según mi costumbre, quedó grandemente maravillada. — Te equivocas, me dijo, no tengo mal alguno en mis manos, sino en la cabeza. Tócamela, dijo, si quieres conocerlo. — He aquí en qué estado o de simplicidad o de rudeza se encuentran estos infelices antes de conocer al misionero. Pero desde que desalojados de sus selvas se ponen bajo su dirección, mudando sus costumbres salvajes en cristianas y civiles, se vuelven muy distintos de lo que fueron antaño y agradecen sumamente los remedios que les son dados por los misioneros en sus enfermedades.

Volvamos un poco a los piaches que hemos abandonado, y demos por encima otra ojeada a sus supersticiosos remedios. Tienen, si les creemos, remedios oportunos para todo mal. Primeramente el soplo, acompañado de versos y de ensalmos que saben sólo ellos,

es el más eficaz de todos. Pero no son más que charlatanerías. Charlatanerías de modo semejante, y remedio ineficaz (si no es que concurre el demonio) es el sonido de la maraca, con el cual molestan día y noche a los enfermos. Charlatanerías son los humazos de hoja de tabaco con que apestan a los enfermos contínuamente.[1]

[99] No se permiten ya las imposturas de estos en las reducciones, y si alguno se arriesga a usarlas, escoge para la diabólica cura las selvas más espesas, para esconderse allí con su enfermo y medicarlo sin que lo sepa nadie más. Esta raza de indios mal nacida tiene sin embargo algo bueno, y como dijimos antes, es maravilloso en los piaches el conocimiento de hierbas. No me toca a mí decidir de la virtud que les es atribuída a estas. De algunas oí hablar varias veces, pero no las vi nunca. Dicen que hay hierbas adecuadas para esterilizar, y otras aptas para hacer fecundas a las mujeres. No parece por lo demás cosa superior a la naturaleza, y sólo desapruebo que cuando se quiere el efecto haya de manipularse el bebedizo no sólo por los entendidos, sino también darse de beber por ellos mismos por la mañana temprano. No puede haber debajo, como cualquiera ve, sino mucho mal. La hierba *mure*[2] dicen los tamanacos que es buena para tener prole masculina. Créaselo quien quiera.

Capítulo XIX

Si los piaches son brujos.

Creen algunos escritores de las cosas de las Indias que los piaches de que hemos hablado son aquellos que prescriben a los pueblos bárbaros el culto de los ídolos, y aunque no los conozcan más que superficialmente, los tratan a boca llena de sacerdotes en sus libros. No soy ciertamente de esta opinión yo, y me lisonjeo,

---

1 En la lám. III, núm. 4 y 5, están dibujados dos piaches, uno en acto de fumigar con tabaco a una mujer enferma, y otro que le toca la maraca para aliviarla.

2 La voz *mure*, que es tamanaca, significa niño.

dada mi larga residencia entre los bárbaros, y oído lo que muchas veces escuché de personas entendidas, y sobre todo dado el diligente estudio con que me di a especular y a [100] investigar atentamente sus usos, me lisonjeo, digo, de poder hablar de ellos más justamente.

No se molestan, pues, los orinoquenses (no hablo de los peruanos y de los mejicanos) de tributar ningún culto al ser supremo. Si lo conocen o no, ya hablaremos en otra parte. Baste por ahora saber, que dejado todo pensamiento de la otra vida, se dedican sólo a comer, a beber, a propagar la estirpe y nada más. Del mundo del más allá discurren de aquella manera indiferente con que entre nosotros a veces se habla de la superstición de los antiguos romanos y de los griegos, esto es, fríamente y sin interesarse en ello de ningún modo. ¿A qué fin, por tanto, dar a los orinoquenses sacerdotes? No tienen altares, ni sacrificios, ni culto, y sería lo mismo establecer sacerdotes entre ellos que poner maestros, si no hay letras, ni libros, ni papel, ni tinta.

Quede, pues, entre nosotros acordado que los piaches no son sacerdotes, sino médicos. Si luego a la medicina, arte en sí muy laudable, añaden la muy infame de brujerías o de trato con el enemigo común, lo diremos después. Que a los específicos saludables de los cuales tanto abunda el Orinoco algunas veces unan por odio venenos poderosos, queda ya dicho arriba. Los piaches empero, como gente que dispone los remedios y los prepara todos ocultamente, no solamente son envenenadores, sino también brujos, a mi parecer. Muchas pruebas, si de todo me acordara, podría aducir para confirmarlo. Contentémonos con pocas, pero verdaderas.

En primer lugar, como no hay ninguna coherencia del sonido de la maraca con las enfermedades, no parece dudoso que este medio empleado por los piaches para curarlos no sea supersticiosísimo. Es verdad que ordinariamente el tocar de los piaches, sus cantos y saltos [101] alrededor de los enfermos de ordinario tienen el mismo efecto que tuvo para traer fuego del cielo el griterío de los falsos profetas de Baal. Pero alguna vez, para acaso endurecer más a los indios en la superstición, se une con los piaches el demonio y da a aquellos inadecuadísimos medios el efecto que por los pecados de ellos le permite el Señor Dios. Interviene, pues, al menos, pacto implícito.

Pero ¿por qué no llamarlo también explícito? El sumo odio que tienen los piaches a los misioneros no puede venir sino del de-

monio, su instructor e instigador. Es de creer fundadamente que en la infernal escuela nocturna de aquel oigan las voces impías con las cuales impugnan después en sus conventículos al cristianismo. En las espesuras de que son dueños absolutos los bárbaros, cuanto ruido no hacen. No hay obligación, dicen ellos, dejando los antiguos bailes, la pluralidad de mujeres y nuestras inveteradas costumbres, de abrazar una religión extranjera, que proponiéndonos premios que no vemos nos hace abandonar neciamente el presente.

En estas parlerías suyas creen ciegamente aquellos pueblos, y a no ser interesadísimos tanto ellos como sus piaches, nunca vendrían a las reducciones. Pero un hacha, un azadón, una aguja, un alfiler y semejantes cosillas que les ofrecen los misioneros los ciegan provechosamente, y aunque con recelo, y deteniéndose a cada paso, melancólicos y pensativos, vienen también con ellos los piaches sus connacionales, con esperanza de volver a huir a la selva después de los regalos acostumbrados. En efecto, después de pasar algún mes entre los cristianos, unos huyen y otros se quedan, retrasando con astucia el bautismo, y otros lo reciben a duras penas. Dios sabe cuáles de ellos son cristianos internamente. Pero también no es pequeña ganancia que en las reducciones, por [102] miedo a los misioneros, no son estorbo para los otros. En las selvas, lejos de los buenos y de los ojos de los cristianos, se desahogan a su gusto.

Soy testigo de ello para probarlo. He aquí cómo. Habiendo recibido en mi reducción regalitos, y mostrándose de mí contento cierto Carucuríma, de nación pareca, me conducía, con otros tres, que eran también parecas, a las montañas de Túriva. Allí estaban sus parientes y paisanos gentiles. Viajó conmigo Carucuríma tres días, y a la hora de tomar el alimento, siempre había, destinado por mí para él, uno de los mejores bocados, con el fin de contentarlo. El cuarto día, como no vino a tomar su ración según la costumbre, tomé fuertes sospechas. En efecto, la sospecha no fue prematura. Supe enseguida por los neófitos tamanacos que los cuatro se habían escapado con mucho sigilo.

Me animé lo mejor que pude, y siguiendo las huellas de los fugitivos, continuando nuestro camino al hacerse de día, después de algunas horas nos encontramos con la nación entera, que sobornada por Carucuríma (que era piache) nos estaba esperando con las flechas dispuestas. Mas quiso el Señor, dando a mis palabras

repentina eficacia, que no fuese aquel el último día para mí. Tranquilizáronse a mi discurso los salvajes amotinados, y después de serenado el furor que tenían, me contaron cosas increíbles que les había dicho nuestro piache para inducirlos a matarme con mis compañeros.

Lo gracioso es que, viendo Carucuríma a sus connacionales tranquilos y amigables hacia mí, él mismo, el bribón, estuvo entre los primeros besándome la mano. Pero eran demasiado conocidas, como por lo demás temidas, las artes de Carucuríma. Su esposa, mujer juiciosa y de garbo, me dijo infinito mal de él. Me contó entre otras cosas, que a veces no se sabía nada de él en muchos [103] meses, que se retiraba a ocultas y lejanas grutas y llevaba allí la vida sin tratar con otros. Terminó después, una vez que los parecas se establecieron en mi reducción, huyendo como solía, y dando vueltas como un loco o poseído por las selvas, sin participar por juicio divino de la religión que universalmente habían abrazado sus paisanos.

Concluyo: estas curas supersticiosas, los humazos de tabaco, el odio viperino contra los sacerdotes cristianos, ¿son o no signos dudosos de brujería? Pero terminemos. Yo sé de cierto piache que arrepentido me lo dijo, que el demonio se le aparecía en forma visible. Lo que éste, por estricto arrepentimiento me reveló por sí mismo, ¿por qué no lo hemos de creer común también a los otros?

El arte de adivinar las cosas lejanas y ocultas es de modo semejante infernal. Tampoco esto falla, y como me decía Veniamari,[1] los piaches maipures tienen una estatuita de Chica, cuyo nombre es *minaritî*, y poniéndola sobre la palma de la mano le preguntan sobre los extranjeros diciendo: — *Uacáu pare nuá camonée?* Esto es: ¿de dónde viene la gente? Hay más. Los otomacos, y especialmente sus piaches, después que han absorbido sin fin tabaco *curúba*, profetizan y ven, o fingen ver, cosas maravillosísimas.[2] Mas baste de necedades (Nota IX).

---

1 Joven maipure, que cito a menudo en mi historia.

2 Este curiosísimo modo de tomar el tabaco está representado en la lámina III, núm. 1, y hablamos de él extensamente en el tomo I, lib. IV, cap. IX, al fin.

[104] Capítulo XX

De la muerte, de los funerales y del luto de los orinoquenses.

Después de la indiferencia con que los orinoquenses miran a sus enfermos, he aquí una escena no esperada. Enseguida que son privados de la vida el padre, la madre, los hijos, el marido, o cualquier otra de las personas queridas, prorrumpen en griterío y en llantos increíbles. Y lloran tan de corazón en esta ocasión, que no dudo afirmar que no se llora nunca tanto ni tan de verdad en Italia. Su llanto daría compasión a las fieras. Acuden, apenas expirado un pariente, las mujeres en torno al muerto, y unas batiendo palmas, otras golpeando, como para reanimar el difunto, la red en que yace, lloran inconsolablemente.

Su llanto por lo demás (aunque naturalísimo y sin afectación en aquella hora) no queda sin las lamentaciones fúnebres. Quien llora y canta al mismo tiempo que ha perdido junto con el marido el sostén de su casa. Quien recuerda el pescado, quien los jabalíes y los ciervos que cuando él vivía cazaba, quien finalmente (según las costumbres diversas de las naciones) cuenta otras alabanzas del muerto, mezclando con las lágrimas el canto. Para las madres indias parece que ha terminado todo consuelo con la muerte de sus hijos. Tan inconsolables están. Pero no corresponde igual el disgusto de los hijos si sus madres mueren antes que ellos. Las mujeres, por el contrario, son muy tiernas para aquellas a quien deben la vida, y lloran sin fin cuando ellas mueren.

[105] Sé las diversas cantilenas fúnebres con las que, como escribe Gumilla,[1] los sálivas especialmente lloran la muerte de sus parientes. Pero yo, como no he estado nunca entre ellos, no las he oído jamás. Los tamanacos y los maipures, con los cuales he convivido más de tres lustros, no tienen tantas lamentaciones fúnebres, y su llanto mortuorio es más sencillo. Por las mujeres parientes del muerto se recuerda brevemente, como decíamos, la pérdida sufrida, y después, llorando al mismo tiempo, y cantando, no se oye sino el solo nombre de él. Pero este llanto no es sin ritmo musical, bajando o levantando en tono de lamento

1 *Hist. del Orinoco,* tomo I, cap. 13.

la voz. Pronuncian de este modo, según ahora me parece, el nombre del difunto seis veces seguidas, y después de hacer una brevísima pausa, comienzan otra vez por el principio, sin cansarse. Los varones están entre tanto pensativos y mudos. Pero prorrumpiendo después el sufrimiento interno en sollozos y en llanto, no son distintos de nosotros en llorar a sus muertos, sino que hacen sus llantos aparte, sentados en el suelo, y sin mezclarse con las mujeres.

No acaban de ordinario los llantos de los indios con terminar sus parientes la vida. He visto mujer[1] que sentada sobre una peña todas las tardes lloró a su difunta madre varios meses. Ni estos son ejemplos rarísimos entre los orinoquenses; son más bien comunes y casi diarios. Volviendo de sus tierras, al entrar en las chozas, en especial las mujeres tamanacas, al no encontrar a sus caras prendas, siempre tienen dispuestas las lágrimas para derramarlas en abundancia. Y es tan constante esta costumbre, que yo me daba enseguida cuenta del retorno de ellas a las casas por los llantos que oía de improviso.

[106] Mas aquí lloran pocos, o lloran casi solo aquellos a quienes se les muere, o se les ha muerto antes, un pariente. Entre los otomacos todos los días, al amanecer, son llorados de manera constante los difuntos de toda la nación. La primera noche que estuvo en Uruana[2] Gumilla, habiendo oído el gran llanto al hacerse de día, la creyó sitiada por los caribes, y se preparaba, según yo pienso, a la muerte. Pero no viendo más que llanto, y llanto, diremos así, musical, tomó finalmente ánimo al oír el motivo a un otomaco a quien preguntó.

Más singular que el llanto es otro uso de los salvajes orinoquenses en la muerte de sus parientes, esto es, el de romper enseguida y quemar los objetos que les pertenecían. Aunque no termina sólo en esto el dolor o furor de los tamanacos. Arrancan de raíz los bananos, los papayos, el maíz, la yuca y todo lo que sembrado o plantado pertenece de algún modo al difunto. Reprimí con severidad este uso, no menos nocivo a los vivos que inútil a los muertos. Pero en los principios, raros eran aquellos a quienes satisfacía mi orden.

---

1 María Luisa, hija del tamanaco Paravacoto.

2 Nombre de la reducción de los otomacos.

— Para alimentar a mi hija, me decía el cacique Monaíti, y para comprarle vestidos, planté aquellas bananas. Ya no sirven para este fin. No quiero un recuerdo de ello, que me aumentaría la pena. — He aquí sus palabras: — *Uatpuíne ure; puíne uyá yamgíli;*[1] *itatkemoritpe enéripiprá: amerumaté.* — En suma, si atendemos a sus palabras, puede decirse que esta costumbre no es supersticiosa, sino bárbara. No procede sin embargo sino de corazón triste en la muerte de las personas queridas la moda de enterrar con los muertos ora los utensilios de hierro ora el adorno [107] de las mujeres, ora otras cosillas de ellos, y parece que esto no lo hacen sino para quitar toda molesta memoria del muerto, y para quitarse de alrededor aquellas cosas que habiendo sido de él les producirían pena. Así me lo parece. Pero no debe de ninguna manera sufrir un misionero que esta costumbre india arraigue entre los cristianos. Los indios no son adoradores pertinaces de sus ritos, y con razones adecuadas se les dirige como se quiere. Mis tamanacos, aunque algo recelosos al principio, se rindieron al fin a cuanto quise.

Hemos pasado ya de los muertos a los sepulcros, y he aquí brevemente sus costumbres. La red en que un indio se muere le sirve después de expirado de caja, y con las cuerdas que penden de ambos lados atan apretadamente al muerto para sepultarlo en ella. Hecha así dentro de sus chozas una fosa, lo meten dentro encogido, con su ajuar y con la tierra que han sacado, que apisonan fuertemente, para que entre toda. Este es el modo más común de enterrar a los muertos entre los gentiles orinoquenses.

Pero hay otros también que ponen a los muertos en las cavernas, cerrando con grandes peñas la boca para impedir la entrada a las fieras. Cuando los huesos se han mondado con el tiempo, unos los conservan en vasos de barro, otros en canastillos de palma en alguna gruta o en la propia choza. En un monte vecino a la cascada Mapara hay tinajas en las cuales los atures[2] ponían antiguamente los huesos de sus difuntos. Mas hoy, tanto ellos como los

---

1 [Guardamos las normas indicadas en la transcripción de las palabras indias, dando las equivalencias del español., y no del italiano; sin embargo la *g* ha de pronunciarse como en italiano, pues no tenemos letra mejor para indicar ese sonido.]

2 Antiguos habitantes de la cascada Mapara, reducidos hoy a una veintena de personas.

otros orinoquenses cristianos, dejada la costumbre gentil, son enterrados en las iglesias, junto a las cuales hay también cementerios para enterrarlos [108] en las grandes epidemias, los cuales cementerios, como están expuestos a la ventilación del aire, son menos perjudiciales a los vivos.

Algunos indios queman a sus muertos, a semejanza de los asiáticos, poniéndolos como en un lecho en mucha leña. Así me fue explicado por los parecas, que el año 1748, habiendo tenido una pelea con los tamanacos, quemaron los cuerpos de sus parientes matados en el lugar de Pavichima.[1] Mas para no incurrir, según yo pienso, en las burlas de las otras naciones, en mi tiempo abandonaron este uso, conservando en canastillos a aquellos que murieron gentiles.

El luto es muy sagrado entre los orinoquenses, pero no igual en todas las naciones. Los tamanacos en tiempo de luto dejan totalmente el anoto, y cualquier otro adorno de la persona. Se cortan los largos cabellos, y no toman de nuevo su aire alegre, los colores y sus usados adornos sino después que les han vuelto a crecer los cabellos y han vuelto a su primer estado. Este es el estilo de los varones. Las mujeres después están todas macilentas, sin perlillas ni ningún adorno.

Los maipures, por lo contrario, como gente de cabeza ordinariamente con el pelo cortado, dejan crecer sus cabellos en señal de luto, dejando también, como sus mujeres, no menos los colores que todo aquello que a su parecer desdice en la ocasión. Cuando les vuelven a crecer a los tamanacos los cabellos, sin nueva ceremonia, dan por terminado el luto.

Pero los maipures, para terminarlo a la moda corriente entre ellos, deben cortarse los cabellos, y es función muy ridícula. [109] Prepárase para tal fin una fiesta, haciendo con tiempo aquellas bebidas que, como ellos dicen, son aptas para alegrar y poner contenta a la gente. Una vez dispuestas las bebidas, mandan alrededor un indio que invite a todos a participar en ella, bailar, divertirse y asistir al corte de los cabellos. No hay ninguno que se excuse de ir. Intervienen todos, uniéndose a los parientes del muerto los otros que nada tuvieron que ver con él en vida. Aquí

1 Nombre de un lugar que dista de la Encaramada alrededor de ocho millas.

también se llora, pero se llora de verdad en burla. Personas a las que nada importa el muerto, y por el camino iban todas riendo y alegres, apenas llegadas a la casa donde se quita el luto, lloran sin fin. Tanto, si les tiene cuenta, pueden sobre sus lágrimas.

El P. Gumilla, tratando de las funciones mortuorias de los orinoquenses, introduce a viejas plañideras que nuestros antepasados llamaron *praeficae*. Cuenta las oraciones fúnebres, los catafalcos, los instrumentos músicos y las trompas con que la nación sálivas honró antaño a uno de sus muertos. Sé que son varios, y no increíbles para quien de ellas tiene experiencia, las costumbres orinoquenses. Pero debo aquí repetir de nuevo que no escribo sino las cosas que fueron vistas por mí o por personas que vivieron conmigo en el Orinoco. Pero ¿quién no sabe que los indios son mentirosísimos, y que para no exponerse a la risa de otras naciones reducidas, no presentan todas sus costumbres?

Cuando a los cristianos ya reducidos se agregan nuevos, recién traídos de sus selvas, estos indios, por los motivos señalados, son cautísimos, y en vez de continuar con sus costumbres, imitan más bien aquellos que encuentran entre los antiguos. Si para común diversión [110] les es dicho que bailen según sus costumbres, entonces se descubre algo ante la vista. Pero terminemos con el luto, porque terminado ya el llanto, nuestros maipures, abandonando el pensamiento del muerto, no hacen sino bailar, beber alegremente y comer.

LIBRO TERCERO

De lo moral de los orinoquenses

[111]

LIBRO TERCERO

De lo moral de los orinoquenses

Capítulo I

De las virtudes naturales de los orinoquenses.

He aquí un objeto digno de las consideraciones del hombre, esto es, el estado moral de las naciones, estado muy unido con el físico, y muy dependiente también de las instituciones políticas de varios pueblos. Para sacar sus principios y decir particularmente todos sus efectos, no hallaremos nunca fin. Bajo cuántas vistas, siempre nuevas, se puede presentar a nuestros ojos un hombre todavía salvaje. Pero haga también extrañas y varias figuras de sí mismo, cuanto él quiera. Nosotros en sus pasos descubriremos una persona que en mucho carece de las justas luces y que se da voluntariamente como presa a sus apetitos desviados, nunca un ejemplo que proponer a imitación [112] (Nota X), incluso con preferencia sobre los cristianos más virtuosos.

Pero yo quiero ser juez imparcialísimo de los indios, no despreciándolos a ciegas, como han acostumbrado algunos, ni alabándolos más que cuanto merecen. En los largos años que habité entre ellos, siempre vi mucho de loable y bueno, y también mucho de reprensible. Me servirá de regla para escribir lo que de ellos observé atentamente, no los prejuicios, no el ánimo ganado por la lectura de autores contrarios o favorables a los indios.

Y para hablar de los orinoquenses de aquella manera honrada con que debemos expresar nuestros sentimientos sobre cualquier

nación extraña a nosotros, separemos de lo malo lo bueno. Pretender que los bárbaros, como algunos hacen, son perversos en todo sin mezcla de bien, es privarles neciamente incluso de aquellas luces que el Señor por todas partes como padre común difunde. Los orinoquenses, de los cuales he tenido experiencia tantos años, no tienen ciertamente todo malo; y a aquellos vicios de que hablaremos después (que al cabo no son ni tan grandes ni tan frecuentes) tienen unido consigo mucho bueno. He aquí las virtudes.

Los orinoquenses, tanto cristianos como bárbaros, son de una paciencia increíble. En sus males, como he notado también antes, no se oye salir palabra de su boca que sea ofensa o molestia para los asistentes. Están muy quietos entre vivos dolores, sin prorrumpir jamás en indignación. No están, como los europeos, incitados por la insaciable hambre de oro, del que apenas conocen el nombre. Su comida no está llena de regalo, pero es al menos suficiente para vivir. A la sombra de los bosques, o colgados en sus redes dentro de las chozas, canturreando o durmiendo, están más contentos que [113] estarían entre las comodidades de una corte magnífica un monarca nuestro.

Si encuentran comida o les agrada buscarla (porque también son buenos sufridores del hambre) disfrutan de ella. Pero si no la encuentran o no les viene gana de buscarla por los ríos y las selvas, se quedan satisfechos del todo con un poco de maíz tostado. Pero sobre este asunto volverá mi discurso en otro lugar. Y como por la boca se conoce desde lejos el corazón de las personas, volvamos de nuevo a su buen hablar. No se oye nunca en sus conversaciones una imprecación, nunca una maldición, nunca, o ciertamente raras veces, una mala palabra. Alguna palabra deshonesta, pero no en tono desvergonzado, se oye de vez en cuando.

Si hubiera entre ellos personas que sirviesen para incitar al bien, y de algún freno en la conducta, no creo que se encontraran en el mundo naciones más dispuestas al Evangelio. Comprenden enseguida muy bien, como veremos en otra parte, lo que les es dicho acerca de la religión cristiana, y como de inteligencia bastante buena, hacen a los misioneros preguntas inesperadas en bárbaros. Mas Dios quisiera que de los forasteros imitasen sólo lo bueno. Siendo de genio débil y pueril, y propensos a imitar las acciones ajenas, se aplican quizá con más afán a lo malo, y las imprecaciones y juramentos, que al principio eran en ellos inusi-

tados, no son después infrecuentes, una vez que han tratado con los forasteros menos edificantes.

No será molesto oir a este propósito un relato, a mi parecer singularísimo. Visitaba yo una vez, dando una vuelta por las chozas, a los enfermos. Cuando he aquí que de improviso, con no pequeña sorpresa mía, oigo a lo lejos imprecaciones, y era precisamente [114] un joven que por la más cuidada instrucción recibida debía ser mejor que los otros. Callé entonces, mostrando no haberme dado cuenta. Pero habiéndolo llamado después a mi casa, le dije: — ¿Y qué? ¿Eres tú también malo? ¿Son esas palabras para ser dichas? — Quedó maravillado de mi amonestación, y me dijo: — Si son malas, no las he dicho en mi lengua tamanaca, Dios me guarde de decir en esta una mala palabra. He hablado mal, añadió, en la lengua ajena, — pareciéndole o por ignorancia o para aducir una excusa astuta, que no estaba obligado más que a no disparatar de palabra en la suya. Le quité de la cabeza el error con mostrarle que Dios es Señor de todas las lenguas y digno de respeto sumo en todas. Volvamos a nuestro propósito.

Aunque no poco libidinosos los orinoquenses, no usan contra naturaleza, y si en algunos escritores se atribuye a los indios esta especie de lujuria, yo puedo decir que entre los orinoquenses es completamente desconocida, o al menos rarísima. Son desconocidos también los vicios bestiales. Pero estos también los han conocido, para su perdición, después (Nota XI).

Concluyo, que si no se vieran entre los orinoquenses más que personas de bien (lo que moralmente no puede suceder), concluyo, digo, que con el decurso del tiempo se harían ciertamente cristianos buenos. Yo en mi tiempo, entre los blancos y los forasteros vi a algunos que con su conducta cristiana sirvieron de ejemplo a los neófitos. Pero si no son edificantes, como también ocurre otras veces, me abstengo de contar, porque me haría daño, el mal inmenso que hacen. Por lo demás, he aquí esbozadas las virtudes de los orinoquenses. Pasemos a sus vicios.

[115]

Capítulo II

De la ingratitud.

Sean los primeros los vicios dudosos. Diremos enseguida de los ciertos. No se ha exagerado a mi parecer sino demasiado la ingratitud de los indios. Si oímos a algunos, no se les hace un beneficio sino inutilmente, ni siquiera conocen el bien, y cuando alguna cosa les es dada, no sólo creen que no han recibido un don, sino que piensan que les ha sido dada parte escasa de una deuda. Esto parece demasiado, pero no es aún bastante. Ponen en boca de los indios palabras increíbles, como estas: Me ha dado un blanco un cuchillo, una pieza de tela y cosas semejantes, así que si me paga todo, me debe dar otras cosas.

A mi parecer no son sino miserabilísimas mentiras. Muchos (especialmente si son vagabundos y pobres) por pequeños bagatelas que dan a los indios, querrían tener mucho a cambio. Se querría que para agradecer unas tijeras cortasen después, en gracia a los bienhechores, una gran tela. Pero no es poco ciertamente, y en Europa se quedaría contento cualquiera, no es poco, digo, que los indios a quien es benévolo para con ellos le dan mucho más de lo que han recibido. No es poco que por unos pocos alfileres y anzuelos les compren cosas que compradas a otros costaría ciertamente muchísimo. Es constante en Orinoco que exigiendo el precio ínfimo los indios, el medio los negros, les toca a los blancos el más alto. Vivir por un cuchillo a costa de los indios varios días (como suelen los vagabundos) es bastante, y tal gratitud sería inusitada entre nosotros, ya que parece [116] que quien recibe en don una cosa no debe dar en señal de agradecimiento sino otra que exceda en poco su valor; de otro modo no habría comercio más lucrativo que aquel que, para hacer riquezas, buscara sacar beneficios con hacer menudos servicios a su prójimo.

Los indios (hablo siempre de los bárbaros) en sus lenguas no tienen palabras con que demostrar la gratitud. Cuando reciben de mano liberal un favor, dejando aparte las palabras que no usan entre ellos, lo más que hacen es decir con laconismo agradecido *u*, bajando al mismo tiempo modestamente los ojos. De aquí nace que aquellos a quienes agrada más la apariencia que las cosas, y que atienden más a las palabras que a los hechos, oyendo que por

un beneficio se les dan las gracias con un simple *u*,[1] de aquí, digo, deriva que tengan por muy ingratos a los indios.

No diré que las costumbres de diversas naciones, aun entre las más civilizadas y pulidas, son varias, y que algunas, para agradecer un beneficio, no exhiben tan artificiosas palabras como usan las otras. Sabemos además muy bien que ordinariamente abundan más en corteses cumplidos aquellos que tienen más lejos del verdadero agradecimiento su corazón. Es verdad que les faltan palabras a los orinoquenses. Pero si bien no fijamos, no les faltan hechos, y su *u* en el modo de obrar común a ellos, significa tanto cuanto entre nosotros podrían expresar los más finos cumplidos.

Tuve antaño sobre este punto en el mismo Orinoco una disputa en la cual, como yo difería en el sentido favorable a los orinoquenses, quedaron contentos de mi modo de pensar [117] varios señores que allí se hallaban.[2] En tres modos, dije, puede mostrarse al parecer del Doctor Angélico[3] la gratitud. El primero es interiormente con el corazón, reconociendo y estimando el beneficio. Y este ¿por qué razón, no siéndonos conocidos el corazón de los hombres, se lo negaremos a los orinoquenses? El segundo alabando con palabras y dando las gracias al bienhechor. Y aquí confieso que faltan las palabras oficiosas, y los orinoquenses se contentan con sólo su *u*. Pero ¿por qué no es esto suficiente para denotar el afecto interno del corazón? El tercero es recompensar con obras el beneficio recibido. Lo cual, si bien se reflexiona, es el modo de dar gracias más perfecto y verdadero, y si los indios son escasos de palabras, no son en cambio escasos de obras.

Es verdad que los indios no son magníficos en esta especie de agradecimiento. Pero debe también considerarse que ellos por su pobreza y bajeza hacen en América aquel papel que aquí corresponde a los campesinos, y así como por beneficios aun grandes no se esperan de estos por quien sabiamente discurre sino pequeñas bagatelas y también pocas palabras, así debe exactamente discurrirse de los orinoquenses. Por lo demás (quitando los viciosos y los ingratos que se hallan por todos partes) son sin duda en estas

---

1 Esta expresión, que se da por ejemplo en tamanaco, quiere decir sí.

2 El señor don José Iturriaga, y otros señores de la Real Expedición de Límites.

3 *Secunda secundae, quaest.* 107, art. 2.

condiciones muy agradecidos, con dar a quien les hace bien, no grandes cosas, que ni siquiera las tienen, sino fruta, pescado, tortugas, y lo que les suministra la tierra.

Y por aducir un ejemplo inteligible a todos: es rarísima la nación que descuide del todo el pensamiento del sustento temporal de los misioneros, los cuales [118] les atienden espiritualmente. Falta en verdad al principio hasta lo más necesario para matar el hambre. Pero si no todos, muchos por cierto se toman el cuidado de que a los misioneros que no sean iliberales respecto de ellos no les falte el alimento necesario. De los primeros misioneros, que con indecibles esfuerzos los sacan de sus intrincadas selvas son ordinariamente amantísimos, y conservan siempre de ellos memoria indeleble. ¡Oh, fulano nos quería de verdad! Qué sufrimientos para conducirnos donde estamos y hacernos cristianos debió él sufrir! ¡Cuántas veces caminando por las selvas se pinchó los pies! He aquí sus palabras, en las que se descubren señales ciertas de gratitud. Bien se ve (dicen también a veces a los misioneros sucesores que les reprenden intempestivamente), bien se ve que no te has pinchado los pies por mí. Y lo que digo de los misioneros, dígase también de los soldados edificantes y benéficos. Dígase de los forasteros que los tratan modesta y cristianamente.

Capítulo III

De la glotonería.

Vicio que se ha exagerado también es la glotonería. ¿Quién no sabe que los orinoquenses comen alimentos vilísimos? La comida de las naciones todas de aquel vasto país (exceptuados los maipures, los sálivas y otros poquísimos) no son de ordinario sino frutas salvajes, o bien las raíces de los bosques y de los prados, en busca de las cuales van sus mujeres para matar ellas mismas su propia hambre, y la del marido y los hijos. En el tiempo en que ponen los huevos las tortugas les parece un paraíso llevarse gran abundancia de éstos en sus canastas. Añadid los frutos de las palmas, que [119] casi en cada mes del año se encuentran, según las diferentes especies.

Los tamanacos y los quaquas están al pie de la palmera corova varios días, y no comen entonces más que estos frutos. Y si a los maridos medio dormidos les dan ganas de buscar por las selvas una tortuga, y llevarla para añadidura de la carova a las mujeres, se creen estas felices. Tan poquito hace falta para contentar a éstos supuestos glotones. Pero los maipures, y otros como ellos, entregados al cultivo de los campos, acaso se contentan con menos, pues no comen ordinariamente sino un poco de cazabe empapado en el ají cocido, y es bien rara la vez que a esta mísera comida añadan algún pececillo ahumado. ¿Qué diré de los otomacos y de los yaruros y de otros? Si, como ocurre de ordinario, los padres no traen algún pez a sus hambrientas familias, se contentan las pobres con raíces insípidas, y tristes y tranquilas, se pasan el día acostados. No son, pues, como se decanta, golosos y glotones los orinoquenses, sino tolerantísimos del hambre por encima de muchas otras naciones.

Veo bien lo que se podría decir, y es que de no ser perezosísimos, como son, serían ciertamente glotones. Y no es verdad. Pues en buena cuenta, prescindiendo por ahora de la pereza, no es, pues, como se dice, grandísima la glotonería de los orinoquenses. No niego por lo demás que cuando se les presenta ocasión de saciarse no la aprovechen ávidamente. Los he visto, después de haber llevado a las casas gran multitud de grandes peces, no terminar nunca de comer, y de roer, hasta que se han comido el gran hocico del pez que han traído. En estas pescas afortunadas, pero raras, no se duermen sino hartos de comer y beber al acercarse el día. Además el día de la pesca no [120] vuelven a sus casas, sino que se quedan a dormir en el campo, y ¿quién puede decir en cuanta abundancia comen, sentados en las orillas de los ríos? Y lo que digo de los bárbaros lo puedo decir también de los cristianos antiguos del río de la Magdalena, que no se sacian nunca de la carne salada que les es dada por los comerciantes con quienes viajan.

A quien de paso, y sin entrar entre ellos, los ve comer tan fuera de medida, le parecen golosísimos. A mí, que he reflexionado sobre ello largo tiempo, me parece todo lo contrario. Acuérdense mis lectores de que nuestros campesinos, sin incurrir por lo demás en la tacha de glotones, no son más parcos en el comer. La fatiga a que más que toda otra suerte de gente están expuestos los campesinos, la parsimonia de sus mesas ordinarias, el hambre con-

tenida por largo tiempo, les obliga en la buena ocasión a salir de su hambre.

Así pues, como ya dije, los indios son universalmente lo que son los campesinos entre nosotros. Los del río de la Magdalena, remando duramente muchos días, no es extraño que para conservar las fuerzas se coman una caldera entera de carne. De los orinoquenses, aunque con afecto hacia ellos, soy testimonio aún más justo. A los lectores mismos, habiendo oído de su larga hambre, no les parecerá extraño, creo yo, que en alguna ocasión se estén comiendo una noche entera para saciarse. Si dejan pasar ésta, están después obligados a ayunar, diría yo, varios meses.

Por lo demás aquellos entre los orinoquenses que tienen comida constantemente, no son tan voraces. Los jovencitos que en las tareas domésticas o en los ministerios de la iglesia sirven a los misioneros se contentan ciertamente con muy poco. Confieso por lo demás que recién tomados para el servicio, no se sacian nunca. Además de la comida ordinaria [121] piden contínuamente más, y se oye alrededor gritar a un muchacho hambriento que dice con voz tierna: — *Ute anúke*, esto es, dame cazabe. Pero una vez que el pobrecito se ha quitado el hambre, está más que satisfecho con la ración ordinaria que para saciarle le es suministrada tres veces al día por los misioneros.

Para contentar después perfectamente a aquellos, basta que de vez en cuando les lleve la madre frutas silvestres. Satisfechos así los primeros muchachos, si de los bosques es después traído algún otro y les es dado por compañero en los servicios domésticos, cuando ven su glotonería, se ríen tontamente, se burlan de él y lo tratan (como si fueran civilizados) de bárbaro y salvaje, y es necesario en los primeros días que el próvido misionero tome de ello cuidado y dé al nuevo sirviente, sin que los otros lo sepan, cazabe y frutas para restaurarlo. No es, pues, tan extraña la voracidad de los orinoquenses.

Capítulo IV

De la crueldad.

No soy yo tan benigno que no llame, como otros han hecho, crueles y bárbaros a los orinoquenses. Si mirais el exterior (hablo de los salvajes), no inspiran sino horror. Es torva su cara, altivo su porte, feroz y de reojo su mirada, y lo que es peor, siempre llevan armas. Tienen en la mano derecha una maza, sujeta a la muñeca con cordeles de algodón[1]. En otra parte daremos la descripción de ella. Baste por ahora saber que esta maza [122] es un arma corta, muy adecuada para dar golpes mortales en la cabeza de otro cuando les da la gana. Además colgadas de los hombros, o bien debajo del brazo, o en la mano, llevan, ligeramente atadas en un haz, para poder hacer uso en cualquier oportunidad, flechas y arco.

Es rarísimo el indio que no tenga a la cintura en su ceñidor un cuchillo, también largo, agudo y dispuesto para herir al enemigo. De esta manera están todos los bárbaros del Orinoco a quienes hay que llevar el Evangelio. Fuera de que nuestros días, después del comercio con los holandeses y con otros aventureros, se han vuelto también peores, pues por medio de ellos obtienen escopetas, sables y lanzas, y estas armas, desconocidas de los orinoquenses primero, son hoy usadas por casi todas las naciones bárbaras. Los caribes, a los cuales a cambio de niños esclavos se las dan los holandeses, abundan en ellas sobre todos los demás. Estos mismos, para comprar esclavos o por amistad que de intento cultivan con los montañeses, las reparten con abundancia entre sus confederados.

Además los indios del alto Orinoco, de modo demasiado inoportuno para las necesidades de la religión católica, son provistos de armas de fuego por otros. Todo esto aumenta la innata fiereza de los bárbaros, los cuales, al uso americano y nuestro, quitan fácilmente del medio a aquellos que creen contrarios suyos. Ir solo con el crucifijo en la mano para convertirlos no es más que exponerse temerariamente a la muerte. Visto apenas entrar en sus

---

1 La maza india se llama comunmente [con la palabra quechua] macana.

selvas un forastero cualquiera, cogen furiosos las flechas, y como otras tantas avispas con sus aguijones envenenados, lo asaltan.

Y estas desagradables recepciones no les tocan sólo a los europeos. Los indios mismos, si son de otra lengua, no van seguramente entre los montañeses. Si les [123] entra gana de hacer con ellos un trato, a distancia de un tiro de arco, les muestran por ejemplo un hacha. Pero una vez que han visto ésta, no quedan plenamente satisfechos de sus huéspedes. Miran atentamente si quien les hace la visita viene solo, si acompañado de otros, si con armas de fuego o sin ellas. Una vez asegurados de los extranjeros se acercan, pero con las flechas en la mano, listas para toda necesidad. Temen siempre encontrarse con muchos, y de ordinario no admiten para el trato más que dos personas, suponiendo que los pueden matar fácilmente. Id a llevar la fe a tales naciones.

Son oportunos para volverlos amigos, como a gente de por sí interesada, los regalos. Pero si los misioneros saben su lengua, mutuamente por una y otra parte se manifiestan las internas intenciones y se quita para la conversión de los gentiles un obstáculo notabilísimo. Todas las naciones aman ciertamente a aquellos que ven semejantes a sí mismas en el habla, creyendo amigos a aquellos que aprenden con cuidado el lenguaje. Los indios, aunque bárbaros, en esto no piensan de modo diverso que nosotros, y es dicho suyo comunísimo: *Itoto punire caramanáte yainó; prepte,* esto es, no es de nación diversa, sino pariente el que habla nuestra lengua.

Pero esto no basta, y además de la lengua, para no perder inútilmente la vida se requieren soldados que acompañen al misionero. Una palabra de éste no bien entendida de los bárbaros sería capaz de alarmarlos a modo de locos, y sin el temor a algún soldado presente sería víctima de su furor. Habré de hablar largamente de esto en el tomo tercero de mi historia. Pero mientras, bien se ve por este indicio, que no sin razón llamé crueles a los orinoquenses (Nota XII).

[124] Por lo demás, no debo callar lo que muchas veces he pensado, y es que la crueldad no de todos, pero de muchos al menos entre los orinoquenses, parece proceder en gran parte del miedo que por ridículas sospechas tienen de los extranjeros, y acaso más de una vez este temor pánico les suministra armas. En los principios es precisa una paciencia invicta para sufrirlos. Nunca acuden al misionero, no van a la reducción, no hacen una

visita a los soldados, no viajan remando por los ríos, sino armados al menos de la macana.

Pasados algunos años se fían después tanto de sí mismos y de los otros, que conviene recordarles (pues se pueden encontrar enemigos en los viajes por tierra y por agua) que lleven consigo sus armas. Pocas veces sin embargo tienen cuidado de éstas advertencias de los misioneros, y dicen que les basta el remo o cualquier otro palo para poner en fuga a los enemigos y para matarlos. Tan admirable cambio hace de los corazones, incluso bárbaros, la religión cristiana.

No son tales, como ya dije, por sí mismos. Cuando son aún nuevos, no se oye en su boca sino muerte. Dicen, casi por broma: Te voy a matar,[1] y esta manera bárbara de hablar les es tan natural y frecuente, que es rarísimo el que de ella se abstiene. Si luego, oyéndoles hablar así quereis reprenderles y decir que no conviene a persona honrada tal modo de hablar, no dudarán de reir desagradablemente ante vuestro rostro diciendo: — *Taróre uyá: caramanaríre: taráic-neca amáre?*, es decir: Son palabras mías, es un modo de hablar mío, ¿por qué tienes miedo? Pero aunque tan bárbaros como he dicho, raras veces se pelean entre sí o echan mano a las armas, aun habiéndose embriagado con la chicha.

[125] Pero en sus selvas, lejos de los misioneros y de los soldados, no hacen ciertamente lo mismo. Una palabra inconsiderada, una mirada iracunda, una sospecha acaso, es capaz de ponerlos a todos sobre las armas, cambiando en guerra civil sus bailes. Si creemos además verdaderos los venenos que los orinoquenses atribuyen a sus compañeros, tendremos otro motivo muy fuerte para llamarlos crueles. Pero estos me parecen exagerados, oscuros, dudosos, y nunca sabidos del todo por los misioneros. Sabidos y ciertos son los vicios de matar a quien les place, y de comérselo sin ninguna repugnancia, como ya hemos indicado en otra parte de los guaipunaves; sabidas son también sus inextinguibles enemistades, las acerbas y contínuas guerras con las naciones que son entre sí diversas en el habla.

Pero no tengo que decir lo mismo de las mujeres orinoquenses. Son de genio muy manso, y si bien, como es costumbre del sexo débil, no falten entre ellas las riñas, no se maltratan nunca ni

---

1 En tamanaco se dice *kiuonénu*, en maip. *numiámacumápi*.

vienen rabiosamente a las manos. Nunca he oído de mujer orinoquense que con piedra, con palo o de otra manera ofendiese a otra igual suya. Las armas son privativas de los varones. Alguna rarísima vez se oyen entre ellas altercados, pero la pelea cesa en breve tiempo. No hay quien les atribuya venenos, si no es a alguna vieja rancia, que se cree está unida para daño común con los varones. No es ciertamente poco en medio de tanta barbarie que nada se les haya pegado a ellas de crueldad. Tendremos que decir cuánto ayuda este genio de ellas para abrir el camino a la verdadera religión en los corazones de sus maridos.

[126]

Capítulo V

De la disolución y liviandad.

No es rara en los crueles la disolución, y el Orinoco, como clima libre y feroz, abunda en ella bastante (Nota XIII). Sin embargo, una cuidadosa y minuciosa relación en este asunto resbaladizo no sería sino fastidiosísima, puesto que no sólo a las leyes divinas, sino a la misma humanidad y al pudor siempre venerable son muy dañosos aquellos que de intento se lanzan ellos mismos y a sus lectores en el fango. Lo que voy a decir se podrá oir sin repugnancia por cualquiera.

No puedo, ni debo, pues traicionaría a la verdad de la historia, negar en primer lugar que los orinoquenses son muy impuros. Aquel aire, no menos nocivo a los cuerpos que a las almas, no respira sino peste. Es en mi opinión indudable (digan otros lo que quieran) que es efecto de lujuria desenfrenada el morbo que, traído a nuestros países, se llama gálico. Y sin embargo éste, como dijimos, es tan común allá, que perdida la vergüenza con el pecado, no produce ya maravilla. En sus selvas (creálo quien quiera) el mal es rarísimo. Pero no es verdad, porque comunmente se oyen las lamentaciones, que haya que decir lo mismo de las reducciones. Sea de los indios inmediatamente, o de los extraños que acuden, de donde el horrible cambio proceda, se sabe muy bien que muchos están infectados.

Con todo digo que, si se pudiera tener lejos de ellos todo tropiezo, no serían quizá demasiado malos. Son disolutos, es verdad, pero su disolución no es nada extraña, y aunque bárbaros, no disimulan [127] la fealdad de este vicio, y aún mucho menos, como algunos cristianos fingidos hacen, la niegan descaradamente. Aún gentiles, y sin haber oído a nadie que condene bajo pena de infierno sus vicios, conocen, aunque groseramente, que pecan. Los adúlteros son abominados de todos, y si lo consiguen los maridos ofendidos, son también muertos con venenos o con macanas. En sus selvas un adulterio sería capaz de poner en disensión a la nación más unida.

Pero no el pecado tal vez, ni el horror en que se tenga, sino el amor es lo que más bien enciende la ira en los cónyuges. Cosa más maravillosa parecería que los orinoquenses conocieran también como inadecuado el pecado incluso con las libres. Y sin embargo yo sé que esta especie de vicio es para muchos de ellos sumamente abominable; y Luis Cayuonári, conocidísimo entre los tamanacos, me decía que algunas madres, que no estaban acostumbradas de niñas a andar vagando libremente, mantenían alejadas de los varones a sus hijas núbiles aun en la selva. Aquel que con extraña locura, como si fuera en otras tantas divinas escrituras, busca en los salvajes americanos la verdad, la simplicidad, la manera natural de comportarse el hombre, que se mire en el espejo de éstos. Yo me contentaría.

Que aprenda de los salvajes, puesto que no estima las viejas palabras santas, el verdadero modo de obrar el hombre. Que aprenda que la lujuria desenfrenada, que reina con vergüenza en nuestro siglo en muchos, no es más que un efecto del libertinaje y de corazón perverso, que secunda todas las más inicuas pasiones. Quisiera Dios que aquellos que para conocer, como ellos dicen, al hombre, hacen viajes entre los bárbaros, no atendieran, dejando el mal, sino al bien. Lo hallarían por cierto. Pero, o no se cuidan de aquel poco de bien que se halla entre los salvajes, o si están ansiosos de investigarlo, [128] ordinariamente no lo saben sino mediante algunas voces exóticas aprendidas a toda prisa y sin orden, o por medio de intérpretes malísimos.

Si pensamos justamente, por todas partes hay bueno y por todas partes, malo. Por todas partes hay a quien le place obrar por los motivos más culpables, pero también hay personas a las que la razón más pura y menos ofuscada por los pecados les muestra

un bien que no consiste en los bestiales de los sentidos. Si el hombre americano, puesto de moda en nuestro tiempo, se estudiase como el deber querría, se estudiase fundadamente, se hallaría sin duda lo contrario.

Necesitaríamos para saberlo bien un conocimiento suficiente de las lenguas de los indios. Sería preciso haber estado por largo tiempo, y no de paso, como hacen los más, entre ellos. Me jacto (quizá no sin razón) de poseer para pensar y hablar bien de ellos estas dos cualidades. Así que expongo, abarcando a gentiles y cristianos, mi parecer precisamente así. Los orinoquenses, aunque nacidos y educados a la gitana en los bosques, no son demasiado libidinosos. Los adultos de ordinario tiene cada uno su mujer, y saben guardarla de los atacantes bastante bien, al darse por sentidos de sus afrentas. He aquí el lado bueno.

Pero éstos mismos, celosísimos por lo demás de sus mujeres, no raras veces hacen un arreglo con sus amigos, yendo en amigable consentimiento mutuo a pasar con las de ellos varias noches. Así estos impuros abusan del consorcio matrimonial, que por lo demás habría de servirles para ser más continentes. De la poligamia, otro vicio muy insoportable de ellos, se tratará en su lugar. Los jóvenes y las hijas que aún no están unidos en matrimonio, están ordinariamente bajo la vigilancia de sus padres, o en casa de los parientes más próximos.

[129] Habrá desde luego en edades tan peligrosas pecados. Pero no hacen en modo alguno exhibición de ellos, como algunos piensan en Europa de los salvajes. Por el contrario, si no son cogidos en falta, los mantienen siempre muy ocultos a todos. Entre los caribes hay una costumbre muy laudable. En las chozas privadas duermen los maridos con sus mujeres. Están en otras redes, pero en las misma cabaña, sus hijas. Pero los jóvenes no casados deben dormir todos en la gran choza de baile, llamada en su lengua *tapúi*. Si allí son todos honestos, o si al uso de los de las Marianas,[1] mientras los otros duermen, llevan allí mujeres libres, no lo sé. Pero de los caribes, raza de indios impurísima, no es difícil creerlo. Hemos hablado de los gentiles.

De los cristianos diré después brevemente que muchos de ellos, especialmente los más avanzados en años, son sin tacha: pero no es así en la edad juvenil, en la que se dejan llevar aun desenfre-

1 Le Gobien, *Hist. des isles Marianes*, lib. II y III.

nadamente de los vicios. Por lo general las mujeres son más honestas que los hombres. En diversas naciones cristianas son también diversas las costumbres. Las más viciosas de todas son las otomacas y las guamas. Pero basta.

[130] Capítulo VI

De la superstición.

Que las personas menos cultas, a las cuales llega o nunca o tarde y escaso el conocimiento de la verdad, que tales personas, digo, tengan la cabeza llena por completo de fábulas insulsas y de necios y vanísimos inventos, nos lo prueban de manera competente nuestros mismos países. ¡Qué grandes y enormes necedades oímos en boca de los ignorantes y de la gente rústica! Pues si aquí, donde se abunda en tantas y tan claras luces, hay tantas inepcias condenables, es fácil adivinar cuáles anidarán entre los orinoquenses, que carecen de luces verdaderas.

Como no hay escuelas ni profesores de ninguna ciencia entre ellos, es necesario que junto con el vicio domine la ignorancia, madre fecundísima de supersticiones. No es ciertamente poco que en un vivir tan desarreglado y en tinieblas tan oscuras se haya conservado durante tantos años alguna verdad. Y sin embargo, como a su tiempo veremos, se ha conservado; y de ciertos puntos incontrastables, aunque estorbada de ciertos errores, se preserva todavía fresco el recuerdo. Argumento grande, a mi parecer, para que reflexionen finalmente los vanos filósofos, de que algunos artículos, ahora incivilmente desterrados por muchos, no se pueden ignorar ni aun por los bárbaros.

Pero digamos ya de las inepcias de los orinoquenses. Creen en primer lugar natural en algunas cosas la virtud que sin duda no tienen. A ciertas pequeñas raíces olorosas les atribuyen la potencia de conciliar, llevándolas encima, el afecto de las personas que temen [131] les sean contrarias; y se presenta con semejantes bagatelas en el bolsillo un orinoquense que, por haber dejado la misa en día festivo, teme las reprensiones de los misionarios. Sa-

biéndose el medio supersticioso que para aplacarlos se usa, no sería difícil para desengañar a estos necios mostrar el efecto contrario, haciéndoles bravadas que no se esperan. Pero se mantiene secreto para perdición de ellos, y no se descubre sino con el transcurso del tiempo por algún cristiano más fiel.

Tienen además raíces amatorias, que creen aptas para expugnar todo corazón. El gran mal es después que también estas raíces suelen ser ignoradas por los misioneros. Se usan por lo demás (al menos, que yo sepa), por los varones sólos, y no es difícil, sabida la superstición, quitárselas riendo del bosillo o de las muñecas, donde las tienen atadas. Me esforcé virilmente, intercalando bromas, serias reprensiones e instrucciones oportunas, para extirpar este vicio.

No sabiéndose el mal, o disimulándose torpemente, persevera confundido con el cristianismo en aquellos que sólo lo profesan a medias. Un joven guaiquire conocí que, diciéndose cristiano y nacido entre los cristianos en Iguana, llevaba un collar de tales raíces graciosamente ensartadas. ¿Para qué sirven, le dije, estas cosas que en vez de rosario llevas atadas al cuello? Y él, que nada en su ignorancia sospechaba, me repuso enseguida: — *Yama uotepó*, esto es, para matar a los ciervos. No le disimulé el error, y me pareció satisfecho de mis consejos.

Es no menos singular que ridículo y supersticioso el cuidado que para hacer a los perros hábiles para la caza de morrocoyes usaron antiguamente los tamanacos. Llenaban de agua y de ají pulverizado una olla, y bien atado el perro a quien había de aplicarse el [132] remedio, lo mojaban todo de cabeza a pies varias veces. Quedaba asustado y temblando, con el fuerte ají, el pobre animal, y una vez secado de la mojadura lo llevaban llenos de esperanza a la caza mostrándole el rastro de los morrocoyes. Les dije que me parecía más ventajoso que olieran el rastro de los morrocoyes para que aprendieran a seguirlos, y con esto desapareció en adelante la antigua usanza de bañar a los perros con ají.

No escribo sino en desorden y sin plan (porque además no las sé todas) las supersticiones de los orinoquenses. Piensan los tamanacos, y con ellos los demás, que el canto de los pájaros es un verdadero hablar entre ellos, y en vez de decir, como finalmente dijeron una vez cristianos: — *Arém baké toronó*, esto es, canta el pájaro, solían expresarse así en su gentilismo: — *Caramáne paké toronó*, es decir: habla. Creían también que el canto

de los pájaros era una especie de instrucción dada desde lo alto a las gentes. De aquí su temor, y alternativamente su alegría cuando les oían cantar en las florestas. Estos son despropósitos (si quitamos ciertos presagios naturales verdaderos) comunes con varios de Italia.

Pero no es común, sino sólo propio de América, el que ahora añado. Como muchas veces les sirven de tropiezo a los orinoquenses las mujeres, son también ocasión de supersticiones extrañísimas. Si han ido a algún lago en tiempo de verano a pescar, y los frutos machacados[1] que esparcen por encima no han producido el efecto acostumbrado de matar a los peces, se levanta enseguida un murmullo increíble entre los pescadores, y dicen: — Alguna mujer hay sin duda entre nosotros a la que le ha llegado [133] su tiempo. Entonces despiden por voto unánime a ésta, como si fuera impura, y siguen alegremente machacando las raíces las mujeres que están libres de ello.

Creen que las serpientes saben (hasta esto llega su necedad) el estado actual de las mujeres, y para tenerlas alejadas, como ellos sueñan, de las amorosas invasiones de estos reptiles, no les permiten a ellas vagar en aquel tiempo por los bosques. Murió ya, como he dicho, de ictericia en mi tiempo la mujer de cierto Caiccámo. Como yo hiciera con él la condolencia, repuso: « Se lo merece, que sin atender al tiempo en que estaba, quiso ir a la selva y exponerse a los amores de las serpientes ». La primera vez que viene a las jóvenes maipures el flujo periódico, las tienen en ayuno, mientras las dura, en una pequeña cabaña llamada *kuita*, que edifican cerca de la población. Las tamanacas, también en ayunas, pasan aquel tiempo en un ángulo de sus casas, colgadas en alto en sus redes. Ayunan de modo semejante en los partos.

Pero la superstición más extraña toca entonces, según las leyes orinoquenses, a los maridos. Ya indiqué algunas cosas de esto al hablar de los piaches. Pero quedan otras muy ridículas. Debe durar el ayuno de los varones padres hasta que, secándose poco a poco, no se separa de las criaturas el ombligo. Toca a las madres, para que se críe con salud la prole, conservarlo varios días cuidadosamente. Pero no olvidemos a los maridos. Estos, como ya he

1 El fruto de que se sirven los tamanacos para matar a los peces es el del árbol lechero.

dicho, ayunan hasta que se caiga el ombligo. Su ayuno, como he dicho también, es rigurosísimo, y dominados por el hambre al observarlo, están contínuamente acostados.

Acaso en toda América es universal entre los gentiles este uso. Los marañoneses ciertamente y los brasileños y otros vecinos de los orinoquenses hacen todos lo mismo, [134] y es cosa conocidísima por muchas historias. Pero no sé si es igualmente conocida la causa por la que los indios ayunan de esta manera. En los principios mismos de mi estadía entre ellos tuve ocasión de descubrirla, y he aquí cómo.

Debiéndose edificar según la costumbre, para defensa no menos de los misioneros que de los indios reducidos (Nota XIV), un fuerte para que habitaran los soldados, el cabo Hermenegildo Leal llamó a los tamanacos, que aún eran gentiles, para que trabajaran en él, y les preparó una buena comida para contentarlos. Pero, mientras los otros trabajadores mataban a su gusto el hambre, fue observado que cierto Maracayúri, terminado el trabajo, partía en ayunas, sin haber probado ni siquiera un bocado. « ¿Qué? ¿No tiene apetito? — dijo sorprendido Leal —. Ciertamente lo tiene — dijeron los compañeros —, pero como ahora ha dado a luz la mujer, no puede hacer uso de estos alimentos, porque el niño moriría ».

« Pero nosotros, en el parto de nuestras mujeres — repuso el cabo —, comemos más abundantemente y con más alegría que la acostumbrada, y no por eso mueren nuestros hijos ». « Pero vosotros sois españoles — replicaron los necios — y si que comais vosotros no hace daño a vuestros niños, estad seguros de que es muy dañoso a los nuestros ». Puede pensarse cuántas risas hubo ante tan estólido pensar. « Pero no solamente que los padres coman — siguieron diciendo los tamanacos — sino que maten peces en tales días, o cualquier otro animal, sería también dañoso para los hijos ».

Sabidas estas inepcias, me puse enseguida a investigar el motivo, y tomando aparte a uno de los salvajes más sensatos,[1] le dije: « Dime, cuando los españoles [135] no ayunan en los partos, ¿por qué causa haceis vosotros ayuno en tiempo tan alegre? ». « La prole es nuestra — dijo el salvaje — y viene de nosotros, y el alimento que usan los mayores, que nos es provechoso en otros tiempos,

1 Tomás Keveicoto, tamanaco.

dañaría entonces a los hijos si lo comiéramos ». Me dí cuenta de que se suponía casi una identidad entre el padre y el hijo, y envolviéndolo en su red le dije: « Mas con todo, aunque la prole sea venida de tí, no sois una sola, sino dos personas; tú estás aquí conmigo, y tu hijo está con la madre. Si uno te golpea con un palo no le hiere al mismo tiempo a él, así que metiendo en tu vientre, que es separado y diverso del de tu hijo, un alimento al que estás acostumbrado, ¿por qué le vas a ser nocivo? ».

Quedó sorprendido y desengañado ante el nunca oído discurso el pobre tamanaco, y puedo sin ninguna duda aseverar que entre tantos estorbos que halla en el Orinoco la fe, este, que es sin embargo comunísimo, fue el más fácil de superar, y no sólo no ayunaban en los partos en mi tiempo, sino que finalmente ilustrados, hacían gran burla de la ignorancia de sus antepasados. Al mismo paso abandonaron las prístinas supersticiones las mujeres, y no se oyeron más cosas que pudieran repugnar a los oídos.

[136]

Capítulo VII

Del carácter mentiroso de los orinoquenses.

Tuve varias veces la suerte de descubrir la verdad entre los orinoquenses, y de irla siguiendo a través de muchas vueltas, aunque cosa rarísima en boca de ellos. No creo que existan naciones más mentirosas naturalmente y más fingidas que los indios. Entre las primeras palabras que aprenden los niños están sin duda aquellas que valen para ocultar sus cosas y ocultarse ellos mismos. Si se les pregunta por alguna cosa, aunque sea indiferentísima y que no les moleste nada, la primera palabra que les sale de la boca es ésta: « ¿Quién sabe, mi amo? » y es tan universal también en el Nuevo Reino entre los indios antiguos este uso, que ni uno se oye que en otra forma responda a las preguntas que le son hechas.

Creía yo antes, viviendo en Santa Fe, que sólo aquellos indios respondían así, y me parecía una expresión no menos bárbara que ridícula. Pero habiendo ido finalmente al Orinoco entre los bárbaros, los hallé, es cierto, de diversa lengua, pero en sustancia del

pensar y hablar mismo de los santafereños, pudiéndose con ésto demostrar con evidencia que el antedicho modo de hablar no es más que un idiotismo común a todos los americanos.

La fórmula de los tamanacos es esta: *Puc-chicá.* Los maipures dicen: *Tamaré,* y significa, ni más ni menos, lo que he dicho arriba. Preguntadles si hay otras naciones cerca de sus países, y oiréis enseguida que dicen: *Puc-chicá* o *Tamaré,* « quién sabe ». He visto [137] entrar a extraños en la reducción, ¿quiénes son? *Tamaré,* « quién sabe ». « ¿Quién ha dejado en día festivo la misa? » *Puc-chicá.* « Veo que faltan niños en la doctrina. ¿Quién falta? » *Tamaré.* « ¿Adónde han ido? » *Puc-chicá.* Para un misionero, o para cualquier otro que esté obligado a tratar con los indios, no hay cosa más enojosa que ésta.

Pero molestísimas son también las fórmulas que para ocultar la verdad, tan lacónica como astutamente, se usan. Decidles que si en la selva cercana hay madera adecuada para construir chozas, y les oiréis responder enseguida: « No hay ». Es además cosa graciosa que todos a una digan expeditamente lo mismo. Un tamanaco, dejando por entonces el *Puc-chicá,* os dirá: *Ipurá.* Un maipure: *Maonée.* Un otomaco: *Aemme.* Y así continuais sin equivocaros por los otros. « ¿Hay morrocoyes? » *Ipurá.* « ¿Hay cazabe? » *Maonée.* « ¿Hay pescado? » *Aemme.*

Sé muy bien que en países civilizados se hallan semejantes mentirosos. Pero además de negar, como debo, la frecuencia, es además verdad que tan libre, tan conscientemente, y también, para dar peso a la mentira, con tanta frialdad, no mienten. Para los indios es casi un arte mentir. Por las historias de América es conocido cuántas mentiras contaban, para alejar de sí a los nuevos conquistadores europeos, de las otras naciones aún no descubiertas. Describían, para quitárselos de encima con buena gracia, llenos de plata y de oro los más remotos países. Hoy, sin reconocer el precio de la religión que les es llevada por los misioneros, hacen constantemente lo mismo, y sin ningún cuidado, su hablar es un tejido de las más solemnes mentiras.

[138] No tienen necesidad de escuela los mayores, y en este arte son todos excelentes y maestros. Por los tiernos niños, que acaso dirían la verdad, suplen astutamente los padres. Cuando se pregunta a algún niño, la madre le pone en la boca enseguida las palabras que quiere. « Niño, ¿tu hermano ha escapado? » responde. Y la madre le dice: *Puc-chicá caic-ké,* « dile que no sabes ». « ¿Se

ha ido tu padre a pescar? ». *Tamaré, pimá,* « dile que no sabes ». He aquí otra insufrible canción. Aquí sí que fracasan las más cuidadosas industrias de los misioneros para extirparla, pues a los indios, más que todos los vicios, les es demasiado querido y demasiado connatural el mentir.

Mienten además con tal habilidad, que a no saberse su costumbre, cualquiera quedaría engañado. Los orinoquenses, no conociendo, o no apreciando a ningún Dios, no tienen verdadera fórmula de juramento. Pero esto ¿qué importa? Para persuadir de lo que quieren, usan tales fórmulas, que en otra boca tendrían todo el aspecto de un juramento. Tendrá por ejemplo una madre tamanaca escondido en un sembrado, lejos de la escuela, de la doctrina, de la iglesia, a su hijo, y durante varios días le llevará de comer de noche. Si es llamada por el misionero, cuando le oye que su hijo se ha escapado y no aparece ya por la doctrina, se queda toda asombrada como de cosa no sabida antes. Las primeras palabras de ella son: *Avenenga Pare?,* « ¿de verdad, Padre? ». « ¿Y tú no lo sabes? » *Ambutuprá ure, Pare, auéne ambutuprá. Chongaic-ta putuchí?* « No lo sé, Padre, de verdad no lo sé, ¿y cómo voy a saberlo? ». « Pero no eres tú su madre? *Yanererbe ure: ivepéri tacaramaptac-cá?* « Sería mucho, ¿pero él acaso me manifiesta su huída? ». ¡Id a buscar la verdad entre estos mentirosos! Si se oye un [139] suave *auéne* en boca tamanaca, y un más suave *aviní* en boca maipure, esto es, de veras, si no se tiene precaución, queda uno engañado.

Para conocer la verdad entre tantas mentiras, hay sin embargo, adquiridos después de largo tiempo, algunos medios. Cuando un maipure, interrogado sobre alguna cosa, dice: *Iti puriári piyucuáre,* o un tamanaco: *Anec-pe naccaramái auyá?,* esto es: « ¿quién te lo ha dicho? », decid también que es muy verdadera la cosa sobre la que se interroga a un indio. Y ésto es tan cierto, que en las denuncias de cualquier suceso, los entendidos en las costumbres de ellos de ordinario no atienden sino a la respuesta que cuando son interrogados sobre el hecho dan los mismos reos. Una persona inocente entre los indios responde inmediatamente: « Es mentira », sin preguntar por el delator. Por lo cual las personas entendidas creen que procede de la verdad que se ha descubierto por otro medio que el que es interrogado diga: « ¿quién te lo ha dicho? ».

El otro medio para descubrir la verdad, más eficaz que el primero, es no prèguntar nunca si hay tal o cual cosa, sino su-

poner o dar por seguro que la hay, y decir directamente: traed, por ejemplo, tal clase de madera. He descubierto de este modo muchas cosas que si hubiera preguntado sencillamente, no hubiera descubierto nunca. En suma, no se puede sino por sorpresa saber la verdad en aquellos lugares.

La habilidad de los indios para mentir consta abiertamente. Pero no se piense que al descubrirse al mentiroso quede éste confuso al decirle que ha mentido. Se le hace hasta un honor. No es por lo demás palabra injuriosa que un orinoquense diga a otro que miente. Y es tanta la costumbre que tienen, que no dudan de tratar así a los misioneros y a los mismos españoles más honrados. Por el contrario, no se ofenden nada [140] si éstos mismos, devolviéndoles la misma medida, les dicen: mientes. Antes bien, como a palabras muy agradables, se ríen descompuestamente todos y lo celebran.

No se hace con ellos nunca un trato sin ser obligado a oirse decir muchas veces a la cara que uno es un mentiroso. Dígase a un maipure: dame cazabe y te daré unas tijeras, y el contestar inmediatamente: *Piputtápe,* « es mentira ». Y a un tamanaco: Tráeme morrocoyes y te daré un cuchillo, y él, con las mismas palabras en su dialecto, responderá: *Timbutuptaké amáre,* « eres un mentiroso ». Es para alabar a Dios que gente a quienes es tan grato mentir, haga después, como me parece, tan bien sus confesiones (Nota XV).

Capítulo VIII

De la embriaguez.

Otro vicio aún más arraigado que la mentira en los orinoquenses y en todos los americanos comunmente es la embriaguez. Puede en el curso de largo tiempo suceder que un indio cualquiera que sea, no mienta sino raras veces. Pero que con igual prontitud y constancia, si se le da ocasión de beber, no se engolfe todo en su amada chicha, sino que la rechace victoriosamente y la aparte, no sabría yo creérmelo en modo alguno. Sé que algún raro indio, como diremos más adelante, se abstiene acaso de beber

inmoderadamente. Pero, como también veremos, no es el amor a la sobriedad lo que lo sostiene. Comunmente ni uno entre tantos borrachos se oye que, pasado el fervor de la chicha, se lamente de haber bebido demasiado.

[141] Por lo que hace a los orinoquenses debemos suponer que entre ellos no sólo no se encuentran licores fuertes, sino que de ordinario o faltan del todo, o no es sino poca, en relación con los muchos bebedores, su chicha. Las bebidas usuales, y diremos que diarias, son débiles y sencillísimas: un poco de cazabe desmenuzado en el agua, una fruta remojada a modo de bebida, y he aquí lo que beben comunmente. Y si aquí terminase su beber, no habría país más sobrio que el Orinoco. Pero saben mil extrañas maneras de hacer fuerte el maíz, la yuca y hasta las mismas frutas.

Sería aquí fuera de lugar hablar por extenso de las manipulaciones de estas fuertes bebidas. Para nosotros es ahora suficiente saber que de vez en cuando las usan. Con qué lamentable pérdida de la razón es fácil imaginarlo por lo dicho. Los muchos desórdenes, las peleas, los libertinajes que en tales ocasiones suceden, no pueden menos de ser muy molestas para aquellos que tienen cura de las almas de ellos. Los indios mismos, aun rudos y salvajes, no son con todo tan descuidados que no se den cuenta, y para engañar al misionero, y beber cuanto les plazca sin oir sus lamentos, es su idea informarle a tiempo de sus bailes.

Se presenta a él con humilde semblante un cacique de los más astutos y « Sería nuestra intención — le dice — alegrarnos bebiendo por algunos días. No quisiéramos que te molestara ». Y aquí las angustias de un pobre sacerdote reducido a estar entre los bárbaros, e impotente para poner un freno a sus desórdenes. Remédiase en parte el gran mal con el curso de los años. Pero en los principios de una reducción, para no perderlo todo en un momento, para no exasperar a los que han llegado recientemente del monte, para no atraer un mal mayor, impidiendo inconsideradamente [142] uno menor, se requiere paciencia increíble.

Volviendo, pues, al propósito: « Está bien — dice el valeroso misionero — divertíos, pero os recomiendo la templanza, y dure vuestro baile solos dos días ». « Ya lo habíamos pensado — replica el astuto cacique — estate tranquilo ». Se separa muy contento del misionero. Entre tanto, comienza el baile, se bebe sin fin, y la diversión, restringida a los límites de dos jornadas, se prolonga hasta seis, pero ¡con qué incomparable manera de mentir! Bebe

alegre la golosa tropa, a toda prisa en un día, la chicha preparada, y lleva a escondidas otra para el día siguiente. Al tercer día, sin que el misionero lo sepa, pero con cita secreta entre ellos, aparecen indios forasteros, que llevan para diversión común otras cantidades de chicha.

Enseguida que el cacique se da cuenta, vuelve otra vez al misionero, y haciéndose el ignorante le dice: « He aquí a estos forasteros. ¿Quiénes serán? Traen chicha, no hay que disgustarlos, y para hacerlos amigos está bien que beban con nosotros ». ¿Qué decirles? ¿Qué consejo podrías dar a personas que, pensando únicamente en el vientre, han perdido ya días antes la cabeza? Hay que encogerse de hombros y aguantarse mientras dura su baile, el cual, sin interrumpirse ni de noche, termina de ordinariamente cuando todas las tinajas de chicha están vacías.

Cantan entre tanto, beben y bailan perpetuamente con sumo aburrimiento de quien los oye por largo tiempo. Pero esto sería el mal menor, y el Señor quisiera que todos estuvieran cantando, porque inmersos en el placer del canto no dañan de ordinario a ningún otro. Pero los que están apiñados alrededor de los bailarines [143] bebiendo ávidamente la chicha, calentados con el poderoso licor, vengan contínuamente las antiguas afrentas, y el uno al otro le dice: « Tú eres el que cuando yo era niño mataste a mi abuelo ». « Tú eres hijo, tú pariente, tú de la misma nación de aquel que envenenó los años pasados a mi mujer ».

Allí los horribles gritos, allí los lamentos mujeriles, allí el desorden de todos. No conociéndose ya más el compañero, obnubilada su razón, vienen tumultuosamente a las armas, y en las selvas, donde nadie les pone freno, se matan despiadadamente. En las reducciones ha sido destinado por los misioneros alguno que, gritando a los litigantes sus nombres (que por sí no serían capaces de tanto), les recuerda su deber. Pero raro es aquel de quien se puedan fiar en asunto tan importante.

En un pueblo de borrachos es de no pequeño consuelo encontrarse con alguna persona que mantenga un poco ilesa su cabeza. Con todo, he observado muchas veces que los que por riña reciente temen que les den veneno, no se embriagan nunca. Algunos hay sin embargo (y no es poco) que, teniendo una mujer tentadora, beben sobriamente para huir los asaltos de los rivales. Excepto estos dos casos, todos se dan sin ninguna reserva a la chicha.

Las mujeres ordinariamente (lo que también es algo) no se embriagan. Y sin embargo ellas hacen la chicha, ellas se la llevan en los bailes a la gente, y están día y noche cantando, o en otras tareas femeninas entre los maridos embriagados. Me produjo estupor bastantes veces una abstinencia tan rara, y tan poco esperada por mí. Pero además de que allá aun entre bárbaros es cosa indecorosa que las mujeres se den golosamente a la bebida, hay otra razón más para que sean abstemias, y es el cargo que ellas siempre (no sabría decir si por amor, o por honradez y costumbre) toman sobre sí [144] de llevar a su casa a sus parientes borrachos. Apenas oyen una voz más alta de lo acostumbrado, acuden enseguida para separar a los que pelean y tranquilizarlos, y tomando al borracho y llevándolo a su casa, lo ponen enseguida a dormir.

Por lo demás suelen decir las orinoquenses que es vergonzoso para ellas beber como varones, y que la embriaguez no es adecuada a su sexo. Y en efecto, es rarísimo en ellas embriagarse. Una sola vez en tantos años las vi borrachas, y fue por cierto una sorpresa, habiendo bebido las tamanacas, sin saber su fuerza, el *yaraki* de los maipures. Más gratos que cualquier chicha india les son a los orinoquenses los licores, sea aguardiente de vino, sea de caña. Pero se les aleja del abuso de ellos por el daño cierto que producen a sus almas. No es de igual daño la chicha, la cual sólo les quita el uso de la razón cuando se bebe inmoderadamente, como en los bailes ya dichos (Nota XVI).

Pero hablemos ya de algún remedio que se podría poner al beber desenfrenado de los indios. Confieso sinceramente primero que es cosa dificilísima, si no imposible, poner alguno que sea duradero. Acostumbrados desde la primera infancia a la chicha, y avezados a convertir en bebida fuerte toda fruta, no sabrían abstenerse durante largo tiempo. Les parecen mil años hasta que llega el tiempo en que se recoge el maíz. Miran atentamente todos los meses si ha llegado a la debida perfección la yuca, no ya para hacer el pan con que quitarse el hambre, sino por gula inextinguible de beber.

Así, pues, en los comienzos de una reducción, y siendo aún gentiles, les sería muy ingrato que un misionero o cualquier otro les hiciera una prohibición severa de no bailar nunca, o de bailar al menos [145] de manera que no beban sino moderadamente, al uso de cristianos. En el beber y en el bailar en sí no hay mal más que en el abuso. Pero los gentiles no sólo no conocen el mal del

destemplado beber en los bailes, sino que hasta creen que es cosa gloriosa para ellos embriagarse. Prohibidles la chicha, o prescribidles una pequeña cantidad de ella, antes de que conozcan lo bello de la virtud y lo feo del vicio. Os volverán despectivos las espaldas, sin ventaja para la religión y para el estado, para volverse a sus guaridas.

Pero una vez entendida la religión cristiana, hay medios para remediar los abusos. No les es prohibido, porque ordinariamente no es bebida fuerte, beber chicha en sus casas y con su familia. Incluso si se quiere que sean buenos, y que a falta de chicha no apetezcan vicios extraordinarios, es sabia cosa aconsejarles que diariamente, pero en cantidad no excesiva, la beban. No se toleran sino a la pura fuerza, y por no poder ser de otra manera, los grandes bailes. Estos únicamente son los peligrosos, estos, la ocasión de riñas y de escándalos, éstos, comunicados entre caciques los culpables designios, ocasión no raras veces de huídas.

Mas como es también prudencia, para no perderlo todo, disimular también estos alguna vez, señalamos los límites, para que no haya error. No se debe permitir sino aquella cantidad de bebida que puede bastar para beber cristianamente un solo día. No debe permitirse sino poquísimas veces en un año. Débeseles prohibir seriamente bailar, hacer ruido, cantar y tocar sus instrumentos de noche. Es cosa en verdad, como los experimentados saben, dificilísima. Pero una vez, como dije, entendida la religión, no es imposible de obtener.

Yo, cuando los vi suficientemente instruídos, les dije que a mí no me agradaba en cristianos, como ellos ya [146] se profesaban, un abuso tan extraño. Dije que divirtiéndose honestamente de día, cesasen de ruidos y bailes por la noche, al toque del *De profundis*. Mostré que era impropio de la religión que bebieran los días en que por la costumbre introducida debían oir el sermón. El sábado, pues, y el domingo, y las fiestas, destinadas a la instrucción de los mayores, yo no permitía a nadie estas bacanales. Ordinariamente fui obedecido, y los períodos de beber inmoderado eran raros.

De modo semejante han tomado ganas los orinoquenses de comprar con su maíz y su cazabe las telas para vestirse decentemente. Consumida gran parte de sus vituallas en vestirse, no les queda sino poco para satisfacer a su gula, remediándose así de la mejor manera un mal que no es sino de dificilísima cura.

Capítulo IX

De la pereza.

No es mi parecer, uniendo sin distinción a todos en un haz, llamar a los orinoquenses igualmente perezosos que mentirosos y borrachos. Las dos segundas muy culpables cualidades, esto es, mentir y perder la cabeza bebiendo inmoderadamente, son tales, que no sólo parecen nacidas en el mismo parto con toda nación india, sino por todas partes criadas y crecidas con igualdad. Pero la pereza, esparcida por lo demás entre todos, no ha encontrado igual acogida por todas partes. La necesidad, el amor a poseer, la competencia, aunque debilísima, han engendrado en algunas naciones indias útiles invenciones, nada adecuadas con la vida de los desocupados, han tomado el [147] gusto que llevan consigo, y al menos en parte, han alejado el abandono. Digo en parte, porque no es verdad que los indios no sean muy perezosos. Lo son desde luego, pero no igualmente.

Por lo demás, en toda nación india la pereza decide los asuntos más importantes, y todos obran, aunque con alguna diferencia, al dictado de ella. Entre los maipures se atiende al cazabe. Pero ¿quién de entre ellos toma cuidado, a no ser moderadísimo, de las bananas? He aquí a los tamanacos, muy aficionados a esta planta. Pero « Cuidado — les dice la pereza — plántense pocas, que os cansaríais con la fatiga ». He aquí a los imperiosos caribes, abundantes en cazabe y en bananas y en todo. « Pero dormid — les dice la pereza — que trabajen vuestros esclavos ». Ni siquiera tanto les pide a los guahívos y a los otomacos, sino que mostrando a los segundos sus ríos, y a los primeros sus prados, les dice: « Vosotros saciad vuestra hambre con raíces y frutos, comed cuanto querais de pescado ».

Pero el pan, el cazabe, ¿es un sustento útil? No lo hay. Sería demasiada fatiga pensar en él. En suma, como yo decía, son todos, con pequeña diferencia, perezosísimos. Pero nada dará mejor a conocer el genio perezoso de los indios que su vida ordinaria. Hagámosles una visita. Hélos aquí a todos bailando, jugando, acicalándose, tocando la flauta, sentados o tendidos en sus redes. Aquel acomoda las flechas, pero no se cansará en ello mucho tiempo. El otro teje una red, pero si no se termina este año, ya se

acabará al que viene, dentro de dos o cuando le plazca. Falta fulano. ¿Dónde está? Se ha ido a pescar. ¡Milagro! ¿Y las mujeres? Las mujeres son también muy holgazanas.

No tienen idea ninguna de preparar comida para los maridos, y se contentan con pasar sus días en [148] ayunas, tendidas en las redes y haciendo cualquier pequeño trabajo. En este descuido suyo tampoco son reprendidas por sus maridos (que tan para poco son). Pero ¿qué les puede decir un hombre que es, con mucho, más perezoso? No les puede mandar que cuezan el pescado, ni la salvajina, ni otro alimento. La choza está vacía. ¿Qué más? Como muchos indios no tienen otra tierra de donde sacar el sustento sino los montes y los prados, ni siquiera pueden decir a sus mujeres que preparen el cazabe.

Si hay en casa un poco de maíz, lo comen tostado y se acabó su comida. Pero esto no basta, al menos para todos, y las pobres mujeres, para tranquilizar el hambre de sus hijos, aunque tarde y después de que las rueguen por mucho tiempo, cogen sus canastas y se van a toda prisa por las selvas para traer aquellas pocas frutas insípidas que encuentran allí. Esta es la ocupación ordinaria de las mujeres y de los hombres orinoquenses.

Debo sin embargo decir, que cuando se hacen cristianos, siguiendo los consejos de los misioneros, se convierten también en trabajadores buenos. Daban compasión los primeros años, viviendo de la manera sobredicha, los tamanacos. Pero sacudida finalmente la pereza, que les es demasiado querida, aprenden a su costa a procurarse la comida con su trabajo. Fue pernicioso para ellos y para mí su perezoso natural, pues no les podía causar sino fiebres un sustento tan ligero como se ha dicho. He aquí qué sufrimiento se requiere si se tiene vocación de hacerlos cristianos. ¿Qué importa que haya exquisitos peces, o caza selecta en el Orinoco? Andan impunemente por los bosques vecinos los jabalíes. Los peces, como reunidos en un vivero, pululan alegremente en los ríos. Están [149] llenos de peces no menos que los ríos todos los canales y los lagos. Mas ¿para qué?

¿Creeis que acaso los orinoquenses los molestan? ¡Quiá! Sufriría demasiado su innata pereza. Decidles que cojan pescado para sustentaros, para sostenerse a sí mismos y a sus familias. Os responderán unos, sin avergonzarse nada: *Tenutke ure ué*, esto es, tengo pereza. Tan fríamente os deja hambrientos un tamanaco. Recurrid a un maipure, y él, después de daros pimiento con ca-

zabe, dirá: « Si quereis pescado, id a los otomacos y a los guamos, que esos son los amos ». *Nuca uaseccácuni uamiá timakí*, « no sabemos pescar ». Y si después, dejando a los tamanacos y maipures, quereis pescado para comer, acudid a los otros que he nombrado, y comunmente lo hallareis entre ellos, pero no encontrareis nada de cazabe.

He aquí, vuelvo a decir, entre qué miserias se anda, por la pereza de los orinoquenses. Conviene que los misioneros, si quieren mantenerse, aprendan toda industria, y para quitarse el hambre adopten los alimentos más viles. En otra parte diré de su comida. Pero sepan mis lectores entre tanto, que no es por lo común conveniente para su ministerio pedir importunamente a los indios las cosas delicadas para comer. O por costumbre, o por pereza, o por no incomodarse, ellos se contentan con poco. Un misionero, que les predica el evangelio, debe mostrar en los hechos que no se cuida excesivamente de lo temporal, y para vivir en paz y con espiritual ventaja con ellos, conviene contentarse absolutamente con poco.

Más honradamente, como en bien propio de ellos, y necesario para proveerse de vestidos, de herramientas, más honestamente, digo, puede insistirse en el [150] trabajo de los campos, aunque de él resulte utilidad a los misioneros, y con la abundancia de sus indios queden proveídos del sustento necesario. Puede decírseles con seguridad que tomen todo el cuidado de los campos, y está bien que el misionero mismo, para excitar su fervor, les visite de cuando en cuando. No sólo no he visto nunca quejarse por estas visitas, sino que muchas veces he observado que las agradecen. Pero en las otras cosas que miran a una comida mejor, soy de opinión que un misionero prudente debe dejarlos actuar a su gusto. No falta nunca entre tantos indios alguno a quien se le ocurra pensar en el hambre de su padre espiritual, y quien le lleva un pez, quien otra cosa, cuando vienen de sus sembrados a la población.

Si mis lectores tuviesen ganas de saber exactamente cuántas veces al año se puede tener pescado sin servir de carga a los salvajes, les diría, sin alejarme de la verdad, que cuatro, hermoso y fresco. En el relato que aquí añado se conocerá claramente mi exactitud y se verá al mismo tiempo a qué punto llega la pereza de ellos.

Decía yo una vez al fiscal: « Mañana yo como de vigilia, pero no tengo alimento adecuado para el ayuno ». *Avenenga?* — me replicaba, esto es, « ¿de veras? ». « Sin duda, y yo querría que buscases a un compañero y me pescáseis algo para desayunar ». Y él: *Itótoprá: anekyakére techí?*, « no hay nadie, ¿con quién iré? ». « ¿No hay nadie? ». *Ipurá*, « no hay ». « Pero tengo hambre ». *Apponé, tenettápi*, « espera, que voy a ver si hay alguien ».

Dicho esto, se aleja del misionero en busca de un compañero. Le dice a uno: *Maye uóto uoché Pare yotti*, esto es, « vamos a pescar para el misionero ». [151] Y él: *Tenutke ure*, « tengo pereza ». Dice lo mismo a otro y le responde: *Preuprá*, « no tengo flechas ». Va a otro, y le dice: *Vayocóre ure*, « tengo fiebre ». Viendo dar vueltas por las casas al fiscal, al cabo de un rato, otro le dice: « ¿Qué hay de nuevo? ». Y el fiscal, a media voz, después de tantas repulsas: *Uotoprá ti Pare*, « el Padre dice que no tiene pescado ». *Ure vepuchí ué*, « voy a ver ». Oído ésto por los otros, hélos aquí a todo sin pereza, sin fiebre y con flechas. Todos, sin que falte ordinariamente ni uno, se van a pescar.

La primera noche y también la segunda no vuelven comunmente a la población, y entre tanto el misionero pasa su ayuno lo mejor que puede. A la tercera héte a las mujeres que van con los canastos hacia la parte del río. Vuelven de allí a poco todas cargadas de pescado, pero como gato que después de larga y fatigosa caza tiene la presa entre las uñas, fijos constantemente en tierra los ojos, no miran a nadie ni responden sino pocas palabras si se las interroga. Los últimos en aparecer bajo la gran carga de pescado son los hombres, a los cuales, vista la tenacidad de las mujeres, ninguno osaría pedírselo. Y sin embargo no se está sin emplear los dientes.

Llegados los pescadores a las casas, y separada para sí y para sus amigos y parientes aquella cantidad de pescado que quieren, las mujeres toman la una dos peces, la otra tres, la otra acaso cuatro, los llevan como si no fueran ya las de antes, todas festivas al misionero. Pero no estamos todavía en lo mejor de mi cuento. Comen toda la noche los pescadores con sus familias el pescado que han traído, sin poner ningún cuidado en quemar los que sobran y conservarlos de la putrefacción. Por la mañana, después del largo destrozo nocturno, [152] se ven en las esteras muchos peces, pero podridos y hediondos. Y hénos de nuevo, por descuido de las mujeres, tras una pesca tan famosa, en la falta de comida.

Saben por lo demás muy bien que no se vive de manera tan improvisada en la casa de los misioneros, y ya les es conocido que, después de comer lo necesario, el resto se pone en parrillas con fuego lento por debajo para secarlo, y conservarlo bueno varios días. Los misioneros no descuidan esta diligencia necesaria para vivir. Pero en vano: se fatigan para los demás.

Cuando a la mañana se despiertan las mujeres, y ven estropeados sus peces, dice una de ellas que quiere pedir al misionero, y casi para probar se traslada a casa de él. « ¿No tendrías — dice toda devota — algún trocito de pescado, que has hecho tostar a tus criados? ». ¿Qué hacer? El que quiere es preciso que dé. Se da a la primera, y las otras, que esperan curiosas el éxito, vienen después con mayor seguridad a pedir, y después de la fatiga de la noche se queda uno como antes.

Lo que he dicho de los peces, dígase en proporción de las fieras. Sus cacerías, aunque en país abundante en salvajina, son muy raras. Puedo verídicamente aseverar que en más de tres lustros no he comido ciervos sino una veintena de veces. Más raras veces los jabalíes, y menos aún los pájaros. De no tener los misioneros otro sustento que aquel que puede esperarse de los orinoquenses, ¿quién podría estar entre ellos? Si nuestro Tíber fuese tan rico en pescados como el Orinoco, y nuestras selvas abundaran en caza escogida como las de allá, entre gente tan industriosa se hallaría quien les diera fastidio. Pero los habitantes del Orinoco sufrirán demasiado, y su cara pereza estaría descontenta.

[153]

Capítulo X

Del mendigar de los orinoquenses.

Pero mis lectores se quedarán quizá, como ante noticia no esperada, sorprendidos de mi relato. Y sin embargo, dirán, tanto nosotros como los indios necesitamos de muchas cosas para subsistir. ¿Cómo se las componen ellos con una vida tan desocupada? Ya lo dije. Se contentan con poco, y no buscan como nosotros afanosamente lo supérfluo. Pero para concluir diré (sin exceptuar a los mismos reyezuelos) que hacen lo mismo que los pobres en Italia. Mendigan. Pero es variedad nueva de mendigar.

No es uso introducido entre los indios pedir limosna a sus connacionales. Ni tampoco acaso, si lo quisieran introducir, encontrarían alguno que les diese un ochavo. Ellos mismos son tan altivos con los de su nación, que nunca piden nada a nadie, y si desean alguna cosa, procuran más bien tenerla mediante trazos. Si no tienen comida o bebida, hacen una visita a aquellos indios que la tienen, y echados por el suelo, como si hubieran ido por amistad, en la choza del otro, se están charlando hasta que les es ofrecido de comer.

Pero no usan de estas consideraciones escrupulosas con los forasteros, sean misioneros o españoles. Dirigiéndose, como antiguos amigos, a estos, les piden cuanto les viene en gana pedir, y quien un alfiler, quien una aguja, quien una tijeras, quien pidiendo otras cosas, no terminan nunca. Además las casas de los misioneros, y las propiedades de éstos, parecen destinados casi únicamente para ellos. Allí van contínuamente a pedir bien sal, [154] bien carne salada, bien azúcar, bien otras cosas que saben por los sirvientes que el misionero tiene. Decidles: « No hay », y os dirán enseguida: « Mientes ». Dadles una cosa y negadles otra, y oiréis que os dice: *Tamané amáre,* « eres mezquino ».

Les parece al hablar así que presentan un motivo suficiente para obtener las cosas que desean. Y es tan universal entre los orinoquenses este modo impropio de hablar, que entre tantas naciones no hay ninguna que no lo use. *Pisénïki,* eres mezquino, dice el maipure. *Tamané amáre,* el tamanaco; *i amó guavende,* el otomaco. Es conocido de los teólogos que no se puede entre los pecadores enumerar sino en pocos casos un mezquino. Pero según el pensar de los orinoquenses no hay pecador mayor.

« ¿Cómo es vuestro misionero? ¿Cómo se porta con vosotros? » les dirá alguno. « ¡Oh, es malo! » responde enseguida un indio, « es un mezquino ». *Petkébra, tamané*: he ahí a un tamanaco. *Amó guavende, ibabá:* he ahí un otomaco. *Maisuïniké Pare, séniki:* he ahí un maipure. Quien más moderadamente habla entre ellos responderá: *Patcurbererbe, tamané,* es bueno, pero mezquino. En suma, es caso bastante raro entre los orinoquenses que haya alguno entre los misioneros o los españoles que tenga fama de generoso.

Querrían que todas las cosas ajenas, como son sus selvas, fueran comunes a todos. Les parece que negándose, aunque justamente, una cosa, se comete con ellos una injusticia. Si os traen

después un poco de sus frutas, creen tener libertad para pediros, si lo tuviérais, hasta un tesoro.

No conocen proporción ninguna entre las cosas que dan y las que piden, y por un alfiler [155] serían capaces de querer, por ejemplo, un hacha. Todos generalmente son de esta clase los orinoquenses, pero especialmente los otomacos. Llegaba yo a su reducción, y todos y todas venían en multitud a mi encuentro, y hacían de mí a porfía alabanzas de las que ciertamente no hago caso: *I amó tenúna,* « tú eres bastante bueno ». *Aemme guavende,* « no eres mezquino ». « He comprendido, decía yo, quieren alfileres y agujas ». *Aemme,* « no — replicaban — *amó gandianda, páraga gióboke,*[1] «tengo mucha hambre, dame cazabe ». Y héte que entre los otomacos ni siquiera basta la quincalla, y para no oir un *ibabá* (eres malo), es preciso darles cazabe.

Los primeros años que estuve entre los tamanacos, para acostumbrarlos a la vida civilizada, les di a modo de permuta las cosas. « He aquí — les dije — un hacha, me traeréis en pago maíz. He aquí anzuelos, me traeréis pescado ». Pero en vano. El tamanaco, una vez en posesión del hacha se contentaba con darme un atado de maíz, que un niño hubiera llevado en la mano. « Esto es poco » decía yo. *Uotuc ché, Pare* — me replicaban —; *apponé, taurére canepó-yave canuchí,* esto es, « Padre, se acabó; espera, te lo daré para otro invierno ». « ¿Y el pescado? ». *Teirbe iuoché, taraic-ne nachíi,* que es como decir: He ido a pescar, pero el pescado es miedoso (esto es, no se presenta), dentro de poco te lo pescaré.

Oída en tan frías bocas tan fría respuesta tan a menudo, ¿quién habría tenido calma bastante para apuntar en un papel, como cosa importante, sus deudas? Si una vez se apuntan, es necesario, para huir la fatiga, olvidarlas ciento. Tomé la solución de darles cuanto tenía, y cuando mis sirvientes sabían que no había más en la casa, cesaban de darme [156] fastidio con tantas peticiones. Debo decir también que viendo que yo no tenía nada, se acordaban ellos también por gratitud de mis necesidades. Esto me dió luz, y en adelante, después de algunos meses, hacia traer otras bagatelas que les eran agradables, y se las repartía en el

1 [No se olvide que en estas frases en lenguas indígenas cambiamos la ortografía italiana por la española, pero, faltos en nuestra escritura corriente de signos para ese sonido (palatal, africado, sonoro), conservamos el grupo *gi* con su valor italiano.]

acto entre ellos, y así comenzaba yo también a pedir lo necesario para mi sustento.

Este medio lo experimenté no sólo ventajoso para mí, sino que, siendo el propio de ellos, también agradable para los indios, y ya no oí sino alguna vez, y riendo, el ingrato estribillo: *Tamané amáre,* eres mezquino. Con el andar del tiempo abandonaron en parte la costumbre salvaje. Sin embargo, por instruídos que sean, y habiendo estado en las reducciones muchos años, sigue siendo tan usual para ellos pedir las cosas que les da la gana, que es preciso tener siempre consigo las cosillas que ellos desean más.

Capítulo XI

De la curiosidad.

No todos los orinoquenses son, a decir verdad, crueles, ni ingratos, ni golosos, ni disolutos, ni mentirosos desahuciados, ni perezosos, pero son curiosísimos todos. He aquí algunas pruebas.

De ordinario entre los salvajes del Orinoco no hubo comercio alguno, ni saben qué nación es vecina de sus países. Pero si algún gentil viene a las reducciones, van todos a la casa del misionero para mirarlo. Observan atentamente los gestos y las palabras y facciones, y es un placer, cuando han vuelto a sus casas, oirles imitar graciosamente las maneras que el huésped ha usado.

[157] He aquí como hizo el misionero su plática, dice el primero, y lo imita tan bien, que creeríais que es él mismo. Ha dado al padre miel, dice el segundo, y le ha pedido (ved qué bárbaro y necio), como si no le pidiera nada, dos azadas. Nótese de paso que olvidados de lo que ellos fueron antes, después de haberse civilizado, tratan de bárbaros a sus iguales. Tiene una boca de cocodrilo, replica el tercero, y no son nada diferentes de los del cocodrilo sus dientes, tan largos como son. ¿Habéis visto, dice el cuarto, la panza? Es chupada como la de un otomaco hambriento, y parece que no haya probado bocado en varios días.

Devoraba como un tigre el alimento que le daba el misionero. ¿Y las piernas? ¡Qué secas y qué feas son! Tiene la nariz, siguen diciendo los otros, aplastada como un maipure. Es negro como

un guamo. Tiene brazaletes y collares de vidrio a guisa de mujer. Hiede peor que un negro, y lleva tanto anoto que apesta. Es para un verso de consolación después de algunos años de residencia entre cristianos oir bromear y hacer ascos a personas que poco antes han sido del mismo modo que los salvajes. Pero de aquí se conoce el genio no menos bufonesco que curioso de los indios.

Al primer encuentro con cualquiera, midiéndolo de pies a cabeza con la vista, saben hacer el retrato, y es por lo común tan justo, que no se haría tan bien, ni con tanta perfección entre nosotros. Vista una vez una persona, no pierden su efigie ya nunca, y podría volver después de muchos lustros y volver vestida o pintada de cualquier manera extraña, y al momento sin vacilar dirían: Este es aquel que conocí de niño. Lo reconozco en los [158] ojos, en la nariz, en el modo de andar, en la voz.

Viajando son curiosísimos de observar todo animal nuevo que encuentran, notan minuciosamente el color, el tamaño y los miembros en particular. Mira allá sobre aquel árbol, dice uno, un mono; y dejando al momento todos el remo, si se viaja por el río, se ponen atentos y sin pensar a mirarlo. *Yotti machiré*, « ¡oh, si te pudiera comer! », y se sigue la risa destemplada de los otros, y después de tan grato descanso, vuelven a coger los remos alegremente. « Aquel es el monte de los mapoyes. Estuve allí algunos años de chico con mi padre. Después se va por caminos de montaña difíciles de los piaroas. Este río que tenemos a la derecha es el Suapuri. Lo he recorrido para ir al país de los parecas. » Así dicen ellos.

Pero yo no terminaría sino muy tarde contando las muchas cosas curiosas que se oyen en los viajes de los orinoquenses. Quiero decir de todas maneras que así como ponen todo cuidado en observar de una parte a otra un país, saben después referir, aunque sea después de muchos años, sin confusión cada cosa. Llevádlos adonde querais, y hacédles dar por densos montes, por prados bien cubiertos de vegetación, por altos montes, largos rodeos. Sabrán decir sin falta por la tarde, apuntando con la mano derechamente al lugar de donde se ha partido: « De tal parte venimos », y se puede decir seguramente (tan grande es su conocimiento) que es aquella. Dando vueltas por el mundo, nadie mejor que los indios sabría dar razón de él.

Notan cuidadosamente los grandes montes, y a falta de éstos, los grandes árboles, y subiendo a éstos observan con ojo curioso y atento todos los países que por cualquier lado se ven. Es verdad

que hablando de ellos después no usan, como ignorantes, las palabras propias de los doctos. Pero esto ¿qué importa? Saben decir muy [159] bien: tal lugar está al naciente, tal otro, al poniente del sol. No tienen palabras propias para indicar la parte septentrional y la otra que se opone a ésta. Dicen sólo confusamente: *Uéyu yavótti uyá*, esto es, la parte que yace a los costados del sol. Pero poniéndose de espaldas al sol, indican con las manos extendidas el país que se busca.

El objeto principal de la curiosidad india es finalmente el papel. Sería despliegue de necia erudición, además de supérflua, reunir aquí y poner afanosamente a la vista las muchas inepcias que los indios dijeron al verlo en manos de los primeros conquistadores. Suponiendo verdadero todo lo que las antiguas historias nos dicen, no será fuera de propósito que añada las cosas por mí notadas en tantos años sobre este particular. Como de cosa nueva no tienen en sus idiomas voz propia para explicar el papel y los libros. Así, pues, los caribes, los tamanacos, y otros indios del bajo Orinoco, tomándola en préstamo de los españoles, la llaman *cáreta*.[1] Usan voz diversa los maipures, los güipunaves y las naciones todas del alto Orinoco, y no se por qué razón lo llaman *cuyarúta*.

Pero si de los libros y de las letras es diverso en los diversos países el nombre, el genio curioso en mirarlos, es muy semejante en todos. Entréguese a un orinoquense una carta, como allá se usa, para llevarla a otra parte. La toma en la mano, como si fuera la cosa más sagrada, y después de recubrirla con hojas de cachipo[2] y con tela, la lleva limpiamente y con seguridad a quien es destinada. Cuando se oye en [160] los comienzos la llegada, he aquí que vienen todos y todas, como a cosa llegada del cielo, para verla. Se quedan asombrados de la atención con que un misionero la lee. *Iti ma cuyarúta?* dice el maipure. *Tuca maré yucuá?*, esto es: « ¿Qué dice la carta? ¿Trae nuevas? ». « No hay nada », debe decirse para no asustarlos. *Pauria Pare secaké nuke;* la ha pintado (esto es, me la ha escrito) otro misionero. Quieren verla, y llenos de maravilla consideran atentamente la pintura, o, como nosotros decimos, los caracteres.

---

1 *Carta* en español significa lo que en italiano *lettera*, pero los indios comunmente la aplican a cartas, papeles y libros.

2 El cachipo es una hierba de grandes hojas, que sirven de ordinario para envolver las cosas.

Creen que recorriendo con los ojos una carta pueden saberse por los misioneros las cosas más ocultas. Temen que leyendo algún libro las descubran. Por esta ciencia, que es sin embargo común en nuestros países, tienen por felices a los europeos, y los niños indios se aplican de buena gana a aprenderla. No consiguen sin embargo extender linda y plenamente una carta. Sus sentidos son mancos, y sus expresiones como de campesinos, e ingratas. Lo cual procede especialmente de que aunque antiguos y aunque hayan vivido entre los españoles muchos años, no saben nunca perfectamente la lengua de aquellos, que usan para escribir.

He visto caracteres muy hermosos, pero no conocí a ningún indio de quien se pudiera decir que la expresión es justa. Si escribieran en sus lenguas, en cuyo uso son naturalmente elegantes, y si comprendieran el valor de ellas para explicarse, serían sin duda más agradables. Pero por justos motivos, y para que sus cartas no sean dañosas a los sencillos, no les son enseñadas por los misioneros. Todos pues, lo mismo los que saben poco que los que nada saben, tiene grande concepto de los libros, y sirve de mucho esta estima para introducir en sus corazones la fe. Esta es la palabra de Dios, se les dice mostrándoles [161] las divinas escrituras. La escribieron antaño, dictada por él mismo, los santos apóstoles. Y estas palabras, acompañadas del movimiento interno divino tienen un efecto maravilloso, dando los indios por luz superior a los divinos libros el crédito que dan naturalmente al papel.

Sirve también el papel para pacificar sus discordias. En uno de los acostumbrados bailes vino una vez a mi casa, llevando del brazo a su mujer, un tamanaco llamado Cayuonári: « Esta mujer mía — me dijo — es muy mala. Entregada a otros amores no me hace ningún caso. Merece, como ves, castigo » Así dijo. No era, como cualquiera comprende, tiempo de dar consejos a gente ebria. Me acordé a tiempo de la estima grande en que los papeles están entre los indios, y tomando en mis manos el breviario, atentamente, sin decir palabra, lo miré. Callaron los borrachos al instante, y se pusieron todos asombrados a mirarme. Después de breve espacio dije al marido: « Y sin embargo, no encuentro en este libro nada de lo que has dicho ahora con tanta rabia ». « ¿De veras? » me dijo. « Así es — repliqué — espera, miraré mejor ». Y vuelto a abrir el breviario y mirando ligeramente añadí: « Nada, no encuentro nada ». El efecto de esto fue no menos imprevisto que singular remedio, y quedaron contentos y pacificados ambos, pidiendo el

marido excusas por la poco razonable sospecha. Por supuesto, pasado el fervor de la chicha, me reservé la libertad de preguntar sobre la verdad de la falta. Mas por lo que ahora me acuerdo, no fue sino mal fundada la sospecha.

Además de la curiosidad que tienen por los libros y por los papeles los orinoquenses, ven con infinito placer todo papel puesto en las paredes de las habitaciones de los misioneros. Tuve cartas geográficas de Sansón. Vistas [162] estas, quisieron saber de toda la tierra. « ¿Dónde está — me decían — tu país? ¿Qué viaje hiciste para venir de la otra parte del mar a América? ¿Vive aún tu madre? ¿Tienes allá hermanos?, etc.

Capítulo XII

Si son amantes del honor los orinoquenses.

Que no son, como algunos han pretendido, estúpidos e insensatos los americanos, me parece tan cierto e indudable, como cierto e indudable debe ser para cualquiera que ellos tienen (sueñen lo que quieran los incrédulos) las mismas pasiones y los mismos afectos que nosotros. Es verdad (cáuselo el clima o la educación o cualquier otra cosa) que no brilla la razón, no resaltan las pasiones igualmente en cada uno. Pero ¿qué importa ésto? Hay en todas las gentes una analogía, digamos así, en pensar y obrar, y si bien se observa, estamos obligados a confesar que, excepto pequeñas cosas, todas las naciones son las mismas.

Admite todo sin darse cuenta el que piensa que los americanos no tienen deseo sino de cosas terrenas y de placeres animales. Tienen también, además, de estas pasiones, aquellas que por ser de objeto superior y menos sensible se llaman espirituales. También ellos, en cuanto se extiende su conocimiento, aman la gloria. No se extiende, es verdad, sino muy poco, y es pequeña, como en personas nacidas en la selva, la esfera de sus pensamientos de gloria. Son igualmente pequeñas sus operaciones, pequeñas las repúblicas, y pequeño el recinto de llanuras y de montes donde como en su pequeño reino viven. Pero si se les dan objetos [163] más grandes

para ocuparlos, países más ricos para que habiten, si son puestos en suma en las mismas circunstancias que nosotros, no serán nada diferentes, tanto en la naturaleza como en su actuar, de nosotros.

Me parece a mí el corazón del hombre no diferente de la lengua que le tocó en suerte al nacer. Los nombres de los vestidos, de los papeles, de los instrumentos, de las artes y de todas las otras cosas que en Europa se usan son voces no solamente nuevas, sino extrañas para un indio. Pero no importa: enseñándoselas, y he aquí enseguida una escena nueva, cuando sin dudar mucho, o en lengua extraña, mudando un poco la suya, o en términos análogos a cosas de él conocidas, les irá dando su nombre. Así ni más ni menos ocurre con el corazón. Se contenta, según los países diversos, según los usos diversos, con pocas cosas. Pero hallado el mucho, también se aplica a este con afán.

Yo no doy a las pretensiones de gloria de los orinoquenses sino un pequeño objeto, esto es, un objeto que les es propio. Si sus miras son llevadas a cosas grandes y magníficas, direis enseguida: entonces no están desnudos, entonces no viven míseramente, entonces no han nacido en las selvas. Es verdad. Una persona, para trazar justamente su carácter, no se describe sino en las circunstancias en que se encuentra naturalmente. Creo haber dicho bastante para explicar del mejor modo el amor que tiene por la gloria un salvaje.

Los orinoquenses se alaban frecuentemente a sí mismos, y oyen de buena gana y con placer a quien les rinde alabanzas. Pero no es en todas las naciones el mismo el objeto de sus glorias. Glorían se los guamos de tener más que ninguna otra nación destreza en pescar los peces grandes. Dicen que ellos son señores del manatí, del *laulau*, y de los cocodrilos, y ceden a otros la gloria de pescar [164] los peces menores. Decidles que son excelentes pescadores de manatí, y como de cosa gloriosa, celebran un gran triunfo. Se jactan los tamanacos de tejer canastillos, de hacer de manera admirable las flechas, de hacer las mazas al uso caribe.

No hay, dirá un otomaco, nación más guerrera que nosotros, y no somos, como otros tantos indios, vendidos como esclavos a los enemigos. ¿Qué importa que no tengamos cazabe? Tenemos tanto pescado como nos place. Se enorgullecen de su cazabe los maipures. « Nosotros no somos perezosos, dicen ellos, sino que trabajamos la tierra; comemos, como el hombre debe hacer, el cazabe; las otras naciones se contentan con raíces, como los jabalíes, o

como los micos, con frutas que encuentran andando por los matorrales ». Sus burlas contra los tamanacos con curiosísimas. *Curíta caní tamanácu, nuca neca ussi: paccatiá neca curita,* esto es, « los tamanacos son morrocoyes, no comen cazabe, comen siempre morrocoyes ».

Se jactan los cáveres y los güipunaves de ser los mejores soldados del mundo, y que ninguna nación resiste a sus potentes armas. « A nosotros nos tocan, dicen los parecas, y nosotros mejor que cualquier otro sabemos criar bananas selectas en las más lindas plantaciones ». Ninguna nación orinoquense es más torpe ni más inepta que los piaroas. Y sin embargo tienen estos también sus glorias. « Nosotros, dicen éstos, hacemos el curare para quitar en el acto a todo animal la vida, nosotros fabricamos el peramán y la chicha, y otras cosas que todas las naciones buscan ».

Nosotros solos hacemos, replican de nuevo los güipunaves, nosotros solos hacemos platos bonitamente pintados, nosotros solos rallos para hacer pan de la yuca. Así dicen los güipunaves, y así las otras naciones [165] orinoquenses se hacen un punto de honor de las cosas que conocen, y que en la infancia les enseñaron. Y en estas cosillas hay entre los indios más pretensión de grandeza que la que se halla entre los europeos sobre objetos de gloria verdaderos o más lisonjeros.

Los orinoquenses que habitan aún en las selvas no conocen sino las debilísimas materias de alabanza que he dicho. Pero una vez que dejan las selvas para hacerse cristianos, crece su competencia con la luz mayor. Debemos decir en bosquejo algunas particularidades. Los nacidos en las reducciones miran como inferiores y hacen amargas burlas de los que son recién venidos de los bosques. Dicen que son a modo de bestias, y que no saben como ellos cantar las misas, ni tocar los instrumentos musicales de los blancos, ni recitar de corrido la doctrina cristiana. Pero aquí no se acaba.

Los cristianos orinoquenses aprenden canto para intervenir en los oficios de la iglesia. Y he aquí enseguida otra ocasión de jactarse y de competencia, pues cada nación quiere la primacía. Por deseo de aparecer famosos en tocar y cantar, van de buena gana a las fiestas en otras reducciones, y se afanan a porfía en rendir alabanzas a aquellos que concurren. Si les resulta nueva una pieza de tocar, para no parecer menos que sus competidores, la aprenden en pocos golpes de violín. Desafían aparte a quien les parece que sabe, y para huir de la vergüenza de no saber una pieza, dan

muestra de todas las que saben. Así los unos, compitiendo a porfía con los otros, no hay pieza de tocar, no hay canción, no hay en una reducción una bonita costumbre, que no se introduzca en breve tiempo en las otras. Lo que digo de las escuelas de canto, dígase igualmente de las competencias en ayudar con buena pronunciación a la misa, en aprender la doctrina, y en todo lo que les es enseñado por los misioneros.

[166] De los niños, pasemos a los adultos. En las reducciones cristianas hay personas, escogidas con el consejo de los caciques, que presiden a las otras por algún tiempo, y mandan, bien a todos juntos, bien a algunos en particular, como veremos más adelante. Estas pequeñas magistraturas que se mudan fijamente al comienzo de cada año, son el objeto de sus deseos más ardientes. Me di cuenta de ello enseguida entre los tamanacos. Estando ya cerca el tiempo de nombrar los nuevos magistrados, se me presentó, como si quisiera algo completamente distinto, una tarde a hablar conmigo Luis Cayuonári, y me dijo: « ¿Cuál es tu pensamiento sobre los oficiales que hemos de nombrar mañana por la mañana, según nuestra costumbre? ». « Yo — le dije — nombraría de buena gana a fulano y el otro ». « Mi tío Keveicoto — me repuso — como listo y prudente, es excelente para ser el fiscal y tener a raya a los muchachos ». « Es verdad — le dije — pero tu tío es hombre de edad, y no parece cosa propia darle, cuando enseño la doctrina, el encargo de andar por las casas y de llevar a los chicos a la iglesia ». « No — me replicó de nuevo — es excelente para este empleo, y él mismo, hablando en confianza, lo desea ».

Se conoce bien por ésto que los bárbaros no son insensatos. La pequeña vara que lleva en la mano el fiscal, una más larga, que distingue de la otra gente el alcalde, como si fuera insignia de soberanos, les parece un cetro. Y no son de este modo solos los neófitos. Los gentiles, cuando son llevado a las reducciones, están contentos si en señal de distinción de los otros se les da una vara. « Soy hombre — dicen — verdaderamente sabio; y el mismo misionero, que me ha dado esta vara conoce abiertamente mi mérito ».

En mi excursión al país de los parecas, una vez distribuídas las cosillas que había llevado para regalarles, supe finalmente que uno [167] había quedado que, aun estando echado contínuamente en su red por enfermedad y por ser muy avanzado en años, era distinguido entre sus connacionales. Le hice conducir a mi choza para

hablarle de su verdadera salvación. Una vez que lo hube instruído, como el caso era urgente, le administré el bautismo. « Tú serías — le dije después — si vivieras más, uno de los magistrados más grandes ». « No puedo vivir — me replicó — y como ves bien, estoy cerca de la muerte ». « ¿Tienes — le dije — algún hijo? ». « Tengo — me repuso — y se llama Uachaivará ». « Muy bien — añadí — este será el alcalde en lugar tuyo », y habiéndole dado (pues enseguida vino él también) una vara en la mano, quedaron ambos tan contentos del honor compartido, como los demás habían quedado por las hachas que les había dado.

Ayuda mucho para el bien de las reducciones secundar a tiempo la propensión que los orinoquenses demuestran hacia el honor. « Me han dicho que quieres escaparte. ¿Cómo piensa tan neciamente una persona como tú? Es cosa indigna de persona prudente. Me has dicho muchas veces: *puitte ure: petkébra yutu: yuc-yacá utéripiprá*, sé lo que hago, sé que el monte es malo, no quiero ir allá ». Esta es razón buena para retener a un tamanaco inconstante, y a un sáliva, que se tienen por sabios. « ¿De qué tienes miedo, siendo de nación tan valiente, que quieres volverte al monte como un conejo? ». Así se dice para refrenar a los cáveres y a aquellas naciones que se glorían de ser guerreras. Discúrrase en proporción de las otras.

Pero veamos al fin cuánto se descubre en los otomacos, nación en apariencia tan brutal, de amor a la gloria. No digo nada de aquella que se logra con el manejo de las armas, que creen propia sólo de ellos mismos. Nada del canto, de tocar y de los bailes. Hablo de una [168] sola cosa en que parecen inferiores a todos, es decir, de construir las casas. Mientras las otras naciones habitan en chozas bastante cómodas, sólo los otomacos tenían las suyas pequeñas y feas. « No es de sufrir — les dije — que en las otras reducciones se hable mal por más tiempo de vosotros y de vuestras casas. Como os tengo afecto, os defiendo a capa y espada muchas veces diciendo que como estais entregados casi de contínuo a la pesca, no teneis bastante tiempo para hacerlas capaces y hermosas como las de ellos. Pero ¿cómo — les digo además — no saben ellos por ventura hacerlas como las vuestras, si quieren? Las harán, seguro, y las harán pronto. Así, otomacos míos, respondo a aquellos que piensan sobre vuestras cosas. Espero que saber sus charlas os servirá para demostrar que no sois menos que ellos. »

Una nación torpe no habría hecho ningún caso de mis palabras. Los otomacos, tenidos antes por insensatos y de poco, movidos del deseo de presentarse con hermosas cabañas entre los demás, hicieron tantas, que en menos de dos meses no hubo persona que no edificase de manera muy hermosa, puestas a cuerda, y con división de calles y plazas. El mismo amor de gloria encendió en ellos el deseo de hacer una iglesia muy capaz para celebrar los divinos misterios. En suma, en el curso de pocos meses fueron objeto de admiración aquellos que lo habían sido de risa de los otros.

[169] Capítulo XIII

De la inconstancia de los orinoquenses.

Hasta aquí, ya tocando vicios y defectos, ya naturales inclinaciones, hemos descrito lo mejor que hemos sabido no menos el interior de un orinoquense que las acciones que provienen de tal disposición. De sus malos hábitos, de sus pasiones y afectos no me parece haber olvidado ninguno que sea digno de consideración. No es, pues, tan extraño monstruo un orinoquense, Si no tuviera más que las faltas que he dicho, cualquiera elegiría, dejando a los otros bárbaros, vivir con ellos para convertirlos.

Los defectos enumerados hasta ahora, con la paciencia de los misioneros y con la asidua instrucción se vencen finalmente, o disminuyen al menos en gran parte. Ningún misionero (con tal de que los indios cuya conversión emprende sean constantes en la reducción), ningún misionero, digo, se acuerda de tener que combatir con muchos vicios. Pero el mal mayor es que los orinoquenses, y comunmente otros indios, no son duraderos en el bien una vez emprendido, y por la innata ligereza de ánimo mudan fácilmente de pensamiento y de deseos. Son todos de genio infantil, y lo que les agrada por la mañana, les desagrada ordinariamente por la tarea. Los indiecitos, decía el célebre Padre Román, son niños, los adultos son también niños, pero niños grandes. En los viajes, en los que una persona se conoce mejor, he observado varias veces también yo su actuación. No discurriría más neciamente una mujer

sin nada que hacer. Tan varios e [170] incoherentes, tan pueriles y ligeros son sus razonamientos. Haremos, dicen por ejemplo, tal cosa. « Sí » replica otro. « Muy bien — dice el tercero — y hablaremos a la hora de la comida con el misionero ». « Excelente pensamiento » dicen todos los demás que reman. Oía yo entre tanto con los ojos en mi libro sus conversaciones, y fingiendo no atender a lo que decían, esperaba muy curioso el final. Pero a la hora de la comida, atentos todos a comer, nadie pensaba en lo dicho. De nuevo en la barca después del almuerzo, comenzaban otra vez, pero su razonar era muy distinto del anterior, inconexo y pueril.

« Pero tal día — les decía yo después de algún tiempo — hablábais de tal cosa ». *Aviní?*, — me respondían: *uameyamé: manánipiná uaturá*, esto es, « ¿de veras? Lo habíamos dicho por decir, ya se nos ha olvidado ». Infiérase de aquí si todos los indios, como decía el misionero arriba citado, son verdaderamente muchachos.

Pero si en las inepcias pueriles terminara su obrar, no serían quizá ingratos los orinoquenses. En efecto, con sus graciosos e infantiles razonamientos hacen reir a cualquiera. Y como todo lo que se les viene a la mente lo dicen, a veces de sus bocas se oyen cosas bastante buenas. Pero no se fijan en nada, ni saben, a mi parecer, si las prefieren. Su inteligencia, como indiqué en otra parte, es buena y penetrante, pero infantil, y su voluntad variable. Es necesario tratarlos, si se quiere acertar, como criaturas.

Por lo demás, a gente de tal carácter (no sé por qué consecuencia de obrar) no le agrada que los misioneros sean como ellos infantiles en el hablar y en el trato. Quieren más bien que sean graves, y que lo que dicen una vez, perpetuamente y sin variar de opinión, lo digan. No tienen ninguna vergüenza de echarles [171] en cara a los misioneros si descubren en ellos inconstancia, que son como niños, y como los creen más sabios, estiman mucho a los misioneros viejos.

Además de ésto, aunque niños de genio, no les agrada ser acariciados y tocados sino parcamente y con gravedad. No les gusta ser llamados por el misionero con el nombre de amigo. Dijo una vez un otomaco a uno que así por cariño lo llamó: « Tú no eres amigo, sino Padre; *i Aúa: aemme daya* ». ¿Qué dicen mis lectores de este inesperado modo de portarse? ¿Qué les parece de estos niños, hasta ahora desconocidos en Italia? ¡Qué paciencia, qué habilidad y prudencia, para no hallar estorbos a la fe, la que se requiere en los misioneros! Sin embargo, desnudándose uno

con la ayuda divina de los naturales afectos, o venciéndolos virilmente, el genio pueril de ellos, si no tuviera otros males, sería muy tolerable. Pero los tiene en demasía.

Como en los pensamientos, también en su voluntad son variables. La reducción que ahora les agrada no es nunca prudentemente de esperar que les haya de gustar a ellos más adelante. Si se atendiera a lo que les es agradable, habrían de transportarse cada año las casas a sitio que les gustara más. Habría de formarse la reducción ora al lado de los ríos para tener pescado, ora en los montes más altos para encontrar a gusto de ellos jabalíes. En sus selvas nativas no habitan ordinariamente en un sitio sino poco tiempo. Si alguno, como es necesario, se muere, se ponen al hombro sus enseres y van a morar a otra parte.

Toda nación en aquel recinto de prados y de selvas que considera propio suyo, tiene varios lugares donde alternativamente vive. De aquí que, siendo todas las naciones [172] de este carácter inquieto, se jactan de haber nacido, como si dijeran la ciudad más ilustre, quien en tal monte, quien en tal río, quien en una sabana, quien en cualquier otro mísero lugar. Llegados a las reducciones no se despojan de este genio que les es demasiado querido. A cualquier pequeña incomodidad, querrían que se dejara la primera reducción y se fundara en otra parte una nueva. Si son justas las causas que alegan, para impedir las huídas, se debe condescender y buscar un sitio que no les desagrade nada.

La nación de los yaruros mudó en mi tiempo de reducción bastantes veces. Si hubiera escuchado los lamentos de mis indios, hubiera hecho lo mismo. Pero tales cambios no provienen de ordinario sino de reprochable inconstancia. y así como habiendo visto morir a uno, querrían buscar enseguida por inquieto temor otros lugares, se les demuestra que por todas partes se muere, que son insanos los sitios nuevos, y que sería de mucha fatiga rehacer desde el principio una reducción. Y ya valiéndome de una causa, ya de otra, tuve siempre en el mismo sitio a los indios que recogí.

[173] Capítulo XIV

De las huídas de los orinoquenses.

Pero no todas las naciones se dan ordinariamente por vencidas cediendo a las razones que para refrenar su genio movedizo aducen los misioneros. Añado además que entre los orinoquenses es rarísima la que de vez en cuando, a modo de bestias salvajes, no haga alguna escapada de improviso a las selvas. Más esquiva que ninguna, o como allá se dice, cimarrona, es la nación de los guahivos, de los chirocoas y de los guamos. El que trabajando como misionero tiene a estos bajo su dirección, puede hacer cuenta que tiene, por así decirlo, otra tantas moscas cogidas en un puño.

A la primera ocasión en que les parece a ellos más contento y más descuidado de lo que ellos hacen el misionero que está al frente de ellos, en cualquier noche oscura, huyendo, lo dejan sin dudar. Vi en el año 1749 en el río Cravo a uno mil guahivos que por las muestras de contento que daban, tanto de su misionero el P. Roxas, persona de edad y muy buena, como del hermoso sitio en que les había reunido, se podría creer que hubieran de durar allí para siempre. Pero enseguida que consiguieron todas las cosas que le pedían, apiñándose y demostrándole grande amor, cuando menos lo pensaba, lo abandonaron todos.

De carácter también cimarrón y huidizo son después de los dichos los otomacos, los mapoyes, los piaroas y los quaquas. Pero debo hacer justicia a los otomacos y decir que no son tan descaradamente esquivos como las naciones susodichas. Es verdad que [174] recogidos por el P. Gumilla en Uruana, huyeron después de algunos años. Pero reunidos finalmente en el mismo lugar primero por Espinosa y después por Benavente y otros, allí se mantuvieron constantemente hasta mi partida, no todos ciertamente, porque son huidizos como los otros, pero tantos, que aquella reducción tenía ordinariamente ochocientas almas y más. Los que algunas veces huían, arrepentidos de su falta o reclamados por Polo, su último misionero, volvían finalmente al redil. Así que en mis días, hechos más mansos después de abrazada la fe, no eran tan crueles y brutales como Gumilla los pintó en sus principios.

Se ve por consiguiente que no sin razón dije que no son los vicios de los orinoquenses, excepto las huídas, tan grandes como para desesperar de la enmienda. Dios os guarde de una nación que, cerradas las orejas al Evangelio, os deja solo. Con esfuerzos infinitos, habiendo sacado de las selvas a los piaroas y a los quaquas, volvieron éstos a ellas varias veces, a modo de fieras indomables. Muerto el P. González, su misionero en Patura, tuve a los piaroas en mi reducción. Pero volvieron a emprender bien pronto el camino hacia sus montes nativos. Me abandonaron también algunos parenes, los cuales, por sospecha de fuga, de la reducción de San Juan Nepomuceno fueron enviados a la mía. Con algunas familias guahivas, que me fueron igualmente mandadas, sucedió lo mismo.

Los quaquas, que me trajo el P. Olmo con indecibles sufrimientos desde el río Cuchivero, unos pronto y otros tarde, tuvieron el mismo fin. Los maipures, aunque también inquietos, salvo muy pocos, perseveraron todos. Su afición al comercio con los indios reducidos, y la utilidad que de ello redunda en su beneficio, hacen que escapen difícilmente. Mal satisfechos de la reducción en que están, más bien piden (y [175] es preciso entonces contentarlos) irse a otra.

Los tamanacos, en diez y ocho años y medio, no tuvieron otro misionero que yo. Fui el primero que en rudas chozas y entre aquellas miserias que son bien conocidas en las nuevas reducciones, les llevé el Evangelio. Aunque fuese pequeña, a veces recalcitrante e indócil, siempre amé a esta nación. He aquí en pocas palabras el motivo. En tan largo tiempo y entre tantas vicisitudes de cosas, no me dejaron nunca. Huyó por un disgusto que tuvo, según él dijo, con sus parientes el cacique Monaíti con su pequeña familia a la Maita, y aunque fuera el jefe de la nación, no lo siguió ninguno, y habiéndole hecho yo llamar, se arrepintió de su error y volvió inmediatamente. Tomé como misionero un especialísimo afecto a las naciones constantes en el bien.

Pero por el contrario no tengo palabras ni aliento bastante para expresar los disgustos que da a un sacerdote que la instruye una nación cimarrona. Después de algunos meses o algunos años de que *in fame et siti, in frigore* (digamos *in calore* en el Orinoco) *et nuditate* se comienza a instruirlos en los dogmas evangélicos, verse abandonar de golpe en medio de las esperanzas concebidas, es un dolor tan atroz, que sólo se entiende por aquellos que lo

experimentan. En las huídas de los otros indios yo me consolaba de alguna manera pensando que al menos los tamanacos y los maipures eran siempre los mismos entre tantas alteraciones.

¡Oh! ¡cuántas veces sucede que habiéndose ido por la noche a reposar el misionero, a la mañana siguiente no encuentra a nadie de la gente acostumbrada! Es preciso entonces, a falta de los niños instruídos, recurrir a un soldado para decir la misa. Es preciso por montes y por precipicios ir en busca [176] de las ovejas perdidas. A veces se hallan siguiendo las huellas, pero en los lugares pedregosos se pierden. Y si huyen en barcas por los ríos, Dios sabe qué exquisitas diligencias son precisas para hallar al rebaño errante, siendo necesario ver tanto de una orilla como de otra si hay señales de los indios huídos.

En tanto se pasa así un día, se pasan dos, tres, cuatro y a veces hasta cinco, y no se halla a la gente perdida. Va uno a sus antiguas selvas, y allí mismo, habiendo tomado otro camino los cimarrones, no se les halla. Si no ha huído con sus connacionales, el medio es expedir a alguno de sus parientes. Pero ¿quién se va a fiar de él? Por lo común no se quedan sino de espías, y para informarles de noche, o bien de día, con el pretexto de ir de caza, de los medios que para volverlos a conducir a la reducción se disponen por los misioneros. Y sin embargo, al oir sus melífluas palabras, diríais que no están en absoluto enterados de la huída de sus parientes.

Kueti ve caní, dicen, *naumarí nimapitacáu*, esto es: « son como bestias, y por eso huyen ». *Naá niviá Diósu, nuca nimapítamacúmáu*, « si conocieran a Dios no huirían ». *Niyása nitacáu Vasúri ima-ike*,[1] « quieren ir al infierno ». ¿Qué decís de este devoto hablar? ¿Quién no los creería, no ya buenos, sino santos? Y sin embargo incuban profundamente escondido en el pecho el veneno. Para engañar mejor a los menos prevenidos, dicen que son de otra nación y no parientes de los fugitivos. He aquí sus palabras: *Niturá nicamá uayucuáre, nuca uapureuá caní mapitakióni: pauria caní*, esto es: « aunque hablen nuestro lenguaje, no son los fugitivos parientes nuestros, ni de la misma nación, sino otra raza ».

[177] En una red tan poco visible quedaría preso cualquiera, si no conociera sus engaños. No caen por los demás en ella sino los

1 [Probablemente hay que leer las eses en estas palabras indígenas con su valor italiano, es decir, sonoras cuando van intervocálicas. Y lo mismo ocurre en todas las que copiamos.]

misioneros nuevos y los que creen demasiado en las palabras. Los sabios y los prácticos, fingiendo creer por su bien, a pocos discursos con ellos escogen de boca de ellos lo que puede prudentemente esperarse de gente tal, y si pueden tanto, manteniendo a la vista de día y bien custodiados de noche a algunos de los indios que se han quedado, toman otros para servirse de ellos como de guías para buscar a los fugitivos. Por las buenas unas veces, y prometiéndoles un regalo, por las malas, otras, y haciendo el enojado con ellos, finalmente después de largas y tortuosas vueltas, se los encuentra. Unos resisten entonces y echan mano de las flechas para matar a los que los buscan, otros, como manso cordero, al ver al misionero vuelven a la población.

Para ablandar a sus rebeldes padres sirven de mucho los hijos. Estos tiernos e inocentes niños, como no conocedores de la malicia de los mayores, se alegran sumamente al volver a ver al misionero. « He aquí — dicen — a nuestro padre. Vamos, padre, vamos, madre, con él ». « Yo, aunque quisiera — me decía el tamanaco Yucumare — no puedo dejar en día festivo una misa ». Pasados apenas dos días fuera de la reducción, los hijos comienzan a alborotar a mi alrededor diciendo a porfía: *Papa, tecapé pare? maye pare-uyá: meca tanáre kikemó,* es decir: « papá, ¿dónde está el Padre? Vamos con el Padre. Ya hace tiempo que estamos aquí ».

Hay que dar infinitamente gracias a Dios por el amor que tienen los niños al misionero, pues esta inclinación es no raras veces el más poderoso motivo para frenar en parte el corazón voluble de los padres. Dios sabe cuántas fugas impiden cuando son llevados a otra parte, con sus llantos y llamando [178] al misionero. Por lo cual, los misioneros sabios hacen gran caso de estos inocentes, y para ganárselos mejor, no dejan de hacerles regalitos de fruta y de otras cosas que les gustan. Pero la digresión es larguita. Volvamos a los adultos.

Otros, como ya decía, vuelven como mansos corderos. Otros, si no se les ocurre matar al misionero, se dan secretamente la señal, y cuáles por un valle, cuáles por una sabana, huyen secretamente. Es cosa dificilísima volverlos a pescar otra vez. No es tampoco, a mi parecer, prudente buscarlos en aquel hervor. Entre el temor y la rabia que conciben al ser buscados con demasiada ansiedad por el misionero, serían capaces de tirar al precipicio todo, dejándose matar o matando a quien los busca.

Está bien decirles con las palabras más blandas y amables que vuelvan, que serán bien recibidos, y que el misionero se olvidará de todo. Estas palabras, como último testamento, quedan profundamente esculpidas en su mente. En efecto, algunas veces vuelven por sí mismos, presentando para disculparse razones muy frívolas. Dicen que no les desagrada la nueva religión que han abrazado, que no les molestan la misa y el sermón, pero que se han ido por temor a las fiebres, por las palabras bruscas que han oído a otros indios, y por otros motivos semejantes que aduciría un niño como excusa. Y sin embargo son compadecidos y no contristados con palabras iracundas. De esta manera vuelve a su antiguo la quebrantada reducción, aunque con esfuerzo indecible.

Por lo demás, para convertir a los indios o sería necesaria la resolución, no imprudentemente tomada por el P. Rauber, de viajar con ellos de selva en selva, de [179] prado en prado, de río en río, como contamos en otro lugar, o para seguir el modo común de reducirlos en poblaciones se requiere una paciencia invicta. Aquí es donde se comprende perfectamente lo que dijo el Señor a los Apóstoles al enviarlos a la conversión del mundo: *In patientia vestra possidebitis animas vestras.*[1]

Capítulo XV

De la fe de los fugitivos.

Si después los indios huídos sean constantes en la fe abrazada, como quiere Gumilla,[2] o bien, como el P. Gregorio García[3] asevera, sean inconstantes y defectuosos, para no errar en cosa tan dudosa, distingo los fugitivos en dos clases. Unos son jefes de la rebelión, y porque les desagrada la nueva vida profesada como cristianos huyen. Otros no lo son, y casi por fuerza siguen las huellas ajenas. Esta división de los huídos no debe parecer nueva a ningún misionero. Tan clara es. Pero expliquémosla más.

---

1 Lucas XXI 19.

2 *Hist. del Orinoco,* tomo I, cap. 17.

3 *Origen de los indios,* lib. III, cap. 2.

No hay duda que hay entre los indios personas (las creo pocas) que abrazan la fe fingidamente. No hay duda que de modo semejante hay algunos que por molestia de haber perdido a sus mujeres al hacerse cristianos, y por fatiga de no tener más que una, no hay duda que, para volver fácilmente a tenerlas a todas, se vuelven a sus amadas [180] selvas. Es cierto también que entre muchos honestos, se encuentran lujuriosos desenfrenados, a quienes agrada correr por todas las sabanas para saciar sus brutales apetitos.

¿Quién puede dudar de la índole inicua de los piaches, y de su refinada malicia? Ya dije que si algunos de éstos se hacen cristianos de verdad, de otros hay que sospechar mucho que se hagan por humanos respetos. Por lo cual yo, sin peligro de equivocarme, no tengo dificultad en llamar a éstos tales infieles descarados y apóstatas. Dios sabe cuántas abominaciones cometen una vez que han vuelto a sus diabólicas antiguas guaridas. Dios sabe las insolentes risas de los sacrosantos misterios. En suma, no sé inducirme en manera alguna a pensar que conserven la fe entre mil inmundicias. Hablándose de esta clase de gente, no es sino apostasía vituperable lo que se llama con el honrado nombre de huída.

He aquí en pocas palabras, pero como a mí me parece, fundadamente expuestas, las razones que me inducen a creer a algunos indios desertores de la fe abrazada. Pretender que todos, como piensa Gumilla, son constantes y duraderos, no me parece se ha de esperar en modo alguno. Añado que, si bien lo deploro, tampoco me maravillo mucho de su caída. ¿Quién se va a asombrar de que entre pueblos rudísimos haya algunos pocos que, después de admitida la religión, la dejen? Dura todavía en los anales eclesiásticos la funesta memoria de tantas personas civilizadas, y más ingeniosas que los americanos, que, habiéndose primero reducido a la fe, después no dudaron en incensar fanáticamente a los dioses falsos.

Pero en América, dice Gumilla, excepto los lugares [181] a los que se extendió el dominio de los Incas y los Moctezumas, no hay idolatría. El dice muy bien, y creo también que entrada con la dominación española en aquellos reinos la religión cristiana, se haya extinguido todo germen de culto idolátrico. Pero no se infiere de aquí que los indios a los que no llegaron las armas de los emperadores susodichos, si se vuelven a sus selvas, no sean apóstatas y desertores de la religión. Yo no digo que se vayan allá para tributar religioso culto a los dioses. No los aprecian.

Ni tampoco afirmo que se reúnan para hacer plegarias en los templos. No las hacen. Pero sí digo que si no vuelven la cara hacia los dioses, de los que no se ocupan, dan ciertamente la espalda a la fe verdadera, al abandonar enseguida todo rito. He aquí la apostasía.

Aunque entonces yo tenga el parecer del P. García, sus razones con todo no me agradan en cada particular. Dice él haber sacado de los bosques a un cristiano indio en que halló todos aquellos signos de bárbaro que puede tener un salvaje, y que ya no sabía las oraciones cristianas. Y he aquí para él un argumento fortísimo contra la fe de los huídos. Sale a su encuentro, lleno de fe india, Gumilla. Dice (y es verdad) que no es señal de haber abandonado la religión el olvido de las oraciones. Pero podía también decir Gumilla que no es sino un funesto signo de religión moribunda que un cristiano que se ha ido a las selvas no ore. Podía más especificadamente decirnos, tanto el uno como el otro escritor, si el indio susodicho (lo que parece necesario) se encomendaba al Señor con orar al menos a su modo.

Pero veo, me parece, la razón que los dos tuvieron para el común error. Les parece a muchos misioneros [182] un error grande en un indio si no sabe las oraciones en la lengua española. Yo soy de contrario parecer, y digo que los bárbaros (aunque se les enseñe razonablemente el español) no entienden nada las oraciones que se enseñan en esta lengua extraña. No es, pues, culpa para tomar en cuenta que un bárbaro huído a los montes las olvide pronto o tarde.

De la misma manera (y en esto sigo a Gumilla) no hay que hacer gran caso de que los huídos neófitos vayan pintados a la moda de sus connacionales, y desnudos. ¿Quién les suministra, después de gastadas aquellas que tuvieron de cristianos, las telas para cubrirse? Para confirmar una cosa que me parece muy clara, aduce Gumilla los ejemplos de varios españoles que conservaron la fe, unos entre andrajos, los otros hasta pintados al uso de los indios. ¿Quién lo duda? ¿Quién puede sospechar que los españoles, aun en las selvas y entre mil bárbaras aventuras, vayan a volver las espaldas a la verdadera religión? Puede decirse aquí con razón *non erat hic locus.*[1]

---

1 Horacio, *Arte poét.*, verso 19.

Había que demostrar si los indios todos, vueltos a sus madrigueras en las selvas, conservan la fe; no se hablaba de los españoles. Las razones que según sus pareceres recogen los citados escritores son verdaderas sin duda, pero no vienen al caso. Se opone el uno, pero no por el camino derecho, ni con las armas que debe, al parecer del otro. Sin divagar, y reducida a los términos precisos la cuestión, me parece que muchos indios, no por haber olvidado las oraciones, no por los colores que usan, sino por los motivos ya dichos, son apóstatas verdaderos. Me [183] jacto de no ceder a nadie en amor a los indios. ¿Pero debemos por eso, como si no fueran patentes sus vicios, tenerlos a todos por buenos? Ciertamente que no. Los hay buenos, los hay malos de modo tolerable, los hay desvergonzados, y tales son, como creo haber probado, los apóstatas.

Los indios huídos, por lo demás, no son todos jefes de la fuga emprendida, ni todos rebeldes. Por esto, separando lo verdadero de lo falso, dividí a los fugitivos en dos clases. Llamo apóstatas a los primeros. Digo que son verdaderamente cristianos, e inocentes bastantes veces a los segundos, de los cuales hablaremos ahora. Se decide entre los malos, en las borracheras y las inmundicias, la huída. ¿Qué saben de esto los niños? ¿Qué, las mujeres y otros muchos, que haciendo sus cosas están contentos en la reducción?

Si por alguno que ve las culpables reuniones se huele la huída, enseguida es tenido por sospechoso, y los malvados incitadores observan insolentemente cada paso de él. Ven si después de oir la inicua deliberación trata más de lo corriente con el misionero, si va frecuentemente a ver a los soldados, si hace visitas a alguna india casada con español o con negro. Estas mujeres, como pasadas a estado que las une más con los españoles, son de ordinario fieles, y no raras veces manifiestan al misionero la fuga premeditada por los indios. Pero salvo estas veces, ni los mismos sirvientes de los misioneros tienen ojos y orejas bastantes para saber de la fuga que se trata por sus connacionales.

Y en realidad es cosa sumamente difícil conocer si trama alguno la huída. Tan oculta y astuta suele ser. Es verdad que los jefes de la rebelión, con los pensamientos inicuos que incuban, parecen de rostro más [184] triste durante algunos días, y a veces, fingiendo trabajos en el campo, se mantienen alejados de la acostumbrada misa. Pero esta alteración no dura sino mientras se traza la huída con sus partidarios. Es horrible para una reducción este espacio

de tiempo. Bébense entonces nuestros fingidos labradores cuanto encuentran en sus campos, hacen también cazabe, no ya para comprar como antes las telas con que vestirse, sino herramientas para trabajar la tierra en sus sabanas y para defenderse si son buscados por los misioneros.

Que les diga, al ver el daño en sus sembrados, un cristiano fervoroso: « ¿Qué haceis? ». Le reprenden amargamente, lo tratan de español, y lo llaman indigno de su nación. Mientras, el uno o los otros, temiendo ser envenenados, se callan. Y si el misionero, por sus largos bailes, que son también preparativos a las fugas, si de la abundancia insólita de cazabe y de frutos traídos a la reducción, se da cuenta de los culpables designios y lleno de angustia les dice: « Hijos míos, ¿adónde tienden vuestras miras? Habeis terminado el cazabe, no hay ya maíz, vais a morir todos de hambre », entonces vienen los lamentos destemplados y los gritos.

« ¿Es que somos nosotros cimarrones? ¿Nos tienes por otomacos o guamos? Es preciso para hacer las cortas que nos proveamos de hachas. De cazabe no hay la abundancia que antes, pero somos hombres y somos capaces de rehacer en pocos días los sembrados. Mientras tanto nos contentamos, que no somos tan tragones, con poco alimento ». Es de notar que a todos los orinoquenses, aunque sean cimarrones, les desagrada con todo sumamente ser tenidos en este concepto. Acaso para impedir la fuga es bastante que se les diga por el misionero que sabe sus designios. Decir claramente a un cacique que [185] por amor a sus almas, por amor de él, que tiernamente los ama, no huyan, ha sido medio más de una vez útil para disipar en pocos momentos una fuga.

Vuelvo a mi propósito. Una vez que han terminado (bebiendo, o vendiéndola a cambio de herramientas o de armas) su yuca, para engañar mejor al misionero, toman enseguida un rostro más alegre de lo que acostumbran. Frecuentan más a menudo y más devotamente la iglesia. Tratan de buena gana de las cosas de la religión. Los magistrados castigan severamente a los culpables. Algunos, que nunca han tenido casa, se ponen entonces a fabricarlas con tal empeño, en apariencia, que parece que las quieran construir hermosísimas en poco tiempo. Otros después hacen rozas. Otros, para mostrarse solícitos en la limpieza de la reducción, toman azadas y quitan las hierbas que han vuelto a nacer. Otros reprenden a sus hijos para que al primer toque de campana vayan enseguida a la iglesia para recitar la doctrina. En suma y por

decirlo en breve, en los días precedentes a la partida, parecen todos fervorosos y devotos. Tan grande es la astucia de estos bribones.

Pero los misioneros cautos, como en el rostro alborotado de sus alumnos y en la disipación de los víveres, leen claro los pensamientos turbulentos que incuban en el seno, no se cuidan nada de las dulces palabras y la devoción afectada que, cambiando en alegre el triste rostro, demuestran de improviso. Pero muchas veces no sirve ni la prudencia más fina, y cuando menos se piensa, en cualquier noche, tomadas sus cosas, todos nuestros devotos se van. Los días en que se suele dar vacación en la escuela y en la doctrina son los más peligrosos. No se inducirá un indio a huir [186] dejando en la reducción, como otros tantos rehenes, a sus hijos. El amor que les tienen estos bárbaros es sumo. Esperan, pues, con ansiedad los días en que, sin ser observados por los misioneros, puedan llevárselos con ellos.

Esto por lo demás les sucede cuando ha sido fijada ya una noche para irse todos juntos. Pero si no todos unidos, sino por familias y en pequeñas tropas ha sido resuelta la fuga, se portan de modo distinto. « Es hora — dice alguno al misionero — de comer tales frutos. El sitio, como sabes, es lejano. Es necesario para llegar allá dormir en el camino dos jornadas. La tercera, *véyu iper yaye*, esto es, tres horas después de puesto el sol, se llega. No querría dejar, porque te disgusta, la misa acostumbrada. Querría además, si te pluguiese, llevarme conmigo a los hijos. Iría de buena gana con sola la mujer. Pero ¿quién les dará de comer en nuestra ausencia? ».

« Bien — dice un misionero que piensa poco — idos, pero os espero el sábado por la tarde ». « No es posible — replica el astuto indio —: *tevin missa pattechí: itacono yacá vepuccí*,[1] dejaré una misa y vendré a la segunda », lo que quiere decir: « vendré para el segundo sábado ». « No me engañes » repite el misionero. « No hay cuidado — replica el bribón —: *puitte ure, petkébra cimaruna*, soy prudente, un cimarrón es malo ». Lograda así la deseada licencia del misionero, le besa devotamente la mano y escapa.

Así es. Parte para no volver más, porque la fuga, como yo decía, fue determinada por los perversos jefes. Entre tanto, a la luz más clara del día, y tomando antes, o enviadas por delante sus [187]

1 [La grafía de *missa* con doble ese parece probar que la ese simple indica la sonora, como ya indicamos en nota a la p. 176.]

cosas, una familia entera vuelve sin sospecha del misionero a las selvas. El sábado primero después de la funesta partida ni él ni otro alguno de la reducción piensa en ello. El segundo, que el fugitivo había señalado para volver, al no presentarse con los otros a la iglesia, si el misionero pregunta por él, todos los demás se hacen el tonto. « Acaso está enfermo — dicen — y por eso no ha podido el pobrecito venir, como deseaba ». No comparece entre tanto nuestro cimarrón más. Se deja todo pensamiento, y dejando pasar los otros jefes de los bribones un mes o así, quien se despide para ir algunos días de pesca, quien para buscar en la espesura fruta, quien aduce otro motivo para ausentarse de la reducción. Y he aquí un misionero reducido a hacer el ermitaño contra su voluntad.

Pero entre nosotros: huyan juntos o separadamente los jefes de la rebelión, ¿qué culpa tienen si van con ellos los otros adultos inocentes, las débiles mujeres, los niños? No pueden hacer de otro modo, aunque quisieran. Los malvados indios entre los que se ha concertado secretamente la fuga, levantándose de sus redes de noche, despiertan apresuradamente a los otros y se los llevan, amenazándolos de muerte si no ceden. No alienta ninguno, y quien voluntariamente, porque es del mismo genio que los malos, quien por la fuerza, porque es de otro parecer, se van todos en silencio.

Vuelvo, pues, a decir que estando muy lejos de creer a los primeros verdaderos y fieles cristianos, tengo por buenos y constantes a su modo en la fe recibida a los segundos. De aquí que, voluntariamente, si se les presenta ocasión, vuelven a la reducción. Si son buscados, no toman contra los misioneros las armas, y quedándose [188] en las selvas entre mil ocasiones de mal, son sin embargo siempre los mejores. Temen contínuamente como ellos mismos confiesan cuando vuelven a la reducción, morir sin sacramentos y condenarse. Les desagrada que sus hijos mueran sin bautismo.

Pero que después se tomen el cuidado de decir juntos o separadamente las oraciones de los cristianos en lengua extraña no lo creo. De aquí que después de algunos meses de tal vida, al ayudar a misa, al decir la doctrina en español, y en cualquier otro ejercicio cristiano no son ya los mismos que eran en la reducción. Aunque juzgo que en su lengua retengan en la memoria por algún tiempo las fórmulas acostumbradas de orar. Que las conserven siempre sin el estímulo de los misioneros es cosa más de desear que de

esperar. Estoy por lo demás persuadido de que aunque estén sin sacerdote cristiano, ya no creen más en sus antiguas fábulas. Estoy persuadido de que de la religión cristiana conservan en el corazón los misterios mientras viven.

Desaparecidos ellos (supongamos que no vuelvan a la reducción por justo impedimento), no queda entre sus hijos y herederos sino una sombra muerta de fe. Salen a veces de sus matorrales a pedir a un cristiano el bautismo para sus hijos. Así hacen en el río Apure los Guaneros. Así en otras partes de América, muchos indios, cuyos antepasados estuvieron entre los cristianos. Y añado más: en el Nuevo Reino de Granada hay ciertos indios gentiles[1] los cuales [189] en el día de San Francisco Javier descienden de sus montañas todos mansos y devotos a celebrar su fiesta con los cristianos. Pero éstas, como dije, son sombras muertas de fe (Nota XVII).

1 Estos indios son llamados por los españoles andaquíes, esto es, habitantes de los Andes.

LIBRO CUARTO

De lo político de los orinoquenses

[190] LIBRO CUARTO

De lo político de los orinoquenses

Capítulo I

De los caciques del Orinoco.

Yo no sé concebir naciones (digan lo que quieran en contra algunos viajeros) que estén completamente privados de jefes que los gobiernen, sin ningún orden, sin costumbre estables, sin sombra alguna de organización, y apenas racionales. No, no sé concebirlas. ¡Dios inmortal! ¿Tanto por cierto se desvió de su primero y noble origen el hombre nuestro semejante que, iba a decir, que pueda servir de vergüenza al autor omnipotente que lo creó, y de rubor a nosotros, que somos sus semejantes? Pero que se corrijan en su creencia aquellos que con desprecio tan grande de la humanidad prestaron crédito a tales mentiras.

[191] Yo sé bien que hay mucha diferencia entre el hombre instruído como somos nosotros y el rudo e inculto, como son los salvajes, pero nunca tan grande que el uno se diferencia del otro hasta el punto de que no se le asemeje sino en poco o nada. Todas las naciones de América no las he visto, pero de los orinoquenses, tenidos por muy bárbaros, creo poder demostrar que no son de tal género que tengamos que avergonzarnos demasiado. Y si no al escapar y superficialmente, sino con ojos tranquilos y por largo tiempo se tratan todos los indios, diremos acaso de toda raza americana lo mismo.

Al primer contacto con extranjeros, parte por natural inclinación, parte para mantenerse ocultos, ¡qué mentiras dicen los

indios! Estas se anotan en papel y como anécdotas preciosísimas se expiden por nuestro mundo. Pero trátese con ellos con atención a sus costumbres, trátese por unos años, y se descubrirá que son muy diferentes de lo que parecían al primer encuentro. Se encuentran entre ellos jefes, a los que obedecen de alguna manera, ejercicios de paz y de guerra, conocimientos no despreciables de todo, y en suma, tanto de bueno, que se conoce bien por quien sabiamente reflexiona, que son semejantes nuestros.

Y para comenzar con los jefes de las naciones salvajes del Orinoco, no hay en efecto ninguna en la que no se hallen. Que cada salvaje viva por sí libremente, que propague su estirpe sin sombra de matrimonio estable, y al descuido, al modo de bestia, que esté separado y sin consorcio y sin dependencia alguna de los demás, son sueños y mentiras ridiculísimas. En la nación de los tamanacos había tres régulos, esto es, Monaíti, señor de los de la Maita, Caiccámo, que si bien me acuerdo, mandaba a los de [192] Cratáima, y Perecoto, que con sus aliados estuvo largo tiempo entre los quaquas. Lo mismo acaece en toda otra nación. Los maipures tuvieron por jefe a Caravána, los avanes a Yamári y a Kirrivána, los parecas a Yare.

Si se me pregunta en qué pueda especialmente consistir el título de su superioridad sobre los otros, yo señalaría al menos dos clases. El primer título lo tienen aquellas personas que o por discordia con sus connacionales o por deseo de andar por el mundo, o por otro motivo semejante, se internaron divididos de sus compañeros por cualquier sabana. Estos tales, unidos entre sí casi casualmente, ciertamente tuvieron jefes que los guiaron. Hacia éstos han conservado siempre veneración y subordinación, excepto quizá el caso en que descubriendo que los hijos tienen poco valor, tienen a otros elegidos por capitanes en sus guerras. Pero el respeto por algunas familias no ha faltado nunca entre los indios. También ellos, aunque desnudos y salvajes, tienen plebeyos y nobles, y cuando todo lo demás callase, demuestra su progenie el aire civilizado y el color de la piel, ordinariamente más hermosa, la demuestra cierta natural superioridad en los concilios de la nación.

La otra razón de superioridad viene de la paternidad. Quien entre los orinoquenses tiene hijos no tiene el carácter tan de fiera que después los abandone y ya no los mire y apenas sepa si los engendró. Los tiene cerca de sí, los ama apasionadamente y les da aquella educación que cree acomodada a su estado, adiestrán-

dolos en la caza, en la pesca, en el cultivo de los campos, y en todo aquello que conviene a la costumbre de su estirpe. He aquí, pues, gente que se sujeta naturalmente a sus padres. Pero este cortejo de nuestros orinoquenses reinantes sería bien pequeño [193] si terminara aquí. Las buenas cualidades de un cacique, su inteligencia y valor le suman más partidarios, de los que hablaremos después, y se hace respetable entre sus connacionales.

El gobierno de los caciques, aunque se extienda a pocas personas, podría decirse en parte monárquico, en parte aristocrático. En toda población india, por pequeña que sea, hay siempre un jefe del que todos dependen. Y aunque estén en estima grande aquellos que son hermanos o hijos de un cacique, él sin embargo es el solo que todos reconocen como jefe. Pero este gobierno es sólo para los tiempos de paz.

En tiempo en que amenace a este salvaje reino una guerra de enemigos exteriores, los caciques, dispersos en varias chozas, se unen todos en un lugar a consultar. En estos congresos o asambleas de una nación tienen voto no sólo los caciques sino todos los nobles que intervienen. Y ellos juntamente, estando en silencio y sometidos a su decisión los plebeyos, determinan sobre la guerra futura, eligiendo si es necesario a uno de los caciques presentes, o a otro que sea de la clase de los nobles, para que los mande a todos durante la guerra. Y he aquí una especie de aristocracia, aunque sólo para los casos de guerra.

Estas asambleas, y la elección de una persona a la que todos obedezcan en tiempo de guerra, parece el mayor acto de la potestad legislativa de los orinoquenses. Pasado el peligro que les amenazaba de parte de sus enemigos, cada cacique se retiraba a su población, y con pocos salvajes que le acompañan pasa sus días en el trabajo de la tierra, en la caza y en la pesca y en otras pequeñas tareas, cantando también él a sus [194] tiempos, y divirtiéndose en los bailes comunes y en los juegos de la nación.

Si el cacique manda diversiones y que se haga chicha para solaz de sus vasallos, es puntualmente obedecido de todos. Pero en cosas que sean de provecho para la nación y para él mismo, con gran trabajo halla quien le escuche. Pero ésto no prueba que no haya caciques, prueba que son débiles y muelles, prueba que su política no es refinada hasta el punto de poder contener a los rebeldes. En efecto, no hay ningún orden en la justicia, no hay aparato de soldados y de esbirros, no hay penas fijas para los

transgresores. Todas las deliberaciones son tumultuarias, aun las más importantes, y las decisiones más serias son tomadas entre borracheras y bailes.

Con todo, como arriba hemos dicho, tienen en gran estima a sus caciques, y estos, aunque no tienen ningún vestido honorífico, están sumamente hinchados con su cargo. De sus súbditos no exigen ningún tributo, ni título de honor, ni nada que los distinga del pueblo. Es verdad que en las cortas de las selvas para sembrar los caciques son de ordinario preferidos a todos los demás, y como por lo general se hace una corta entre muchos, la del cacique es siempre la primera en terminarse, aunque, como veremos, no sin gasto de comida y de bebida para los trabajadores.

Esta soberanía de los régulos, como cualquiera ve, no es más que un débil comienzo de reino, pero les es tan querida, que nada sé lo es más. Venir de personas no viles, sino ilustres en la guerra y en la paz, como son de ordinario los nobles indios, es cosa para ellos de suma gloria. Cuando dice un joven tamanaco: *Apóto imurutpe ure*, o un maipure: *Pecanáti* [195] *ani caná*, esto es, « yo soy hijo de cacique », paréceles decir que han sido engendrados por los más altos príncipes.

Capítulo II

De los ornamentos y del mando de los caciques.

En las reducciones cristianas todo cacique que se suma a ellas conserva sus antiguos títulos, y los indios súbditos suyos, además de la estima acostumbrada por la progenie de él, tienen una mayor deferencia que la que tenían antaño en sus selvas. Lo que acaso en parte procede de los nuevos signos de honor, en parte de las conversaciones frecuentes a las que los régulos son admitidos tanto por los misioneros como por los señores españoles. En los montes, como yo decía, excepto acaso los caribes, que llevan la chaguala,[1] no tienen ninguna señal de distinción. Pero en las reducciones usan

1 Ya hablamos de ella, lib. II, cap. VII.

el bastón de mando con pomo de plata, y en las iglesias hay bancos separados en que se sientan en tiempo de doctrina o de sermón.

En lo demás su vestido es semejante al de todos los demás, y excepto algún personaje raro entre ellos, van todos con pierna y pie descalzos. Sin embargo, esta distinción de los otros hace que se pavoneen sumamente de su cargo. Ni es menor la ocasión de gloria por ser llamados frecuentemente a congreso. Nada por lo general disponen los misioneros y capitanes y gobernadores españoles sin el parecer de estos régulos.

[196] Pero tan eficaces son para persuadir a sus súbditos el mal cuanto son débiles e insensatos casi en exigir el bien. Que les de gana, por ejemplo, de volverse a los montes. Un cacique se aplica con toda su persona, no come, no duerme, y está contínuamente en movimiento para ejecutar el funesto proyecto. Pero si por el contrario se trata de calmar una huída, se esquiva gentilmente diciendo que los denunciados o no son sus súbditos y que piense en ellos su propio cacique, o bien, que no han hecho caso de él y que sus palabras no son capaces de contenerlos.

De aquí viene en consecuencia que siendo conocidísima de todos la frialdad de los caciques, pocos son de ordinario aquellos que hacen caso de sus órdenes. En suma, son monarcas de nombre, y no lo son de hecho, y si lo son a veces también en los hechos, su mando es en todo semejante al del padre de familia, pero de familia indisciplinada. Reprenden las faltas, se entristecen por ellas, se ponen serios con los empedernidos, y no van más allá, si no es que, encendidos por la fuerza de la chicha en sus bailes, no llegan a cualquiera resolución imprudente y tumultuaria.

Aunque yo no digo que todos los caciques universalmente sean de este modo. Cuanto más ruda y vagabunda es una nación, más perezosa y dada al ocio, más reina en ella todavía de libertad. En las naciones comerciantes y guerreras, descubro un aumento mayor en la política, una subordinación mayor hacia los caciques, un cierto aparato de majestad, un mandar más serio.

Los tamanacos, por ejemplo, y todas las naciones más libres, no han llegado nunca a la estúpida desvergüenza de no reconocer ningún jefe. La dependencia [197] de una o varias personas conspicuas parece ingénita en todos. Pero en tales naciones la soberanía es un título de estéril honor, no obliga con severas prohibiciones ni con penas. El cacique de los tamanacos, aunque por naturaleza serio e iracundo, era todo dulzura en el mandar.

Hacía él un día limpiar las hierbas que habían vuelto a nacer en la plaza de la reducción. Las que trabajaban eran mujeres, objetos no para temer. Y sin embargo nuestro cacique, como si tuviese delante legiones armadas para la guerra campal, no fue como para decirles claramente que la limpiasen. Sino que adelantándose con su bastón de mando: « Vamos — dijo todo risueño — no limpiais la plaza ». Estaba yo presente y me reí de buena gana de esta nueva manera de mandar. El se volvió a mí y dijo: « Así las mando yo. Si las mandara en términos claros que limpiaran, no me escucharían ». *Proro*, he aquí sus palabras, *yacrocáteke taró yáve, anitaptaprá*. En realidad el pobre cacique era merecedor de compasión por la rebeldía de sus súbditos. Un *prutpe moróne* (me duele la cabeza), o bien claro un *anipiprá ure* (no quiero) era razón muy suficiente entre los buenos tamanacos para sustraerse graciosamente al mando. Se encogía de hombros el cacique, y por nada alentaba.

Los caciques tamanacos son débiles, pero no lo son ellos solos, sino que los más son como ellos. El cacique de los cáveres Bernardo Tapu, habiendo ido por cierto negocio al lugar de Caicara con el cabo Juan de Dios Hernández, no tuvo espíritu para hacer llevar por su gente la leña necesaria para hacer la cena. Dijo a uno que la trajese, y no le respondió. Se lo dijo a otro, e hizo lo mismo, y de acuerdo todos en esquivar la orden, debió el [198] gran cacique nuestro traérsela con sus manos. Más obedecido, porque era más valeroso y largo de manos era Nericaguami, otro de los caciques cáveres.

Pero a medida que una nación hace progresos, crece en los que mandan el espíritu y la majestad de las actitudes, crece el respeto y la subordinación en los súbditos. He aquí los reyezuelos de los güipunaves, que no pueden compararse con los Moctezumas y los Incas, pero sin embargo tienen cierto aire de señorío, y no son fríos en el mando, como acaso eran sus antepasados y como lo son sus vecinos. Macápu, y después de él Cuséru, sostuvieron con mucho decoro su cargo. Tuvieron sometida a ellos a gente valerosa, y castigando a tiempo a los desobedientes, vieron florecer de alguna manera tolerable su reino.

Imu, gran comandante de los marepizanas, venció a todo cacique en el arte de mandar. En el tiempo en que estuvo en el Orinoco la Real Expedición de Límites, vino a hacer una visita al P. Olmo, misionero entonces de los maipures en la reducción de

San Juan Nepomuceno en el Raudal de Atures. Iba precedido por cien de los suyos, armados todos de mazas y de escopetas, mientras que él no llevaba sino el bastón de mando. El misionero, en aquellos pocos días que estuvieron allí, les asignó una casa para alojarse. Guardadas allí las armas, de día sus súbditos iban por las chozas para hacer permutas de cosas. Pero dos de ellos por turno, con el fusil al hombro a modo de soldados, paseaban arriba y abajo en la casa del cacique y le hacían continuamente guardia. Hay en esto algo de jugar a darse importancia. Pero los marepizanas son los únicos que forman una excepción en la común torpeza de los caciques.

[199] Los nombres de los reinantes orinoquenses, por decir al cabo esto también, son varios. Los tamanacos dicen *apóto*, los maipures, *pecanáti*, etc., y a lo que parece son voces primitivas y no compuestas, sino destinadas desde el principio a significar una persona de la que se depende en alguna manera. Pero los españoles en el Orinoco los llaman capitanes, o también caciques, y con esta última voz, tomada de los indios de Santo Domingo, son por lo común conocidos en América.

Si las naciones indias son pequeñas, y no capaces de formar por sí mismas una justa población, cuales son de ordinario las orinoquenses, en cada una que se funde nuevamente hay varios. En la fundada por mí hubo tantos cuantas fueron las pequeñas naciones que a ella agregué. Caciques tamanacos, caciques avaricotos y parecas, caciques de los maipures y de los avanes, de los meepures y de los quaquas, en suma, tantos como para llenar un banco no pequeño. Se sentaba el primero el fundador de la reducción, esto es, Monaíti, cacique de los tamanacos. Pero este honor era cosa bien pequeña. Y he aquí a qué abyección está reducido entre salvajes el título respetabilísimo de soberano.

[200]

Capítulo III

Del trato entre los orinoquenses.

El mismo débil progreso se descubre también en las fórmulas de la educación. No es costumbre entre los orinoquenses el dar los buenos días por la mañana, o las buenas noches al ponerse el sol, ni a quien está en casa con ellos, ni a otros que se encuentren por la calle. Les faltan palabras con que expresar condolencia, o por el contrario para felicitar en los diversos accidentes de la vida. Lo más que hacen es decir que están afligidos o contentos, sin que su formulario se extienda más allá.

Todos además, sin exceptuar ni siquiera a los principales, son tratados de tú. Pero los tamanacos y aquellos que tienen común con ellos la lengua, tratan a ciertas personas de vos, y son aquellas que son sus parientes por matrimonio. Suegro y suegra y el hermano de la esposa son tratados así, pero son los únicos que les parezcan dignos de algún respeto. La hermana de la mujer, o sea la cuñada, como mejor diremos, no es tenida en esta cuenta, sino tratada al par de todas las demás. Parecióme cosa no pequeña en tanta igualdad de trato esta singularidad, y les dije: « ¿Por qué atribuís a éstos afines un honor que convendría mejor, como en nuestros países se usa, a personas de rango superior? ». Y me respondían: *Pciapanepte*, « tenemos vergüenza de ellos », es decir, tenemos respeto por ellos, y por eso los distinguimos con un título que no damos a otras personas.

[201] Se infiere, pues, con evidencia, que tratando a todos los demás de tú, no les da vergüenza ninguno sino sólo sus afines arriba nombrados. Ni los padres, ni los misioneros y forasteros honrados, ni sus mismos caciques. Daban antaño a sus monarcas los mejicanos el título de *zin*, honor que según sus usos corresponde a los dominadores. Pero los orinoquenses no han llegado todavía tan allá. Es verdad que cada una de aquellas naciones tiene nombres propios con que distinguirlos. Pero no hay ninguno que tratando con ellos les dé otro nombre que aquel que les tocó al nacer. Señor, rey, majestad, excelencia, etc., son fórmulas que no conocen.

Al encontrarse con los otros usan de saludos, pero son bien rudos. Todas las naciones dicen en semejante ocasión: ¿tú? He aquí la expresión tamanaca: *Amáre ca?*, que quiere decir: ¿tú? Respon-

den al saludo sin otra ceremonia: *U*, esto es, sí, yo soy. He aquí la de los maipures: *Pia nicá?* Respóndese: *Vu yá*, y vale en sustancia como la antedicha. Los sálivas al encontrarse con los parientes menos próximos les llaman *nudé* (primo). Pero los otros, o el tú solamente, o bien amigo, esto es, *panári*, *daya*, *nunaunári*, etcétera.

A la vuelta de la pesca o de cualquier viaje, los tamanacos, o por estar cansados o bien de mal humor, entran mudos en sus casas, y con los ojos fijos tenazmente en tierra se ponen enseguida sentados, o echados en sus redes. Después de algún tiempo se acerca la mujer, y vuelta al marido le dice: *Mepúi ca?*, «¿has venido? ». Responde él de la misma manera, de manera grata o despectiva: *Vepche ure* ,« he venido ». Y después, tomada una refacción que le trae, y vuelto más amable con la chicha, cuenta [202] a la gente que acude, minuciosamente y con enfáticas expresiones, el viaje.

Al contrario de los tamanacos, entran todos contentos en sus casas después de un viaje los maipures. A la entrada, en alta voz y tono varonil dicen: *Bare nau*, y es un saludo de los güipunaves que los maipures usan por festiva imitación. Responden los otros, haciendo corro inmediatamente alrededor del forastero: *Pinuá nicá*, « ¿has venido? », y escuchan todos atentos, y si el asunto lo sufre, también todos alegres, el relato. Y he aquí las principales cosas observadas por mí en el trato de los orinoquenses, el cual, como cualquiera ve, es sencillísimo y lleno del antiguo candor.

Después de que se les confiere el bautismo, conservan permanentemente esta costumbre si hablan entre sí y en su lengua. Los que son todavía rudos en el español, llaman de tú a cualquier persona. Si hablan pulidamente, que son muy pocos, usan las formalidades acostumbradas. Pero nuestros títulos no han tomado entre ellos aquella alta estima en que los tenemos.

En ocasión de cierta fiesta que se celebró en mi reducción, intervinieron como es costumbre los sirvientes de varios misioneros, que por lo común son inteligentes y dueños de muchas lenguas. Es increíble el divertido alboroto que hubo entre ellos una noche, y cuán de veras se rieron todos. « ¿Qué hay de nuevo? », le dije a uno de ellos. Y él me dijo: « No te admires de nuestra risa. Indalecio (este era un muchacho payure recién venido) nos ha atribuído a cada uno nuestro tratamiento, llamando a uno de Vuestra Reverencia, al otro de Vuestra Paternidad, al otro de Vuestra

Señoría ». Y eran precisamente los títulos que más frecuentemente oían a los jesuítas, o a los frailes, o a los señores españoles.

[203] Besar a personas honradas la mano es cosa igualmente nueva para un salvaje, y no parece que sepan comprender que se la besa. Todos la huelen, y más que con los labios la tocan con la nariz como para olfatear. En sus lenguas no adaptan otra palabra a este acto de reverencia que la de oler. Esto significa el *sisuá* de los maipures, y esto el *yatarí* de los tamanacos.

Capítulo IV

De los nombres de los orinoquenses.

El nombre gentilicio, esto es, el que sirve para denotar a una familia y distinguirla fácilmente de otra, no se usa entre los orinoquenses. Y he aquí en esto el origen de una perpetua confusión de las familias y a la vez una prueba ciertísima de su rudeza. Los pueblos más civilizados han apreciado siempre en mucho el apellido; lo han descuidado siempre los menos cultos. Lo que se hizo en los siglos bárbaros universalmente, y lo que todavía vemos en algunos campesinos y en las personas de baja estirpe entre nosotros, esto, ni más ni menos, es la costumbre de nuestros orinoquenses.

Una familia noble no se conoce sino por una mayor gentileza o de sangre o de conducta, o por aquella cierta estima que emana por vieja costumbre en los demás. Pregúnteselos por sus antepasados, por su nombres, por sus gestas. No hay nadie que sepa decirlas. Este es de tal estirpe, este de tal otra, etc. ¡Ay! Estas son novedades para ellos.

[204] Enseguida que se pregunta el nombre del padre muerto, del abuelo, y aún mucho más del bisabuelo, se encogen todos, y unos dicen que no lo saben, otros temen decirlo si lo saben. Especialmente entre los tamanacos responden enseguida: *Vegetcanénu*, esto es, « temo verlo en sueños ». Y este temor o superstición es de tal naturaleza que en poco tiempo olvidan a sus antepasados, y nadie que sepa contar las hazañas de aquellos. Tengo mucha experiencia, tanto de los tamanacos como de los maipures. Y sin embargo no tendría el valor de formar una genealogía exacta de sus casas. Con esfuerzo sumo, y haciendo bastantes preguntas, bien directas,

bien para sugerir, les sacaría de su boca el nombre del padre difunto y acaso del abuelo, pero nada más.

Es verdad que una vez que se hacen cristianos, cesa en gran parte esta superstición o miedo de nombrar a los muertos, y en efecto, muchos los nombran, aunque no sin repugnancia. Pero la rudeza se mantiene toda entera, y no hay entre ellos ni archivos, ni memoria alguna de donde se pueda saber de quiénes descienden. Así, que volviendo a nuestro propósito, no ya los indios más vulgares, sino las mismas familias de los nobles, no tienen un apellido que los distinga.

Lleva por eso cada uno su nombre propio para distinguirse de los otros individuos, tanto de la suya como de la nación ajena, aunque haya algunos que, como se usa también entre nosotros, lleven el mismo nombre. Uáite era cierto Luis, por mí citado algunas veces; Uáite también había otro de familia distinta.

Pero aunque sea generalmente verdad que los orinoquenses no tienen nombres gentilicios, y que todos usan uno propio, yo sin embargo encuentro excepciones en algún caso, y me parece que ciertos nombres de naciones [205] no son más que nombres gentilicios. En las cercanías del Río Negro hay ciertos indios a los que dan el nombre de Chavinaves. Esta, como muchas otras, es una voz compuesta de dos. *Chavi* es el tigre, *navi* quiere decir hijo, y en buen hablar, *chavinavi* significa hijo de tigre. Pudo, pues, alguien, cuyo nombre fue Chavi separarse por discordia de sus parientes, y hacer una nación nueva, a la que dió para diferenciarla de las otras su nombre. En este caso la lengua de estos dos pueblos no sería distinta, excepto en el nombre y en otras pequeñas variaciones que lleva consigo la duración del tiempo.

Sé que los chavinaves son más bien caribes, y que por los achaguas se les da este nombre por la crueldad. Pero sabiendo yo también que la lengua achagua es un dialecto de la maipure, no dejo por eso mi reflexión, sino que por los nombres de las naciones siguientes la confirmo también más. Güipunaves, hijos de Guipu, Massarinaves, hijos de Massari, Puinaves, hijos de Pui, etc. Y no hay duda que todas estas gentes, con la diferencia de los dialectos acostumbrados no sean todas de una misma lengua, y que por consecuencia sea aquel un nombre gentilicio que se toma por nombre de una nación distinta. Sirve este hilo para salir felizmente de las intrigas de tantos nombres de nación que se oyen en las comarcas americanas.

No tengo hilo para desenredarme igualmente bien de muchos nombres de otras naciones cuya explicación parece que dependa mucho de un conocimiento perfecto de sus lenguas. Yo digo lo que sé. Tamanacu es el nombre de un monte cercano al río Cuchivero, y habitado quizá por primera vez por los tamanacos, fue así llamada esta nación. Maipure, Sáliva, otomaco, [206] etc., no tiene ningún significado, y no son voces compuestas como las ya descritas.

Por lo demás, si quitamos los antedichos, no hay otros nombres gentilicios, y como dije poco ha, cada uno lleva generalmente diferente del de otros, su nombre. Tanto hombres como mujeres tienen nombres propios tomados de sus antepasados, y los renuevan siempre con el nacimiento de nuevos hijos. En la nación tamanaca son propios y antiguos los nombres terminados en *coto*, v.g. Keveicoto, Aravacoto, Perecoto, Mayacoto, Machacoto, etc. Terminan de otra manera, pero son también de fecha antigua los siguiente: Uáite, Kevó, Arémi, Uramá, etc.

A éstos, que son de varones, añadamos los nombres femeniles: Canavácu, Mereyuri, Chiluoáya, etc. Lo que digo de los tamanacos, dígase de los maipures, entre los cuales hay también nombres estables, tanto para los hombres, como para las mujeres. He aquí los de varones: Uacarinúma, Univári, Yamaivacá, Sanasári, Surúi, Manácu, etc. Entre los nombres de los indios del alto Orinoco hay algunos que parecen tomados de los asiáticos. Capi era el nombre de un cacique güipunave. Levi o Revi es nombre frecuente entre los maipures. He aquí los femeninos: Ucariperru, Univáca, Yamicavá, etc.

Pero entre los tamanacos en especial, las mujeres, después de haber dado a luz un hijo, raras veces son llamadas con el nombre prístino, habiendo la costumbre de llamarlas más bien madre de tal o cual hijo, v. g. Arem-yane, la madre de Arémi, Kevó-yane, la madre de Kevó, etc.

Más que los nombres se usan los sobrenombres, y entre los tamanacos especialmente no hay ninguno que no lo tenga. He aquí algunos de varones: Puruchú, los de cabeza alargada, Antocó, los de los ojos para adentro, [207] Petachocó, los de las mejillas arrugadas. Onnapotí, los de la nariz aguda, Mdapivá, los de los labios rojos, etc. He aquí los de las mujeres: Prorepchú, la de las piernas delgadas, Mantokinéme, las de los hombros con manchas negras, etcétera.

Todos tienen el derecho de poner sobrenombres a quien les plazca. Pero las primeras en prevalerse de ello son en su imprudencia las madres, las cuales, tal vez por ira, tal vez acaso por mimo, se los ponen a sus niños. De estos sobrenombres se saben no menos los defectos aparentes y más notorios, que los que son aún ocultos. Todos tienen muchos, según las varias ocurrencias, y es difícil distinguirlos de los nombres verdaderos.

Les desagrada no poco a los indios ser llamados por los sobrenombres, y por temor de que con ellos no se hagan manifiestos sus defectos, prefieren ser llamados con sus nombres de cristianos, y repiten no raras veces a los misioneros, que por ignorancia de su lengua los llaman con los sobrenombres: « Me diste el nombre cuando me bautizaste, yo ya no soy Parmecoto, soy Clemente, ya no soy Paruchú, sino Francisco », etc.

Viene aquí a propósito hablar de las personas a quienes entre los salvajes corresponde dar el nombre a los niños. Los nombres que en una nación son no menos antiguos que propios, se ponen por los padres, pero en privado y sin ninguna formalidad. El cacique de los maipures Caravana, a excepción única del uso, puso nombre a su hijo en un baile público.

Después que se hacen cristianos, usan solamente aquel nombre que les es impuesto por los misioneros, los cuales, para huir la confusión, dan a cada uno un [208] nombre diferente, y guardan el antiguo en vez de apellido, aunque algunos, al uso de los negros, tomen el apellido de sus padrinos.

Por último hay que decir alguna cosa sobre el modo de llamar, y hallo dos singularísimas. La primera confirma mis observaciones sobre la semejanza de algunos usos salvajes con los de nuestros campesinos, los cuales cuando llaman en alta voz a sus iguales, reducen ordinariamente el nombre a la mitad. Así exactamente usan los orinoquenses: Sanasári, Sana; Nericaguámi, Neri, etc.

La segunda es esta: además del modo de llamar con los nombres propios o apelativos, v. g. Yek-chelí, cuñado, Patimú, nieto, Oyo, hermana, etc., hay otro entre los padres tamanacos y sus hijos e hijas, que es muy cariñoso. Y es, que excepto en caso de ira o burla, los llaman siempre niños. Es cosa graciosa para gente no experimentada en sus costumbres ver con cuánto cariño una mujer vieja, por ejemplo, acaricia a su hija, aun casada, y la toca, y la llama mil veces niña.

[209]

Capítulo V

De las habitaciones.

En dos sentidos, para poner a su debida luz una cosa que ha sido para muchos ocasión de grandes errores, tomo el nombre de habitación. Llamo con esta palabra las poblaciones de los indios salvajes, llamo con él también a la provincia en que están. Y sea cual sea la propiedad o la novedad de la palabra, en este sentido he estimado también tomarla siguiendo el hablar común de los orinoquenses. Provincia, reino, ducado, etc., son nombres extraños para ellos, mientras que es comunísimo el de habitaciones. *Maipuri naucaré,* las habitaciones de los maipures, *Tamanac-patalí,* las habitaciones de los tamanacos, etc.

Tomando así la voz habitación, y comenzando el relato por aquellas que significan provincias, países, o tierras o comarcas, las de los indios, por ser de un género muy diferente de las europeas, merecen saberse bien, para no errar. No hay, pues, nación alguna salvaje que, careciendo de particular dominio, no tenga en común un terreno propio, en que vivir y del que sacar el sustento.

Los guahívos mismos, gente, como ya dije, agitanada y que no fija nunca el pie constantemente en un lugar, tienen sin embargo países en que andar vagando; saben por antigua costumbre los límites, y no hay peligro alguno de que los transpasen. Si los buscais, no creo que haya un lugar fijo al [210] que dirigiros, ni una, ni dos, ni tres chozas juntas por largo tiempo. Pero a cualquier persona que pregunteis, os dirá enseguida, señalando montes y prados extensísimos: He aquí sus tierras, buscadlos allí. Acaso no enseguida, pero algún día, y tras larga búsqueda, los hallareis. Exactamente de aquella manera que una persona buscada largo tiempo en nuestras más pobladas ciudades en que habite contínuamente, se encuentra al fin en alguna plaza o lugar.

Y si los guahívos, pueblos muy movibles, por sí mismos, tienen con todo un territorio de donde sus pies no salen, y donde siempre, como en perpetuo movimiento dan vueltas, ¿quién tendrá que esforzarse en persuadirse de que lo mismo hacen las naciones que trabajando de alguna manera la tierra son más aficionadas a ésta? En efecto, esta preferencia afectiva por sus tierras la noté no raras veces en los tamanacos, y aún mucho más en los maipures que

habitaban conmigo en la Encaramada, los cuales, por haber abandonado sus antiguas sedes para hacerse cristianos, miraban siempre con ojos despectivos los países de los tamanacos, en los cuales se encontraban entonces. No son de esta manera nuestros montes, decían. ¡Qué selvas, y qué agradables las hay allí, qué cazas, qué pájaros delicados! Hasta tal punto toda nación, aun bárbara, aprecia el país en que nace.

La amplitud de estos distritos indios es tal que produce estupor si se considera. Toda nación, por pequeña que sea, posee tanta tierra que, si no fuera inculta y despoblada, como de ordinario sucede, podría decirse, sin ninguna exageración, un ducado. Allí tienen todos aquellas comodidades que necesitan: [211] selvas para hacer las cortas, lugares donde cazar, ríos y charcos en que ejercitar la pesca.

Pero todos estos bienes son comunes a todos, y no se dice nunca por ejemplo que sean de tal o cual otro particular, sino de toda la nación junta, la cual tiene el derecho a ello *in solidum*. Los caciques mismos, y cualquier otro noble, no tienen tierras privadas, ni un laguito, ni una pequeña selva reservada a sus usos. Cada individuo de la nación, sea de estirpe superior o caciquesca, sea de ralea baja y plebeya, tiene igual derecho. Cada uno pesca donde y como y cuanto le agrada, caza en cualquier lugar, hace leña, disfruta de los frutos y las raíces, sin que ninguno se oponga.

En suma, así como parece su gobierno, como ya dije, semejante al de un padre de familia, así también la posesión de los bienes, siendo en todo indivisa, no es nada desemejante a la de muchos hermanos que unidos, o divididos de común acuerdo en varias casas, gozan indistintamente de la herencia paterna. Pero entre los indios salvajes, sea por natural virtud, sea (lo que creo más verosímil) por indolencia y pereza, nunca se presenta discordia por primogenitura, ni tomar más de los bienes comunes que lo que corresponde a las necesidades de cada uno. Las rozas, de modo semejante, es decir, las selvas cortadas en que siembran, son libres para todos. Cada uno hace la suya, eligiendo para sí el trozo de selva que quiere.

Pero he aquí pronto devueltos con este acto los bienes antes comunes a personas particulares. En cuanto un indio, andando por las selvas, encuentra alguna que le guste, pone cerca la señal de posesión cortando algunas [212] ramas o bien limpiando un pequeño trozo de las lianas que lo cierran. Y desde entonces, de

común, que era antes, se convierte en selva particular, y no hay nadie que se meta en ella. Vista la señal, retrocede inmediatamente cualquiera, y busca su lugar por otra parte. Así lo vi muchas veces entre tamanacos y maipures, así creo que se hace por todas partes.

Y véase qué poco se requiere para introducir un dominio privado, o sea, la propiedad. Mientras un terreno está inculto es de todos. Pero la industria y la fatiga de cercarlo y hacerlo fructífero hace que se haga enseguida privado, de la manera en que son privadas las casas, y los utensilios y las pobres cosillas que por sí hacen los salvajes, o que obtienen como regalo de sus amigos.

Este dominio, por lo demás, no es nunca de larga duración, ni pasa a los hijos por herencia, sino en el caso de que en el campo labrado por el muerto haya todavía alguna cosa buena de comer, v. g. yuca, patatas, etc. En cuanto queda inculto, vuelve de nuevo a quedar bajo el derecho de la comunidad, y se puede plantar allí y sembrar por cualquiera, como antes. De más largo dominio son los campos en los que hay bananas. Pero si estas también terminan, aquellos vuelven también bajo el derecho antiguo.

El derecho común sobre los bienes no produce, como yo decía, ninguna pelea entre los indios. Pero el privado sobre objetos o sembrado o plantaciones, aunque derecho por breve tiempo, produce a cada momento disgustos considerables. Si los indios sin hacer progreso alguno en el arte de trabajar la tierra, hubiesen conservado siempre su prístino estilo de vivir de frutas que germinan naturalmente, no se conocería aún el robar; [213] el ladrón no tendría un nombre propio entre ellos, si no fuera por aquellas cosas que ya hemos dicho, esto es, los utensilios de casa, que también son propios. Pero póngase un salvaje a cultivar la tierra, que nazca un fruto, y he aquí enseguida ladrones, he aquí las disputas entre los dueños, he aquí después los conflictos. Aunque debo decir la verdad: los hurtos de los indios nunca son grandes. Mas por manzana robada serían capaces de tomar atroz venganza si pudieran.

Este mismo efecto que produce el derecho privado, produce también el común. Si una nación extraña intenta entrar en su territorio, quitarles la pesca, las selvas, y cualquier otra prerrogativa disfrutada por sus antepasados, tienen siempre prontas las flechas con que defenderse. Miran desde lo alto de los montes si alguno se introduce, encienden fuegos para hacer señal de que han venido

enemigos, y si se creen capaces de poderlos rechazar, se unen todos en un lugar para guerrear.

El amor a los bienes comunes, quizá por falta de animales domésticos, no se extiende a los prados, los cuales, como hemos dicho en otra parte,[1] son sin fin. No hacen ningún caso de sus hierbas, no plantan árboles ni los cuidan para nada. Pero así como entre los incas, si hubiera allí también vicuñas y llamas y otros animales útiles aptos para la domesticidad, no hay que dudar que algún día se verían también divididos sus prados. Ahora pacen allí los ciervos y son comunes a todos.

[214] Capítulo VI

De las poblaciones de los salvajes y de las fortalezas.

He aquí en cierto modo esbozada una provincia india, que yo, para no alejarme del modo de hablar orinoquense, he llamado habitación. Veamos ahora brevemente si este vocablo nuevo para nosotros se adapta con propiedad. Y para mí yo digo desde ahora que sí. Y para aducir una nueva prueba, accesible a todos, pasemos a considerar la naturaleza de las poblaciones.

Las poblaciones indias (digo las orinoquenses) no son nunca estables, aun en las naciones que no son demasiado vagabundas. Unos años las hallareis en un lugar, otros en otro; ora en los montes, ora en las llanuras, cuando cerca de los ríos, cuando junto a los arroyuelos. Así alternativamente, ¿qué parte encontraremos en la que ellos, al menos por algún tiempo, no habiten? Por consiguiente a toda su provincia le conviene bien el nombre de habitación.

En efecto, si os poneis, como yo hice bastantes veces, a recorrer con ellos la tierra, a cada momento oireis que os dicen: *Chenére yumna patpe*, este es el lugar en que hemos estado. *More taurére Tamanac-patpe*, aquel es lugar en que habitaron otros

1 Tomo I, lib. III, cap. VII.

tamanacos, y poco caminareis, sin encontrar las señales de alguna población deshecha. Pero ¡cuán pocas son aquellas que todavía duran!

De ordinario los tamanacos (digamos de éstos, [215] y diremos de todos) siendo aún gentiles, estuvieron divididos entre sí en muchos lugares. Eran insignes los sitios de Crataima, de Ivayeni y de Rere-yéuti, pero sobre todos la Maita. Si me pongo a medir la extensión en todo el trozo de tierra en que habitaron, extendiéndose a lo ancho desde el Maniapure hasta el Cuchivero, y a lo largo desde la Guaya hasta los países parecas, es tan grande, que abraza varios centenares de millas.

Pero ¿cuántas eran sus aldeas en país tan vasto? Que yo sepa, tres solas, y eran a lo sumo 125 almas, que componían entonces la nación entera. Había algunas chozas en la Maita, algunas en Rere-yéuti, algunas en Ivayéni. Alrededor de las chozas, o a poca distancia de ellas, estaban sus pequeños sembrados. Y he aquí todo su reino. Los países intermedios eran todos incultos, hasta el punto de que antes de llegar a las chozas no parecía que hubiera gente alguna.

Cada una de estas aldeas tenía su cacique, el cual ejercitaba aquella debilísima jurisdicción que ya dijimos. Hablemos más justamente: reinaba en chozas, obedeciendo a todos, y vivía contento y tranquilo creyéndose grande, o quizá esperando el tiempo en que reinar como le correspondía. Entre tanto, si con suma amabilidad manda a sus súbditos un cacique en las reducciones cristianas, a la sombra de los soldados y de los misioneros, ¿quién no ve con qué exceso de frialdad debe imperar en las selvas?

No me he hallado nunca en circunstancias de servir de testimonio. Pero hace las veces de mí la miseria de sus poblaciones, la escasez de víveres y el poco progreso en las artes. Pero constando muchas cosas de lo dicho, y debiendo de algunas otras también hablar más [216] adelante, detengámonos por ahora en sus poblaciones. Las chozas es caso raro que estén construídas en buen orden. En primer lugar son muy pocas, al menos en el Orinoco. Cuatro o cinco chozas forman una población india, tanto porque los habitantes en naciones tan reducidas son pocos, como porque el estilo de los salvajes es estar muchos bajo el mismo techo, o por temor a los enemigos, o por pereza de hacer las casas. Cualquiera que sea el número de las cabañas, una está formada de una

manera, otra de otra, una está cubierta toda de hojas de palma, la otra cubierta sólo a medias, una es grande, otra, pequeña.

Pero mis lectores desean quizá una descripción más minuciosa de las rústicas casas, y yo me adelantaré a dar aquellas noticias que sean propias de este lugar, reservándome para tratar más difusamente de ello cuando hablemos de las reducciones, esto es, de las poblaciones de los indios reducidos. Las chozas, pues, de los salvajes son ni más ni menos como las de nuestros pastores. A mi paso por Toscana en el año 1768 vi una tan semejante a las orinoquenses, que no podía ser más. Quise considerarla de parte a parte, y me pareció, en medio de aquel delicioso país, hallarme de nuevo en América. Excepto que lo mismo aquella que otras que vi después son muy rematadas en su género: son chozas italianas, no orinoquenses.

Verdad es que la materia de las orinoquenses es muy preciada por si misma. El techo está cubierto con hojas de palmas varias, la madera es de una duración maravillosa. Pero ¿quién se sirve como es debido de esta riqueza de materiales? Muy pocos, rarísimos. Los más las cubren sólo a medias, esto es, cuanto las basta para repararse del sol o del agua, retirándose a un [217] rincón.[1] Esta especie de chozas semicubiertas sería en verdad de aquellas que se hacen en los viajes con ramas para resguardarse de la lluvia. Pero cuántos hay que con su pereza las hacen convertirse en ciudadanas.

Encaminaos a los otomacos salvajes. Ni siquiera llegan a tanto, sino que fijando en tierra algunas ramas, se ponen debajo tan tranquilos. ¿Llueve? Cogen las esteras, que como diremos enseguida son muy curiosas y apretadas, y no hay peligro ninguno de que se mojen sino los pies, cosa que no les molesta.

Esta rudeza tiene empero sus grados de mejora poco a poco, a medida que en una nación salvaje, o por alguna experiencia casual, o por curiosa imitación de vecinos más pulidos, o por insólito sacudirse la pereza, les entran luces. Entre los tamanacos algunos hacían las chozas de manera que tanto el techo como las paredes, digamos así, de la casa, estaban completamente cubiertos de hojas de palma. Ventanas no hay, ni hace falta que las haya, porque si se les ocurre tener que mirar fuera, levantan un ramo de palma

1 Véase la forma de estas chozas en la lám. III, junto al piache que sopla hacia las nubes.

y ven cuanto les place. La puerta es una, pero sumamente baja, tanto para poder cerrarla fácilmente con un atado de hojas de palma, como para dar más seguramente golpes de macana[1] a los enemigos que entren en sus guerras.

Este es algún débil principio de pulimento. Mayor es el de los sálivas, mayor el de los maipures y de los güipunaves. Sus chozas están terminadas de todo punto, son de tamaño justo, y nunca [218] cubiertas sólo en parte, como las de los otros indios. Pero el modo de fabricarlas es vario. Quién las construye en forma alargada, y así son las de los sálivas. A quién le place formarlas altas y redondas, y así son de ordinario las de los maipures.

Entre salvajes que no conocen la cal es raro construir las paredes de sus chozas con tierra y paja mezcladas juntas, como se usa en las reducciones, de las que hablaremos en su lugar, y para ahorrarse fatiga, revisten más bien los lados con ramas de palma. Pero hay también algunos que, al paso que en su nación se ha ido aumentando con nuevos experimentos la industria, han mejorado también de habitación.

Los güipunaves, que vencen facilmente a todos no sólo en el arte de guerrear, sino también en el de mandar y tener en alguna cuenta la vida social (salvo el gran mal de ser todos antropófagos), tienen grandes principios de civilización, y además de las chozas forman fortalezas no despreciables. No tengo para confirmarlo pruebas de haberlo visto. Pero más valedera que estas son las que me son comunicadas por un exmisionero,[2] el cual, si no es por el nombre, no podría yo distinguirlo de mí mismo.

El, en aquel tiempo en que le fue confiado el empleo de sacar de los bosques a los salvajes, se trasladó una vez al río Iniridá para hacer una visita al cacique Cuséru, nombrado por mí ya otras veces en esta mi historia. Encontrolo un poco alejado del río en un prado circundado casi por todas partes de selvas en las que habitaban acaso sus súbditos, los cuales no tuvo oportunidad de ver, sino de lejos. Pero acogido honrosamente [219] por el cacique, pudo cuanto quiso considerar su corte, rústica, sí, es cierto, pero superior a todas las orinoquenses.

---

1 Maza india.

2 El señor abate Giuseppe María Forneri.

Una empalizada de gruesos y solidísimos palos, cuya altura era de alrededor de 28 palmos, formaba los muros en forma de grosero círculo. No había para entrar ninguna puerta, al menos visible para los extraños, porque pareciendo los maderos hincados en tierra igualmente fijos, se creía que ni de frente ni de lado se pudiera entrar dentro. Pero los güipunaves, que habían sido los constructores, sabían bien los palos más anchos, entre los cuales en caso de necesidad se metían con pequeño esfuerzo.

El diámetro de estas, digámoslo así, columnas de madera, era al menos de un palmo, y además de que, bien plantadas en el suelo, resistían a los golpes enemigos con su mole, había todo alrededor pértigas flexibles atadas a sus extremos, las cuales hacían más resistente el trabajo. Pero una empalizada tan fuerte, estando las columnas separadas las unas de las otras ordinariamente sobre un palmo, no estaba cerrado a las flechas. Para repararse de los tiros, y para tirar con seguridad contra los enemigos, en una parte de la empalizada había dos casas, donde vivía el cacique con sus parientes, construídas hermosamente con paredes de asfalto.

He aquí dos fortalezas en un pequeño recinto, el cual no sobrepasaba el diámetro de 150 palmos. Y éstas solas parecían demasiado para la común industria de los indios. Pero Cuséru había llevado más allá sus bélicas miras. En lo alto de la empalizada susodicha se veía en toda la circunferencia una fuerte galería, formada también de maderos, sostenida por dentro con otros maderos menos firmes, y en ella de vez en cuando mirillas que sobresalían a manera de almenas, donde poner las armas, hacer en los tiempos [220] debidos la centinela, y guerrear en caso de asalto.

Es diversa de esta en mucho, pero no menos segura y fuerte la empalizada de los maipures, que el misionero ahora citado vio en el río Tuapu. De uno de los lados había una fila de maderos clavados en tierra ni más ni menos que en la del cacique Cuséru, aunque más bajos. Pero para entrar dentro, era su puerta semejante a la de nuestros rediles. Excepto que los palos que se pueden levantar y se ponen normalmente para defensa, eran muy diferentes. Pues los maipures, al oir cerca a los enemigos, entre los dos palos plantados en tierra como postes de la puerta ponían grandes troncos de árbol, uno encima del otro hasta lo alto de la empalizada. Enfrente de la puerta casi, había una casa con muros al uso de los salvajes.

Y he aquí el trabajo del arte, porque todo el resto de aquella fortaleza debe decirse obra de la naturaleza, adaptada hábilmente a la necesidad. Del lado derecho e izquierdo hay dos densas selvas de las cañas guaduas que he descrito en otra parte,[1] impenetrables por las espinas agudísimas de que están cubiertas. El sitio de enfrente de la empalizada está cerrado por un monte de piedra de circunferencia de unas cuatro millas.

A este lugar, fortificado por la naturaleza y por el arte, se retiraban los maipures dejando solas las cabañas, y en él, cerrado por todas partes al enemigo, guerreaban valerosamente. Pero si la fuerza de los contrarios era tal que fueran obligados a ceder el puesto, con admirable habilidad salvaban con todo la vida. Porque retrocediendo ligeramente, les servía de refugio el gran monte que hemos descrito.

[221] Hay en él cavernas en que esconderse, hay lugares subterráneos por los que se puede salir a otra parte y sustraerse al enemigo. Pero esta estratagema, posible para los maipures, prácticos en los escondrijos de la montaña, no era de tal naturaleza que pudiera servir también para seguirles la pista, porque cogiéndose de las grandes lianas de que está naturalmente lleno aquel lugar, descendían por ellas sin ser observados, y por ellas volvían a subir de nuevo, si les convenía. Menos mal que en tanta rudeza de vida hallamos al fin alguna cosa por la que alabarlos.

Casas comunes (terminemos el relato con éstc) no las hay entre los orinoquenses, ni templos ni hospitales, ni cárceles públicas, ni otros edificios que distinguen a los lugares civilizados. Entre los mismos caribes, una de las naciones más numerosas, no hay sino el solo *tapúi*, esto es, la gran cabaña de baile que hemos señalado en otra parte. Pero alguna especie de plaza donde triscar y danzar, se halla en todas partes. Diremos en lugar oportuno de la de los panivos. Las de los otomacos, destinadas al juego de pelota, no son despreciables. Pero nos hemos entretenido demasiado contemplando la cara externa de las poblaciones. Entremos en las chozas.

---

1 Tomo I, lib. IV, cap. IV.

[222] ## Capítulo VII

De los enseres de las cabañas salvajes.

En casas cuyos habitantes son pobres y rudos, los enseres no pueden ser considerables en ningún capítulo. Y sin embargo hay algunos que no son despreciables. Los lechos, con los que daremos principio al relato, son semejantes a los que usan los marineros, esto es, portátiles y colgados. Pero las clases de estos lechos son varias. Algunos son un trenzado de hilos gruesos, hechos con las fibras de la palmera muriche, y se parecen mucho a las redes. Los llaman chinchorros,[1] y éstos son los lechos comunes de aquellos países, y como son raros y separados entre sí sus hilos, son considerados frescos y oportuno para lugares tan cálidos. Algunos los hacen de algodón hilado, pero la forma es la misma.

La nación de los payures, o por inercia, o por amor a sus antiguas costumbres, no ha llegado aún tan allá, y forma los chinchorros con lianas divididas. Pero cualquiera que sea la materia de estos lechos, a la extremidad se atan cuerdas para sujetarlos a la pared de la choza. Cada uno viaja llevando a la espalda el chinchorro para descansar de noche, y entonces lo cuelga de palos plantados en tierra, o bien de los árboles, si los hay.

[223] El lecho de los caribes es mejor, y es un tejido finísimo de algodón, semejante a las mantas. Está pintado por fuera con caprichosos arabescos, y es universalmente muy estimado en aquellos lugares. A este lecho se le da el nombre de hamaca, y como es bueno para dormir, universalmente es alabado por todos. Pero si se quieren las grandes hamacas, y las mejor y más finamente tejidas, que valen hasta diez escudos y más, dado el alto precio, son pocos los que las usan. Tienen cuerdecitas a los lados, y se sujetan, al modo de los chinchorros, a palos plantados en tierra. He aquí el lecho de los misioneros, de los españoles y de la gente civilizada en aquellas partes. Camas a nuestro modo, provistas de colchones y de sábanas, o no se hallan, o son ciertamente muy raras. En las hamacas por lo demás, excepto en tiempo de enfermedad, se está medianamente bien, al menos en las casas que son secas.

---

1 Así en español. En tam. *kitimú*. En maip. *amaca*.

Se tienen siempre colgadas, y en ellas, o en los chinchorros, es donde la gente se sienta. Pero los orinoquenses están casi continuamente tendidos en ellas con la pipa en la boca. Además de este comunísimo asiento algunos usan un taburete bajo de madera, hecho todo de una pieza. Entre los sálivas los hay trabajados muy curiosamente. Los de los tamanacos son rudos. Se llaman *cleye*. Estas sillitas son para comodidad de los niños, y sin tantas ceremonias se sienta uno allí más libremente que los demás. Las mujeres se sientan ordinariamente en el suelo en una estera de palma, o bien en sus chinchorros, con las piernas extendidas. Esta postura no conviene a los hombres, que se sientan en cuclillas, apoyando los brazos en sus rodillas, sin poner el asiento en el suelo. Modo de reposar incomodísimo para cualquiera, pero comodísimo para todos los salvajes.

[224] Los lechos están siempre tendidos, y están llenas de ellos sus chozas. Pero si van a comer, los recogen a un lado, y puestos de la manera indicada sentados alrededor de los alimentos, que se ponen en la tierra, o en cualquier estera, o sobre hojas, como sobre un mantel, despacito y sin prisa, y sin estorbarse el uno al otro, se los comen. Nunca he visto riñas comiendo. Cada uno fija los ojos sobre las ollas o los platos dispuestos, y con suma tranquilidad toma aquella parte que probablemente le toca. Los mismos niños comen muy tranquilos y sin peleas. Si ocurre que se alimentan de pescado, ningún indio (no sé con qué arte propia de ellos) tira las espinas sino después de acabada la comida, pues las recogen todas a una parte de la boca, y comen entretanto con la otra. Pero terminada como he dicho la comida, cada uno escupe las suyas.

Hemos visto hasta aquí las camas, las sillas y mesitas. Veamos ahora los otros enseres. Cajas, excepto algún cristiano viejo, no las tiene nadie, ni abiertas, ni cerradas con llave. No hay cerraduras en las puertas, y está dentro de la libertad de cada uno fisgar a su placer las casas. Pero ¿qué se encuentra allí? Monedas no, pues los orinoquenses antes del comercio con los extraños, no las conocen. Son, pues, pobres todos sus muebles. Y he aquí las pruebas. Ponen sus cosas en canastillas de palma. En uno están los vestidos, digamos ceñidores y semejantes bagatelas. En otro están los caprichos, y dentro de calabacitas los ungüentos para embellecerse las mujeres.

Los canastillos en que tienen estas o semejantes cosas están colgados de lo alto de las paredes. Allí también, pero cerca del

lecho están colgadas las flechas con el arco y la macana al lado. Arde perpetuamente [225] el fuego en varias partes de la choza, y cerca de él están en un trípode de piedra las ollas, a cuyo cuidado están las mujeres, sentadas en el suelo. Tienen cerca de sí el agua en alguna tinajita, o bien en las calabazas, que como he dicho en otro lugar, son allá bien grandes. Si hay que asar un pez, les sirve de asador un palo. Hay groseros platos para poner los alimentos, pero más comunmente ponen en medio la olla y cada uno saca lo que le place con las manos.

Usan poco de luz, contentos con la de las hogueras, que siempre es viva. Pero si les da la gana, ponen en los platos aceite de tortuga con un pábilo de un hacecillo seco de palmera muriche clavado en un terrón de tierra. Entre los tamanacos se hallan puras velitas de cera ruda que llaman *croréta*. Y he aquí todos los enseres de una cabaña orinoquense.

Capítulo VIII

De las ocupaciones estables de los salvajes, y de la división de los tiempos.

No hemos considerado hasta ahora a los orinoquenses sino en parte, y casi dije que solitariamente. Pero ellos, como pronto veremos, son una comunidad, aunque ruda, y es necesario que además de los títulos y la imposición de nombres y las casas, haya también entre ellos una cierta mutua correspondencia de usos y costumbres, mediante los cuales estén unidos, aunque sea groseramente, en un pueblo. Quiere, pues, el buen orden que una vez que hayamos dicho lo que nos parece propio de los indios tomados separadamente, expliquemos también por fin aquello que tiene relación entre [226] ellos, y que de individuos, errantes y libres los hace semejantes entre sí de modo cierto y estable.

Y para comenzar con la uniformidad de las costumbres diarias y civiles, ninguna nación se encuentra que no tenga tiempos fijados para la comida. Yo no digo empero que no coman fuera de aquellos tiempos, ni tampoco entre nosotros quita la uniformidad andar

comiendo entre horas. Pero las horas señaladas, con tal de que haya con qué satisfacer las necesidades, no las dejan pasar nunca por alto.

Los tamanacos y los maipures, y en general todos los orinoquenses, tienen tres ocasiones destinadas a comer. Pero la clase de alimentos no es en todo semejante. Los tamanacos temprano hacen el desayuno con frutas, el cual nunca les da trabajo a sus mujeres, que entre tanto duermen a su gusto, y dejan el suyo para hora más cómoda. El estilo de los maipures es muy distinto, y es necesario que las mujeres se levanten con tiempo y cuezcan la *teváca* para sus maridos e hijos.

Este manjar, que ellos por el gusto con que lo comen llaman con gracia su chocolate, es una espesa cocción de pimiento y de jugo de yuca, que les gusta mucho, pero da asco a quien sin pasión lo mira. Se ponen todos contentos alrededor del plato de la *teváca*, y cada uno moja allí su trozo de cazabe, de que con avidez, pero con parsimonia, se alimenta.

Después que han terminado este pobre desayuno, hasta la hora del almuerzo no comen comunmente otra cosa, y mientras tanto, en las chozas o en el campo hacen diversos trabajos de los que hablaremos más adelante. Después de la comida de ordinario descansan todos, y quien charla en su red con los suyos, quien anda desocupado [227] por las chozas ajenas, quien armado de flechas se dispone a perseguir a algún mono o pájaro para matar su hambre.

Se cena después de puesto el sol. Después se baila, se toca y se canta, si el misionero lo aguanta, por largo tiempo, hasta que cansados de bailar se meten en sus chinchorros para descansar. Los indios más miedosos no pueden convencerse de dormir sino muy avanzada la noche, pareciéndoles verse siempre delante de los enemigos. Fueron de este carácter los tamanacos en sus principios. Pero después, vista la seguridad que se goza en las reducciones, donde velan para seguridad de ellos los soldados, dormían tranquilísimos hasta muy entrado el día.

Más avisados que ellos los maipures, acostumbrados a frecuentes asaltos de los güipunaves, apenas se hacía de noche se dormían todos, a fin de estar despiertos dos o tres horas antes del día, tiempo en que viene ordinariamente el enemigo. Así, para estar alerta y no ser cogidos durmiendo, se levantan todos con tiempo, y después de tomar su *teváca*, se ponen a tocar sus flautas,

teniendo entretanto los ojos vueltos a los caminos por donde puede venir el enemigo.

Pasando ahora a la división civil del tiempo, los tamanacos (de éstos solos hablaremos) dividen la noche en tres partes. A la primera la llaman *cocochá*, y querría decir en nuestra lengua el anochecer, pero un poco alargado, es decir, dilatado hasta la hora en que ordinariamente termina el baile. El tiempo que sigue después, esto es, aquel en que todos reposan, se llama *cochepá*, y es el más largo. La parte tercera se llama finalmente *cletaké-kekíti*, o sea, el canto del gallo. Así se llama hoy. Antes, cuando no habían visto aún las gallinas, era acaso del mono o de algún otro animal.

El día está igualmente dividido en varias partes. A las seis [228] de la mañana (sigo el reloj de fuera de Italia, y cuando digo las seis comienzo por la hora en que comienza el día en aquellos lugares), a las seis de la mañana llaman *veyu-uac-tar-yave* (al nacer del sol), a las nueve *veyu-iper-yave* (el sol alto, o el sol en su cara), al medio día *puiré-ne veyu* (el sol derecho), a las tres de la tarde *veyu uotuamnecár-yave* (al volver el sol). A las seis, *veyu uómur-yave* (al entrar el sol, es decir, al ponerse).

Como carecen de reloj, no conocen sino estas diferencias de horas. Pero para indicar una, alzan la mano hacia el cielo y dicen: *tane veyu* (estando allá el sol), v. g. *tane veyu vepúi*, « he venido estando el sol allí », y con esta señal se indica perfectamente el tiempo que se quiere. Este modo de contar las horas se les ha pegado también a los españoles de aquellos lugares, a los cuales en sus relatos no les es extraño decir: He llegado cuando el sol estaba allá, etc.

No teniendo los indios sino escaso conocimiento del curso de las estrellas, no puede hacerse lo mismo de noche. Pero si la luna es clara, también ella regula al uso orinoquense las horas, y se dice v. g. para que una cosa sea hecha a hora determinada: *tane nuna*, « estando allí la luna ».

No saben el nombre de semana sino después de hacerse cristianos, y entonces la llaman la vuelta de la misa mayor, es decir, de aquella a que están obligados a asistir al terminar la semana.

Los meses son lunares, esto es, regulados por el curso de la luna, y es entre ellos decir *tevin nuna, ac chaké nuna*, etc. (una luna, dos lunas) como entre nosotros decir uno o dos meses. Pero aunque de este planeta sabe toda nación india minuciosamente [229] las variaciones y el crecimiento y mengua de su luz, y según esto

regulan sus asuntos, ninguna hasta ahora ha sido capaz de poner a cada luna un nombre particular y distinguir los meses. Es verdad sin embargo que si se atiende a los dichos de ellos se encuentra alguna señal de distinción. Pero está tomado de otra cosa, esto es, de las diversas ocupaciones del año, v. g. de las frutas que se comen en cierto tiempo, de los huevos de tortuga, y cosas semejantes.

Así, por ejemplo, *peye uaic-moicár-yave* (cuando ponen los huevos las tortugas) significa el mes de marzo. *Coróva yemér-yave* (cuando se come el fruto de la palmera *coróva*) quiere decir el mes de abril. *Canepó potir-yave* (a la punta o principio de las lluvias), el mes de mayo, etc.

El año de los orinoquenses aproximadamente parece de la duración del nuestro. No está sin embargo regulado por un número determinado de lunas entre ninguna nación, sino por las estaciones perceptibles en aquellos lugares, de las que hemos hablado extensamente en otra parte. Los maipures lo llaman *camotí* (verano). Los tamanacos, por el contrario, lo llaman *canepó* (invierno). *Tevín canepó* es un año, *ac-chaké*, dos años, etc. *Itóto tane icanepóri*, un hombre de muchos años, etc. Si os poneis a preguntar: ¿de cuántos?, ningún indio lo sabe, y con gran trabajo puede calcularse el número o por el rostro o por las otras circunstancias. Lustro, decenio, siglo, son nombres bárbaros para ellos. Diciendo *meca* (por largo tiempo), se acaban todas sus cuentas.[1]

[230]

Capítulo IX

De los conocimientos de los orinoquenses.

Igualmente débiles y escasos son algunos conocimientos que, instruídos por sus ancianos, se jactan de tener de las cosas naturales. Las que se refieren al futuro, al Ser supremo y cosas semejantes se anotarán en otro lugar. El cielo lo creían apoyado, como si fuera una bóveda puesta encima de la tierra. Después todos los

1 *Meca* es voz tamanaca, equivalente al *diu* de los latinos. Los maipures dicen *veve*.

objetos de hierro, clavos, hachas, espadas y cosas semejantes, las creen hechas con trozos de cielo arrancados a golpes de pico. Así me contó bastante en serio Yucumare, persona muy distinguida entre los tamanacos, que quedó sorprendido al oirme con cuidadosa explicación qué lejos estaba de la verdad.

Más extravagante es aún la idea que tenían sobre los objetos llevados allá de Europa. Como se dice en sus fábulas que los tamanacos después de su muerte van a vivir a nuestros países, creían que los susodichos objetos eran obra de sus difuntos. Pero los buenos de los españoles, añadió riendo Yucumare, cuando las traen hacia acá por el mar nuestros muertos, se las roban todas. Conténgase la risa, que me queda a mí aún mucha.

Creían los tamanacos que las lluvias son la orina de cierto Canepó, llamado de otro modo Kineméru, y con mucha seriedad señalaban su casa en el alto monte Paurari, situado enfrente de mi antigua reducción. ¿Cómo — les decía yo — una sola persona [231] puede producir las lluvias en tantos y tan varios lugares? Y no por ésto se quedaron parados, sino que sacando su necio filosofar dijeron que en otras partes hacen las veces de Canepó sus hijos, que son muchos: *Tauréte Canepó mucúru uagiuptaptaké*[1] (en otras partes orinan sus hijos).

El trueno, según los tamanacos, no es sino el disparo del fusil de Kineméru. Locura moderna. Sus antepasados, que no conocían aún el fusil, debieron tener otra, olvidada ahora por los nuevos soñadores.

De las estrellas, de la luna y del sol hablan de aquella manera en que nosotros hablamos de seres vivientes. *Anec-pe mukiámo?* (¿quiénes son ellos?) — me dijo una noche, señalándome el cielo, el difunto Mayacoto; y por su extraña manera de hablar, me di cuenta enseguida de que había debajo alguna fuerte ignorancia. « Dilo tú — le repuse — porque en la iglesia sabrás por mí lo que piensan los cristianos ». Con la pluma en la mano oi su relato, y puse en el papel sus sueños. « Los de arriba — me dijo — son personas como nosotros. Las estrellas son sus ojos, está animado el sol, animada también la luna, cuya mujer es aquella estrella (señaló a Venus), la cual se ve bien debajo, bien encima, pero siempre a poca distancia de su marido ».

---

1 [Léase *gi* como en italiano, según anotamos a la p. 155.]

Tuve que escuchar con seriedad, pues riéndome se hubiera enojado Mayacoto. Pero al nombrarme un matrimonio nuevo para mí, no pude contenerme, y mostrando seguir alegremente la fábula, dije: « ¡Oh! Esta noche están los esposos de buen humor y van los dos juntos ». « Así es » — me dijo el buen indio, como si se tratase de la cosa más seria del mundo, y me reí sin poderme contener. El medio de que [232] me valí para desengañarlo fue adecuado a la necesidad, y lo contaremos cuando hablemos de la religión.

Llaman *Tuna-imu* (padre del agua) a ciertas grandes serpientes que se encuentran en los lagos, y creen que si mueren aquellos monstruos cesan del todo las aguas. Por lo cual nadie, por temor a quedarse sin agua, los mata.

Pasemos a conocimientos más exactos. « Nuestros viejos — me decía el cacique Monaíti — entendían mucho y también hablaban mucho de varias estrellas. Una vez muertos ellos, ya no sabemos más, y sólo me queda la memoria de dos nombres de estrellas, pero no sé a cuáles entre tantas les corresponden. A una la llamaban *peye* (la tortuga de río), a la otra *cani* (la tortuga de tierra). Aquí terminó el razonamiento de Monaíti. El era joven, jóvenes también todos sus súbditos, y no podía informarme sino flojamente de sus antiguas cosas.

En ninguna parte es tan sensible la pérdida de los viejos como lo es entre los salvajes. Cuando ellos faltan enseguida desaparece, por decirlo así, una biblioteca en la que se pueden pescar los tiempos pasados. Ellos solos son los conservadores de las noticias indias, ellos solos los habladores, ellos solos los libros, ni más ni menos que aquí se acostumbra entre nuestros campesinos.

Supe muchas cosas por el cacique de los maipures Caravana, pero habiéndole sobrevenido en medio de mis curiosas preguntas la muerte, tuve sin remedio que aguantarme su pérdida, pues todos los demás eran jóvenes. En el tomo tercero se oirán con placer las singulares noticias que me comunicó. Mas para volver a nuestro tema, perdidos los viejos, a los jóvenes orinoquenses no les quedaban sino meras mentiras acerca de las estrellas. Digamos una bien curiosa sobre la constelación llamada por nuestros [233] astrónomos la cintura de Orión,[1] y oigamos la metamórfosis que de ella cuentan los tamanacos.

---

1 En español las Cabrillas. En tam. *petti-puní*, esto es, sin pierna.

Dicen que fue cierto indio a pescar con su mujer. Pero aunque hubieran salido de buen humor, hubo entre ellos una riña, estando ambos solos a la orilla de un lago. La mujer no sufrió largamente las reprensiones de su marido, y cogiendo el hacha, le cortó ligeramente una pierna. Pero se vengó bien el marido, pues alzándose de la tierra y levantándose en alto, se convirtió enseguida en una estrella, que por lo sucedido se llama entre ellos el Sin pierna. Cambiando en esta fábula sólo los objetos, se cuenta por los yaruros, y es aplicada por ellos a la Osa menor, de la que dicen que molestada por la sed bajó a beber en el río Meta, y mordida por un cocodrilo se volvió al cielo sin una pierna.

Volvamos a las cosas serias. Ya es conocido por lo dicho en qué estima está entre los orinoquenses el papel. Pero ellos no tienen ni papel ni libros, ni nada que a estas cosas se parezca. Mas por broma llaman su papel a ciertas cuerdecillas[1] que usan para informar a los que están lejos de alguna cosa. Por sí mismas estas cuerdas no tienen ningún significado. Por eso, cuando se las entregan al mensajero, le dicen de palabra la cosa de que ha de tratar con la persona a la que es enviado, y hacen en ellas varios nudos.

El mensajero parte con su cuerdecita, y llegando al lugar destinado, dice: « Fulano vendrá a ti para hablar contigo de tal cosa », y le entrega la cuerdecilla, la [234] cual es recibida y guardada diligentemente. En poder de quien envía al correo queda para memoria una semejante, y cada uno, al ponerse el sol, desata diariamente su nudo. Al soltar el último nudo, es decir, terminados los nudos señalados en la cuerdecita, llega sin duda el huésped, y trata de palabra su asunto. En estos nudos, que los peruanos llamaron quipos, se descubre cierta especie de civilización. Pero en el Orinoco no ha llegado nunca a aquella perfección a que se dice los llevaron los incas.

La misma rudeza veo yo en todo lo demás. En los países del Orinoco que yo recorrí no hay ninguna señal de la que se pueda deducir el estado de los viejos tiempos. A unas ocho millas de distancia de la Encaramada es conocidísima una roca llamada *Tepu meréme*, esto es, la piedra pintada. Creí se vería en ella alguna cosa memorable, y deseoso de saberlo claramente, fui a verla. Pero

---

1 En tam. *uara uanec-ne yuc-tepó*, cuerda para notar los días.

a lo que me pareció, las pinturas que están en la bóveda de la susodicha cueva no son más que groseras líneas hechas antiguamente con alguna piedra, y no tienen ninguna apariencia de letras. Los indios mismos no les dan significación alguna, y sólo dicen que las hizo cierto Amalivacá, que ellos tienen por su Dios.

O por haberlo visto, o por relación de otro, todos los orinoquenses, aunque nacidos en el interior, conocen el mar.[1] Los tamanacos dicen que en los tiempos pasados llegaba hasta la Encaramada, y que los países ahora secos estuvieron antaño sumergidos en las aguas, y dado el terreno, que es casi por todas partes arenoso, no parece inverosímil. Tienen también, aunque toscamente, algún [235] conocimiento de nuesto continente, al que llaman el otro lado del mar.[2]

No dan a América un nombre propio. Pero cuando se les ocurre hablar de ella tienen expresiones oportunas para esta necesidad, v. g. la tierra en que estamos, etc.[3] Por sus mutuas enemistades nada saben de ordinario de las naciones lejanas de América, y aun apenas conocen a las vecinas. De los europeos tienen alguna noticia, pero débil. Los tamanacos llaman a los españoles *Pongueme*,[4] esto es, gente vestida.[5] Por la vecindad de sus colonias conocen también a los holandeses, a los cuales los caribes llaman *paranákiri* (habitantes del mar); también conocen a los franceses, pero de otras naciones europeas no tienen ningún conocimiento.

Capítulo X

De los eclipses lunares.

Mientras entre los orinoquenses floreció, como Monaíti supuso algún pensar adecuado sobre las estrellas, no me es conocido qué ideas tenían de los eclipses. Fueron acaso más adecuadas, fueron acaso las mismas que ahora tienen sus descendientes. Pero sea lo

1 En taman. se dice *parava*. En maip. *parána*.

2 En tam. *paráva pettoi*, en maip. *parána ipuntá*.

3 En tam. *chenére pó*. En maip. *peni uacaniario iatí*.

4 [Escribimos *gu* con ortografía española, como el autor *gh* con la italiana, para indicar la velar sonora.]

5 En maip. *uavémi*.

que sea de los habitantes antiguos del Orinoco, las locuras de los modernos sobre el punto de que tratamos no tienen fin. Es verdad que no son los únicos en delirar. Así también otras naciones piensan vanidades aún hoy, así otras pensaron absurdos, aunque civilizados. Tanto la [236] ignorancia sobre cosas lejanas de nosotros se extendió por todas partes, pero digamos de la de los orinoquenses.

Siendo aún gentiles es increíble cuánto se alborotan al ver eclipsada a la luna, y no sabiendo de qué depende el fenómeno, temen por necedad que se ausente de ellos y que muera. De aquí los gritos y los llantos, de aquí las plegarias y los ofrecimientos.

Los guayanos creen que le falta el alimento y que acaso desmaya de hambre, y se ponen enseguida a hacerle sembrados de los que pueda sacar para vivir. Las mujeres otomacas le alargan brazaletes para invitarla a que se quede, vertiendo entre tanto infinitas lágrimas para enternecerla.[1] El mismo llanto hacen también las sálivas, y quizá todas las demás. Y es tal su ignorancia y simplicidad, que cuando le vuelve a la luna la claridad, piensan que se ha movido a quedarse por las lágrimas de ellas. Así cuenta Gumilla.[2]

Yo vi muchas veces, estando entre los maipures y entre los tamanacos, eclipses lunares. Pero estando ya muchos de ellos adscritos al cristianismo, no se atrevieron a hacer, sino acaso secretamente, lo que era costumbre antes de los misioneros.

Continuando con las necedades de los gentiles orinoquenses, llorar en los eclipses, ofrecer regalos, no corresponde a nadie sino a sus mujeres, que son muy débiles. Los hombres, que tienen en la cabeza que los daños proceden de otra causa a su querida luna, y que alguno contrario a ella la está matando, cuando ven el eclipse, cogen enseguida las armas. Y saliendo enloquecidos fuera de las chozas, dan vueltas en busca del soñado enemigo.

[237] Pero quién podrá decir con que furor. Hay quien toca el tambor para animar a los soldados,[3] hay quien con el arco tenso[4] espía por todos lados al heridor de la luna, quién levanta en el

1 Véase la lám. IV, núm. 4.

2 *Hist. del Orinoco*, tomo III, cap. 48.

3 Véase la lám. IV, núm. 7.

4 *Ibid.*, núm. 5.

aire la maza,[1] quien la hiere en vano con lanzas. Están a pie firme un poco, miran la tierra, contemplan las estrellas, gritan, alborotan, golpean las armas. Y como no comparece el soñado enemigo, se dirigen a los finales de los caminos para hallarlo, y para vengar aun a costa de su sangre, a la luna. ¡Oh cerebros menguados! dirá alguno, ¡oh bárbaras locuras americanas! Y si bien sea esto verdad en gran parte, no sé yo con todo maravillarme de ellos solos, si vuelvo los ojos a los tiempos y a los lugares en los que no hay religión cristiana, a la cual somos deudores con mucho de la más clara luz de que gozamos.

Hablando en este lugar de otros que de los orinoquenses me alejo, bien lo veo, de mi propósito. Pero en gracia a los menos letrados en cuyas manos puede venir a dar mi historia, permítaseme indicar brevemente las locuras semejantes de otros gentiles en este punto. Los filipinos, para comenzar por Asia, durante el eclipse de luna, tocan continuamente los tambores. Se afligen los moros (he aquí el Africa), lloran, se arrancan los cabellos, y entran en gran furia.[2] Entre los chinos, pueblo civilizadísimo de Asia, hubo costumbre de anunciar los eclipses próximos por sus astrónomos, y en ellos por público edicto debía el pueblo tocar las campanas y arrodillarse muchas veces mientras durasen.[3]

Después de la introducción del cristianismo, la gran Europa, nuestro países civilizadísimos, están muy [238] alejados de toda bárbara superstición. Pero no fueron así durante la idolatría. Estando puesto sitio a Capua por los romanos para volvérsela a quitar a los cartagineses, faltándoles a los enemigos la fuerza, se recurrió a la astucia, y se dispuso sobre las murallas de la ciudad rebelada la vana multitud, la cual dando gritos y golpeando bronces, hacía para asustar a los romanos el ruido que solía hacerse en los eclipses de luna. Lo dice Livio.[4]

Cierto eclipse de luna, de que habla el mismo autor,[5] no les aterrorizó nada a los romanos, que guerreaban entonces en Asia contra las falanges de Macedonia. Pero no fue que por sí mismos

---

1 *Ibid.*, núm. 6.

2 P. Gumilla, *Hist. del Orinoco*, lug. cit.

3 P. Trigaut, en la edición de Gumilla, lug. cit.

4 *Década* III [XXVI 5.]

5 *Década* V [XLIV 37].

no lo temieran, como todos los demás. Del nuevo espíritu hubieron de estar agradecidos a la sabiduría de C. Suplicio Galo, el cual, siendo óptimo astrónomo, advirtió a tiempo a los romanos, y dióles ánimo mostrándoles que el eclipse no era más que un efecto natural de aquel planeta, como todas las otras variaciones a que está expuesto de vez en cuando. Pero este mismo eclipse qué extravagancias no produjo en el ejército de los macedonios, que creyeron que con él se denunciaba el fin de su reino. Lloraron, aullaron, gritaron, y como ovejas insensatas fueron muertos en el campo.

En el siglo IV de la era cristiana duraba todavía la costumbre pagana. San Ambrosio la suprimió.[1] En el siglo V los africanos llamaban a la luna con desordenados gritos, y se debió entonces a San Agustín[2] [239] que faltara entre ellos el abuso que reapareció con el gentilismo.

Para decir después la causa de estas necedades que se aducen de tantas naciones ciegas, como es varia, no la puedo tratar sino por partes. Creen muchos que la luna, cansada de estar mucho tiempo en un lugar, se vaya a otra parte, y que negándoles a ellos su luz, busca a otros más benévolos para comunicársela. De aquí los llantos para retenerla, y de aquí el hacer rozas para alimentarla. Piensan otros que a la luna le falta de improviso la luz por enfermedad. Y de aquí las ofrendas de dones para reanimarla. Otros la creen en fiero combate con un dragón, y por eso le falta, devorada por él, la luz acostumbrada. Por eso levantan al aire las armas y las ofrecen para defenderla.

En la China y en los reinos vecinos a ella hay astrónomos, y no es más que una deshonrosa tolerancia que se siga manteniendo el abuso. Pero las otras naciones, y en especial los orinoquenses, merecen compasión por su ignorancia. La de los tamanacos es bien singular, y debo brevemente decir el modo como la supe.

Muchas veces, como en país sumamente feraz en especies muy graciosas, se hablaba en el Orinoco de tales eclipses, y de las causas que los indios aducen. Quise saber la de los tamanacos, y acercándome un día con Yucumare, persona bien entendida en semejantes niñerías, se la pregunté. « No por otra causa — repuso enseguida el buen hombre —, no por otra causa se eclipsa la luna,

1 *Spond. ad annum Christi* 377.

2 *Spond. ad annum Christi* 418.

sino porque es herida por los piaches con flechas ». De aquí que enrojezca con sangre, de aquí que al fin desfallezca, de aquí las prisas de los indios para llevarle socorro y para hallar al que la ha herido.

[240] «¡Ea! — le dije — te equivocas mucho », y habiéndole mostrado con señales adecuadas cómo acaece naturalmente un eclipse, le libré sin mucha resistencia de su error. Lo dejaron también los demás, y en mi tiempo no había ninguno entre los orinoquenses cristianos que prestase más crédito a semejantes inepcias.

No les causa (y no sabría yo decir tampoco el por qué) ningún miedo el eclipse de sol, antes bien, apenas atienden a él, sino acaso a algunos que se notan más.

Capítulo XI

De los matrimonios.

Hénos aquí en uno de los principales puntos de la historia salvaje, sobre la cual se fantasea tanto (no sé si con más daño de la vida social que de la racional) por la moderna crítica. ¿Hay verdaderamente matrimonios entre los salvajes americanos? ¡Quiá!, os dirán sin vergüenza algunos, a los cuales les es conocido el estado verdadero de América como nos es conocido a nosotros el de los habitantes que haya en la luna, ¡quiá! Son comunes a todos las mujeres, y no hay ninguna que esté señalada a persona particular. Son todas de todos.

Y he aquí al hombre reducido . . . ¿a qué? ¿A salvaje? ¡No! No cometen tales disparates tan torpes los salvajes. Y he aquí al hombre, dígase con la visera echada, reducido a bruto. ¡Dios mío! ¿No hay término medio en el delirar? Hay quien pretende castísimos a los indios,[1] y estaría por decir, sin pasión. Quien los pinta sucísimos [241] y muchísimo peores que brutos.[2] ¿No hay razones justas, no hay hechos verdaderos para confirmarlo? Nada

1 Robertson, *Storia di America*, lib. IV, p. 98 s.

2 M. Marmontel en el libro intitulado *Les Incas*.

importa. Se piden de limosna a viajeros de media lengua que hayan estado en los lugares salvajes algún día, se inventa, se componen.

No sólo desdiría de mi profesión, sino también mi sinceridad y honor serían tocados en lo vivo, si disimulara en punto tan serio. Así pues, no sé persuadirme que haya en el mundo una región en la que sean comunes las mujeres. Pero expliquémonos. No niego que haya abusos en todas partes. Los hay en exceso, para nuestro infortunio. Pero que sean universalmente adoptados en una nación, que no se oponga nadie, que todos ciegamente los abracen, lo niego en redondo. Este no es el lugar de más razones. He aquí los hechos tomados de los habitantes de un país no sólo bárbaro, sino hoy muy conocido de todos.

En el Orinoco, entre los caribes, entre los tamanacos y parecas, y entre otros muchos, *puti* es el nombre que significa la mujer destinada con ciertas formalidades a procrear hijos con un solo hombre. *Nio* es el marido, y no los maridos de ella. Dígase lo mismo de la palabra maipure *nuáni-kivacané* (mi marido), *nuanítu* (mi mujer), etc. Y basten estas para no cansar a mis lectores con larga lista de nombres bárbaros.

¿Qué quiere decir ésto? Quiere decir que en toda nación orinoquense hay maridos y mujeres en el sentido preciso en que estas palabras se toman entre nosotros. Quiere decir que no es a lo bestial la [242] procreación de los hijos. Antes bien, si he de decir una cosa que me produjo siempre grata sorpresa en el Orinoco, los hijos de los salvajes se parecen tanto entre sí y con sus padres, que no puede ser mas. Visto el uno, diríais enseguida: este es el otro, como yo dije sin ningún error muchas veces.

Esta adhesión de un salvaje a su consorte es confirmada después de varias maneras: I) de ordinario viaja siempre con ella, la manda por delante tres o cuatro pasos, y no la pierde de vista nunca. Dios la guarde de que levante los ojos, de que se dirija a otros, de que se ría descompuestamente. Están dispuestas las injurias del celoso marido, y dispuestos los golpes. II) Por cualquier sospecha de que se ha faltado a la fe, se llaman mutuamente lujuriosos. ¿Y quién no ve que donde hay tales palabras, que distinguen a los amantes verdaderos de los falsos, no hay la soñada e infame comunidad de mujeres? En efecto, la palabra lujurioso se oye a cada momento como reproche en todas aquellas naciones. Los tamanacos tienen un nombre especial para indicar el emparejamiento con otra persona. Los maipures la llaman amiga, nunca mujer.

Establecido ya con evidencia, según me parece, que los salvajes del Orinoco se casan ni más ni menos que en nuestros países, y que de este estilo no es de creer que se alejen los otros americanos, más civilizados quizá que ellos, pasemos a hablar de las formalidades de las bodas. Estas son varias, y sería demasiado largo decirlas todas. Omito las de los guaiquires de los que escribió Gumilla,[1] las de los maipures y otomacos, y también las de otros, y recuerdo sólo aquellas de las que conservo [243] aún frescas y sin alteración alguna las fórmulas.

Pero no se esperen ceremonias ni grandes pompas. El actuar de los indios, que es simplicísimo y rudo, no las tolera. Dos modos hay de casarse en uso entre los orinoquenses. El uno universal en casi todas las naciones. El otro propio de cada una. El uno de los mozuelos tiernos y el otro de los mayores.

Y para hablar primero de los primeros, no hay nación alguna en la que no reine el uso de pedir mujer para los niños de pocos años, y acaso también para los recién nacidos. Este cuidado corresponde a las madres, las cuales entre sus compañeras buscan aquellas niñas que les parezcan lindas, y las piden por esposas de sus hijos. Desde entonces las miran con ojos amables, y como a futuras nueras las honran con pequeños regalos.

Las tamanacas las llaman *par-yáne* (la madre de mi nieto), pues no hay, que yo sepa, entre ellos una palabra simple para indicar las nueras. El mismo afecto parcial, pero sin tratarlas, les profesan sus noviecitos, los cuales de vez en cuando, en prueba de su valor, envían a tales niñas los frutos de sus pequeñas cacerías: pajaritos, tortugas y semejantes cosas.

Es obligación que un misionero sepa a tiempo esta costumbre para impedir los tristes efectos que podría producir el trato, aunque no frecuente, entre los dos. Los indios al principio son sencillos y dicen fácilmente sus cosas. El mismo Luis Uaíti, mi criado (o mejor dicho, su madre), me habló con pueril simplicidad de su futura mujer, llamada Onnapoyácu.

[244] Esta especie de esponsales no es libre en todo, ni de duración, sino cuando es ratificada por ambas partes a la edad debida, en la cual algunos se unen con aquellas, otros las dejan y se casan a su gusto. Y de este carácter es también la boda de los

---

1 *Hist. del Orinoco,* tomo III, cap. 49.

mayores. Libres, pues, estos de su primera esposa, o por voluntad o por muerte (así le sucedió a Onnapoyácu), sin intervención inmediata de los padres, se buscan otra por sí mismo. Y he aquí un matrimonio más libre. Pero las ceremonias para contraerlo no son ni largas ni singulares.

Preséntase el hombre, el cual es necesario que dé antes alguna muestra de su valor cazando o pescando o haciendo las rozas, preséntase, digo, al futuro suegro, y con voz confiada y modesta, le pide por esposa a su hija. Es bien curiosa la fórmula de pedirla, y he aquí las palabras precisas.

Los tamanacos dicen: *Avamgíl bac-ure* (tomo a tu hija). Y si al suegro no le desagrada el yerno, y no hace demasiados ascos la esposa, le responde al momento: *Tauóre ike: yamñáve-cá?* esto es: « tómala, ¿es que la tengo en mis manos? ». Expresión que tanto vale como decir: No está guardada para mí, sea tuya. Al oscurecer el día el nuevo esposo lleva comida a su casa, se come y se bebe alegremente, y después de algún tiempo, salidos todos, según la costumbre, de casa, quedan solos los esposos.

Ya por este sucinto relato se ve que las bodas se hacen en la choza del suegro, y allí también se unen en matrimonio, quedándose solos la primera noche. Pero ¿y después? Después se está donde se estuvo la primera noche: en casa del suegro. He aquí una costumbre singularísima de los salvajes. Las mujeres no se [245] van con su marido; se van con su mujer, si así queremos decir, los hombres.

En cuanto un salvaje toma por esposa a una mujer, ya no reconoce su casa. Está continuamente con el suegro a cuya cabaña desde la primera noche llevó el chinchorro, sus flechas, arco y todas juntas las cosillas que antes tenía. Trabaja para su suegro, pesca para él, depende en todo de él.

No es sin embargo que olvide del todo a sus padres, o que ellos por el contrario lo olviden a él, no. Los ama como antes, los socorre en lo que puede. Pero la moda, a la que todo, aun entre los salvajes, está sometido, lo impone así. Los hijos van a casa ajena, las hijas por el contrario están en la de los padres. Todos saben esta costumbre y todos se acomodan a ella. De ahí creo que procede aquel cuidado, que antes dijimos, de escoger las madres a sus nueras. La moda les hace hacer cuentas. Pues procuran atraérsela, si lo consiguen, a su casa, o bien, si los padres se resisten, se consuelan al menos con que el hijo caiga en buenas manos,

y de que muerto el suegro vuelva con su mujer y familia a la casa paterna.

La dote y presentes a la esposa, ¿dónde están? He aquí otra costumbre, si no impropia, muy ajena al menos de lo que aquí vemos, de estipular contratos de dote, asignar dinero y fincas, y desamueblar una casa para colocar a una hija. A un indio le parece hacer bastante con dar a un hombre su hija. Nunca se habla de dote. Antes bien, si el yerno no se mueve, si no tiene cuidado de pescar a tiempo o de hacer las rozas y chozas para el suegro, termina muy pronto el [246] matrimonio, y además de no dar nada en dote a la hija, quiere ser pagado con servicios por habérsela dado por mujer.

Sapáni mutaá pike pianítu, dicen los maipures al exigir a los yernos sus obligaciones, esto es: en paga de haberte dado la mujer. Este es el por qué algunos huyen de casarse. Pero aquellos a quienes tiene cuenta el contrato se sujetan a él como otros tantos Jacobes, pareciéndoles que no es nada sufrir o por amor a la mujer o por esperanza de verse algún día solos y sin el mando de los suegros.

Pero la severidad de los Labanes orinoquenses es tan conocida en aquellos lugares, que no hay nadie que no lo sepa. Y excepto la costumbre que tienen los gentiles de volverles a quitar la mujer si se disgustan, esta severidad se halla hasta entre los bautizados. El cacique Caravana tenía una hija de ventajosísimas condiciones para aquel país. Estuvo por algún tiempo sin darle marido, hasta que habiendo vuelto los ojos a todas partes, entre mil pretendientes que la pedían, se la dio finalmente por mujer a cierto Mauricio Manácu, joven de hermoso aspecto, valeroso como un güipunave, y nada innoble por su nacimiento.

Pero ésto nada le importaba a Caravana, que con tal de que conviniera a sus astutos designios, se la habría dado sin ninguna de estas notables cualidades. Era Manacu un buen obrero de rozas, un buen pescador y cazador, y esto bastó a Caravana para darle sin repugnancia su hija. En efecto, le sirvió excelentemente hasta la muerte, y confirmó con las obras la buena elección del suegro.

[247]

Capítulo XII

Del repudio.

Hemos visto los matrimonios. Veamos ahora los defectos. Es verdad que en toda nación orinoquense se casan. Verdad que a las destinadas para esposas las distinguen de las amigas. Pero el nombre de esposa no vale allí tanto como vale entre nosotros. Está en vigor en todas las nacione el repudio. Ya se ha hablado de las amenazas de los suegros, las cuales a menudo se cumplen. Pero ésto no es nada.

Una riña, unos celos, una paliza más fuerte de lo acostumbrado, produce enseguida un repudio, y la que por la mañana es la mujer de uno, por la tarde se vuelve la mujer de otro. El mal viene de ordinario de los hombres, encaprichados de mudar de lecho o chinchorro. Pero no faltan también por parte de las mujeres, las cuales o por motivo de amor o por otro leve pretexto, se separan por sí mismas de los primeros lazos.

Pero ordinariamente (dígase esto también en gracia a la verdad) sus matrimonios, especialmente si tienen hijos, son de larga duración, y muchísimos duran hasta la muerte. Algunos se aman tiernamente y les desagrada muchísimo sobrevivir a sus consortes. Este amor es bien raro aun entre nosotros. Y sin embargo yo entre otros muchos que callo, vi un ejemplo señaladísimo en una joven avaricota casada con un otomaco.

[248] Era él Sabino, y ella Sabina, por no distinguirse ni aun en el nombre. Jóvenes ambos de graciosa presencia, honestos, y sin ninguna nota entre sus iguales. Como habían venido de otra parte a habitar a mi reducción, no sé decir si eran recién casados, o si de hacía tiempo. Pero no tenían hijos.

Ocurrió en una de aquellas acostumbradas epidemias del Orinoco que cayó gravemente enfermo Sabino. La pobre Sabina estaba como loca, y cual tórtola próxima a verse privada del amado compañero, gemía inconsolablemente. Estaba continuamente clavada junto al chincorro de él, le reanimaba con pobres alimentos, pero dados con todo amor, le animaba a vivir. Pero todo en vano. Sabino, aunque de mala gana, cerró por fin los ojos. También Sabina los cerró a todo consuelo, y habiéndose echado,

primero por melancolía, después por fiebre que le sobrevino, en dos o tres días ella también se murió.

Pero estas amorosas locuras no son de todos. Siendo gentiles, muchos se quitan el aburrimiento con despedir a la primera mujer y tomar otra. Ya cristianos (loca determinación también ésta), como no pueden quitarse de delante aquella a quien dieron la palabra en la iglesia, esperan con ansia la muerte de ella. Ninguna cosa se le hace tan dura a un indio como estar siempre vinculado a una mujer. No tener al mismo tiempo muchas, como en el gentilismo, es cosa para él más tolerable. Pero esta perpetuidad de tener que estar siempre con la misma que escogió, no sabe comprenderla en modo alguno. He aquí un hecho muy gracioso, todo lo contrario al de los Sabinos.

Estaba casado el tamanaco José Yurá con una joven oye no sin garbo, y aunque a la belleza [249] uniera ella un genio humilde y condescendiente, no le acomodaba, porque había nacido algún año antes que él. Yo ya le había oído lamentarse, pero siempre a medias palabras. Cuando una tarde se puso el buen hombre a hablarme rebosando chicha, de buenas a primeras me dijo: « Dame otra mujer » « Estás en tus cabales — le repliqué — con pedirme otra mujer? ¿No eres cristiano? ». « Lo soy — me dijo —, pero tú no me entiendes. No te pido que me des dos mujeres. Es cosa reprensible y de gentil. Quiero sólo que me quites aquella oye que me diste en la iglesia, y que me des una más joven. Así será una, como quieren los cristianos, y será a mi gusto ».

Entre la embriaguez y el poco provecho hecho por Yurá en el cristianismo, no lo creí aquella tarde en condiciones de ser instruído por mí en un momento. « Bien — le dije —, te quedarás sin mujer mientras ella viva », y para librarla de su desdeñoso marido, la hice poner en casa de una persona honrada a modo de divorcio. Allí estuvo con edificación y con tranquilidad la pobre joven. Pero Yurá, que a sangre fría debió entender mejor el matrimonio de los cristianos, después de uno o dos meses volvió en sí, y habiéndome pedido de nuevo a su mujer, vivió en paz con ella por algún tiempo, pues constristada acaso con lo sucedido, de allí a no mucho tiempo pasó a mejor vida.

He aducido dos ejemplos, uno de bueno, otro de mal matrimonio. Pero dado que los salvajes no tienen entre sí un matrimonio de tal suerte cual es el de los cristianos, que debe durar por siempre, al principio, como yo decía, les resulta muy duro

sujetarse a él. « ¿Qué crees tú — decía un viejo sáliva al célebre P. Román —, qué crees tú de nuestros matrimonios? ». [250] « Que son perpetuos », dijo el Padre. « Quiá, te equivocas del todo. Nosotros hacemos de ellos la cuenta que de nuestros chinchorros. Los queremos si son nuevos y buenos, los dejamos si están viejos y gastados ». Y he aquí en consecuencia el repudio.

Capítulo XIII

Otros defectos de los matrimonios indios.

El repudio de que hemos hablado no es el solo mal de los matrimonios de los indios. Otros hay que son menos notables y caen, aunque de modo muy distinto, en la persona de los contrayentes. Los enumero uno por uno.

I) No les da ninguna repugnancia tener varias mujeres, aunque estas sean entre sí hermanas. Y por consiguiente el uso indicado arriba procede de no llamarlas cuñadas, ni en tratarlas de vos, como por lo demás acostumbran con sus hermanos y con otros de los que hemos hablado en otro lugar. En suma, las cuñadas no son, como ellos dicen, personas que den vergüenza.

II) No todos, ni por costumbre introducida universalmente, pero muchos, al menos entre los tamanacos, eligen por mujer a las sobrinas hijas de hermana, las cuales dan a su tío materno el mismo nombre que se suele dar al suegro, esto es, *avo*, el cual nombre indiferentemente significa lo uno y lo otro.

Pero no se da el caso de que una joven india tome por marido al tío paterno. Yo, reflexionando seriamente sobre ello, he hallado que este inesperado [251] miramiento no puede provenir sino de la costumbre de llamarlo padre, exactamente lo mismo que a aquel por el que fueron engendradas. *Papa* significa padre y significa a la vez tío paterno. Y es cosa graciosísima oir decir: tengo dos padres, tres padres, esto es (incluyendo al propio padre) tíos paternos. Si este modo de hablar es metafórico o no, resultará más claro por lo que vamos a decir después.

III) Se hallan algunos (pero son raros) que se casan con sus hijastras. Vi uno de esta clase entre los tamanacos, y era Mayacoto, citado más arriba. Entre los yaruros, como su exmisionero me dijo,[1] se halló en su tiempo otro. Pero como he dicho, son raros, y los indios mismos, aunque rudos y gentiles, se maravillan de tales matrimonios. Lo cual según mi opinión es inconveniente según ellos porque al padrastro lo llaman padre, ni más ni menos que nosotros, esto es, *vre nimupterí*, aquel al que doy el nombre de padre.

IV) Toman también por mujer a las viudas de sus hermanos, y aun a aquellas de sus difuntos padres, exceptuada la que les dio la vida. En lo cual se descubre claramente un rito hebreo, y queda por ver si les ha llegado por sangre procedente de la nación hebrea, como quiere Gumilla,[2] o bien casualmente, como me parece a mí, o por imitación de los ritos o desórdenes ajenos. De tal suerte es unirse en matrimonio con las viudas del propio padre, de que hemos hablado, y no pudo empujarles a tan detestable costumbre sino el desenfreno de las pasiones.

[252] Pero no se crea que este desenfreno sea también igual en todo los otros grados del parentesco. Se equivocaría uno al comprobarlo. El mayor abuso, como puede notarse por lo dicho, consiste en los grados de afinidad, los cuales, hablando de las mujeres (excepto el de las hijastras), parece que no se conocen. Pero en los grados de consanguinidad o en la unión con aquellas que les son próximas por la sangre, en el Orinoco al menos, no se nota desorden alguno.

¿Y las personas de las que se ha recibido el ser? ¡Ah! Están en altísima estima, y ni aun contando los más remotos hechos se oye que haya habido transgresión alguna en este punto. Igual a esta es la estima por sus hijas, igual también por las nietas de hermanos. Abuelo y abuela son nombres sacrosantos. Los primos entre ellos se casan en el cristianismo por dispensa de Roma, pero en su gentilidad tales matrimonios, aunque no desusados, especial-

---

1 El señor abate Giuseppe Maria Forneri con fecha 13 de marzo de 1778.

2 *Hist. del Orinoco,* tomo I, cap. 6.

mente entre primos que proceden de hermano y hermana, no son frecuentes entre hijos de dos hermanos. ¿Quién si la honestidad fuera un prejuicio de educación, o más bien de nuestros teólogos, quién, digo, esperaría hallarla tan luminosa en el Orinoco?

[253]

Capítulo XIV

De la poligamia.

Hénos de nuevo empero en las tinieblas, hénos ante los acostumbrados efectos de la naturaleza depravada, de la ignorancia y de las pasiones no domadas. En todo el trayecto que va desde la orilla derecha del Orinoco hasta el ecuador, apenas se halla nación alguna en la que no sea costumbre la poligamia. Digo con gran pena, y digo especialmente de aquellas naciones que habitan al mediodía. Puesto que entre los yaruros, entre los güipunaves y entre los cáveres, son rarísimos los que tienen varias mujeres.

Pero entre los otros indios, y señaladamente entre aquellos que comercian con los caribes, es cosa muy común, y nada extraña, hallarlos muchas veces. Los tamanacos adultos, a los cuales fui enviado como misionero, excepto dos solos, esto es, Cayuonari y Maracayuri, todos tenían dos mujeres. Entre los maipures los había que tenían hasta tres, y éste era el buen cacique Caravana, ciego como todos los demás, y acaso más, antes de bautizarse.

Este desorden no es nada en comparación con el de los caribes, sus antiguos maestros y amos. Tres, cuatro y cinco son pocas para ellos. Pero nadie llevó tan allá el desenfreno como cierto cacique suyo llamado Yauaría, del que se cuenta que tenía hasta treinta, escogidas de todas las naciones orinoquenses, las más hermosas, las más agradables, las más gentiles. He aquí la gran castidad de los salvajes.

[254] Pero no es de todos tener a su placer muchas mujeres. Aun este uso de tomar uno varias mujeres es muy gravoso para los otros que se quedan sin ella. Confieso que entre los tamanacos eran casados todos los adultos. Pero además de que entre ellos se había introducido una especie de casi anarquía por la debilidad de

sus caciques, y cada uno obraba a su manera, eran también muchas las mujeres, y no sufrían de mal grado los viejos que las tomaran los jóvenes.

En muchas naciones, al contrario, v. g. en la de los maipures y de los avanes, las mujeres (no sabría decir por qué) son bien pocas. Lo que produce desarreglos no pequeños, puesto que los caciques y los más viejos de la nación las toman todas para ellos mismos, y dicen a los jóvenes que hay que trabajar y ganárselas con la fatiga.

El modo que tiene un joven de reunir sin disgusto ajeno varias mujeres es de la siguiente manera. Se pone a cortejar a alguno cuya hija le agrade. De los saludos más frecuentes a este se pasa a los ofrecimientos, y « Dime en confianza, le dicen, lo que te agrada ». Y héle aquí llevando leña, o bien pescado o frutas, hasta que tomando con el curso del tiempo más ánimo, le pide la hija por mujer.

Pero aquí no terminan sus miras. Y mostrándose cada vez más solícito de agradar al suegro con servicios asiduos más diligentes, obtiene al fin aquellas. Pues si a alguna de las hermanas que se haya casado primero con otro se le muere el marido, he aquí que de repente esta se convierte también en su mujer, junto con las hijas tenidas del primer matrimonio.

[255] A los caciques no les cuesta empero tanto nunca la poligamia. Ya para empezar, tanto por la nobleza de su nacimiento como por la abundancia mayor de víveres, pueden fácilmente pedir hasta tres sin disgusto de sus suegros. Pero aquellas que ganan en guerra, las huérfanas y otras jóvenes de semejante situación, son también sus mujeres.

Cómo después unen entre sí a tantas mujeres es fácil imaginárselo. Son mujeres, son celosas y son bárbaras. Presente el marido, al que todas temen por igual, están muy tranquilas y tan dispuestas en todo, que diríais que son una sola, que no ya hermanas. Cada una está sentada en su rincón, atenta al trabajo, y con los ojos fijos en el suelo. Pero que se aleje, aunque por poco, el marido, y hélas a todas en lucha. Se tachan mutuamente de feas, de holgazanas y de torpes, y cada una busca ansiosamente apoderarse del corazón de quien se ha casado con ella, con preferencia sobre todas las demás. El primer puesto tocaría naturalmente a la primera. Pero no es siempre así, sea por la belleza mayor, sea por otras dotes de las mujeres tomadas después. De donde crecen

hasta tal punto las peleas femeninas entre ellas, que los tamanacos las llaman con mucha propiedad las enemigas.

Ya tiene trabajo el marido con llamar segunda o tercera mujer a las otras, esto es, *puc-yaconó*, la compañera de mi mujer, como dicen los tamanacos. Es el único que las llama con tal nombre. Todos los otros dicen las enemigas, esto es, *ipuc-yatoyé*, la enemiga de su mujer, *crere puc-yatoyé*, la enemiga de la mujer de aquel, etc. Y este nombre es tan agradable para la primera mujer, que se tiene siempre por la más verdadera, que salta de alegría al oir que así llaman a las otras. [256] Si a alguna distancia de ellas se les dice: *Anecpe avatóye?* (¿quién es tu enemiga?), qué pronto la señala con el dedo llena de rabia. Qué amargamente se ríe.

En suma, si no fuera por los hombres, a los cuales les tiene cuenta el abuso, las mujeres orinoquenses, también en atención a las ventajas temporales, abrazarían voluntariamente el cristianismo. Pero los hombres son de cerviz dura, y raro es aquel que teniendo varias mujeres en el gentilismo se sepa convencer de dejarlas, si no es por la fuerza. Se entretienen lo más que pueden, diciendo que quieren recibir el bautismo en la hora de su muerte, o bien, si son muy apretados para que las abandonen, se vuelven a sus selvas. Pero algunos entre tantos hay, que quedando persuadidos de la verdad de la religión cristiana, licencian por sí mismos a las mujeres. De estos raros ejemplos de continencia orinoquense habremos de hablar en el tercer tomo de nuestra historia.

Mientras, por parte de las mujeres, el menos comunmente, no se opone a la fe ningún retardo. Incluso están muy dispuestas a someterse a ella por muchas razones que les son a ellas útiles. I) En cuanto se hacen cristianas, las enemigas se han acabado, al menos las manifiestas. II) Entre los cristianos todas se casan con sus iguales, jóvenes con jóvenes, y con aquellos precisamente que quieren. III) No ven más el peligro, para ellas muy ingrato, de que un viejo cacique las mande a golpe de baqueta, y vigile siempre sobre su trabajo.

De estas ventajas y de otras semejantes, que se sacan del cristianismo, se dan cuenta bien pronto las mujeres, o al oir de las costumbres de los recién bautizados, o del trato frecuente con las mujeres de estos. Y quedando muy satisfechos de ellas, querrían también imitarlas. Pero pobres de ellas si se movieran. Caería sobre sus espaldas una [257] nube de crueles azotes. Por lo cual, prevaliéndose en su favor de aquella estima en que están los mi-

sioneros ante su marido, recurren a ellos para quitarse la molestia sin que aquel lo sepa.

Después de uno o dos años de estar yo entre los tamanacos, polígamos casi todos, y todos muy obstinados en el vicio, y resueltos a no convertirse sino cuando les agradase, después, digo, de uno o dos años de esta vida, en uno de aquellos días en los que todos los hombres van de caza, tuve una visita no menos impensada que singularísima.

De repente veo comparecer delante a ocho o diez mujeres tamanacas, gentiles todas, y casadas conforme a su rito, y pensando yo que querían, como de costumbre, quincalla, cogí unas agujas. « No — dijeron todas juntas —, hemos venido a visitarte, no queremos nada ». Y de golpe añadieron: « Hace tiempo que estás aquí. ¿Cuándo comienzas a bautizarnos también a nosotras? Tú te entretienes sólo con los niños, y sólo a ellos los bautizas ». « Es verdad — repuse —, pero no del todo. Además de a los niños he conferido el bautismo a Luis Cayuonari y a su mujer, que eran solos. Pero vosotras no sois aptas porque estais unidas muchas con uno ». « Lo seremos — replicaron todas contentas —, pero comienza tú. Desmujéralos[1] cuanto antes a ellos[2] y dales a cada uno de consorte una sola mujer. Es cosa fea que tengan dos mujeres, cosa de bestia ».

[258] Oí con gusto el consejo, porque yo antes, no práctico en las peleas femeniles, creía a las mujeres, no menos que a los maridos, aferradas a sus costumbres. Pero visto que estaban de mi parte, en adelante me dediqué con más seguridad a extirpar por medio de fervientes exhortaciones un abuso tan detestable. Aunque Dios fue el que puso en fin el remedio con llamar a sí a muchos y con dejar sin vínculo a las mujeres, que después se casaron al uso de cristianos.

Los gentiles orinoquenses toman varias mujeres. ¿Pero se encontraría nación en la que las mujeres hicieran lo mismo con los varones? Mujeres comunes y prostitutas, como se dice que las hubo abiertamente en los dominios de los incas, no las hay. Pero

---

1 Para cosas nuevas hacen falta vocablos nuevos. La voz *desmujerar* que aquí uso para indicar el quitarle a uno sus mujeres, es comunísima en las lenguas indias. Los tamanacos dicen *pucarí*, y los españoles de aquellos lugares usan la palabra *desmujerar*.

2 Así llaman las indias a sus maridos, ellos, este, aquel, etc.

es voz comunísima en el Orinoco que las mujeres de un hermano son también mujeres de todos los demás. Con todo, nunca es a la descubierta ni de modo tal que el marido no se resienta. ¿No podría proceder de aquí la costumbre de llamar padres también a los tíos paternos? Un misionero debe atender diligentemente a los pasos de los recién convertidos, entre los cuales no es raro el caso en que sus mujeres casi manifiestas se conviertan después en concubinas secretas.

[259]

Capítulo XV

De las mujeres casadas.

Digamos por fin algunas cosas separadamente de las casadas orinoquenses. Acerca de tener hijos durante tiempo, dos pareceres entre sí muy opuestos he notado siempre entre las indias. Algunas, creyendo que con los prontos y frecuentes partos se estropee su belleza, los evitan de propósito, incluso con bebedizos dispuestos para este fin, como dijimos en otro lugar. Los mismos maridos, parte por el motivo sobredicho, parte para poder vagar libremente con ellas, y para que estén ágiles en las tareas ordinarias de la casa, sobre todo si son jóvenes, no se cuidan en absoluto de los hijos, y dicen abiertamente que no quieren tenerlos.

Otras indias, por el contrario, teniendo el parecer de que con los hijos que se tienen en edad avanzada se deterioran la fuerza y la belleza, prefieren tenerlos pronto y en la juventud más fresca. Quien da a luz pronto, dicen ellas, no se estropea nunca. Yo no llevo a mal tales dichos, y en apoyo de esta honesta opinión vi algunas indias que habiendo dado a luz jóvenes, se conservaron siempre hermosas.

Otras razones no aducen las indias, fuera de estas dos, para desear hijos o para preferir no tenerlos. Decir: no tengo qué dar a los hijos de comer, no tengo con qué vestirlos y dotarlos, son palabras de nuestros países, desconocidas del todo para los salvajes.

[260] Pero las mujeres, se dirá, evitan acaso a los hijos por los dolores al darlos a luz. Nada de eso. No sólo de ordinario, sino

casi siempre, son felicísimas en sus partos. Una mujer tamanaca, como si estuviera haciendo otra cosa, da a luz a su prole al pie de cualquier árbol; una maipure en su *cuita*,[1] y ni en un sitio ni en otro se les oye ningún lamento. Apenas se ha ido a parir una mujer, cuando el niño ha nacido, es lavado en agua fría y envuelto en sus pañales. Lo que creo se deba también en gran parte a la habilidad de las comadronas,[2] que en todas las naciones orinoquenses son mujeres casadas y muy prácticas en semejante menester.

Mayor es aún la facilidad en el parto de las guahívas, de las que se dice que cuando sienten andando los dolores, se apartan un poco de la comitiva, dan a luz a los hijos, los lavan y se lavan ellas mismas en los ríos, y siguen bien listas, con el niño a los pechos, al marido que anda. Así es en los salvajes, pero qué cambio no produce una vida más delicada. He oído con el curso del tiempo gritar a las mismas indias que daban a luz, las he visto tener escrupulosos miramientos.

Al principio las tamanacas llevaban por sí mismas a la iglesia a los niños para que fueran bautizados; venían enseguida a la misa, a la doctrina y a cualquier función de iglesia. Pero después, tanto por lo que oyeron como por lo que vieron en los cristianos viejos, quisieron gozar de los privilegios de éstos, y no aparecían en la iglesia sino después del día cuadragésimo. Pedían reconstituyentes, caldos sustanciosos, y todo aquello que les parecía adecuado para la necesidad.

[261] No pasemos adelante sin decir algo acerca del número de niños nacidos de un parto. Todas las orinoquenses, ya porque raras veces dan a luz más de uno, ya para seguir la idea de sus maridos, a quienes parece que de semejante parto se deduce que han faltado a la fe que les deben, todas las orinoquenses, digo, fingen maravillarse sumamente al oir que las españolas dan a veces a luz varios hijos. Dicen que ellas no son perras, y que entre ellas no es costumbre parir de semejantes manera. De donde, para no exponerse a la risa y befa de las otras, si dan a luz dos de una vez, entierran a uno.

Pero no son estas las únicas necedades de las parturientas. Si el niño nace con algún defecto en el cuerpo, si no se presenta nor-

---

1 Nombre de cabaña donde dan a luz las maipures.

2 En tam. *mure yapoic-nei.*

malmente, le tuercen enseguida el cuello y lo mandan a la otra vida. A decir verdad, una india joven no sería tan cruel como para privar a su hijo de la vida por semejantes cosas. Le daría compasión y disgusto perderlo. Pero las consejeras, y aun ejecutoras, de tan enorme maldad son sus madres y las viejas.

Así iba a perecer miserablemente, diciendo su estúpida abuela que había venido a la vida con mal augurio una niña pareca, hija de Amec-rauapú. Nació, como a veces ocurre, de pie, y cogiola enseguida para matarla. Pero habiéndose dado cuenta de la criminal resolución el fiscal, voló a darme aviso de ello. Acudí prontamente a la casa, y para librar de todo peligro a la niña, le di enseguida el bautismo. Di voces después, para común instrucción, a la triste vieja, pero no sé de cuánto le sirvió mi advertencia. Porque después de algunas horas me trajeron la nueva de haber pasado a la [262] otra vida la recién nacida. Dijeron que naturalmente, pero ellos lo saben.

Pero feliz ella, que tuvo a tiempo el vestido nupcial para pasar de tan mala tierra a la celeste morada. ¡Pero cuántos y cuántas, ahogados antes en la matriz, quedan sin él! Yo no tengo sino poca práctica de las poblaciones antiguas. Pero en las nuevas este gran mal es demasiado frecuente, sobre todo entre aquellas indias que con el dar a luz creen perder la juventud. Usé de rigor para impedirlo, empleé ruegos. Pero ¡cuántas veces en vano!

Supongamos que dé a luz una india (sea aun de aquellas que desean conservarse jóvenes), acerque el niño a su pecho y nútralo un poco, y héla convertida en otra. No se cuida ya de andar vagando; lo cría cuidadosamente, y está casi siempre con él en brazos. Ordinariamente dan de mamar a los hijos dos años, pero también les dan de comer fruta, aunque bastante parcamente, desde los primeros meses. Los tienen siempre desnudos, salvo a los recién nacidos, a los que por algunos días envuelven en pobres pañales que los tamanacos llaman *mure-yac-chámo*.

No usan fajas, ni corpiños, ni otras cosas que nuestras mujeres creen necesario para que se críen bien sus hijos. Cuna para reposar, instrumentos para enseñar al niño a andar, y semejantes cosas, son desconocidas de las orinoquenses. El niño reposa en los chinchorros, juega por el suelo en cualquier estera, o lo llevan de paseo para divertirlo, y nunca falta alguno, hermano o hermana, y otro pariente, que esté a su lado para tener cuidado de él y para ense-

ñarle a andar y a hablar. Nunca vi ningún niño mudo o balbuciente. Aprenden pronto a hablar; y también andan pronto.

[263] Los padres, y especialmente las madres, tienen un tierno amor por lo niños, y verdaderamente se lo merecen por su graciosa vivacidad. Pero nunca se oyen las tiernas expresiones de corazón mío, amor mío, bien mío y semejantes. También son rarísimos los besos, y parece que la vida salvaje tiene un amor más serio.

Además de pensar en los hijos una mujer orinoquense debe saber todo aquello que necesita su familia. No hay ninguna que no sepa hilar, tejer, hacer platos y cacharros de cocina y de mesa, al menos medianamente. Coser y lavar la ropa es cosa nueva para ellas, pero no difícil, puesto que se ponen a aprenderlo y lo consiguen muy bien.

Pero de todas las dotes de que pueda estar adornada una mujer orinoquense ninguna es más apreciada, ni la desea más un marido, que la de guisarle la comida y prepararle a tiempo de beber. Puede tener, como se dice las manos de oro. Si cuando vuelve de fuera no tiene dispuesta la comida, pone la choza patas arriba. Y no se enoja menos si no le da enseguida la chicha, y no lo pinta de pies a cabeza.

Y sea como sea con la chicha, que se puede hacer aun de frutas silvestres, y de los colores, que se hallan en todo tugurio indio, nunca me acomodé a sufrir en paz el rigor con que los indios exigen de sus mujeres la comida. Y sin embargo, haya o no cosas que guisar, la reclaman impertinentemente a sus mujeres, como si hubiera de nacer en casa.

Conocí a un tamanaco, entre muchos otros, llamado por mote el Joven,[1] aun en edad avanzada. Este hombre, naturalmente inhábil y perezoso, es increíble [264] cuántos y cuáles lamentos hacía de su mujer porque no le daba de comer. Una mujer, decía (y con qué énfasis e ira), una mujer debe alimentar a su marido; *puc-te arematé.* ¿Peró tú qué le traes para que te lo guise? ¡Ah! No quería oir palabra en contrario, y repetía a cada disculpa de la pobre mujer: *puc-te arematé,* « una mujer debe alimentar al marido ».

Yo entiendo bien que este dicho, que entre los tamanacos corre como axioma indiscutible, debió antiguamente ser dicho por un

---

1 En tam. *apóto-puní.*

viejo sensato, a fin de quitar a las mujeres toda excusa de no tener a su tiempo guisados los alimentos traídos por su marido. Pero los perezosos, torciéndolo a favor suyo, de un dicho en sí sanísimo se sirven para atormentar a sus mujeres.

Si después los indios tienen, como acaece entre los gentiles, más de una mujer, cada una debe pensar en alimentar al marido no en común, sino separadamente. Comen cada una de por sí con sus hijos, sin unirse con sus enemigas, y comen cuando les place. Pero llegado de la caza o de la pesca o de los trabajos del campo el marido, la primera en presentársele chicha en la mano, y un platito de comida, es ordinariamente la mujer primera, y después las enemigas una a una, para no ser menos que su rival.

Por último y brevemente pasamos a hablar de las mujeres encinta. I) No hay ninguna que por los meses del embarazo sepa precisamente el tiempo en que ha de dar a luz. Al principio, al menos entre cristianos, cuentan los meses diciendo, si se les pregunta, *ac chaké nuna tamge*[1] *uyá, achiluóve nuna,* etc. Esto es, he pasado dos lunas, tres lunas, etc. Pero pasadas más lunas pierden enseguida la cuenta, y no saben ya decir cuántas [265] son sus lunas. Lo que demuestra claramente que entre ellas o no se sabe el tiempo preciso del parto, o al menos no se cuidan de él. En realidad, la proximidad del parto la notan por otras señales que tienen, no por el número de meses pasados desde que quedaron encinta.

II) En cuanto una orinoquense se ve embarazada, comienza a pensar en la calidad del niño. Y aunque parece naturalísimo desear hembras, que, como dijimos, se quedan siempre en casa, sin embargo se prefiere varón. El nos trae de comer, dicen, hasta que tome mujer, nos hace la corta y la casa, nos defiende de enemigos. Y he aquí los motivos por los que desean varones.

III) Estando embarazadas tienen caprichos, ni más ni menos que las mujeres nuestras. Pero los llaman mentiras, y dan el nombre de *tipic-veti*[2] a las manchitas que se dice provienen de excesivo apetito de algún manjar o bebida. Yo no creía tan propagada por el mundo ésta, sea moda o necesidad, de las mujeres encinta.

---

1 [Léanse la forma *tamgé* y la *v* como en italiano.]

2 Esta voz está compuesta del verbo *ipirí* querer y de *veti* estiércol; por lo que quiere decir estiércol nacido de gana.

Y al oír hablar una vez del capricho de una mujer tamanaca embarazada, quedé tan maravillado por la novedad, que apenas comprendí, y me pareció que hablaba en jerigonza.

« Mi mujer — me dijo Apóto-puní, que hemos citado ya — desea por mentira tu vino ». « ¿Cómo por mentira — le repliqué — desear el vino? No te entiendo ». Y pareciéndome una tontería le volví la espalda. Mas al decirme que estaba embarazada, comprendí la nueva frase y se lo di, rogándole sin embargo dijera a su mujer que en adelante *mintiese* en alguna otra [266] cosa que no me resultara tan cara.[1] Pero basta de éstas, digámoslo así, faenas domésticas. Pasemos a las públicas.

Capítulo XVI

De los juegos.

Si hablamos en general, a ninguna cosa es llevado más naturalmente un orinoquense que a divertirse y a arreglarse y a perder el tiempo. Pero los juegos, aunque parezcan del todo conformes con su genio infantil, son rarísimos. Diremos de algunos, no tanto porque sean singulares y muy dignos de recordarse, cuanto por no omitir nada que sirva para conocer las costumbres.

Y para comenzar por los de niños, hay que decir alguna cosa sobre la *maraca*, que a menudo les tocan las madres para divertirlos cuando lloran. La maraca, pues, es una calabacita vaciada, con un mango de madera tosca, y con piedrecillas dentro o con granos de vidrio, para que suene. Este instrumento es usado también por los piaches, como ya contamos en su lugar; también lo usan en los bailes. Pero no es que según sus ritos no pueda ser usada también en otra ocasiones.

En efecto, como yo decía, se la tocan las madres a sus niños para aquietarlos, y ellos mismos a su tiempo [267] la toman en su

1 El vino en aquellos lugares vale algunas veces hasta tres escudos la botella, y lo poco que se compra es necesario para decir la santa misa.

mano para divertirse. Y les gusta tanto este rústico instrumento, que cuando llegan a mayores, en privado y en público, la tocan todos.

También se usa en la tierna edad para hacer disparos el juguete infantil que llamamos cerbatana, el cual los indiecitos lo hacen de madera de yuca, y usan como estopa las hojas. Aprenden esta diversión sin maestro y sólo por instinto natural los niños. Como después han visto, introducidos por los españoles en sus países, los caballos, también ellos, como nuestros niños, usan cañas para cabalgar. Como además ven a menudo las flechas, se encaprichan con ellas increiblemente; y sus padres, siguiéndoles el genio, se las hacen pequeñas, para avezarlos a tiempo a la caza. Así pasan alegremente los días, matando pajaritos en los matorrales y en los bosques.

También tiran al blanco para ver quién dispara mejor la flecha, la cual diversión agrada mucho, no menos a los jovenes que a los mayores. Está en uso entre los pequeños tamanacos una especie de pelota hecha con hojas de maíz, que llaman *pepo*, y se la tiran de uno a otro sosteniéndola graciosamente en el aire por largo tiempo.

No es demasiado usada, pero no es sin embargo desconocida de los orinoquenses la lucha. Sólo que el modo de luchar es muy diverso del nuestro. No vienen a las manos, por decirlo así, con armas iguales, ni alternativamente uno de los luchadores se coge a los brazos del otro para derribarlo a tierra. En su lucha uno está siempre inmóvil con las manos en alto, o bien en los costados, o delante del pecho, como le parece mejor. El otro le pone las manos encima para derribarlo, y muévese contínuamente. [268] A uno le corresponde tenerse sobre las piernas y mantenerse bien fuerte y sin tambalearse. Al otro, cogerle impetuosamente del cuerpo y derribarlo a tierra.

Pero después de algún tiempo, aquel al que ha tocado mantenerse luchando a pie firme, cambia de repente el turno y se convierte, digámoslo así, en el agresor. Aquel por el contrario que estaba inmóvil antes comienza a jugar los brazos. Este juego, que a primera vista puede parecer de poca diversión, por la desigualdad en la lucha, al cambiar la escena y pasar uno de los jugadores a ser el blanco del otro, se hace agradabilísimo a quien lo mira.

Pero en estos juegos, que son por lo demás rarísimos, y acaso no universales en todo el Orinoco, no se habla nunca de ninguna ganancia, y parecen instituídos para mera diversión de los jóvenes. La lucha descrita por mí la vi entre los tamanacos un día en el que Luis Uáite, por mí incitado con premio, derribó al suelo a uno de los mejores luchadores. Entonces por primera vez la vi, y entonces también por última. Porque a los orinoquenses, al menos hablando comunmente, ninguna prisa les corren semejantes diversiones, ni en tan numerosas naciones, varias en sus costumbres y lengua, se descubre una propensión particular a los juegos. Ven con maravilla que los españoles jueguen frecuentemente a las cartas, y como no entienden la finalidad, se quedan suspensos mirando. Pero al menos entre indios nuevos, nunca se da que alguno los imite en ésto.

Pero entre tantos indios poco o nada amantes de juego, están los otomacos, que son apasionadísimos. Ni su juego está orientado, como los de los otros, a pura diversión. Sirve para que gane [269] el que vence, y para que pierda el perdedor, exactamente como se usa en nuestros países. Este juego, aunque único, y que no se ha propagado nunca a las otras naciones orinoquenses, sino que se ha conservado siempre entre ellos, es bastante bonito y merecedor de explicarse, y hélo aquí en pocas palabras.

En toda población otomaca hay siempre una plaza destinada al juego de pelota, en la cual todos y todas se reúnen algunas horas del día. Es cosa extraña que siendo los otomacos una nación más bien torpe, sean sin embargo los únicos que en tanta indiferencia y aversión a los juegos se plazcan en entretenerse de tal manera. Lo cierto es que cualquiera que llega a su tierra no sólo se admira sumamente al oir de este juego, sino que se aficiona a verlo muchas veces y a notar todas sus particularidades.

Comenzaremos nuestras observaciones por la cualidad de la pelota, la cual no está como las nuestras rellena de borra ni como la de los tamanacos se forma de hojas de maíz ajustadas entre sí, sino que es un globo, digámoslo así, de la resina caucho,[1] bien apretado, comprimido, elástico, y de suma ligereza al botar. La tuve en la mano varias veces y noté con maravilla estas singula-

---

1 Este mismo nombra da M. la Condamine (*Voyage à l'Amérique merid.*) y dice que se halla en Cayena. En tamanaco se llama *arbará*.

rísimas cualidades. Me dijeron que era la goma de un árbol que nace en los países de los otomacos; pero yo no lo vi nunca.

Esta goma, que, dispuesta en figura redonda, tendrá el diámetro de cuatro de nuestras pelotas comunes, y el peso de unas dos libras, ha sido adoptada por los otomacos para su juego, y produce maravilla [270] que entre tantas gomas de las que abunda el Orinoco, hayan escogido esta, que es la más adecuada para la necesidad. El caucho, como dije, es apretado, no se hace trozos por ningún golpe, y si cae en tierra rebota maravillosamente varias veces. El golpe sin embargo es bastante más fuerte que el de nuestra pelota, y es la única cosa de este juego que pueda disgustar.

La elección de la goma para jugar demuestra la habilidad de los otomacos. No es menor la que tienen, adquirida quizá en los varios casos, para escoger entre los viejos un juez que, presidiendo el juego, decida todos los pleitos. En mano de él, que, para ser de todos conocido, lleva detrás un trozo de piel de tigre, los jugadores depositan las cosas destinadas a los vencedores, esto es hachas, cuchillos y objetos semejantes. Y poniéndose unos a una parte y otros a otra de su plaza, esperan desnudos (esto es, con sólo el ceñidor) y sin raqueta alguna la pelota.

Deben ser doce contrarios de otros doce, y todos sin armas. A veces son sólo varones, otras, hay también mujeres, las cuales juegan bastante bien. Pero a las mujeres, aunque desnudas, esto es, con sólo el ceñidor, se les permite llevar en la mano una pala de madera de la longitud de unos tres palmos, con que rechazar el caucho.

Dispuestos de la manera dicha los jugadores, uno de ellos, lo mismo que en nuestro juego del balón, tira al otro la pelota. Y he aquí lo lindo de este juego. No se vuelve a golpear la pelota con la mano, como nosotros hacemos, ni con ningún otro instrumento cualquiera, sino sólo con el extremo de los hombros o con la cabeza. Y ni siquiera son los dos, sino sólo con el hombro derecho precisamente. Digo de los hombres, porque desdiría en las mujeres [271] una acción tan violenta. Y así la rechazan tranquilamente con la pala.

Pero ¿quién podrá decir justamente de la ligereza de estos jugadores orinoquenses para devolver a sus contrarios la pelota? Apenas la ven en el aire, cuando uno de ellos, ordinariamente el más próximo, va rápidamente al encuentro, baja los hombros y la devuelve con suma fuerza. Vuelve volando al lugar de donde

vino, pero rechazada por el adversario, retorna pronto atrás, y hace largos y graciosos giros en todas direcciones sin caer nunca en tierra.

Pero que caiga finalmente. No por eso se acaba el juego ni se apaga la ardiente lucha de los jugadores. No hay quizá en el mundo materia de mayor elasticidad ni que más salte que el caucho. Cae en tierra, pero no por eso se detiene: vuelve pronto a tal altura, que de nuevo es rechazada con los hombros. Pero los saltos del caucho, si no lo lanzan con presteza al aire, se hacen cada vez más débiles y bajos, y no dan lugar a los jugadores para que lo hagan botar de pie. Pero nada le importa a un otomaco. El también se baja, se agacha hacia el suelo, y en tal postura hace botar a la pelota. A este nuevo y difícil rebote se excita el murmullo de aclamaciones de la muchedumbre apiñada. Siguen luego aclamaciones, y si la pelota queda al fin en tierra, después de señalar las metas mudan alternativamente de lugares.

Pero nada alegra más a los concurrentes que ver la habilidad con que las jugadoras, estando siempre de pie, sin descomponerse nada ni cambiar nunca de lugar, batiendo a tiempo con la pala, azotan los hombros de sus adversarios. Sus golpes, como dados con madera, son más lucidos, de mayor diversión para los asistentes, y de no pequeño dolor para sus competidores. [272] Después del juego se cuentan los fallos de los perdedores, se va al árbitro, y sin ninguna contradicción se dan los premios a quien ha vencido.

He aquí el único juego que se ve en el Orinoco, donde por la desocupada vida de aquellos indios parecía que no sólo se debieran hallar muchos, sino singularísimos y extraños. Si fue inventado allí mismo el juego de los otomacos, o si llevado de otros lugares allá, no sé decirlo. El P. Gumilla, que lo creyó al principio todo orinoquense, supo después, como él dice,[1] que un juego semejante se halla en Méjico entre los indios de los altos montes de Topia.

El señor abate Clavigero, que después de haber impreso yo el primer tomo de la historia de Tierra Firme ha descrito con mucho aplauso los ritos antiguos de los mejicanos, cuenta[2] de un juego muy semejante al de los otomacos, y dice que, abandonado hoy entre ellos, se conserva todavía entre los tarahumaras y otros

---

1 *Hist. del Orinoco,* tomo I, cap. XI.

2 *Storia antica del Messico,* tomo II, lib. VII, § 34.

indios, o nuevos o salvajes de aquellas comarcas. Excepto que el juego de los mejicanos se hacía entre pocas personas, y la pelota, que es también de resina se golpeaba o con el codo o con la rodilla. Pero estas variantes son de poca importancia. El juego en sustancia es el mismo.

Leo en Oviedo[1] el mismo juego ni más ni menos, usado entre los indios de Santo Domingo, y no encuentro otra diferencia que la de la pelota, la cual, aunque también ligerísima, era de mezcla de diferentes cosas. La de los otomacos me pareció sencillísima. Los isleños de Santo Domingo me parecen de lengua distinta de la [273] de los orinoquenses. Mas para conocer las varias transmigraciones de los indios sería deseable saber si los de las montañas de Topia son de la misma lengua (Nota XVIII).

Capítulo XVII

De los bailes.

Cuan raros y casi dije desconocidos son los juegos entre los orinoquenses, son conocidos y frecuentísimos los bailes. Recórranse sus países. Juegos no se hallarán sino por casualidad. Pero ¿qué comarca india veremos en la que no se baile? Bailan los hombres, las mujeres bailan, no hay uno siquiera a quien no le sea agradabilísimo el baile.

Pero las maneras de bailar ¡qué variadas son! Toda nación, sea grande como la de los caribes, sea de sesenta almas, como la de los voqueares, tiene sus danzas distintas, y sus modos particulares de caracolear. Pero no es un solo en cada nación, de manera que sean tantos los bailes cuantas ellas son. No: en toda nación india hay varios, y todos se usan en algún tiempo dado.

La nación de los sálivas, aunque también entregada sumamente a semejante diversión, se dice que no tiene ninguno propio, sino que sólo imita por antiguo estilo aquellos que ve en uso entre los

---

1 *Hist. nat. de las Ind.*, lib. VI, cap. II.

otros. Lo cual, por la graciosa imitación de las otras naciones, hace sumamente agradables sus bailes. Y no teniendo por sí baile alguno particular, por imitación los [274] tiene todos a la vez. Ya hacen el yaruro, ya el otomaco, ya el caribe, y otras clases de baile. Les es, pues, tan natural imitar los bailes ajenos, e imitar no ya la voz y el canto, sino los más menudos gestos de los indios, que se creería que habían venido a bailar en las aldeas de ellos todas las naciones del Orinoco.

De los raros bailes de éstos, como de los demás orinoquenses, trata muy graciosamente Gumilla.[1] Y no suceda que yo deje de creerle. El mismo los vio y fue testigo ocular. Pero en mis días estaban abandonados no menos los instrumentos que en su historia describe que los hórridos y extraños bailes que describe minuciosamente. Y no por ésto debe decirse que Gumilla nos cuente mentiras o sueños de fantasía calenturienta. No. Debe sólo decirse que lo que hubo antaño en el Orinoco con el tiempo ha cambiado, como acaece en todas las cosas de esta tierra.

Una vez introducida en una nación gentil la fe, en pocos años, con tal de que se mantenga constante en el bien, cae en desuso todo rito bárbaro, y cesan del todo las costumbres antiguas. Los sálivas fueron los primeros en acoger la religión, y en mis días ya no usaban los bailes exóticos, contentos sólo con aquellos a los que en nada se oponen las buenas costumbres. Pero hablamos ahora de bárbaros. Muchos vio y a muchos trató Gumilla; los he visto y tratado por largo tiempo también yo. El habló de los suyos, y quien quiere puede verlos en su historia. Yo, para no repetir inútilmente lo dicho, hablo solamente de los míos. Y no habiendo baile alguno (si exceptúo los de los niños) en que no se cante y se toque al mismo tiempo, hablaremos en primer lugar de los instrumentos musicales, y después diremos de los bailes.

[275] En los bailes tamanacos el primer instrumento músico que aparece es el botuto. Así llaman los españoles a cierta especie de flautas largas llamadas en tamanaco *carapacá*, los cuales, además del agujero grande del cuello no tienen sino dos sencillos orificios. El segundo instrumento sirve para diversión privada, y sólo fuera del baile, y es una zampoña que consta de cuatro o cinco tubos desiguales y planos atados por el medio, exactamente como las

---

1 *Historia del Orinoco*, tomo I, cap. XIII.

de los sátiros. Este rústico instrumento es de sonido agradable y alegre, y no muy adecuado para los bailes indios, los cuales son serios.

Seria, y de voz oscura e ingrata, es la flauta llamada *uruc-ché*, que está compuesta de la gruesa caña llamada por los españoles guadua. La flauta más armoniosa que se oiga entre los orinoquenses es la que usan los parenes y los güipunaves y algunas otras naciones del alto Orinoco. También es armoniosa la que llaman los tamanacos *akkéi-naterí*, y de las dos hablaremos bien pronto. Intervienen tal vez en los bailes pequeños tambores, y también usan pequeñas ollas dentro de las cuales tocan con una caña pequeña. No debe omitirse la maraca, instrumento predilecto de los indios. Y he aquí los principales instrumentos músicos conocidos en mi tiempo en el Orinoco.

Pero veamos finalmente el modo con el que se baile en esta comarca del mundo. Y dando el lugar primero a los bailes comunes, todos los días si no es por caso extraño, hay baile. Y es conocido de mis lectores que los quehaceres de los orinoquenses no les son de mucho estorbo para divertirse. Pero supongamos que hayan ido de pesca, de caza o a las labores del campo también: después del almuerzo y por la tarde todos gustan del reposo, y si están solos y no temen las reprensiones de los misioneros, pasan [276] bailando, sin cansarse nunca, la noche entera.

Pero estos bailes, no siendo fácil tener diariamente para reponerse los bailarines la chicha, son demasiado sobrios para los indios. Por lo cual, de vez en cuando por sus mujeres son preparadas en tiempos ciertos bebidas fuertes para solazarse. Y entonces se dan a danzar de manera que, si estuviera en su mano, no acabarían nunca. Los he visto bailar, beber y cantar varios días sin interrupción ninguna, ni siquiera de noche. Pero los bailes ordinarios no son tan largos, y en ellos con la moderada chicha se conserva bastante bien el cerebro.

Y he aquí ahora la forma de sus bailes. Dos de los mejores músicos, tomando sus flautas y puestos sentados en las redes, las tocan tan acordadamente que raro es el caso que se salgan de tono. Al comenzar las flautas se ponen en círculo los bailarines, y cogiéndose el uno al cuello del otro por ambos lados, se mueven bailando alrededor. Esta especie de baile es cómica, y se hace sólo para divertirse. No canta nadie, pero después de varias vueltas

hacen una breve pausa, vuelven a tomar aliento, y dan aullidos horribles.

Cuando eran aún gentiles solían entreverar con los hombres algunas mujeres, y bailar con ellas en el mismo círculo. Pero después de abiertos a los divinos misterios los ojos, hallando en esta costumbre algo feo, cambiaron pronto la moda por sí mismos, y en adelante hacían tres círculos, en uno de los cuales, detrás de los hombres, bailaban solas las mujeres, cerrando el tercero los muchachos, que bailando sin orden servían de diversión a los que los veían. Esto es el ordinario y casi diario baile de los tamanacos, y de esta manera son por lo general también los de los otros orinoquenses.

[277]

Capítulo XVIII

De los bailes extraordinarios.

Habiendo hablado del baile ordinario, hablemos ahora de los otros que se hacen en los días solemnes. Muchos vi entre los tamanacos, muchos entre los maipures y otros, y no es mi pensamiento contar de todos por extenso, sino dar sólo un bosquejo de sus modas. Los tamanacos en los grandes bailes, dejando del todo el botuto, bailan al son de la maraca.

No se disponen en círculo, ni los unos se apoyan en los otros, como en el baile que dije común, sino en forma de media luna, danzando siempre alrededor y conservando siempre, mientras la cabeza se mantiene, la misma figura. Lleva cada uno en la mano una caña gruesa de guadua de la altura de cuatro palmos con que golpean el suelo. Cada uno, si lo tiene, se ata a los pies sonajeros de avellanas vacías y sonoros,[1] va con un penacho en la cabeza, y con el ceñidor más vistoso y largo puesto. Se pinta también cada uno de varios modos ridículos, y se ata plumas de diversos y graciosos pájaros. Y creyendo que no hay cosa mejor en el mundo que él, entra glorioso en el baile. Los adornos de las bailarinas, que

1 En español se llaman cascabeles, en tam. *cravachí.*

también son extravagantísimos, quedan descritos más arriba.[1] Hélas, pues, aquí. Veamos el baile.

[278] El primer bailarín, que de ordinario es de la clase o de los caciques o de los piaches, conduce el coro, con el cuerpo un poco encorvado, a paso grave, y con una seriedad increíblemente afectada. Dígase entonces que de lo que uno sabe no ha de pavonearse. Siguen los otros, serios y graves igualmente, pero derechos, y se mueven tan bien, que produce asombro mirarlos.

Pero esto no es lo más notable de su bailes. Más que todo me gustó la armonía, y me deleitó el ritmo. Yo sé que sus sonidos y sus cantos son simples, son imperfectos y son también desagradables. Así son los de todos los bárbaros. Pero lo que yo admiré es que todos van de acuerdo y casi hechos a compás. No hay peligro de que ninguno desentone. Maraca, sonajas, golpear en la tierra con guadua, movimiento de pies, canto, todo va de acuerdo. La voz de las mujeres se levanta sobre la de los hombres, pero se levanta con gracia. El piache canta el primero, cantan después los otros y repiten sus palabras, y así alternativamente cantando, llevan tan ordenadamente la voz que parece que canta uno solo. En suma, bien veo la imperfección de este baile en muchas cosas, y especialmente (excepto en la voz aguda mujeril) en el canto unísono. Pero no la veo en el ritmo, que me parece bastante más que de bárbaros.

Si después se me pregunta acerca de la lengua de los bailes, me parece que la de los tamanacos en especial es un habla anticuada y desconocida en gran parte hasta para los mismos indios que de ella se sirven. Algunas voces son semejantes a las modernas, por ejemplo, *uainaíma uoptéi* (yo, el río Guanaíma he bajado). Algunas no se diferencian sino en la terminación, v. g. *chen poconó caváyu* (por este tabaco) en vez [279] de *cheneré cavái paké*. Otras en fin son muy distintas, y tal es la voz *keyuvaké*, que ni yo entiendo, ni acaso entienden los indios, excepto poquísimos, a los cuales es conocido el significado de los relatos de sus antepasados.

Después, es tan difícil coger alguna voz de sus cantos, cuanto de ordinario lo es discernir las de los cantos más modulados de nuestros músicos. Yo no supe sino algunas palabras, que apunté en el papel, y preguntaba por ellas fuera del baile. Y no fue poco

---

1 Libro II, cap. VIII.

el esfuerzo para saberlas, porque los indios son muy tenaces del secreto, y no se animan fácilmente a decir a otros lo que quieren guardar sólo para ellos.

Varias veces tuve curiosidad (y he aquí otra cosa que me pueden preguntar los lectores) de saber si en los cantos de los bailes, porque fuera de estos no cantan nunca, habría algún regusto de verso. Pero mi prejuicio por los versos latinos o italianos o españoles, a cuyas reglas quise ajustar los orinoquenses, no me permitió hallarlo. Por lo demás, si por verso entendemos ciertos pequeños sentidos que constan de número determinado de sílabas, como son los de los incas contados por Garcilaso,[1] digo que quizá los hay. A tanta distancia del Orinoco puedo asegurar dos cosas.

I) No hay sentido alguno terminado con rima, aunque las lenguas indias todas, y mayormente la de los tamanacos, serían muy a propósito para este género de versificar. Hice algunas rimas tanto en tamanaco como en maipure. Pero aunque las escucharon con placer, nunca hubo alguno que me dijera que las había también en sus lenguas.

[280] II) Sus frases en algún modo son verso, tanto porque están destinadas sólo al canto, como porque son precisas, espirituales y enfáticas. Si además de los pocos que saqué y que conservo en la memoria hasta ahora, tuviera otras, y seguidas sobre un solo asunto, encontraría acaso (lo que no observé en el Orinoco) versillos al modo de los de los incas. Pero ahora no me acuerdo sino de los dichos fragmentarios que acabo de presentar. Puedo sin embargo decir, porque puse más cuidado en ellas, que las voces del canto tamanaco son adivinanzas o cuentos de sus antepasados.

Pero pasemos ahora a los bailes extraordinarios de los maipures, que son menos ordenados, pero alegres, y no sujetos a tantas minucias como los de los tamanacos. Los unos bailan de frente a los otros, y de vez en cuando yendo alternativamente al encuentro se enfrentan graciosamente. No son como los tamanacos, graves y serios, y como dije, de mal humor en el baile. Dios nos libre de que en esta ridícula acción se interrumpa un tamanaco. Sería mirado por todos de reojo. No es así con los maipures. Ríen al mismo tiempo, bailan y dirigen el rostro a todas partes.

---

1 *Comentarios Reales*, lib. II.

Se entiende también su canto, y por lo general no tiene nada de sabor exótico, excepto el canto *Marié marí-ye-yá*, que se dice tomado de los güipunaves. Los otros cantos son fáciles de entender para cualquiera, con tal de que sepa la lengua común. He aquí uno del que me acuerdo: *uaca, peca purenami*, esto es: « hemos comido, como tú las sobras ». Y estas tres palabras son suficientes para divertir a nuestros maipures no sólo muchas horas, sino muchos días.

[281] Los bailarines tamanacos, sea cual sea el asunto del canto, siempre están serios. Serios están igualmente los maipures en los bailes mortuorios, serias todas las naciones en las danzas guerreras, si la actividad de la chicha no les quita la cabeza. Ya ve el lector que entre los orinoquenses hay danzas diversas para cada ocupación, esto es, para cosas tristes, para cosas de consulta, y para las mismas diversiones. Son alegres y amenos los colores en los bailes alegres, hórridos cuando los bailes se hacen para preparación de alguna guerra. En suma, siempre son varios, y cuanto más se trata con los indios, más se ven.

Con la ocasión de que por mí fueron traídos a la Encaramada los parecas, indios nuevos, como he dicho varias veces, les dio gana a los tamanacos, sus amigos, de ver cómo bailaban, y la danza se hizo una noche delante de varios españoles distinguidos que en ello intervinieron. Y aunque todo fuera bastante singular, tanto por los gestos, varios de los bailarines, como por los extraños movimientos de pies, nada agradó más que la novedad del canto, nasal, oscuro, y hecho todo en el tono del *miserere*. Los señores españoles quisieron que se repitiera varias veces, diciendo que si lo hubieran oído a lo lejos lo habrían creído no canto de los indios, sino de religiosos de estrecha vida. Y aunque en el espacio de unas dos horas, en las que se bailó, fueran muchas las maneras de canto, siempre, en gracia a aquellos señores, se volvía al *keyuvaké* (así se llama el dicho canto) y todos se rieron sin fin.

El baile llamado por los otomacos *maéma* es todo grave, pero digno él también de este lugar. Toma su nombre del tigre, del que finge defenderse un indio sentado en medio de un círculo. Ocho o diez indios lo bailan cantando graciosamente [282] alrededor, apretados y juntos el uno con el otro. De vez en cuando, pero cuando menos se piensa, como si hubiera venido para llevarse el indio encerrado el tigre, de las cuatro partes del círculo se dirigen otros tantos bailarines con la lanza en la mano hacia los asistentes

en actitud de herir de punta. No hay que yo recuerde otras variaciones. Pero el aparente temor del indio sentado en medio, la preocupación de los compañeros por su vida, la ligereza en darse la vuelta con la lanza, y la velocidad en correr a su puesto, son cosa que agradan a cualquiera. Pasemos a los bailes más raros.

Capítulo XIX

Del baile cueti *y del baile* akkéi-naterí.

Ya dije que cuanto se está más con los indios, y más países de ellos se recorren, más modos se hallan de danzar. Yo había estado varios años con los tamanacos, y no pocos también con los maipures. Y creyendo saber los bailes de todos, no sabía todavía los más raros. Los supe al fin. Y fuera de la superstición, que doy por seguro que es en estos nuevos bailes mayor que en los otros, son quizá los más bellos y armoniosos, y son también los más sobrios.

En los bailes ya descritos no niego que produzca mucha maravilla la consonancia de las voces de los bailarines, de acuerdo con los movimientos de los pies y con el sonido de la maraca y de las flautas. Es cosa en verdad hermosa y sumamente extraña entre bárbaros. Pero termina todo lo bueno de estos bailes donde comienza. Pues [283] dado que estando destinados de primera intención para beber (digámoslo más claro) y para embriagarse y divertirse desenfrenadamente al uso de brutos, se pierde en poco tiempo la cabeza.

Todos saben esta debilidad de los indios, y no repetiré aquí lo que dije por extenso de la embriaguez de los orinoquenses. Ahora he aquí el campo en que triunfa esta pasión desordenada, los bailes ya narrados. Uno o dos meses antes, del modo que enseguida diremos, se prepara gran cantidad de chicha, la cual después en tutumas[1] es distribuída a los bailarines y a cualquiera que se halle presente al baile. Todos beben, y beben casi contínuamente.

---

1 La tutuma es una media calabaza en que suelen beber los orinoquenses. En tamanaco se llama *marapu*, en maip. *caripa*.

Es fácil deducir por consiguiente qué mutación de escena sucede después de algún tiempo. Por la fuerza de la chicha bebida están inseguros, y ya no concuerdan como antes con el sonido de las flautas los movimientos de los bailarines. Se les caen de la cabeza los penachos, entre la chicha y el sudor se van en mal hora los colores con que se habían pintado. Pero esto es nada en comparación con las peleas que se excitan entre los circunstantes, calentados por el fuerte licor. Ya lo hemos contado, y hemos dicho qué pena son para los misioneros tales días.

No son igualmente insoportables, sino que de no intervenir la superstición, serían agradables los bailes de que voy a hablar ahora. No se usa en ellos la fuerte chicha como en todos los demás, y aunque haya bebidas también en estos, son sin embargo sencillas y no hacen ningún daño a la cabeza.

[284] Dos son los bailes de que hemos de hablar, uno maipure, el otro tamanaco, y los dos son singularísimos. El baile maipure se llama *cueti,*[1] y esta vez, que significa animal, explica exactamente los pasos. Debe, pues, saberse que los maipures creen que las serpientes vienen de vez en cuando a sus aldeas, que traen consigo bebidas y que se divierten en bailar junto con los hombres. Es cosa naturalísima que las mujeres, que en todas las naciones son tímidas y crédulas, se horroricen de tal baile y digan que no lo quieren ver. Y he aquí para los hombres una ocasión, también muy natural, para añadir mentiras a mentiras y decir que tales serpientes se comen a las mujeres.

Siendo estos los enredos del baile *cueti,* no parecía verosímil que los maipures, que ya de hacía tiempo conocían a los misioneros, y bien sabían que semejantes residuos de costumbre salvaje les desagradaban, no parecía, digo, verosímil que quisieran renovar en una población cristiana tal baile. Sin embargo, sea por instigación del común enemigo, sea por amor a los antiguos ritos, determinaron hacerlo. Yo casualmente lo supe algunos días antes, y me lo contó cierto negro llamado Mondongo, que habiéndolo sabido por su mujer, india también, creyó verdad hasta tal punto que habían de venir las serpientes, que le parecía que ya bailaban con los maipures. Me reí de su necia credulidad e hice todo lo posible por sacarlo de su error.

---

1 Los avanes lo llaman *casimeyé.*

Cuando he aquí que a los lejos de una milla en torno, se oyen los sonidos armoniosos de flautas. En la plaza, [285] donde yo entonces por acaso me encontraba, estaban, además de los hombres, algunas mujeres. Todos dijeron al oir el sonido: ahí están las serpientes. Y cual huye la paloma empavorecida al oir al gavilán, tales se echaron las mujeres apresuradas a correr para meterse en sus casas. « Arriba — les dije para animarlas —, no temais nada, y estaos aquí valerosas conmigo mirando ». « ¿Mirando? — dijo una de ellas —, ¿mirando? No sabes lo que te dices. Las serpientes, por si no lo sabes, nos despedazarán a todas ». « Las serpientes — repuse — no se comen a las mujeres ». Pero la india no se dió por vencida y diciéndome: « Vosotros los blancos comeis buey, pues así se comen a las mujeres las serpientes », me volvió toda despreciativa la espalda y se retiró con sus compañeras.

No puedo comprender de qué modo los maipures, en tantos años y después de tantas experiencias, habían logrado en sus mujeres una creencia tan ciega. Y sin embargo la cosa es como la cuento. Todo lo creían como cierto, que los sonidos armoniosos, que nunca se solían oir en los bailes comunes, fuesen de serpientes, como les decían los maipures, y nunca supe que una al menos entre tantas lo dejase de creer. Tan inveterado era el abuso. Pero volvamos al propósito.

Estuve atento mirando con el cabo Juan de Dios Hernández, el cual de allí a poco me señaló a una canoa que venía del monte Paurari en dirección a la reducción. Era precisamente entonces el invierno, y estaba lleno de agua desbordada del Orinoco el prado intermedio. Por este venía alegremente llevada por varios jóvenes, y de vez en cuando se oían las canoras voces de las flautas.

Llegaron finalmente al puerto de invierno, que está entre el oriente y el septentrión de la población. Y [286] dejando allí la barca en que habían venido, entraron tocando en casa del cacique Caravana. Yo también fui allí con el cabo antedicho, y habiéndome puesto a mirar atentamente, observé minuciosamente el baile, aunque con mil instancias los maipures me rogaron que mantuviera ocultos los salvajes misterios y nada dijera a las mujeres. Mis lectores estarán deseosos de saberlos, y hélos aquí en pocas palabras.

El baile no tiene nada de particular, nada de rítmico. Saltan varios jóvenes, pero de manera suelta y sin orden alguno, lo mismo que como suelen jugar los chicos. Los instrumentos músicos son

de dos clases. Hay trompas, formadas con corteza de *márano* a manera de embudo, las cuales, como son de tamaños diversos, son de sonido vario, pero siempre rudo. Hay dos flautas, y éstas ciertamente son agradables.

La longitud de estas es de cinco a seis palmos, su grueso no excede del de un brazo. Por lo que me pareció, se hacen del tronco menos grueso de la palmera *arácu*. No me acuerdo de que tuvieran agujeros. Acaso tienen dentro, encajada para modular la voz, una caña pequeña. Pero sea la que sea la forma de estas flautas, su concierto es suavísimo, y se tocan siempre dos juntas, una de voz grave y la otra aguda. Cosa por cierto muy extraña entre los orinoquenses. Puesto que fuera de las flautas del baile *cueti*, no hay otra clase que varíe, por poco que sea, el son.

Yo con el indicado soldado estuve escuchando los nuevos sones con maravilla, y soy de opinión que agradarían mucho a nuestros italianos, como allá agradaron a varios señores españoles que los oyeron. Comparo su sonido al de las trompas llamadas de la [287] condesa Matilde, y creo que comparo bien.

No sé cómo les parecerían a los maipures que las tocaban. Pero les agradaba la chicha que dos jóvenes repartían entre los convidados. Esta chicha,[1] que es apreciadísima por los maipures, se hace con el fruto de la palmera muriche remojado en agua. Es dulcecilla, y no tiene nada de fuerte. Y para que por el sexo femenil se crea que es un regalo de las serpientes bailarinas es preparada con sumo secreto por los hombres, que son los únicos en beber de ella.

Por el mismo tiempo los tamanacos por su parte, no sé si de acuerdo con los maipures o también casualmente, presentaron un baile nuevo. Yo como he dicho en otro lugar, en ciertos días y en ciertas horas de la noche no permitía ni ruidos estrepitosos, ni cantos, ni baile alguno, y, como también dije, era por lo común obedecido. Pero un sábado por la tarde, estando a punto de irme con el cabo antes citado a mi casa, oigo de improviso flautas. Quedé un poco suspendido ante la novedad de un sonido que me pareció armoniosísimo, y no sabiendo a qué causa atribuirlo, llamé a un criado para que fuera a preguntárselo.

---

1 En maipure se llama *tévita*.

El, en efecto, aunque era jovencito, estaba bien informado de lo que pasaba, y me dijo enseguida que aquellas nuevas flautas no eran instrumentos de hombres, sino voces de serpientes especiales. « Veamos — dije al cabo — también éstas », y nos dirigimos a la casa donde tocaban. Fui acogido con poco gusto de los tocadores, que habrían querido tener oculto su baile. Pero me interesaba conocerlo bien, sospechando con acierto, por las razones que daré más abajo, que no hubiera allí mezclada alguna superstición. [288] Y lo mismo me parece del ya dicho baile *cueti*, que sólo en algo es semejante a aquel de que ahora hablo, como cualquiera se dará cuenta fácilmente por sí mismo.

I) En el baile *cueti* son dos las flautas, y dos hay también en este que los tamanacos llaman *akkéi-naterí*, esto es, las flautas de las serpientes. II) Tanto las unas como las otras son sumamente armoniosas, pero las de los maipures son, como dije, de dos voces, una más aguda que otra, las de los tamanacos de una sola, pero finísima y graciosa. III) En vez de las trompas de los maipures en el baile tamanaco hay una ollita en que una mujer, iniciada quizá con las ceremonias supersticiosas de los piaches, poniendo dentro una caña, toca de acuerdo con los hombres. Este sonido, que se llama *camba*, es hórrido y oscuro. No está permitido a ninguna mujer ver la danza *cueti*. En la tamanaca, excepto aquella de que hemos hablado, no interviene ninguna otra, y aquella que entra debe guardar el secreto, para que las otras estén convencidas de que los susodichos sones son de serpientes.

[289] Capítulo XX

Medios usados para la extirpación de los bailes nuevos.

No suceda nunca que, según creo amenos y agradables los bailes y los sones de que hemos hablado ahora, los crea yo también inocentes. Incluso aquellos repruebo, hablando en general, que los indios salvajes usan en otras ocasiones diferentes. Y a esta opinión no me induce el solo vicio de la embriaguez, que por lo demás es muy detestable, sino singularmente el de la superstición.

Obsérvense atentamente los bailes de los indios. El canto, el son, las ceremonias, los ritos, todo me parece supersticioso. Y si bien ni yo ni otros misioneros han descubierto en el Orinoco sacrificios, ni otro culto de religión, con todo los modos singulares de los bailes, los aullidos espantosos que a veces dan los bailarines, son ocasión para sospechar. Añádase la variedad misteriosa de los bailes, unos dedicados a los muertos, otros para quitar el luto, otros para curar a los enfermos, otros para poner el nombre a los niños; otros para hacer la guerra, otros para otros fines muy necios. No he mirado nunca sin sospecha los bailes indios, sentía repugnancia de mirarlos y no creo que haya ningún misionero que, si bien reflexiona, no esté obligado a decir lo mismo.

Por lo demás, no se descubre tan fácilmente la malicia de los bailes, tanto porque de ordinario no se comprende la lengua de los bailarines, como porque algunas de sus acciones son [290] tomadas en buen sentido. Pero con el curso del tiempo se aumenta la luz. Yo en efecto creí ver mucho de malo, y valientemente me dispuse a extirparlos. Y ya estaba o quitado del todo, o al menos mitigado el mal de los bailes, cuando de improviso aparecieron aquellos que he descrito. Y como en ellos no había ningún bailarin borracho, como en los otros, tuve ocasión para notar con tranquilidad los ritos, y observar en todos sin ningún estorbo los enredos por mí mismo. Los tuve por sospechosos de ocultar algo, y he aquí mis razones.

En el baile tamanaco, excluídas todas las demás, asiste siempre una mujer. ¿No podría decirse con fundamento que en este uso hay superstición e incontinencia? La superstición para mí se muestra en la tenacidad, o mejor dicho terquedad con que quieren mantener lejos del baile a todas excepto sólo a aquella que admiten de común acuerdo. La incontinencia después parece un efecto natural en personas que están solas de noche y en cabaña cerrada a las miradas de todas las demás mujeres, y tocando y danzando ocultamente.

De este modo fueron también entre los antiguos romanos los sacrificios femeniles nocturnos de la llamada Buena Diosa, de los cuales, al contrario de los bailes de los tamanacos y de los maipures eran mantenidos lejos los hombres. Entró sin embargo

Clodio,[1] y si creemos a Ovidio,[2] entraron también otros. A mí me parece ver entre estos bailes y aquellos sacrificios romanos mucha semejanza. Quizá me equivoco, pero me equivoco en gracia a la honestidad.

Y no creo menor la incontinencia del baile *cueti*, en el cual bajo ficción de necesidad natural es permitido [291] a cada uno hacer a las asustadas mujeres una visita. Sea como sea, a mí el uno y el otro baile me parece muy sospechoso, y puesto ya algún freno a los antiguos excesos, se lo quise poner también a éstos.

Los primeros que habían abrazado la religión eran los tamanacos. Apliqué a éstos primeramente el remedio, y habiéndolos llamado a la iglesia, les dije: « Es cosa impertinentísima prepararse para la misa con el baile, como hicisteis ayer por la noche. Y luego, ¡qué baile! No es ciertamente de cristianos. Tan horribles son sus circunstancias ». Pero mientras yo les hablaba de tal forma, y mentaba cosas que ellos querían desde hacía mucho fueran ocultas para las mujeres, por sus turbadas caras me di cuenta del fastidio con que me oían. Y mudando al momento la seriedad en broma, añadí: « ¿Cómo? ¿Creéis acaso que interviniendo en vuestro baile una mujer lo teneis oculto a las otras? Os engañais del todo. Ya sabeis que las mujeres son charlatanas. Lo que ayer por la noche ocultamente hicisteis en presencia de una, ahora sin duda es conocido de todas las demás. Ella habrá dicho: cállate y guárdame el secreto. Los sones que oíste no fueron de serpiente, sino de cañas yaurumo[3] tocadas por nuestros maridos. La terrible bestia del son oscuro no es más que una olla, en la que tocaba yo misma ». Riéronse a este punto todos, e interrumpido el discurso, reí con ellos también yo.

Pero la noche siguiente, estando yo con algún temor por el discurso que les había hecho, se oyeron sonar de nuevo las serpientes. Me pareció que repetían el baile para molestarme, y quise oír la opinión de cierto cávere llamado Tano, el cual por aquel tiempo se hallaba en mi reducción, hombre de bien y muy afecto a los misioneros. [292] « No hay nada de malo — dijo él —, sino que te hacen una amigable visita ». Y en efecto, con caprichosos

1 Cic., *De Harusp. resp.*

2 *De arte.*

3 En tamanaco se llama *veto.*

penachos en la cabeza y con las conocidas flautas en la mano, venían, acompañados también de sus mujeres, en dirección a mi casa, bailando gravemente y tocando.

Una vez que hubieron llegado hizo en nombre de todos un breve discurso Tomás Keveicoto, uno de los principales tamanacos. « Mira — dijo — que te han obedecido. Convirtamos en común y de pública diversión un baile que hasta ahora se mantenía oculto a las mujeres por necedad de nuestros antepasados ». Dicho ésto, se pusieron todos a bailar, en presencia de las mujeres, y de los soldados, los cuales intervinieron en él. De lo cual quedé sumamente consolado, y agradeciendo la serenata, al fin del baile les di un refresco y les mandé de nuevo a sus casas. Así terminaron las supersticiones del baile *akkéi-naterí*. No tan felizmente las del baile *cueti*.

No sólo delante de todos y todas había yo divulgado los ridículos misterios, sino que me había servido del mencionado Tano para hacer con la caña del yaurumo dos flautas semejantes a las de los maipures, y por mi consejo tanto ellos como otros de los mejores cristianos las habían tocado públicamente. Lo cual desagradó no poco a los maipures, y lo supe por muchos caminos.

Por algunos días no supieron a qué partido aplicarse para inducirme a retirar a las casas, y mantener oculto su baile. Temían extremadamente al Tano, el cual era no sólo cávere, sino bravísimo. Y a él no le daba ningún miedo maipure alguno, y en presencia de ellos y de las mujeres tocaba alegre los misteriosos instrumentos.

Entonces, tomando consejo entre ellos, vinieron a mí. Y habiéndose puesto a razonar en nombre de todos el cacique [293] Kirrivana, dijo que me quería presentar los lamentos de sus maipures. « Di, pues — le dije — y en todo libremente ». « No le agrada a nuestra nación — añadió — que vuelvas público un baile que, según el antiguo estilo de nuestros viejos, no está permitido que lo vean las mujeres ».

« Escucha — le dije —, si tu baile es una diversión honesta, excluyes neciamente a las mujeres ». « Es diversión — repuso —, pero . . . ». « Entonces en tu baile hay algo malo: tú eres cristiano, y yo no lo admito ». « Lo volveremos común — me respondió con orgullo —, pero muéstrame a Dios, de quien tantas veces nos hablas, y nunca nos lo enseñas ». « ¡Qué necio eres! — le dije —. Siendo tú cacique, ¿hablas a personas de rango inferior a tí? No les

hablas, y yo lo sé. Y quieres entonces que Dios, el dueño del universo, se muestre a tí y a mí, criaturas tan viles? Deliras y no piensas en nada como sabio ».

También esta reunión tuvo un resultado afortunado, pero no como el discurso que les hice a los tamanacos. Sin embargo, aunque no vinieron cantando a mi casa, abandonaron del todo el baile pecaminoso, y habiéndose unido en favor de los misioneros los cáveres y los parenes, gente sumamente enemiga de las supersticiones y de los piaches, sonaron en adelante las flautas supersticiosas en las casas y en las plazas, y hasta en las playas de los ríos, sin oposición alguna de los maipures.

[294]

Capítulo XXI

De las bebidas.

Esta clase de bailes en los cuales se danza y al mismo tiempo se bebe da a los lectores una idea de las bacanales orinoquenses, y casi naturalmente viene gana de saber qué bebidas se usan en comarca por tantas razones rara. Me ha sido preguntado esto varias veces, y he aquí en resumen las que yo he visto.

En toda la gran amplitud del Orinoco, y quizá universalmente de toda América, no hay nación alguna salvaje que use licores sacados de semillas y de frutos. Las bebidas indias, que se llaman chicha[1] son de semillas o de frutos, pero machacados o macerados en agua, nunca destilados, y nunca exprimidos, como en nuestros países.

Siendo de esta naturaleza la chicha, sea cual sea, nunca es de larga duración, ni se conserva en vasijas como el vino. Después de dos o tres días de haber sido hecha se corrompe de manera que no la puede beber ninguno. Por lo cual por las mujeres, que son las que la hacen, se prepara sólo aquella porción que puede durar el tiempo antedicho, y si quieren después otra, deben hacerla

1 En tam. *uoki*, en maip. *veni*, en caribe *uocu*.

de nuevo. En el Orinoco la mayoría no la tienen, parte por pereza de sus mujeres, parte porque en casa no hay nada apropiado para hacer chicha, al menos buena.

Por esto se ve que dos son las clases de esta bebida, esto es, la una buena, la otra no; la una apta para embriagar, la otra sólo para aplacar la sed. Pero de la primera hay dos clases: la una, diremos así, diaria y la otra de fiesta, la una trivial, y la otra noble. Se asemejan mucho entre sí, pero se diferencian también en algunas cosas. He aquí la ordinaria buena, que se hace de maíz machacado.

A las mujeres, como yo decía, corresponde prepararla. Ellas, después de machacar en morteros de madera el maíz, y después de colarlo con los manares,[1] lo cuecen en grande ollas a modo de polenta líquida, para después volverlo a poner en orzas destinadas a esto. Fermenta en éstas, y primero se pone fuerte y luego agria, si no se bebe pronto.

Pero la fortaleza que logra con la fermentación la chicha, esto es, aquella masa líquida, a la cual al ponerla en cántaros se añade también agua fresca, esta fortaleza digo, no es nada agradable por sí misma, sino como áspera y repugnante. Para hacerla agradable y de sabor picante hace falta, digámoslo así, una especie de levadura, la cual es de dos clases. Una de ellas limpia y es usada también por los españoles de aquellos lugares. La otra es asquerosa y usada sólo por los indios.

Debemos hablar de la una y de la otra, y he aquí la primera. Se cuecen aparte algunas batatas, que como dijimos son dulces, se majan en mortero de madera, y después que se enfría la polenta de que hablé más arriba, [296] se mezclan dentro, y le dan un sabor que muchos estiman, incluso europeos. No es inferior el que le comunica la levadura india, aunque sea muy asquerosa. Yo probé más de una vez la una y la otra chicha, y no sabría a cuál de las dos dar la preferencia. *Horresco referens.* Pero es necesario también referir esta levadura.

Mientras se cuece por las indias la indicada cocción, están al lado de ellas otras dos mujeres, jóvenes por lo general, las cuales a dos carrillos mastican granos de maíz para llenar una tutuma,[2] la cual se vacía después, y se mezclan dentro de la olla, como

---

1 El *manare*, de que se hablará más adelante, es el cedazo de los indios.

2 Vasija india, esto es, media calabaza en que se bebe.

dijimos, batatas cocidas y machacadas. Cosa más repugnante no puede pensarse. Y sin embargo estas bebidas son tenidas allí por sabrosas.

Ni el aprecio en que está la primera, la cual como dije, se usa también por muchos españoles, me produce ningún asombro. En personas acostumbradas en aquellos lugares a beber contínuamente agua, y agua no sólo mala, sino caliente, es necesario que se les despierte de vez en cuando un cierto deseo de vino. Y por lo común no lo hay de ninguna clase. Entonces se acude a la chicha, que por lo demás no es mala, en especial la de la primera clase.

Los indios, que tienen de la una y de la otra, se la ofrecen a cualquiera muy generosamente. Pero la idea que hay entre muchos de que son gente que al dar de beber dan con la bebida veneno, hace que sean pocos los europeos que descuidadamente y sin reserva alguna beban, y algunos historiadores de América han hecho advertencias [297] para los extranjeros que van a dar allá. Yo, como he indicado en otra parte, no tuve nunca sospecha fundada de ellos. Algunas veces la pedí, algunas veces la bebí ofrecida espontáneamente por ellos, excepto en los bailes, que siempre son o peligrosos o asquerosos.

Pero rehusar la chicha es cosa fastidiosísima para los indios, pareciéndoles que son tenidos por viles por aquellos que rechazan sus regalos. Es así. Pero yo, con mi larga permanencia entre ellos, tenía medios apropiados para librarme. Si me era ofrecida en los bailes, les decía que me la mandaran a casa para beberla con mis criados, los cuales después se la bebían solos. Si era fuera del baile, les decía riendo que yo no bebía dientes de vieja, esto es: *notpe yeri eniprá ure*, y todo terminaba en risa, aludiendo a la levadura masticada.

Si la chicha es además sana y tiene las virtudes que muchos le atribuyen en América, me parece cosa dudosa. Repito que no es mala, pero no querría que se la elogiara tanto, al decir que esta bebida mantiene alejadas de los indios los cálculos, las arenillas y semejantes males. La chicha del maíz, que tanto se alaba, es bebida por los indios más perezosos del Orinoco; mis buenos tamanacos, los otomacos, los yaruros y poco más. Los maipures, los cáveres, los güipunaves, que usan cazabe tostado, no la beben casi nunca. ¿Y quién dirá que estos indios están expuestos a los males citados? Ninguno que los conozca.

Por lo demás la chicha de maíz, al contrario de la de cazabe tostado, de que hablaremos enseguida, es no sólo de cualidades refrescantes, sino que por su densidad puede llamarse al mismo tiempo alimento y bebida. Es sustanciosa, y con ella se puede uno sostener, aunque no sin incomodidad, por muchos días. Pero [298] entre los orinoquenses, como he señalado varias veces, esta no se encuentra sino raramente. Sus bebidas usuales, que no tienen nada de fuerte, son las siguientes:

I) La banana cocida, o bien las batatas cocidas, maceradas en agua. Esta bebida, si se hace bien, no es desagradable. II) El cazabe machacado en agua, que los maipures, que lo usan, llaman *yucútapetí*. Es bebida vulgar y villana, pero acidilla y fresca. III) Chichas, que se preparan fácilmente, son las que se hacen de calabaza cocida, o de algunas raíces, que cocidas por la tarde y puestas en agua, se beben a la mañana siguiente. IV) El árbol guásimo produce ciertas frutas duras pero de figura semejante a nuestras moras. Estas, puestas en infusión, endulzan el agua, que es refrescante al beberla, y buena para los enfermos y los sanos. V) El *amoivaré* es una bebida para viaje, hecha de yuca rallada y que ha fermentado por largo tiempo en canastillos cubiertos con hojas de la hierba cachipo. No es desagradable en los grandes calores. Pero si se bebe en abundancia relaja el estómago por su extremada frialdad.

Todas estas bebidas, que un forastero pospondría de buena gana a un vaso de agua fresca, si lo hubiera, son muy estimadas por los indios. Pero con mucho lo que aprecian más son aquellas que les quitan la cabeza, esto es, las extraordinarias y nobles y destinadas para los bailes. Y he aquí la lista de ellas, comenzando por las bebidas de los tamanacos.

I) El *paratí* son ciertos panecillos alargados de maíz, cocidos y dejados después en zarzos a enmohecer largo tiempo. Se ponen casi rojizos y entonces las mujeres, habiendo preparado primero gran cantidad de polenta del [299] modo que ya dijimos, y habiéndola puesto en grandes ollas llamadas *chamacu*, o bien en las canoas de ceiba hechas a propósito para ésto, los desmenuzan en ella, para que hagan de levadura, como dije. Bien que para darle fuerza y para hacerla más agradable pongan dentro, uno o dos días antes de beberla, miel silvestre y batatas cocidas y machacadas. Una o dos tutumas, esto es, uno o dos vasijas de esta chicha, aunque

es fuerte, no movería a un indio de sus cabales. Pero ¿quién es el que si se las dan, no se bebe lo menos veinte? Así es que la cantidad, no la fuerza de la chicha quita de ordinario los sentidos.

II) Dígase también lo mismo de las bebidas de yuca. La *paya* es una bebida de hogazas de cazabe amontonadas juntas, recubiertas muy bien de hojas, y rociadas de vez en cuando con agua, enmohecidas y fermentadas entre ellas mismas. Esta bebida es fuerte, pero no como el *paratí* de maíz.

III) Más fuerte, pero menos agradable es el *payáuaru*, que no se diferencia de la bebida antes dicha sino en que las hogazas de cazabe se han tostado. Por lo cual esta bebida es negruzca.

IV) El *yaraki*, bebida única de los maipures, de los güipunaves, y de otros indios del alto Orinoco, es más fuerte que todas las demás clases de chicha. También se hace con hogazas de cazabe, pero tostadas hasta el punto de que parecen carbón. Fermentan de la manera que hemos dicho del *payauáru*[1] de los tamanacos, pero se tienen más tiempo en maceración.

Una vez que se han puesto a punto las citadas hogazas, es muy grande, aunque grata, la fatiga para convertirlas en bebida. Unos se dedican a traer agua y a verterla en las canoas. Otros empapan en [300] ella las citadas hogazas. Hay entre la chicha duros trozos de *cativía*,[2] hay fibras de la raíz de la yuca no bien limpiadas, y el *yaraki* con todo esto metido en el agua sería con los varios estorbos molesto de beber.

Entonces he aquí que están dispuestos dos o tres jóvenes, que poniendo en alto un *manare*[3] cuelan por él las tutumas de *yaraki* que les van dando las mujeres, sacando toda la suciedad y echándola en otra canoa, destinada a tal fin. Ya no se espera más tiempo para beberlo, ni después que le han echado agua se requiere nueva fermentación. Lo beben enseguida, o lo comen, porque también el *yaraki* es bebida densa como todas las demás.

---

1 [Chicha de cazabe quemado, *paiua* en pemón.]

2 La masa de yuca rallada y exprimida.

3 *Manare*, cedazo indio.

Capítulo XXII

Del pan.

Singular también, pero seguramente más estimable es el pan de los orinoquenses. Nosotros para no cansar con nuestros largos relatos, ni ser tampoco tan breves que no se entiendan bien las cosas extrañas narradas por nosotros con la concisión, hablaremos por separado de cada clase de pan indio lo que convenga a nuestra historia. Pero antes de todo yo querría ver a mis lectores liberados de ciertos prejuicios europeos sobre la comida.

Créese aquí entre nosotros que no hay otro pan que el de trigo, o de granos al menos que se le [301] parezcan, y que este no se consiga sino con fatiga no pequeña o con dinero. Y sin embargo he aquí ambas cosas reducidas a falsas en el Orinoco. Y comencemos por la última.

I) El pan de los guahívos no son más que ciertas raíces cocidas llamadas *guapos*. Ya dijimos en otra parte del sabor,[1] y yo vi ciertos panecillos hechos por una mujer caribe los cuales (no sé si por el hambre) no me parecieron desagradables.

II) La raíz de cumapana cocida, que yo llamé como pan,[2] merece verdaderamente este nombre. Estas son raíces silvestres. Pero pasemos a cosas plantadas aunque sin mucha fatiga.

III) La raíz de yuca dulce tostada es muy buen pan.

IV) Es bueno también el de *coróva*,que los tamanacos llaman *corova punú*.

V) Es bueno el *tocóro* de los tamanacos, esto es, la banana verde, endurecida al sol, majada en un mortero, reducida a hogazas y cocida en losas calentadas al fuego. Pero el pan dulce no agrada a todos.

VI) He aquí la banana verde llamada artón, la cual pelada y tostada sobre brasas se pone blanda, no es repugnante, y es alabada por todos. Yo, en mis últimos años en el Orinoco, es decir, cuandc

---

1 Tomo I, lib. IV, cap. VII.

2 Loc. cit.

según las costumbres de aquellos países estuve en cierto modo con comodidad, me servía de ella bastante a menudo.

Pero estos no son los panes que los indios desean una vez entregados a los trabajos del campo. Se ríen también de aquellos que los usan por negligencia en trabajar la tierra. Al decir de los maipures, fuera del cazabe, que es un pan hecho con raíces cultivadas, no hay otra cosa que mejor merezca este nombre: y [302] en verdad por cierta afinidad con el pan verdadero, no dicen mal. Sin embargo no me parece merecedor de tantos elogios como no sólo los maipures, sino ciertos viajeros franceses hacen de él.

El antiguo autor de la *Histoire des Antilles* llama al cazabe pan delicadísimo. ¡Oh! Esto es demasiado. Bastaría decir que no es malo, como algunos hacen. Por decir mi parecer sinceramente, no sería llamado sino pan del hambre, porque sólo agrada cuando falta el pan de cereal. No es fácil que las personas que tienen pan del nuestro en aquellos lugares gusten en modo alguno del cazabe.

Estaba yo con otros amigos en el Dique,[1] cuando Gumilla preguntó a ciertos indios que vio en una canoa si tenían cazabe. En efecto, consiguió de ellos algunos trozos, y para animarnos, según yo pienso, con el nuevo y desacostumbrado pan, hizo de él altísimos elogios. Nos dijo el primer día: « Este pan se deshace en caldo a modo de sémola », y a la hora de la comida se hizo, en presencia de él, la prueba. Pero fue rarísimo el trozo que como nos había dicho, se deshizo en el caldo. En suma, ninguno, entre tantos que estábamos entonces con él quiso o pudo comerlo. Tan desagradable les pareció a todos. « Es bastante mejor — dijo Gumilla — para migas de chocolate ». Pero a la siguiente mañana, probado también así, no agradó a ninguno.

Así pues, en el largo viaje de Cartagena a Santa Fe, rehusando todos el cazabe, se comió siempre [303] bizcocho. En Santa Fe aquellos habitantes, a quienes agrada más el maíz, o bien el pan de cereal, no conocen sino sólo de nombre el cazabe, el cual se halla sólo en los climas cálidos. Pero al cabo de seis años héteme destinado a las misiones del Orinoco. Y confieso que me repugnó pensar que en el futuro, por desagradable que me fuera el cazabe,

---

1 Canal por el cual el mar de Cartagena comunica con el río de la Magdalena en los tiempos lluviosos.

debía siempre alimentarme de él. Llevé conmigo de Santa Fe alguna cantidad de bizcocho, y aunque se me hubiera puesto durísimo, lo preferí siempre al cazabe que me ofrecieron varias veces. Algún misionero, viéndome tan desganado de este pan indio, me alabó mucho la arepa, de la que hablaré enseguida, y no me pareció tan mala.

En el Orinoco además, no ya las primeras veces que de él comí, sino después de algunos días de que me faltaba el bizcocho, hallé tal y tan raro sabor en el odiado cazabe, como nunca lo conocí en nuestro pan. Lo comía no sólo tierno y fresco, cuando es mejor, sino duro, como también se usa, secado al sol. Tanta es la fuerza o de la costumbre o del hambre en que uno se encuentra a falta de los alimentos acostumbrados.

[304]

Capítulo XXIII

De la preparación de los dos mejores panes del Orinoco.

Ya hablamos por extenso del arbusto cultivado llamado yuca, y de sus raíces. Toda planta produce por lo menos tres de vario tamaño, según la diversidad de los terrenos. En el Orinoco, donde la tierra no es de las más fecundas de América, son aquellas raíces a lo más del grosor de la muñeca y de la longitud de palmo y medio. Oí decir que en países fértiles son de gruesos como una pierna, y aún más.

Cuando llegan a su perfección dan señal de ello abriendo la tierra en varias partes. Corresponde a las mujeres cavarlas, y también llevarlas a las casas para hacer el pan. Pero antes de llevarlas, o después, las lavan muy bien, raspando incluso la corteza, que es rojiza y de color oscuro.

Después para reducirlas a pasta adecuada para hacer las hogazas, las rallan en ciertas tablas, desmenuzándolas a modo de queso. Estas tablas, que nosotros llamamos ralladores, las hacen los güipunaves y los sálivas y las llaman con varios nombres.[1]

1 En tamanaco se llaman *taváire*, en maip. *aya*, en esp. *rallo*.

También es variada su forma, siendo de ordinario planos los ralladores sálivas, y un poco cóncavos y curvos los de los güipunaves. Pero todas son a los sumo de la altura de tres palmos y de la anchura de dos aproximadamente.[1] [305] En estas tablas están encajadas piedras agudas cortantes, sujetas en los agujeros con la goma del peramán, que es firme y tenaz. Las orinoquenses, para que nada se pierda, rallan la yuca en cáscaras de tortuga, estando de pie, y teniendo el rallador apoyado en el vientre.[2]

Debemos ahora contar de qué manera para hacer el pan de yuca exprimen el jugo, que, como diremos más abajo, es venenoso. (Hablo del de la yuca llamada agria, la cual se usa para hacer el pan). El ingenio destinado a tal fin es bien singular, y mejor puede ponerse ante los ojos delineado o pintado que descrito, aun minuciosamente. Haremos sin embargo lo posible para dárselo a conocer a nuestros lectores.

Entre las varias formas de canastillos que se ven en el Orinoco, hay uno en figura cilíndrica que se llama sibucán,[3] de unos ocho palmos de alto, y de no más de medio de diámetro.[4] En este canasto, colgado de la cima de un horcón plantado en tierra, se pone la yuca rallada para sacarle el jugo. No es sólida la materia de que se compone, ni rígida, sino sumamente flexible. Una vez que se ha llenado de yuca rallada, se extiende de por sí y se alarga el sibucán, y cuando lo vacían de ella vuelve por su maravillosa elasticidad al estado primero.

El jugo de la yuca que se pone dentro comienza pronto a gotear por todas partes, y acaso todo saldría espontáneamente al cabo de algún tiempo. Pero las indias, que quieren hacer enseguida su pan, han hallado el medio de acelerar el modo de exprimirla, haciendo desde la extremidad inferior del sibucán un anillo de la misma [306] materia, y poniendo dentro de ella la extremidad de un palo, y la otra sobre un pequeño horcón, se sientan encima.[5] Y este nuevo peso o tensión del sibucán hace que todo el jugo destile en pocas horas.

---

1 Véase la forma, lám. V, núm. 7.

2 Lám. V, núm. 7.

3 Así en español; en tam. *tanekichí*.

4 *Ibid.*, núm. 1.

5 Lám. V, núm. 3.

Hemos señalado algunas cualidades de la materia de que consta el instrumento destinado a exprimir la yuca. Digamos ahora más en particular. El sibucán es una especie de caña de la altura de nueve a diez palmos, que tiene en lo más alto algunas hojas pequeñas. Pero el nombre de la materia se adapta también a la forma que le es dada. No todas las partes de esta caña son apropiadas para formar el instrumento adecuado, pero sí la primera membrana externa del fuste, que se separa con un cuchillo, y para tejerla se separa en largas y menudas tiras. Estas son sutiles, estas blandas y flexibles, estas, elásticas sumamente, y por las comisuras de estas sale y cuela el jugo.

Los indios, por la larga experiencia del jugo de la yuca agria, no están mal dispuestos contra él, ni lo dejan perder en tierra, como haríamos nosotros, que sabiendo la cualidad venenosa no sabemos el medio de quitarla. Por lo cual, debajo del sibucán ponen un recipiente en el que todo escurra, sin perder gota.[1] De este licor, que es bastante semejante a un caldo grueso de macarrones, y es de color blanquecino, digo, y dicen todos en América, que es un veneno potentísimo. Y aunque allí nadie lo discute, para nuestros italianos, a los que les puede parecer cosa extrañísima, aduciré algunas pruebas de vista.

I) Vi a una mujer avaricota (llamábase Juana Paula) que cansada de su molesto marido, para soltar neciamente el vínculo, bebió una [307] noche un poco de este jugo. Me trajeron enseguida el aviso, y luchaba ya con la muerte cuando llegué junto a ella. No me vio, no entendió nada. Y estando yo angustiado no menos por el peligro de la vida temporal de ella que por la eterna que la amenazaba, el cabo Juan de Dios Hernández le dio a beber sal disuelta en agua, y de allí a poco volvió perfectamente en sí. Este es un remedio no sólo bueno, sino único, y si no se da enseguida, se muere sin remedio.

II) Esta misma malignidad tiene también el jugo sobredicho si es bebido por animales. Yo vi algunos que, no habiendo sido socorridos a tiempo con salmuera, fueron hallados muertos junto a las cabañas donde bebieron para quitarse la sed.

III) Por lo demás, la raíz de la yuca, comida por los jabalíes, no les es dañosa, y se dice que la corteza es la que impide que en

1 *Ibid.*, núm. 2.

ellos produzca los malignos efectos antes descritos. Por lo demás, está siempre excluída del uso de los hombres esta raíz, porque o con la corteza o sin ésta, o cruda o cocida de cualquier manera, siempre les es mortal.

Si se cuece después la *catara* (así se llama el jugo de la yuca agria en el Orinoco; algunos lo llaman *yare*), no es nada nociva a quien hace uso de ella. Incluso es dulcecilla y nada desemejante de nuestro mosto cocido, tanto en el color como en el sabor. Los españoles mismos lo aprecian mucho para condimentar los alimentos, y no sin motivo, porque la carne estofada con *catára* y con agua es sabrosísima. Los indiecitos comen este jugo cocido o jarabe también solo, y la chupan con increíble placer.

Para volver ahora al intento, exprimido el jugo [308] de la yuca del modo indicado, la pasta, diremos así, queda estriada, a modo de requesón sacado de su cestillo, y con una ligera sacudida que le dan, sale enseguida del sibucán dividida a lo más en dos o tres trozos. No se hace enseguida el pan, sino que se tiene al aire para que se seque en zarzos altos.[1] Después, tomando un cedazo raro de palma (se llama *manare*) se desmenuza dentro de él, y llevándola con las manos se la hace pasar por los agujeros, quedando encima la materia más gruesa. Tenemos dispuesta la *cativía* para hacer el pan. Así se llama esta masa.

Los orinoquenses (cosa quizá novísima) aplanan sus panes en el horno. Pero estos hornos están a mano, son de poco gasto y de ningún trabajo. Expliquemos el enigma. El pan (se llama cazabe) se cuece al mismo tiempo que se le da forma. Y he aquí el modo. Donde quiera que se encuentra un indio coge una losa (que se llama *budare*, y también se hace de barro cocido, o de hierro, como son las que usan los caribes, compradas a los holandeses), dondequiera, digo, que se halla un indio coge una losa y poniéndola en tierra sobre tres piedras de la altura de un palmo, hace debajo fuego lento.

Arde el fogón y ya está calentado el *budare*. Este es el momento en que se pone encima la *cativía*; es extiende en forma avalada o alargada,[2] y se aprieta por todas partes con una paleta de concha de tortuga, no inadecuada para tal fin. Se cuece de un

---

1 Lám. V, núm. 8.

2 *Ibid.*, núm. 4.

lado, se cuece del otro, dándole la vuelta como a una fritada, pero no en tan breve tiempo como dice Oviedo.[1]

[309] El grueso de este pan[2] en el Orinoco es de ordinario el del dedo meñique, y su diámetro de unos dos palmos. Fresco es muy estimado. Pero también secado al sol no deja de ser apreciable. Y aunque algunos lo comen seco, los más sin embargo, antes de comerlo lo remojan ligeramente en agua, retirándolo enseguida. Y si es de buena calidad, se pone enseguida tierno, y se hincha hasta el punto de que aumenta en una mitad.

Este pan les gusta mucho a todos los orinoquenses, y con tal de que se tenga en lugar seco se conserva sin estropearse en muchos meses. Se hace uso de él en los viajes, no menos por tierra que por mar, y no es desconocido a las personas que están en los puertos de España. Los españoles, como la masa es muy semejante al serrín de madera, por burla lo llaman pan de palo.

El cazabe indio les ha parecido a algunos europeos de demasiado grosor, y han inventado hacerlo fino como las *lasagne* italianas o las *cialde*, y es de rara blancura. Si luego se pregunta si tal cazabe es sabroso, me atendré a aquellos que dicen que no.

Otro modo de servirse de la raíz de la yuca es el de reducirla a mandioca, esto es, desmenuzar muy bien la *cativía*, cernerla en un cedazo, y después cocerla en cazuelas, agitándola continuamente. Esta materia cocida, si se deshace primero en trozos finos, se hace bastante fina, y es buena para las menestras. Los brasileños, que la usan también para pan, la llaman harina de mandioca, y la estiman muchísimo. Pero este modo de manipular la yuca, muy [310] usado entre los portugueses, es casi desconocido en la América española.

Mas sea como sea el pan, el almidón de la yuca, que son los posos de aquel jugo que ya vimos es muy venenoso, es muy celebrado por todos. Va todo a precipitarse al fondo del recipiente que ya dijimos, y después de algún tiempo, echando ligeramente la *catara* aclarada en otra vasija, queda en el fondo una materia blanca que se congela enseguida y es en todo semejante al almidón de cereales. Fuera de que las señoras hispanoamericanas le dan la

---

1 *Hist. nat. de las Ind.*, lib. VI, cap. II.

2 En tamanaco se llama *ute*, en maip. *ussi*, en otom. *pérega*, en sáliva *péibe*, etc.

preferencia y dicen que este almidón es menos corrosivo que el nuestro y más adecuado para conservar los paños de lino. El almidón de que hablamos puede decirse que es la mejor sustancia de la yuca. Cuanto más almidón tiene el cazabe junto con la *cativía* y esparcido por encima, es tanto más sabroso y sustancioso. Si no hay nada de almidón es desaborido y desagradable.

No es distinta de la cocción del cazabe la de la arepa, esto es el pan de maíz, pero la elaboración es muy distinta. Se hace, pues, de dos maneras. La primera, que es comunísima entre los indios, es coger la harina de maíz, ponerla en una tutuma, y allí mismo, echando agua, convertirla en pasta. Pero después de haberla hecho pasta dentro, la sacan de la tutuma, y con las manos la aplanan a modo de hogazas redondas, que de ordinario son del grueso del dedo pulgar, y de como medio palmo de diámetro.[1] Así se hacen las arepas de maíz cariaco. El yucatán, como es más duro, se cuece ligeramente para hacer arepa, y se muele a modo de cacao.

La una y la otra arepa se cuece como el cazabe, ni más ni menos. Pero entre la una y la otra hay notabilísima [311] diferencia. La arepa de yucatán es un pan fresco y sabroso en tiempo de hambre; la arepa de cariaco es ardiente y menos sabrosa, pero tolerable al menos si se come caliente. Ninguna arepa puede comerse fría. Del horno se lleva derecha a la mesa.

El pan de maíz me trae el recuerdo de la *yayaca* (así la llaman los españoles), que es un panecillo alargado de harina de maíz, que se suele hervir envuelto en hojas, y muy semejante al *paratí* de que ya hablamos. Los tamanacos lo llaman *camaitcá*. Caliente no es malo, y lo usan también muchos españoles.

Se ve en suma por lo dicho que en Orinoco hay bastantes panes para escoger. Tanta es la rústica abundancia. Y en efecto, para quitar el asco con la variedad, se usan simultáneamente por muchos. Y con todo, habiendo pan, al menos para quien trabaja, muchísimos orinoquenses comen tierra: de cierta greda olorosa mezclada con el fruto *nega* los desocupados otomacos hacen panecillos que se comen con mucho gusto. Estos comen la tierra preparada con arte. Las otras naciones la comen por puro vicio. Es rarísimo el muchacho que para divertirse no la lleve en la boca a modo de ca-

---

1 Lám. V, núm. 4.

ramelo. Las mujeres comen la arcilla destinada a cacharros. Los hombres mismos no quedan lejos de ella. Y aunque algunos digan lo contrario, no hay duda de que les hace daño, y mucho se mueren de eso, si no usan, como los otomacos, grasa de cocodrilo, que se dice es expulsiva y laxante.

[312] Capítulo XXIV

De los trabajos domésticos de las mujeres.

Por lo que hemos dicho, bien de paso, bien más difusamente en otros lugares, van bien los lectores que no puede ponerse en duda la holgazanería de los orinoquenses. Pero bien les obligue la necesidad, bien les dé el capricho, algunas veces trabajan, y cansados de bailar, de cantar, de beber y comer, les dan, como por entretenimiento, ganas de ello. Debemos ver los trabajos de estos con alguna atención.

Y para comenzar con los de las mujeres, el gobierno de la cocina, como también la limpieza de la casa y de la familia, les corresponde indispensablemente. Pero además de esto tienen varias ocupaciones no despreciables. Si la necesidad se lo exige, hilan todas muy finamente el algodón, aunque para hacer este trabajo no usen de rueca como nuestras mujeres. Su modo de hilar es curiosísimo y merece saberse.

Tienen en la mano izquierda un huso y a la extremidad de él un tortero de barro cocido ni más ni menos que el de nuestras italianas. Este huso podría llamarse tal, pero no lo permite su figura, pues es fino como pluma de escribir, aunque de materia firme y de la longitud como de un palmo. Para qué sirve el tortero, ellas lo saben. El husillo dicho no gira nunca, y está siempre firme e inmóvil. Yo pienso [313] que siendo el huso bastante ligero, le añaden algún peso con haberle puesto el tortero.

Pero miremos a la mano derecha. En ella, casi como unido en la rueca tienen el algodón. Falta que hilen. Lo que hacen aplicando el hilo a una muesca que hay en la parte superior del ya dicho huso. De allí, manejando con ligereza maravillosa el dedo pulgar

y el índice, al contrario que nuestras mujeres, hilan hacia abajo, hasta que, como ellas dicen, se termine el brazo, esto es, se extienda todo, dando vueltas en el huso a lo hilado.

Los hilos, aunque los haya de todas clases, por lo común son muy finos, y uniéndolos de dos en dos, los tuercen, haciéndolos girar con la mano sobre una cadera. Hacen ovillos de varias figuras agradables y de notable tamaño. Entre las tamanacas, que están entre las mejores hilanderas, lo hay en abundancia y se vende barato.

Todas las orinoquenses son buenas hilanderas, pero no todas saben hacer las telas. Aunque les parece el tejer oficio de vieja, no todas se dedican a este género de trabajo. Pero siempre hay muchas, especialmente entre las de edad, que tejen. Sus telares son manuales, y por su pequeñez los llevan adonde quieren. Ellas mismas los hacen, y terminada la tela los destruyen. Y en verdad que no merece la pena conservarlos, pues no son otra cosa que cuatro palos, dispuestos en figura cuadrada, corta o larga, según se requiera para la necesidad del momento.

Para tejer los taparrabos de los hombres de ordinario son de siete a ocho palmos de largo, y de dos de ancho. Para los de mujer es suficiente uno de anchura y dos de longitud. Los hilos de la [314] urdimbre les dan vueltas a ambas partes del bastidor, que mantienen siempre derecho. Pero con qué arte los tejen, sin ninguna lanzadera, no sé bien decirlo, y sólo me acuerdo de la suma ligereza con que con un ovillo en la mano, contínuamente van entrelazando los hilos sin ningún instrumento.

También falta el peine para calcar los hilos, pero lo suplen maravillosamente apretándolos con una espátula plana de madera de diferente tamaño, que las tamanacas llaman *kiripáu*. Pero el lizo, que sirve para subir y bajar los hilos de la urdimbre, aunque es muy distinto en su forma de los que aquí vemos, existe también en los telares orinoquenses. Las tamanacas lo llaman *icoivéti* (el ombligo), y es un trabajo curioso de hilo de algodón, semejante al de una calceta que se comienza a hacer. Lo tiran arriba y abajo, según conviene.

No son despreciables sus telas, que a veces hacen con hilos de diversos colores, y variadas de color con mucha gracia. El trabajo más noble entre los orinoquenses es la hamaca, de la que ya hablé.[1]

---

1 Lib. IV, cap. VII.

Para la hechura de este trabajo, que de ordinario es del grueso de nuestros cobertores de verano, del largo de unos ocho palmos y del ancho de cinco o seis, se requieren telares cuyos palos sean gruesos. Y aunque en ellos se trabaje del modo que hemos dicho de los otros, los apoyan en tierra, teniéndolos siempre derechos y plantados contra la pared.

No todas las mujeres orinoquenses saben tejer las hamacas, sino sólo aquellas que han estado algún tiempo entre los caribes, las cuales son las tejedoras ordinarias. Pero todas con las fibras de los retoños de la palmera muriche [315] hacen un hermoso hilo, que sirviéndoles a ellos para los chinchorros, les sirve a los españoles para las cosas menudas de cuerda. No falta tampoco entre ellas la que sepa hacer cordones y sogas, y universalmente tienen talento no ordinario para las labores de mano.

Los cacharros de cocina, bueno o malos, los hacen por sí mismas. Son muy alabados los de las tamanacas, y en sus casas se hallan de varias clases. Para cocer la carne y el pescado hay ollas diversas, pero todas bajas y de boca grande.[1] Tapaderas y pucheros a nuestro modo no las conocen. Hacen orzas o pequeños cántaros llamados *múcure*[2] y con ellas llevan agua a las casas. El *chamacu* es un gran vaso redondo y de más de seis palmos de alto, en que se pone la chicha en los bailes acostumbrados. Del *chamacu* no es muy distinta una tinaja que, a petición de los españoles, hacen para tener en ella el agua. Usan también platos, pero son toscos. Los platitos caribes son bastante lindos.

Las ollas de los otomacos, que sirven para cocer aceite de tortuga, no son hermosas, pero aunque planas por debajo y negras por todas partes, son tan adecuadas para la necesidad, que no puede ser más. Se han esforzado por imitarlas las otras indias, pero siempre en vano, pues ellas solas saben el secreto. Las *chirguas* de las mujeres guamas, esto es un cacharro redondo con dos picos, que sirve para refrescar el agua, tampoco las saben imitar las otras mujeres.

En suma, parece que toda nación orinoquense en este punto tenga algo privativo. En [316] mi tiempo muchos se dirigían a la Encaramada para proveerse de ollas para cocinar. Las de cocer

---

1 En español se llaman cazuelas. Ramusio las llama en italiano *cazzuole*.

2 En tam. *mucra*.

aceite se buscaban siempre de los otomacos, como también las *chirguas* de los indios guamos. Por fin hay que anotar dos particularidades acerca de los cacharros de barro:

I) Ninguna olla, ningún plato, ni ninguna otra cosa es de ordinario barnizada. He dicho de ordinario para exceptuar las copas y las escudillas de los güipunaves y los platitos de los caribes, que están pintados con *chica* y barnizados por dentro con goma *chimirí*, que por lo demás no es duradera, sobre todo si en los vasos barnizados así se pone cosa que esté caliente.

II) Es singularísima la manera de hacer los cacharros, puesto que no usan la rueda ni instrumento alguno para darles la forma que les agrada, sino sólo las manos, y he aquí la manera. Su primer pensamiento es proveerse de greda, que hay por todas partes. No se estima la de las orillas del Orinoco, porque se raja fácilmente al cocerla. Por lo cual van al interior a buscarla y después la traen a la población. Esta greda, que es blanda y de color que tira a ceniciento, por lo general no tiene muchas piedrecitas mezcladas. Pero tenga muchas o pocas, las mujeres masándola despacio, las sacan todas.

Después, digámoslo así, se dedican a hilar el barro, limpio de piedrecillas, y hacen con ambas manos palos del grueso del dedo meñique, y de estas tiras están compuestos todos los cacharros. Su fondo es la primera cosa que se hace, y para hacerlo se toma una losa lisa, o la caparazón inferior de la tortuga, [317] la cual es planísima. Alrededor de ella, en un punto que es como el centro de este fondo, se van curvando las tiras antedichas, una después de otra, hasta que sea de la anchura deseada. Hecho el fondo de los vasos, que del modo indicado puede hacerse no sólo plano, sino cóncavo y curvo, se pasa al levantamiento de los lados, poniendo una tira encima de aquella que forma la circunferencia del fondo, y encima de ésta, bien reduciendo el cuerpo del vaso, bien ampliándolo hasta donde haga falta, y así seguido se van poniendo los demás, uno junto a otro, hasta que esté terminado el trabajo. Puede decirse que todo se explica justamente por el modo en que se ve cada día hacer el revestimiento de paja en nuestras botellas. Fuera de que las tiras de los cacharros son apretadas de manera que no se notan ya. Si luego el vaso queda menos lindo o por la desigualdad de sus partes o porque se conozcan las comisuras de las tiras, lo dejan secarse hasta el día siguiente, y parte con una piedra apropiada para tal fin, con la que lo alisan, parte con el

dedo mojado en agua, le dan la última mano, la cual de ordinario es tan perfecta como es la de los vasos hechos con rueda. Por mi parte no podía mirar sin asombro semejante trabajo, y mucho más siendo de tan variadas figuras como es en especial el de las tamanacas.

Queda por decir el grueso, el cual en los cacharros tamanacos no sólo es pequeño, sino que va reduciéndose a una extrema finura, porque aprietan muy bien las tiras de que se componen. Por lo cual no es raro que tengan que forrar con corteza de márano los grandes vasos, por ej. el *chamacu,* en el que caben unos cien bocales de chicha. Pero las ollas otomacas [318] al contrario de las tamanacas y de las de toda otra nación salvaje, son al menos del grueso del dedo índice. Esto acaso proviene de que las otomacas no aprietan las tiras de barro tanto cuanto se hace por las otras alfareras orinoquenses.

Acerca de los colores de las vasijas son por lo común tales como los quiere quien las fabrica. El negro de las ollas otomacas me parece que es propio del barro. Algunos cacharros tamanacos y güipunaves después de cocidos los he visto blancuzcos. Pero de ordinario son rojos, porque después de haberlos secado a la sombra en zarzos, los tiñen todos de greda amarilla, que al cocer se pone roja.

Produce maravilla ver en personas salvajes llevado a alguna perfección el arte de hacer vasijas de barro. Pero ¿qué diremos del de cocerlas? Entre ellos no hay hornos, como entre nosotros, pero a todo suple su industria, con cavar en tierra hoyos en los cuales, puesta por ejemplo una olla, la cubren todo alrededor en forma de pirámide con algunas cortezas secas de árbol, y tienen otras dispuestas para sustituírlas oportunamente a las primeras, hasta que se cuezca perfectamente. Lo cual reconocen por el sonido, tocándolas con un palo. Las cortezas más dispuestas para este fin dicen que son las del árbol *mapuíma,* aunque hoy se sirven también de estiércol seco de vaca.

[319] Capítulo XXV

Trabajo de los hombres orinoquenses.

A los trabajos femeniles, que no son del todo despreciables, sigan los de los hombres. Corresponde a éstos tejer los cedazos, o sean las cribas llamadas *manare* por el nombre de cierta caña semejante a aquellas de que hablamos cuando dijimos del instrumento destinado a exprimir la yuca. La primera túnica del tallo de la caña *manare,* dividida también en largas tiras, es muy flexible, aunque no tan elástica como el sibucán.

Las cribas son tejidas con estas tiras, y son de varias formas. Las hay anchas, y las hay más apretadas. Las primeras sirven para cerner la *cativía* para hacer el cazabe, las segundas para cerner el maíz para hacer arepa. Lo que cabe en los agujeros y pasa al sacudirlo hacia bajo se llama harina, y lo que queda encima lo llamaremos salvado o afrecho, como mejor les parezca a los lectores. La figura de las cribas es también variada. Las de los maipures son redondas y cóncavas; las de los tamanacos son planas y cuadradas. El maíz se cierne sacudiéndolo, la *cativía* desmenuzándola y pasando la mano por encima. Entre los tamanacos hay ciertas pequeñas zarandas muy cerradas y cóncavas, que llaman *uapa,* pero no son buenas más que para tener dentro cosas.

El *chamátu* es un tejido de las tiras antedichas a modo de caja cuadrada sin tapa. En el Nuevo Reino, donde los indios hacen algunas curiosísimas [320] y bonitas, se llaman petaquillas. El carcaj para tener dentro las pequeñas flechas envenenadas, llamado por los tamanacos *charapaná,* es un canastillo en forma de cilindro del diámetro de medio palmo y de la longitud de uno y medio, compuesto también de la misma materia.[1] Y he aquí los trabajos más finos en materia de tejido. Los otros, que se hacen con hojas de palma enteras sin separar ni una, son toscos e improvisados. Tales son los cestos llamados por los tamanacos *paccare,* tales los *catumari,* que sirven para llevar la yuca, tales también los *mapiri,* y tales las esteras que llaman *turíma.*

Pero trasladémonos a la reducción de los otomacos, donde veremos esteras hermosísimas. No exagero nada. Las de los otomacos

1 Véase la figura en la lám. IV, núm. 6.

son estimadísimas por todos. Indios, españoles y todos las buscan. Las hacen de diversos tamaños, y todas son grandes. Estas esteras son un gracioso tejido de renuevos secos de la palmera muriche. Son de la longitud de unos dos palmos, y tan fibrosos, que produce asombro verlos. Para tejer con ellos las esteras los abren en varias tiras, que son tan flexibles que no puede ser más. ¿Quién ha dicho a los otomacos que se sirvan para sus tejidos de los retoños del muriche mejor que de las hojas maduras? Tenemos que decir que fue su maestra la experiencia de muchos lustros, pues las hojas ya hechas una vez secadas al sol se rompen enseguida en varias partes, pero las tiernas, o sea los renuevos, aunque estén continuamente al sol, no se rompen nunca.

De la misma materia son también los pabellones con los cuales los otomacos, durmiendo debajo de ellos, se defienden de [321] los mosquitos. De la misma se hace un tejido singularísimo a modo de garrafón de largo cuello, dentro del que tienen la simiente del maíz destinado a sembrar. No me acuerdo de otros tejidos suyos. Pero en este asunto es tanta su habilidad, que si quisieran podrían hacer de la misma forma vestidos, calzados y cuanto les plugiese.

No menos es la del trabajo de la *kiripa*. Recuerden mis lectores el limaco *memu*, del que ya hablamos.[1] La cáscara de este caracol es partida por los otomacos en piezas menudas redondas agujereadas en el centro y del diámetro de unas dos líneas. Hoy usan de cierto utensilio de hierro para redondearlas. Antiguamente debió de ser con piedras agudas. Sea esto como sea, todo extranjero se queda asombrado de ver la destreza con que un otomaco teniendo entre los dedos de la mano izquierda encima de una piedra la *kiripa* la redondea con un martillito, golpeándola por todas partes con la otra mano. Y sea por el trabajo que cuesta hacerla, sea por la materia, que no es despreciable, todos la estiman sumamente.

Ninguna mercancía orinoquense se vende más cara, ninguna es más buscada, tanto por los indios como por los extranjeros. Los holandeses, que la compran, se sirven de ella enhebrándola a modo de perlitas, para embellecer a sus criadas indias. Los españoles no hacen este uso de ellas. Pero como no hay persona alguna que la rehuse en los cambios, y teniendo entre los indios casi el

1 Tomo I, lib. V, cap. IX.

lugar de moneda, ellos también la compran, y se vende a medida del brazo.

Dejemos a los otomacos y volvamos a los maipures. Ellos no usan el maíz sino raras veces. [322] Con todo, no he visto a nadie que haga mejor los morteros de madera en que machacarlo.[1] Su altura es de cuatro o cinco palmos, el diámetro en la parte más alta de unos dos. La concavidad en que se muele el maíz es de unos dos palmos. Y ésto no me produce asombro alguno.

Pero ¿quién no se asombrará de que una concavidad que me parece de figura perfectamente cónica, pero con la parte más estrecha en el fondo, esté hecha sin embargo con el fuego? Y sin embargo es así. Al tronco cortado de madera le dan la forma externa con hacha y azuela, pero la interior es toda obra del fuego que ponen en la superficie superior del tronco. Y no son muchos los carbones que allí encienden, sino que acaso no pasan de tres o cuatro. Pero estando encima casi continuamente avivados por el soplo de una caña que tiene en la boca el artífice, llevados aquí y allá según la necesidad del trabajo, hacen la cavidad que hemos descrito, sin quedar nada áspero ni desigual. ¡Hermoso trabajo! Pero fatigoso para los indios, porque andan dando vueltas alrededor al menos dos meses.

En estos morteros, que no sólo he visto muchas veces, sino que los tuve casi contínuamente ante los ojos, se maja el maíz con largos y gruesos palos. Este trabajo ordinariamente lo hacen dos indias, acaso tres juntas, pero con tal gracia que da gusto verlas; alzando a tiempo los brazos y dando golpes con tanta regularidad que no puede ser más.[2] Quedaría ahora por decir de las macanas y de los otros instrumentos guerreros que también son obra de los hombres. Pero de ésto en su lugar. Saquemos ahora a los indios de casa.

---

1 Véase la forma en la lám. V, núm. 5.

2 *Ibid.*, núm. 6.

[323]

Capítulo XXVI

De la pesca y de la caza.

Si la pereza de los orinoquenses, cuyos efectos ya nos son conocidos en otra parte, les permite levantarse de sus redes, en las que yacen inertes, en ninguna cosa gustan más de ejercitarse que en buscar comida. No es sin embargo que a todos les guste procurársela de igual forma. Quien la busca en el agua, quien se la procura en tierra; quien desea pescado, quien alimañas. Tan diversos son en sus comidas. Hay naciones cuyo alimento no es más que el pescado, y tales son las que habitan junto a los grandes ríos, v. g. los otomacos y los guamos. Hay otras que poco se cuidan de él, y de este carácter son los montañeses, esto es, tamanacos, parecas, piaroas y otros semejantes, a los que les agrada más que todo alimento la carne de los animales terrestres, ciervos, puercos, dantas, etc.

Mas sea lo que sea de los diferentes gustos de los orinoquenses, es cierto que muchos de ellos se dan a la caza, y muchos también a la pesca, y no debo privar a mis lectores del relato de ambas. Por todas partes, como hemos dicho a menudo, hay charcos, canales y lugares pantanosos, donde se puede coger pescado. Si les da gana de ello, preparan las flechas y se dirigen a los ríos para pescar. Por lo demás, las flechas no se usan más que en tiempo de invierno, esto es, cuando con las lluvias continuas están inundadas las sabanas. Y he aquí la manera.

[324] Dos orinoquenses en una pequeña barca, uno haciendo de piloto, y bogando alternativamente, y el otro teniendo dispuesta la flecha, dan vueltas por las selvas inundadas en las que se encuentra gran abundancia de peces para comer frutos que caen de los árboles. Estas frutas caen de vez en cuando, y al oir el ruido los peces, que están debajo del agua, salen a la superficie para tragarlos.

Imitando este efecto natural los pescadores, llevan en la mano una varita a cuya extremidad está atada una cuerda de dos brazas de larga, y a ella atado un fruto de los que les gustan a los peces. El piloto, a quien corresponde esta tarea, alza la vara, golpea con el fruto pendiente de ella la superficie del agua e imita el ruido que haría si cayese entonces de los árboles. Acude enseguida el

pez para tragarlo, y el flechero, que está con el arco tendido en la proa de pie, lo mata rápidamente, quedando a flote sobre el agua. De esta manera se llena en poco tiempo una canoa de peces escogidos.

En los tiempos estivales se usa más frecuentemente el anzuelo, que es distinto según el vario tamaño de los peces. El que sirve para pescar el *lauláu* es bastante grande; los otros son, unos medianos, otros, también pequeños, pero todos de hierro. No sé qué anzuelo usarían los orinoquenses antes de tener conocimiento de los europeos. La espina de la escorzonera orinoquense puede hacer las veces de un anzuelo. Tanto se le asemeja en su solidez y en su forma. Con los anzuelos, pues, los cuales ahora se hallan en abundancia entre ellos, sacan del agua varias clases de peces, y esta pesca suya no es sin embargo menos feliz que con la flecha, y no procede sino de la pereza innata que mueran a menudo de hambre.

[325] En las inundaciones del Orinoco, saliendo del lecho, junto con el agua, sus peces en maravillosa abundancia, cuando viene el verano quedan siempre muchos en los lagos vecinos. Los orinoquenses lo saben, y si les da gana, tienen el medio de matarlos con flechas y de pescarlos con el anzuelo. Algunos en aquel tiempo usan también de una pequeña red, pues grandes no las hay, ni la pereza les permitiría hacerlas. En los raudales, particularmente en el de Atures, se pescan los peces con nasas de trepadoras. Y siendo esta fatiga muy tolerable (pues no da otro cuidado que ponerlas por la tarde y volver a verlas a la mañana siguiente) los indios, o para ventaja propia o para ajena, no la rehusan nunca.

Al terminar las lluvias hacen empalizadas, con los cuales tanto a los peces como a los otros seres fluviales vivientes les impiden la vuelta a su antiguo lecho. Cerrados de esta manera los lagos y los canales que en invierno tienen comunicación con el Orinoco, se dice que es increíble cuán numerosa pesca recogen. Escribo intencionadamente que así se dice. Y dada la abundancia de peces del Orinoco, tengo también por seguro que así es. Pero por la pereza de mis indios no tuve nunca la suerte de gozar de ella.

Más cómodo, y usado también en Italia, es el modo de quitar la vida a los peces con raíces o con frutas machacadas que se esparcen por el agua. Esto sí lo vi muchas veces. Los tamanacos se sirven a este efecto de las frutas de cierto árbol que nace a las

orillas del Orinoco. Otras naciones usan raíces.[1] Corresponde a las mujeres machacarlas en hoyitos excavados a la orilla [326] del río o del lago, a los hombres extenderlas por encima, recoger los muchos peces atontados, y tirárselos a las mujeres, que enseguida los cuecen con mucha fiesta. Con una especie de hocinos dentados por uno de los lados, o bien por los dos, se mata el manatí, animal conocido, y de grato sabor. Hoy día también estos son de hierro. Pero no son inadecuadas tampoco las hechas con ciertas maderas orinoquenses. Tanta es su dureza.

Allí se cuece sin acabar nunca toda clase de peces. En otros sitios, si les apetece, comen carne de salvajina. Sería inútil, y no ya enojoso, repetir aquí las varias especes de animales que se hallan en las selvas del Orinoco. Así que hablaremos sólo de la manera de cazarlos. Para matar a los ciervos, jabalíes, dantas y otros cuadrúpedos, usan las flechas. En la caza de jabalíes, como se dijo en otra parte, concurren también las mujeres, para coger las crías. A los pájaros, bien que raras veces, los matan con pequeñas flechas disparadas con cerbatana, esto es, con el tallo vaciado de cierta palma, la cual es fina a modo de caña, pero sumamente fuerte y de color que tira a café.[2]

La longitud de las cerbatanas orinoquenses es de cinco a seis palmos. Las de los panivos en el Río Negro son bastante más largas. Pero cualquiera que sea su longitud, todas tienen cierta boca de madera firme, que parece labrada con torno. Y son tan apropiadas para tocar, que los orinoquenses, luego que vieron los cuernos de caza y oyeron el sonido, hallaron uno no muy desemejante en sus cerbatanas. Volvamos a la caza.

[327] En la boca de la cerbatana[3] se pone una flechita aguda de la longitud de un palmo, untada en la punta con cierto veneno llamado comunmente *curare*. Reservo para otro lugar la descripción de este veneno, y baste por ahora decir que la flecha envenenada, en cuanto pasa la primera película y toca la sangre, mata infaliblemente casi repentinamente a cualquier viviente. Para disparar esta flecha a altura incluso grande basta con un ligero soplo, y con ella, además de pájaros, se matan también los monos, que como

---

1 En español se llaman *barbasco*, en tam. *uoto tumdepó*.

2 En español se llama cerbatana, en tam. *crata*.

3 Véase la figura en la lám. IV, núm. 3.

alados cuadrúpedos están a menudo en los árboles. Apunta hacia ellos un orinoquense, habiéndose puesto debajo de un árbol, con la cerbatana, vuela la flecha con el ligero impulso, y como victoria arrastra a la tierra, no sólo tembloroso, sino muerto y como dije helado al mono. Tanta es la fuerza de este veneno. Se queda sin duda coagulada la sangre; pero no les importa esto, porque saben por larga experiencia que las carnes de los animales heridos con curare no son nada dañosas, con tal que se cuezan.

[328]

Capítulo XXVII

Del comercio y de la moneda.

Todos los orinoquenses, unos poco y otros mucho, cazan y pescan; de la misma manera, todos hacen comercio. Incluso no hay cosa a que sean más aficionados que a adquirir cosas comerciando. Dije cosas porque hasta ahora ni entre los salvajes ni entre los cristianos tiene fuerza ninguna el amor del oro. Por lo cual su comercio no es sino una permuta de las cosas que necesitan. Esta permuta es igualmente privada, no habiendo entre ellos ni plazas ni lugar alguno destinado a comerciar.

¿Quién creería que allá en el Orinoco, en un rincón desconocido del mundo haya para las manufacturas ajenas la misma disposición que aquí vemos no sin admiración entre nosotros? Y sin embargo, sea porque todos al cabo somos lo mismo, o porque los géneros ajenos, como más raramente vistos les parezcan mejores, y mejor hechos con mucho que los que se hallan en sus países, todos apasionadamente buscan los extranjeros. Siendo aún gentiles, a cambio de su cazabe, del maíz, y de sus frutas, piden telas para hacer largos y ondulantes ceñidores. El precio de los loros, periquitos y otros pájaros son los espejos y las tijeras. El bálsamo copaiba se cambia por hachas y cosas semejantes.

Y no se le ocurra a nadie que esta manera de comercio haya sido introducida por los europeos y [329] que los indios deseen más el dinero por sus cosas. No; se equivocaría gravemente el que lo creyese. Los indios salvajes no se cuidan nada del dinero, y si

se lo dais, os hacen a la cara, rehusando las monedas más relucientes, una linda carcajada. El nombre de rico existe en sus lenguas. Pero esta voz, que aquí se aplica especialmente a los adinerados, allí no significa sino quien tiene cosas aunque sea en pequeña cantidad. Este es el valor del vocablo tamanaco *tatkémoké*, y del maipure *canuapékini*, las cuales palabras vienen de *atkemó* y *nuapetí*, que significan cosa. Su amor, aunque siempre moderadísimo, se extiende sólo a las cosas.

Vi una vez en Cabruta pimientos extendidos delante de una choza. Y pareciéndome, según el uso de aquellos países, buenos para condimentar los alimentos, quise comprar. Comencé a elegir algunos. Cuando he aquí que la dueña, a la que le parecía tener una infinidad de riqueza en aquellos pimientos suyos, me dijo de repente: « Tú me los pagarás ». Respondí que sin duda, y como era completamente nuevo en las costumbres orinoquenses, saqué dinero para satisfacerla. « Quiá — me dijo — quiero cuentas de vidrio ». « Pero ésto vale más que las cuentas ». « No lo quiero ». Para terminar fue necesario que se las buscara para contentarla.

Este uso es tan universal entre los orinoquenses, que entre los paganos no hay uno que se cuide del dinero. Los cristianos podrían tener mucho a cambio de sus cosas. Pero les parece un peso supérfluo. Entre tantos sólo conocí a un maipure (llamábase Sana) que lo apreciase, y contra la costumbre orinoquense tenía una cajita cerrada con llave. Pero ¿cuánta era su riqueza? Oí decir que no más de veinte o [330] treinta escudos. Las mujeres por lo demás, después de alguna permanencia entre cristianos gustan de tener algún dinero, no ya para comerciar con él, sino para colgárselo del cuello atado al rosario. Pero aquí termina el amor de los orinoquenses al dinero.

La costumbre de cambiar las cosas de la casa, los utensilios de trabajo o los mismos vestidos que llevan encima no termina nunca. Aunque hayan envejecido en las reducciones van a menudo, para hacer permuta de las susodichas cosas, a las poblaciones ajenas; van acaso, aunque le disguste al misionero, hasta las naciones gentiles vecinas. Raros son los indios reducidos que en las selvas no tengan algún amigo gustoso de hacer cambios.

Bajo pretexto, pues, de hacer a estos salvajes amigos de los españoles y de aficionarlos a la fe, van allá para comerciar con

ellos, llevando de las reducciones hierros, telas y cosas que allá no se encuentran, y traen en cambio curare y chica. Como no hay ninguna nación salvaje que no tenga alguna cosa singular en las manufacturas y que no sea amiga de alguna de las naciones reducidas, todos y de todas partes, bien que por lo general secretamente, van a hacer permutas a las selvas.

Llevadas después al Orinoco las mercancías sobredichas, hacen permuta de ellas con los cristianos por otras cosas. Los compradores las vuelven a cambiar por otras, y dan vueltas arriba y abajo, por las espesuras y hacia el río. He visto camisas, calzones y mantas que dieron la vuelta por todas las reducciones, y fueron ora de un amo, ora de otro. No basta decirles que guarden para sí los vestidos y que permuten las otras cosas, porque los hombres nunca hacen caso de semejantes advertencias.

[331] Pero las mujeres no permutan en modo alguno sus faldas, pero las cuentas de vidrio, los brazaletes y el adorno, parece que lo tengan de prestado. Tan frecuentemente, aun por gana de mudar de moda, lo cambian con las forasteras.

No sea maravilla por eso, siendo tal el uso del Orinoco, que los españoles mismos se acostumbren a ésto, comprando también ellos y vendiendo del modo que allí han hallado. De esta manera se compran las canoas, de ésta, la comida y el vestido, de ésta, se construyen también las casas. Quien toma remeros para navegar, quien encarga trabajo para labrar los campos o para cualquier otra cosas, establece el número de hachas, de varas de tela, de espejos y de todo lo demás que los indios piden por sus trabajos.

Se ve por lo relatado que en Orinoco no hacen falta monedas para traficar, y que a tal fin bastan sólo las mercancías. Pero veo nacido de aquí el deseo de saber si no obstante ésto hay moneda entre los orinoquenses. Respondo claramente que no lo hay de manera alguna. Y por mí expongo la opinión de que las monedas, al menos de metal acuñado, son la última cosa en que se piensa al pasar del estado salvaje al civilizado. Entre los mejicanos, que fueron los más cultos de toda América, los granos de cacao hicieron las veces de moneda.[1] Los peruanos, cultos también y de

1 El señor abate Clavigero cuenta algunas otras especies: *Stor. ant. del Messico*, tomo II, lib. VII, § 36.

costumbres civilizadas, no conocieron ninguna. Piénsese si los orinoquenses, gente salvaje y jamás sujeta ni por los Incas ni por los Moctezumas, hayan de conocer la moneda. Y así la moneda española [332] es la única que se usa de todas maneras entre los orinoquenses. Quiero decir entre los indios reducidos, porque los gentiles ni siquiera saben que existe.

Capítulo XXVIII

Del contar de los orinoquenses.

Si pueden prescindir de la moneda los orinoquenses, al querer comerciar con seguridad, se requiere un justo conocimiento de las cuentas. Pero he aquí para los indios un obstáculo gravísimo. Hay naciones a las que les faltan los números, al menos para grandes cuentas. La aritmética de los yameos del Marañón no llega más que al número tres. « Por poco creíble que esto parezca — dice M. la Condamine[1] — no son ellos la sola nación índica que se encuentra en este caso. La lengua brasileña hablada por los pueblos menos rudos padece la misma escasez, y pasado el número tres, no tienen más que un término vago, que significa multitud, y están obligados para contar hasta cuatro a tomárlo en préstamo del portugués ». Hasta aquí La Condamine.

Pero las lenguas orinoquenses, sea lo que sea de alguna no sabida por mí, no son tan escasas. Es verdad que para evitar el cansancio usan también de términos que significan multitud. Así v. gr. dicen: he visto tantas tortugas, tantos caribes armados, y para indicar un número grande se tocan los cabellos en actitud de estupor. Pero no por esto les faltan [333] los números. Demos la primera muestra de ellos en la lengua de los tamanacos.

Uno *tevinitpe*, dos *ak-chaké*, tres *achiluóve*, cuatro *ak-chiakém-néne* o *ak-chiakére-pené*, cinco *amñaitóne*. Este último número quiere decir una mano entera. Sigue la cuenta diciéndose *itaconó*

1 *Voyage à l'Amér. Merid.*

amñaponá tevinitpe, esto es, uno de la otra mano, expresión que vale seis. Dos a la otra mano, tres, etc., hasta nueve. Diez *amña acheponáre,* esto es, las dos manos. Al decir once extienden ambas manos, y apuntando al pie dicen *puitta-ponáa tevinitpe,* esto es, uno al pie. Doce, dos al pie, etc., hasta catorce.

Quince *iptaitóne,* dos manos y un pie. Dies y seis, *itaconó puitta-ponáa tevinitpe* uno al otro pie. Dies y siete, dos al otro pie, hasta diez y nueve. Veinte *tevin itóto,* un indio, esto es, manos y pies de un hombre. Veintiuno *itaconó itóto yamñar-bóna tevinitpe,* uno a las manos del otro indio. Treinta *iracóno itóto-ponáa amña acheponáre,* esto es, diez al otro indio. Cuarenta *ak-chake itóto* dos indios. Sesenta, tres indios. Ochenta, cuatro indios. Ciento, cinco indios, etc., pero se puede seguir la cuenta adelante, y en efecto la siguen muchas veces.

Demos ahora la segunda muestra en la lengua de los maipures. Y he aquí el modo de pensar, en parte semejante al de los tamanacos, en parte muy distinto.

Para contar hombres.

Uno *papéta* o *papáita,* v. g. *papéta camonée* un hombre. Dos *avanúme.* Tres *apekivá,* Cuatro [334] *apékipakí.* Cinco *papétaerri capíti,* esto es, como en tamanaco, una mano. Seis *papéta yaná paaria capíti puréna,* esto es, se toma uno de la otra mano, o dos, tres, como antes. Diez *apanumérri capíti,* dos manos. Once *papéta yaná kiti purená,* se toma uno de los dedos del pie, dos, tres, etc. Veinte *papéta camonée,* un indio, dos, tres, etc., como antes.

Para contar animales.

Uno, *paviáta arráu,* una tortuga. Dos, *avínumé.* El resto como antes.

Para contar cosas.

Uno, *pakiáta tiváu,* una olla. Dos, *akinumé.* Los otros números como los antedichos.

Para contar el tiempo.

Uno, *mapukiá pécumi,* un día. Dos *apucú-numé.* Tres *apékipucú.*

Sea el tercero el de los yaruros, que me ha comunicado su exmisionero:[1] « La nación de los yaruros — dice él — no tiene sino cinco números, y son *caneamé* uno, *ñocní* dos, *taraní* tres, *kevvení* cuatro, *cani ichimó* cinco. Esta última voz, que significa cinco, no es verdaderamente número, porque quiere decir una mano. De donde en rigor no hay en esta nación sino cuatro números. Se sirve de los dedos para contar, y por eso, para decir [335] cinco se dice una mano. Después, para seguir con la cuenta, terminada una mano, se dice uno de la otra mano, y quiere decir seis; después, dos de la otra mano, tres, etc. Al llegar al número diez se dice las dos manos, esto es, *yová-ichibó*. Después pásando adelante se dice, a un pie uno, dos, tres, etc. Quince se dice un pie; diez y seis, uno en el otro pie, dos, etc. Veinte se dice un hombre. Y como no están demasiado ejercitados en contar, cuando pasa de veinte, hacen montoncitos de fréjoles u otros granos, cada uno de veinte ». Quien desee más, vea Gumilla.[2]

Si después se me preguntase hasta qué número de ordinario llegan las cuentas de los orinoquenses, diré que hasta ciento o doscientos a lo sumo. Y no por esto niego que puedan llevarlas más allá, pero persona muy versada en contar y que no se preocupe demasiado de forzarse la inteligencia, no un indio perezoso y salvaje.

El P. Gumilla dice[3] que los indios contando de cinco en cinco, « van aglomerando hasta dos mil, seis mil y diez mil dedos ». Pero sus pequeñas propiedades no tienen nunca necesidad de tan larga aritmética para contarlas. Además de que ¿cómo sin una voz cierta que indique las centenas y los millares, y diciéndose sólo, según él, un cinco, dos cincos, etc., cómo, digo, se puede llegar a contar de tal forma hasta dos mil, etc.? Más acomodado a tal fin me parece el uso de contar con granos, haciendo montoncitos de veinte en veinte, como nos decía el sobredicho misionero. Pero repito otra vez, ¿para qué fin?

[336] Es también particular el modo de numerar los días de un viaje. En vez de decir: estaré v. gr. tres días fuera, dicen: dormiré tres veces. Tal lugar está a cinco días de distancia se dice: por el camino se duerme cuatro veces, en el quinto día se llega.

---

1 Señor abate José María Forneri con fecha 27 de febrero de 1778.

2 *Hist. del Orinoco,* tomo III, cap. XLVIII.

3 *Ibidem.*

Hay también de particular que cuatro en algunas lenguas orinoquenses no es una voz simple, sino compuesta de dos vocablos, como si v. gr. dijéramos dos dos.

Viene aquí a cuento reflexionar un poco sobre la materialidad de los salvajes en lo que se refiere al contar. No hay entre nosotros, sino por casualidad, quien diciendo por ejemplo uno, dos, etc., señale el número además, con los dedos, tocándolos con la mano. Lo contrario sucede con los indios. Dicen v. gr. dame unas tijeras, y levantan sólo un dedo, dame dos, y levantan enseguida dos, etc. No dirían nunca cinco sin mostrar una mano, ni diez sin extender las dos, ni nunca veinte sin apuntar a los dedos de las manos extendidos hacia los de los pies.

Además en cada nación es distinto el modo de mostrar los números con los dedos. Para evitar la prolijidad, doy un ejemplo con el número tres. Los otomacos para decir tres unen juntos el dedo pulgar, el índice y el medio, teniendo bajos los otros dedos. Los tamanacos muestran el dedo meñique, el anular y el medio, y encogen los otros dos. Los maipures en fin levantan el índice, el del medio y el del anillo, teniendo escondidos los otros dos dedos.

Pero en tanta confusión de contar reluce algún rayo de más iluminada razón al dar a cada dedo un nombre propio. He aquí los de los tamanacos: *amña-imu imári* (el padre de los dedos, esto es, el pulgar). El índice, *yacaramá-tepó* (dedo para señalar). El [337] del medio *iclitaonó*, que significa como en nuestra lengua. El dedo del anillo *itacomíri-uopchatonó* (el que está junto al pequeño). El meñique *itacomíri*, esto es, el pequeño.

Mas terminemos con hablar brevemente de algunas otras cosas. Balanzas, pesos, etc. no hay entre los orinoquenses. Hay sin embargo una especie de medida entre los otomacos, pero sólo en la ocasión de vender la *kirípa*, de la cual hacen sartas y las miden siempre en sus tratos extendiendo el brazo derecho y acercándolas al cuerpo a modo de vara. Deben ser de largas de unos tres palmos y medio.

Capítulo XXIX

Del trabajo de la tierra.

Ya muchas veces hemos dicho que no se hace, con la pereza de los orinoquenses, mucho trabajo de los campos; que hay naciones que nada o poco se cuidan de él; que unas naciones gustan de una producción en especial, pero descuidan la otra, y que son finalmente bastante escasas las que se dan a la agricultura con algún empeño. Esto es de ordinario la conducta de los indios salvajes. Pero en las reducciones cristianas, en las que un poco de buen grado, y un poco también contra su gusto, son obligados a pensar en las necesidades de sus familias, la cosa va diferentemente, y todos los indios, aunque no enseguida, se vuelven buenos labradores.

Pero aquí se me pregunta enseguida por la calidad de los campos indios, del modo de cultivarlos y de prepararlos para la siembra, y de otras cosas que pueden referirse a la [338] agricultura del Orinoco. Y siendo estas curiosísimas, voy a declararlas con aquella brevedad que se me permite en un relato de tal género. Y por hablar primero de los campos, entre los orinoquenses no hay terrenos limpios y pasados de padre a hijo para sembrar. Los prados, que a primera vista podrían parecer muy adecuados para siembra, no la sufren en absoluto por su esterilidad, y en ellos, excepto la hierba buena para el ganado vacuno y caballar, no crece cosa alguna; ni maíz, ni yuca, ni otros comestibles de aquellas tierras.

Esta es por sí misma la naturaleza de los prados. Pero como en ellos, porque están limpios y ventilados por el aire, se hacen comunmente las reducciones, con el andar del tiempo se vuelven mejores con pisarlos frecuentemente los hombres y los animales, especialmente aquellos que están contiguos a las casas o aquellos en que se encierra el ganado. Los rediles son de una maravillosa fecundidad, pero sólo durante las lluvias invernales. Terminadas estas, y siendo el terreno seco y arenoso, se apagan enseguida los sembrados y se pierde todo el trabajo en un momento. Así una vez terminó el arroz, y así también el tabaco que yo había sembrado en tales rediles, lo cual en tiempo de invierno estaba muy rozagante.

Por decirlo brevemente, en los prados vecinos a las casas no pueden sembrarse sino fréjoles, a los cuales para vivir y para

dar el fruto deseado les basta el rocío nocturno, una pequeñísima humedad. Este grano, que es allí bastante abundante, y sabroso, se da también bien en las orillas del Orinoco, especialmente en aquellas en que la inundación deja algún légamo. Allí también, como he anotado en otra parte, se dan bien los pepinos; pero nada más. Quizá la esterilidad [339] de los prados podría en el curso del tiempo suprimirse con el arado o con abonar los campos.

Los palmerales, sobre todo aquellos que los españoles llaman murichales,[1] serían por su crasitud muy aptos para producir en breve tiempo alguna mies. Pero como son un tanto pantanosos, convendría hacer canales por los que escurriera el agua detenida y quedase con poca humedad el terreno. Esta fatiga es excesiva para los orinoquenses. Y así los palmerales, aunque sumamente fértiles, quedan siempre incultos.

El trabajo de los campos que más se acomoda al genio, o diría también a la pereza de los orinoquenses, es el de cortar un trozo de selva, quemarlo a su tiempo y sembrarlo. Esta manera de campos, que los nuestros llaman roza,[2] es muy general en todo el Orinoco. Así trabajan los maipures, así los tamanacos y parecas, así todos los demás. Pero las cortas (digámoslo así) son de dos clases entre los orinoquenses. Las hay que se hacen en los lugares secos y alejados de los ríos, las hay en los sitios anegados de agua. Diremos de todas por separado.

Recuerdo a mis lectores que los bienes de las naciones orinoquenses intactos o aún no labrados pertenecen indivisos a todos. Y así un indio, llegado el tiempo de cortar las selvas, el cual es generalmente diciembre, se dispone con una hoz en la mano, y en la cintura un largo cuchillo, y va hacia la parte que más le agrada, pero tierra adentro. Mira, observa, considera minuciosamente todo, y cuando le agrada el sitio se pone a limpiarlo de algunos matorrales, y toma de esta manera [340] posesión de él, y esto le basta por largo tiempo. Incluso hay algunos que por pereza no vuelven más. Pero nosotros ahora los describimos trabajadores, y es preciso que allá vuelvan.

Por lo común no vuelven solos, sino acompañados de muchos invitados con chicha, y para gozar de esta bebida, que es agrada-

1 En tam. *cuai-panó,* en maip. *tévita maná.*

2 También se llama en español labranza. En tam. *mata,* en maip. *menitĺ.*

bilísima a todos, nadie se excusa de asistir a la corta, y trabajar uno o dos días. No es necesario más de ordinario, y bien se ve que este trabajo está bien acomodado al genio de ellos. Algunos indios, sobre todo si no tienen modo de cortar la selva en común (en el modo de hablar del Orinoco se llama *por capaya*), algunos indios, digo, se contentan con cortar únicamente los árboles sin quitarles las ramas. Otros que son más diligentes los cortan en trozos.

Para hacer las cortas ahora, excepto acaso los más remotos salvajes, se sirven todos de hachas y de podaderas que les han dado los misioneros o que han logrado de los europeos por permuta con sus cosas. Digo con intención ahora, porque antiguamente usaron ciertas pequeñas segures de piedra, a las cuales, como yo pienso, debieron de acomodar el mango, como se hace con las nuestras. Yo vi una que los oyes me mandaron de regalo, y después yo transmití al señor Iturriaga, primer comisario de la Real Expedición de Límites. Es de corte sumamente obtuso, y no se con qué invencible paciencia podrían con ellas derribar a tierra los grandes árboles. Aunque yo creo que entonces también, como aún hacen en nuestros días, los derribaban quemando el pie, arrimándole leña seca. Los árboles orinoquenses son bastante resinosos, y en poco tiempo, aunque verdes, prende en ellos la llama.

[341] Volviendo ahora a nuestro tema, los árboles de estas rozas de los países secos necesitan para secarse unos cuatro meses de verano, en los cuales, como ya dije, no llueve nunca. Y convertidos con el ardiente sol en casi yesca, cuando se prenden con el fuego, esto es, en cuaresma, se reducen enseguida a cenizas. Pero su tamaño hace que dentro de la tierra, consumiendo el fuego lentamente las grandes raíces, se conserve por largo tiempo sin apagarse.

Dejemos un poco este campo quemado, y hablemos de otra forma de las rozas, que también se hacen en lugares secos. Debe, pues, saberse que en las selvas susodichas no se recoge el maíz sino una sola vez al año, esto es, en los meses que dije son de invierno. Se requieren cuatro meses para que den el fruto. Por lo cual los indios creían perder el tiempo volviendo a sembrar, porque después de la primera cosecha no quedan sino sólo dos meses de lluvia.

Esta dificultad (en el tiempo que estuvo en el Orinoco la Real Expedición de Límites) fue vencida por un célebre misionero,[1]

1 El señor don Roque Lubián.

el cual aconsejó a los indios limpiar las selvas cortando las plantas pequeñas, sembrarlas de maíz, y derribar en tierra los árboles encima del sembrado. Esto que a primera vista parece, por decirlo así, un lío, fue un medio de los más hábiles para aliviar el hambre de los indios y de los forasteros. Caídas en poco tiempo las hojas de los árboles, dentro de la gran masa penetra el sol y el agua. Nace fácilmente el maíz, y abriéndose paso entre los troncos y las ramas sube tan hermoso que no se puede más, y dos meses sólo de invierno, unida la [342] humedad de la selva cortada así, son muy suficientes para llevarlo a la debida perfección.

Obrando así, se disminuía mucho el hambre con dos cosechas. Y sin embargo, hubo quien halló modo de aumentarlas. Las cortas que hemos dicho se hacen en los lugares secos, esto es, en partes fértiles, es verdad, pero muy expuestas a las hormigas. Nadie había pensado en el cultivo de los terrenos de selva y de las orillas del Orinoco y de las islas, que inundándose por algún tiempo son fecundos y privados de todo insecto dañino. Se pasaba al lado, se pasaba tal vez por encima, con admiración de su fertilidad. Pero no había nadie a quien no le pareciese tirado a los vientos cualquier trabajo que se hiciera allí, al acordarse de las acostumbradas inundaciones.

Para común satisfacción mostró el modo de cultivar también estos terrenos nuevos un ex-misionero que he citado varias veces.[1] El vio que los yaruros en los tiempos de verano, contra la costumbre de los otros indios, comían hermoso y fresco el maíz. Y quedando sumamente maravillado como de cosa insólita, quiso ver los lugares donde nacía tan fuera de esperanza, y le fueron mostrados las parcelas de tierra que en los tiempos de lluvia se inundan. Y lleno de alegría, dio la noticia a los misioneros, noticia que resultó muy agradable para todos.

Pero este débil principio de cultivo ¡a que maravilloso estado no fue llevado por él y por los que siguieron su ejemplo! Los buenos de los yaruros no sembraban antes sino los pequeños terrenos quemados casualmente en verano aquí y allá en la sabana. El, para ventaja de ellos, hizo cortar de propósito las selvas, [343] quemarlas a su debido tiempo, y después sembrarlas de aquellas cosas que sufre la calidad del terreno. Y he aquí la manera.

---

1 Señor abate José María Forneri.

El mes de diciembre, es decir, dos meses después de haberse retirado el río, se cortan los árboles, como dijimos más arriba; y por esta estación, después de haberlos quemado, no se piensa en más. El largo tiempo que hay desde el mes de Mayo o de Junio, cuando comienza la inundación, hasta el de septiembre, en que baja, el terreno así preparado está contínuamente debajo del agua, y entre las cenizas que han quedado de quemarlo, y el cieno llevado por la inundación del río, se vuelve fecundísimo. Hacia el fin de septiembre, o también en los principios de octubre, esto es, cuando el río ha bajado del todo y se ha secado convenientemente el terreno, se piensa en sembrarlo y en poner los granos, o bien los frutos o raíces que pueden nacer en el espacio intermedio entre una y otra inundación.

Hay una especie de yuca agria que da un fruto adecuado en seis meses. Hay la yuca dulce, que se recoge aún antes. El maíz llamado *mapito* llega a perfección en dos meses. Hay pepinos, hay calabazas y fréjoles, y todos estos géneros los convierten los indios en provecho suyo. Pero ¡cuántas otras cosas, si hubiera quien les enseñara el buen cultivo de los campos, podrían sacarse de aquellas islas que, además de que están cubiertas de árboles, y por eso son sumamente fecundas, son también muchas y de un tamaño maravilloso!

Pero hablemos al fin del modo de sembrar los terrenos al uso de los orinoquenses. No usan arado para remover la tierra. Les basta la azada, les basta el [344] palo. De la azada se sirven para plantar la yuca. Pero no cavan todo el campo, sino que cavando acá y allá, hacen pequeños montones de tierra, donde clavan hasta la mitad tres o cuatro tallos maduros de yuca de la longitud de un palmo,[1] los cuales renuevos, como hemos dicho en otra parte, germinan enseguida y producen las raíces de que se hace el cazabe. Este trabajo corresponde a los hombres.

A las mujeres les corresponde sembrar el maíz. Pero para sembrarlo no se cava antes el terreno ni con azadas ni con arado. Hace las veces de una cosa y de otra un largo palo, con el que hacen de vez en cuando pequeños agujeros, dispuestos de ordinario en filas, separadas la una de la otra como tres palmos. Otra mujer

1 Véase la lám. III del tomo I, en la que hay un indio en actitud de plantar la yuca.

entretanto mete en cada agujero cuatro o cinco semillas de maíz y las cubre con el pie; y de ordinario en las cortas nuevas he aquí el trabajo terminado. Pues, excepto cierta hierba semejante a la hiedra, que se quita fácilmente, no renace ninguna otra cosa.

Pero en las antiguas abundan las hierbas, y crece la fatiga con cultivarlas. Por lo cual, los más de los indios, para ahorrar fatiga, gustan de hacerlas nuevas cada año. Pero ¿por qué no decir que el terreno trabajado dos o tres años sin interrupción, también en aquellos decantados países tan fecundos, se agota como en los nuestros y no vuelve al prístino vigor sino con ayuda del arte? Yo soy testigo de que las tierras del Orinoco, aunque fecundas el primer año, son de este carácter en los siguientes, con volverse tales que se distinguen poco de los prados, de cuya esterilidad hemos hablado más arriba. Creo por lo demás que los terrenos [345] de las islas son capaces de producir fruto por tiempo bastante largo sin fatiga ninguna.

Capítulo XXX

De la guerra.

Considerados de tantas maneras y bajo formas tan varias los orinoquenses, veámoslos en fin como guerreros. No hay duda de que hay algunas naciones del Orinoco (sea de otras como sea) muy valerosas. Son bravísimos soldados y fácilmente compiten con cualquiera los güipunaves y los cáveres, y muchas otras tribus indias del alto Orinoco. No son tan valerosos los del bajo, aunque sean considerados feroces y traidores. Todos sin embargo, o poco o mucho, guerrean.

Haciendo la guerra, para no obrar ciegamente, se requiere algún motivo. Se requiere para hacerla con fortuna, además del valor de los soldados, las armas adecuadas para la tarea. Y por hablar primero de los motivos de sus guerras, pueden estos reducirse fácilmente a dos, esto es, la barbarie, y el interés. El primero, pues, es la innata barbarie, por la cual unidos de algún modo los individuos de una nación entre sí, miran siempre con ojo amena-

zador a todos aquellos que no conviven con ellos. Para quitarles esta tendencia no sirve decirles que, aunque de lengua diversa, todos son sin embargo americanos, y que entre ellos tienen naturalmente un color, una costumbre, un genio, que debería unirlos juntos a todos sin mutuas ofensas. A semejante razonamiento o no dan respuesta alguna, o lo desprecian descaradamente. Y en cuanto un indio, aunque uniforme en lo demás, es distinto [346] en el hablar de otro, quiere insensatamente la sangre de este.

Por lo cual no es el motivo que empuja a los orinoquenses a la guerra el deseo de dilatar el dominio con la conquista de otros pueblos. Porque de ordinario no tienen otra mira que la de destruir los países junto con sus habitantes, sean enemigos o no lo sean. ¡Cuántas naciones o ramas, por así decir, de naciones han perecido por este genio desolador del Orinoco! Existieron en los países que son ahora de los tamanacos los llamados tiaos.[1] De tal gente no queda ni uno. ¿Qué son los uoqueares, qué los aquerecotos, qué otros indios que hemos citado en otra parte, sino un nada?

Yo me pongo a considerar muchas veces un número tan escaso de almas. Y concediendo gran parte a las epidemias, allí tan terribles, la otra, que no es pequeña, se la doy toda a las armas, y creo que las naciones actuales orinoquenses no son más que míseros restos de la crueldad de sus enemigos, pero especialmente de los caribes y de los güipunaves. Los primeros devastaron a las del bajo Orinoco; los segundos a las del alto. Por lo cual no me causa ninguna maravilla que, siendo unos muertos y otros llevados por sus enemigos, y otros habiendo huído por temor a éstos y escondídose en los montes más inaccesibles, no me causa, digo, maravilla, que estén tan despobladas, como guarida sólo de fieras, las más hermosas y más dilatadas comarcas del Orinoco.

Esta antiquísima desunión no ya de los orinoquenses, sino también de todos los americanos, ha hecho principalmente, en mi opinión, que pocos extraños hayan bastado para apoderarse en tan poco tiempo de [347] sus comarcas. Para el común exterminio es bastante llevar la guerra a una nación. Pues pronto se unen en ayuda de los que guerrean las demás.

Que si alguna nación está unida por amistad a otra, para romper el más estrecho vínculo es suficiente un disgusto, aun ligero. Dos

1 En tam. *tiau*.

indios, por ejemplo, van a beber en un día dado la chicha a los países de sus aliados. Se embriagan, como es costumbre, y vienen a las palabras entre ellos mismos o con sus amigos. Y he aquí terminada la paz. Los aliados se les echan encima, y a golpe de macana los arrojan fuera. Huyen los heridos y llevan la noticia a sus paisanos, los cuales desde aquella hora se ponen en armas. E interrumpido todo comercio con los antiguos amigos, no quieren ya oir de ellos ni el nombre si no es para ultrajarlo. Vienen luego mutuas desconfianzas, y no pasa al fin largo tiempo sin que en la asamblea de la nación se dé el decreto de matarlos, señalando el día y la hora.

Después, si para hacer la guerra falta genio bárbaro y faltan también los disgustos, la avaricia, tomando cualquier pretexto, los espolea furiosamente a las armas. Pues los orinoquenses, además de matar a muchos, a muchos también los atan para venderlos como esclavos; y la esperanza de cambiarlos por cosas hace audaz para la cruel empresa aun al más tímido. Habremos de hablar de esto enseguida extensamente, y baste por ahora esta sola indicación. Pasemos entretanto a contar los bárbaros medios con los que los orinoquenses se adiestran a guerrear.

Las hormigas negras, grandes como las bachacas, y de mordedura muy aguda, son las que poniéndolas en un cañizo y aplicándolas a las desnudas carnes de los muchachos [348] usaron antaño los tamanacos para probar con bárbara invención el valor. Quien se queja, quien dice un ay, es adscrito a los cobardes. En sus mismas danzas y bailes los maipures para este fin se sirven de la fusta llamada *manacapí*, que está hecha de cuerdas durísimas de caraguatas,[1] pegadas con la resina peramán. Y atando a los jóvenes a un palo hincado en tierra delante de sus casas, les dan latigazos, con los que queda horriblemente maltratada no sólo la espalda, sino también el estómago y el vientre. Este experimento de valor, que se hace con sólo los adultos, les sirve de sumo honor, y no se pavonea tanto de las heridas honrosamente sufridas en la guerra un soldado nuestro, cuanto hacen pompa estos necios de sus cicatrices entre sus iguales.

Siendo, pues, todos los orinoquenses cazadores y pescadores, manejan con increíble destreza las armas, de las cuales nos falta

---

1 Yerba de cuyas fibras se hacen cuerdas. Véase el tomo I de mi historia, lib. IV, cap. XII.

hablar. Sus armas nativas, por así decir, son poquísimas, esto es, las que usaron antaño los antiguos, incluso los europeos: el arco y la maza. Usan el primero a distancia, y de cerca la maza. De ésta, que se dice más comunmente macana, hablaremos la primera. Yo vi entre los orinoquenses tres clases. La macana caribe, que es bastante común entre los indios del bajo Orinoco, es de una madera durísima, plana por ambas partes, adornada con hermosas líneas, larga de un palmo y medio, ancha como de uno, y de grueso dos pulgadas.[1] Y luego tan lisa, que causa maravilla ver entre bárbaros un trabajo tan fino. Se ata a la muñeca con cordones de algodón, y su golpe es terrible.

[349] La macana de los oyes está hecha de madera de la palmera arácu, y se toma en la mano a modo de cimitarra. Por la parte del mango es estrecha, pero se ensancha al medio alrededor de un palmo, y se reduce poco a poco en punta a modo de gran cuchillo.[2] La macana de los indios del alto Orinoco es una tabla de aracu de anchura de cuatro dedos y de cinco a seis palmos de longitud, plana por ambas partes, de corte obtuso, y que no termina en punta.[3] De esta arma durísima, que es de color negro, usan con ambas manos.

El arco es muy conocido de todos. Fuera de que el de los orinoquenses no tiene las pintas retorcidas, como los arcos de nuestros antiguos, sino derechas por ambas partes. Y aunque está labrado en madera fortísima de color rojizo, es flexible y elástico sumamente. Y así, poniendo para apuntar la cuerda y atrayéndola a sí mismo con los dedos a la vez que la flecha, se curva enseguida con facilidad. Las flechas son de cierta cañaheja que los tamanacos llaman *preu*, que aunque firme es ligerísima. De estas cañas, que no son salvajes, sino plantadas por los indios, las hay en toda nación y son de la longitud de unos siete palmos.[4]

Pero las puntas de las flechas son de varias clases. El hueso de la cola de la raya es la punta más temible. Otros ponen espinas agudas de pescado. Usan otros, porque bien aguzado hiere también,

---

1 Véase la lám. IV, núm. 6, donde está puesto un indio con arco suelto y maza en mano.

2 Véase la lám. IV, núm. 2.

3 *Ibid.*, núm. 3.

4 *Ibid.*, núm. 3.

un trozo de madera de la palmera *aracu* o de otra semejante. Pero los más de los indios, después del comercio con los extranjeros, las usan de hierro. Sean cualesquiera las puntas, se ponen fácilmente en una muesca hecha en el extremo de la [350] cañaheja, atándolas con hilo fino y con pez de peramán. Al extremo se adaptan dos plumas cortadas por la mitad, y estas plumas son las alas, podríamos decir, que llevan velozmente la flecha.

Pocas manufacturas hay entre los orinoquenses, y por lo común son rudas. Pero estas armas son muy pulidas, y no se esperaría cosa semejante de bárbaros. Sin embargo la flecha no es arma de gran terror por sí misma. Porque a cierta distancia el tiro es débil, y con un palo, y aun con un pañuelo en la mano, se amortigua del todo su fuerza. Los tamanacos sin duda son reputados como habilísimos arqueros. Pero óigase hasta dónde llega su valor. Puse una vez el blanco a la distancia de una cincuentena de pasos, y les puse de premio una ruana[1] si daban en él. Después de reiteradas y afanosas pruebas nunca dio ninguno, quedando todos atónitos cuando el capitán don Juan Antonio Bonalde al primer tiro de fusil puso la bala en medio. Con todo, si se combate con armas iguales, es espantosa la flecha, sobre todo si se unta con veneno. Y he aquí una cosa de las más particulares de las batallas de los orinoquenses: guerrea con ellos mismos el veneno.

[351] Capítulo XXXI

Del veneno curare.

Veo que de este veneno que en otra parte he citado se desea saber más por extenso. Para dar, pues una noticia no menos sucinta que verdadera, debo decir por delante que los orinoquenses no son los únicos en usar las flechas envenenadas. El historiador Oviedo habla de ellas como de cosa común en muchos lugares; hablan también otros escritores. Pero ninguno es uniforme al hacer

1 En español se llama, además de ruana, camiseta.

la descripción de este veneno, aunque todos por lo demás convengan en el casi instantáneo efecto de quitar la vida a los heridos.

Dicen, pues, algunos, de los que habla Oviedo[1] que el tal veneno es un compuesto del fruto del árbol *pichédo* y de otras mezclas. Dicen otros que no es más que el jugo de una hierba.[2] Gumilla[3] lo cree extraído de una especie de aquellas raíces que, escondidas bajo tierra, no dan ningún retoño. Yo por lo demás no sé a qué partido acercarme, al menos en todo. Aunque como no se hace nunca en las reducciones, sino que se lleva ya preparado de las selvas, no puedo con seguridad afirmar si se hace de árboles, de hierbas o de raíces, en especial de cierta enredadera, como otros dicen. En mi tiempo (no habiéndolo visto hasta entonces ningún europeo) era cosa aún oscura.

Por decir lo que casualmente oí, no de la calidad de la raíz, sino de su preparación, [352] debo contar la ocasión. Hacíase una vez en mi presencia jabón con la lejía de la ceniza del *pattimú*[4] y con sebo de vaca, mezclado junto, como es la costumbre en aquellos países. A este trabajo estaba atentísimo el joven Mateo Porémi, de nación oareca, recién traído de las selvas donde había nacido. Y volviéndose a mí después de algún tiempo, me dijo, así se cuece en nuestros países el veneno curare.[5]

Le hice entonces más minuciosamente explicar el modo de cocerlo, y me añadió que se machaca primero bien, y que se pone a cocer en un platillo encima de un *budare*,[6] mezclándolo continuamente con una varita, hasta que llegue a su punto y se coagule por sí mismo. La calidad de la raíz machacada, o no la sabía o no quiso decírmela. Pero este ingenuo relato de un muchacho, que dio por sí mismo el motivo, no puede ser sino verdad.

Atribuye Gumilla[7] la confección del curare a las viejas, y dice que muere aquella que lo mezcla. Pero sea como sea de los cáveres,

---

1 *Hist. nat. de las Ind.*, lib. IX, cap. XII.

2 *Ibid.*, lib. II, cap. VIII.

3 *Hist. del Orinoco*, tomo III, cap. XXVII.

4 En español cabeza de negro.

5 Este es el nombre español. Los tamanacos lo llaman *marava*, los maipures dicen *macúri*.

6 Losa que sirve para cocer el cazabe.

7 Lugar arriba citado.

de quienes él halla como de gente a quienes privadamente pertenece el curare, los otros orinoquenses descubiertos después de Gumilla, que también lo hacen, parece que no tengan esta costumbre. Poremi, habiéndole preguntado si lo hacían las viejas, se rio como de cosa nueva para él.

Por lo demás, en mis días los cáveres no eran los únicos indios que lo hicieran. Además que en el interior no se halla nación alguna que no lo haga. Pero [353] sobre todos son célebres los piaroas. Yo lo he visto bastantes veces entre los tamanacos, que lo tienen en ollitas tan pequeñas, que apenas caben en ellas cuatro onzas. Se vende carísimo, y pocos son los que tienen cantidad. Parece un ungüento de color negro, y es bastante adecuado para untar con él las flechas.

Soy testigo ocular de la actividad sorprendente de este veneno. Cualquier animal, como he indicado en otra parte, aunque ligeramente herido con flecha tan envenenada, en pocos momentos cae moribundo en tierra. Sea un buey, un tigre, una danta, un caballo, es preciso que muera. Con todo esto deben notarse algunas cosas acerca de la virtud del curare.

I) Todo su poder es en la masa de la sangre, que se cree se coagula inmediatamente. Puede tenerse sin peligro en la boca. Si no toca las encías que o casualmente o por escorbuto estén sanguinolentas, no hace daño. II) Un pájaro matado con curare, un ciervo o mono o cualquier animal, con tal de que esté cocido, no perjudica a quien come de él, ni nadie lo rechaza. III) Los orinoquenses no hacen gran caso del curare guardado, y se dice que no tiene la fuerza que tiene el fresco. IV) El curare mojado con agua o no hace daño, o al menos su potencia es débil. V) La humedad misma del aire embota la actividad. He observado muchas veces que los indios, antes de disparar una flecha envenenada se la ponen en la boca para calentarla con el aliento. VI) No soy de parecer que un herido con curare, por las razones que pueden deducirse de lo expuesto, muera siempre en un momento. Así pues, por lo general da algún tiempo para pensar el remedio. He aquí el de Oviedo:[1]

[354] « Todos los cristianos — dice él — . . . piensan que ningún remedio hay tal para el herido de esta yerba como el agua de la

1 *Sumario de las Indias occid.*, cap. LXXVII.

mar, y lavar mucho la herida con ella, y de esta manera han escapado, pero muy pocos ». El de los españoles del Orinoco en sustancia no es diverso de éste, pues que otros beben la sal disuelta en agua, y otros la orina misma, las cuales dos cosas tienen mucha semejanza con el agua del mar. Y con tal de que haya tiempo y oportunidad de medicar así al herido, no hay duda alguna de que sean buenos.

El mismo remedio, como ya he dicho, se usa para la *catara*, o sea jugo de la yuca agria. Lo que me hace creer que tanto un veneno como el otro son de naturaleza frígidisima. Por lo demás, estos remedios del curare, aunque acaso aprendido de otros indios, no son conocidos de los orinoquenses. Y la sal, especialmente la de mar, es cosa novísima para ellos. Digo para los montañeses. La analogía que hay entre ella y la orina no les era quizá conocida. Y sin embargo, como todos los demás venenos tienen ciertamente allá remedios que los indios saben, así debe tenerlo también el curare. Fuera de que los tienen escondidos bajo profundísimo y nunca violado secreto.

Sucedió antaño, estando yo en Santa Fe del Nuevo Reino, que el Padre Rotella hizo una visita a los tamanacos, entonces enemigos y gentiles. Lo recibieron con las flechas en la mano. De una de ellas, untada con el curare, fue herido el cacique de los cáveres Bernardo Tapu. Se sustrajo inmediatamente de la vista, y habiendo tomado acaso alguna hierba por la boca, como sospechó el cabo Juan de Dios Hernández, que acompañó entonces a Rotella, después de pocos momentos volvió lleno de ánimo y sin ningún dolor en socorro del misionero. He aquí cuanto sé del curare (Nota XIX).

[355] Concluyo ahora brevemente que provistos de estas armas, y por los motivos ya dichos, vienen los orinoquenses a las manos. No se envían antes embajadores, ni se publican bandos que declaren a una nación la guerra. Habiéndoseles metido en la cabeza el capricho de querer llevar contra ella las armas, allá van en desorden. Y sea como sea de otros americanos, los orinoquenses combaten sin orden alguno.

Los mismos caciques, o cualquier fanfarrón elegido en la asamblea, a quien le nace de improviso en el pecho, excitado de la ira y del interés, el valor, son los conductores del bárbaro ejército. Por lo demás preparan a tiempo mazas y lanzas y flechas envenenadas, y provistos de cazabe y de chicha de viaje se encaminan

secretamente hacia las tierras de sus enemigos. La noche antes del asalto duermen cerca de la población, y envían allí ocultamente a alguno que observe el estado, a fin de avanzar a la mañana siguiente con tiempo y, si tanto pueden conseguir, sorprender a todos durmiendo.

Son conocidas de todas las naciones estas sorpresas bestiales, y como hemos contado en otra parte, pocos son aquellos que una o dos horas antes del día no se levanten de sus redes. Y Dios les guarde de, como ocurre en otras ocasiones, que alguno vaya a coger agua del río próximo o a bañarse. Es enseguida muerto o atado y entregado a quien queda a cargo de la guardia de los equipajes.

Desde allí, acelerando el paso, van presurosos a las casas, y después de rodearlas todo en derredor de hombres armados, los más animosos entran dentro y matan y atan a quien se les pone delante. Toda la fortuna de los pobres asediados consiste en que tengan a tiempo noticia, bien para [356] huir si son tímidos, bien para tomar las armas, si se tienen por valerosos, y entonces les cuesta cara a los enemigos su victoria. Pero ordinariamente, soñolientos y descuidados, quedan como presa de los vencedores. No se oyen mientras sino gemidos y lágrimas. Unos mueren, otros atados con cuerdas son llevados por el enemigo triunfante.

Pero aquí soy interrumpido por la curiosidad de los que habiendo oído sobre las armas nativas de los orinoquenses, esperan también las forasteras. Y no hay duda ninguna de que las haya allí, no ya fabricadas por los indios, sino llevadas de Europa. Hay allí fusiles, hay sables de hierro y de madera,[1] ni faltan tampoco las lanzas.[2] Pero los que especialmente usan de ellas son los caribes y los güipunaves. Las otras naciones no las tienen.

Hay también tambores, y el de los cáveres, de que habla Gumilla,[3] es de singularísima factura y de son muy horrible. Oyólo últimamente sonar un misionero[4] en su excursión a las tierras del régulo Cuseru, y también él quedó sumamente maravillado (Nota XX). Pero los tambores de los otros orinoquenses no son de tal

---

1 Lám. IV, núm. 2.

2 *Ibid.*, núm. 1.

3 Tomo II, cap. XXXVI, – II. [cap. XI, – II.]

4 Señor abate José María Forneri.

hechura. Incluso son sencillos y rudos; esto es, de un trozo de madera vaciado y recubierto a los lados con pieles sin curtir de ciervo.[1] Los escudos son también de groseras pieles. Los vi en un torneo gentil de los maipures, en el que se tiraban entre sí bastones de la palmera muriche, y los rechazaban con mucha gracia. Mas para una [357] batalla, no sólo los creo inadecuados, sino totalmente inútiles.

Capítulo XXXII

De los esclavos llamados poitos.

Uno de los motivos que, como ya he dicho, llevan a los orinoquenses a la guerra es el interés; y este sin duda es el mayor y más fuerte. Así pues, después de tomar una aldea enemiga, su primer pensamiento es llevarse el ajuar que más les agrada, y repartírselo juntamente. Luego queman las cabañas y cortan la yuca y las bananas y cuanto haya de bueno, no tanto por odio a los vencidos, cuanto por bárbara jactancia y para que no piensen en regresar.

Devastada de esta manera la aldea, se llevan atados a los hombres, y siguen llorosas y sueltas las mujeres con sus hijos. Luego de noche, para que ninguno se desate, hacen por turno la centinela, hasta que llegan a su aldea, a los cuales al cabo, una vez venidos, y celebrado con bailes y con chicha el retorno, reparten entre sí los prisioneros, y entre sus amigos y parientes, con el fin de que juntos no estén en condiciones de huir o vengarse del daño. Y hélos aquí a todos esclavos, o, como en Orinoco se dice, hélos a todos *póitos*.

Esta voz es caribe. Pero también se llaman *chinos*, que es un vocablo de la lengua de los Incas. No sólo entre los tamanacos, sino en muchas partes de Casanare y de Meta los llaman *macos*.

---

1 Pienso que esta especie de tambores sea moderna entre los tamanacos. La voz *chambura* con que los llaman parece que ha venido del esp. tambor.

Los maipures les dan el nombre de *mero*. Para los indios es tan [358] vergonzoso el nombre de *poito* y los demás que he enumerado, como sería para ellos el de perro; y los que en sus lenguas no tienen palabras injuriosas, como ya he dicho, toman de buena gana ésta para molestar a sus iguales.

No la usan sin embargo sino pocas veces, y por mera broma. Por lo demás, el trato de los indios hacia los esclavos es más bien amable; no les mandan sino aquellas cosas de que son encargados sus yernos. Así que no son ordinariamente ocupados sino en la caza y en la pesca y en los trabajos ordinarios de casa. Y si los hallan industriosos y trabajadores, se aficionan a ellos hasta tal punto, que no tienen ninguna dificultad en darles por mujer a sus propias hijas. En suma, hasta que de las manos de sus primeros amos no pasen a las de alguna nación extranjera, pueden llamarse más bien criados, y esto es quizá incluso demasiado.

Si este trato fuera usado por todos, cosa sería digna de suma alabanza. A los indios no les molesta servir, y pasado algún tiempo desde que han dejado su patria y han aprendido la lengua de sus amos, no se distinguen en nada de los otros. Algunos de ellos, hasta libres, abandonan su misma casa y sirven a otro por la sola comida y vestido. Vense de estos también entre los españoles; se ven también, aunque más raramente, entre los negros. Pero tanto los *poitos* como los sirvientes voluntarios, si están contentos de su amo, le sirven fielmente. Si por el contrario les parece que están a disgusto, ordinariamente se van por sí sin decir nada, pero siempre con disgusto de los de la casa. Pues su gracia para servir (especialmente cuando son aún muchachos) es singularísima.

[359] A españoles muy honrados, amos de muchos negros, he oído hacer de ellos grandes alabanzas, y preferirlos a hijos de sus esclavos. Y en realidad un indiecito, como de memoria mecánica, por decirlo así, tiene cuidado de todas las reparaciones de la casa, es limpio, ágil en los servicios menudos, humilde, pendiente de la boca de los blancos, y con tal de que se le trate amorosamente, sumamente afecto a su amo. He tenido no ya *poitos*, sino libres, varios de este estilo, y podría contar casos varios en los que resplandece fidelidad y amor singularísimo. Pero para los trabajos duros los indios, como débiles por naturaleza, son poco a propósito. Los negros los hacen mejor, y sin daño de su salud.

No les es hoy permitido a los españoles recorrer las selvas y hacer requisa de *poitos*, como se dice hacían antiguamente. Pero

en Casanare y en Orinoco (para que los esclavos que se hallan entre los gentiles no sean llevados a otra parte, con peligro de sus almas) pueden comprar alguno, si les es ofrecido, y es verdadera mente esclavo. Pero estos esclavillos son bien pocos, y su servidumbre no dura más que diez años. Si en este intervalo de tiempo, o porque se cansen de sus amos, o porque se hayan hecho mayores, se casan al uso de cristianos, quedan inmediatamente libres, y son agregados a algún cura o reducción. Ni a este modo, que es conforme a las leyes españolas de aquellos lugares, se opone ningún dueño de *poitos*.

Este laudable uso de los españoles no se imitaba, al menos en los años pasados, por las otras naciones europeas establecidas en aquellas partes. Antes del año 1749 los indios tenían quien los buscase muchas veces del Río Negro para darles caza, o por sí mismos, o [360] por medio de los güipunaves, los portugueses del Marañón; y en pocos años, como se supo en el viaje del P. Román de que hablé al comienzo de esta historia, habían sacado más de cinco mil. Fue bueno para los orinoquenses que tuvieron que ver con piadosísimos y católicos monarcas, los cuales prohibieron, tan pronto como tuvieron indicios, este abuso. Hoy, tanto aquellos indios, como todos los demás, tienen grandes privilegios y duermen tranquilos y seguros sus sueños.

Duraba por lo demás en el bajo Orinoco por medio de los caribes aliados con los holandeses el dañoso comercio de los *poitos*. Estos europeos, cuyas colonias están poco separadas de las bocas del Orinoco, van a los caribes, les llevan telas y escopetas y aguardiente y otros géneros que les gustan, con los cuales compran *poitos*. Esequibo,[1] una de sus colonias, está llena de ellos. Es sumamente perjudicial un uso tan detestable. Pero por el interés que les produce a los indios el cambio de los *poitos* no sólo se despierta, sino que se acrece en ellos esta locura.

Ya he dichc qué guerra hicieron los caribes con este fin antes del año 1733 a las naciones que están en el interior, y cómo habiéndoles cerrado el paso por el Orinoco, encontraron pronto otro por tierra. Añádase que tanto los güipunaves cuanto los caribes se han aplicado y a desde hace tiempo a las armas de fuego, que son temidísimas de los montañeses. La adquisición de un *poito* lleva por

1 En español se dice Esquibo.

consiguiente consigo la destrucción de muchos, y las naciones, en parte muertas, en parte llevadas esclavas, se convierten en una sombra de lo que fueron.

Los holandeses estiman aún mucho para los servicios domésticos a sus *poitos*. Pero la desgracia de estos míseros [361] es que no sólo a los mayores, sino ni siquiera a los niños moribundos (así me fue dicho por persona digna de fe) les es administrado el bautismo. Más afortunados son aquellos que van a dar a manos de los franceses, y se dice que los tratan verdaderamente como a hijos. Las muchachas son instruídas en todo trabajo femenino, y lo aprenden a maravilla. Pero su mayor felicidad es la de hallarse en parte donde se profesa la religión católica.

NOTAS Y ACLARACIONES

del Tomo II

I. En la mayoría de los libros se nos pinta América de tal manera, que si nos viene el ánimo de tragarnos crudo el relato, parece una eterna y floridísima primavera en todas sus partes. Arboles no ya de dos y tres cosechas, sino cargados continuamente de dulces frutos; vegetales que nunca carecen de flores, nunca de verdes y amables hojas, nunca de fruta. ¡Dios mío! ¿por qué se apresuró tanto a darle su nombre Américo, a despecho de la razón y a pesar de estos hallazgos? Si se hubiera esperado hasta el año 1578, Martín Forbisher, que se creyó el primer descubridor de la tierra llamada verde, al oir a los otros conquistadores que el resto de América no pierde nunca ni el verdor ni la fronda, la habría llamado (también para no ultrajar el primer descubridor de continente tan vasto) la Groenlandia.

Fuera de que la verdad de la historia no nos consiente entregarnos como presa a vagas imaginaciones. América está bajo todos los climas, y está en ellos diferentemente en varias estaciones del año, unas veces verde y alegre, otras, escuálida y melancólica. Los buenos viajeros que sin detenerse largo tiempo la vieron verde algunos meses, especialmente en diciembre o enero, sin pensar en otra cosa, la creyeron tal en todo el resto [363] del año. Pero este discurso es tan justo que como sería el de uno que, venido a Italia de los países septentrionales en invierno, pidiera comer higos frescos, porque algún compatriota suyo le hubiera narrado que abundan en tales frutas nuestras comarcas. « Sí — le responderían — , pero no en los meses fríos ». He aquí el caso en América.

No niego por lo demás, que alguna parte en país tan amplio no haya donde, como señalé en otra parte, se goce de una eterna y suavísima primavera. Tal es Santa Fe en el Nuevo Reino, y todavía mucho más el país llamado Firabitóva. Tal es toda tierra

que los españoles llaman templada. Allí pedís albaricoques en toda estación: bueno, o malos, los encontrais. Allí hierbas varias al uso nuestro; allí frutos verdes y maduros, allí flores al mismo tiempo y en el árbol mismo. Pero si agrada la verdad, no se dé esta gloria a todas las comarcas de América. El cuarto tomo de mi historia pondrá bajo su justa luz también aquellos lugares.

II. El viento sur, que para los de la zona templada opuesta es tan frío como aquí para nosotros la tramontana, conserva en parte su poder también en la zona tórrida. En los países de los Moxos, situados entre los grados 14 y 18 aproximadamente, de latitud sur, en ciertos tiempos del año domina de tal modo, que ocasiona un frío considerabilísimo. En aquellos meses, esto es en mayo, en junio y en julio, el viento sur antes citado se lleva toda nube y el cielo está casi contínuamente sereno, como aquí entre nosotros con los vientos septentrionales más fuertes.

Los pobres indios, acostumbrados todo el resto del año a sudar, sobrecogidos por el improviso rigor de la estación, se acurrucan en sus cabañas en torno al fuego, y los misioneros españoles se visten de paño. He aquí el país *inhabitabilis aestu.*[1]

[364] El año 1749 o 1750 fue tan fuerte el frío que (como me dice el señor abate Manuel Iraisós, que ha tenido la amabilidad de darme estas noticias) fueron hallados muchos lagartos[2] muertos, unos puestos encima de otros como en montón, para resguardarse del nuevo frío. Murieron también muchísimos pájaros, y sobre todo se extinguió casi del todo la molesta raza de los murciélagos, y no se vieron ya más en las casas, sino después de mucho tiempo. Remedio demasiado costoso, pero deseable en parte para librarse de tal peste. Este extraordinario frío duró quince días.

En la Habana, por el contrario, aunque está todavía en la zona tórrida, llega con tal furor la tramontana, que aquel calidísimo clima cambia inmediatamente de aspecto, y los habitantes son obligado a coger rápidamente jubones y vestidos buenos de lana para cubrirse. Así me cuenta el señor abate Antonio Poveda. La Habana está a 23 grados 10 de lat. bor. Este frío no se siente

---

1 Ovid., *Metam.*, lib. I.

2 Hablamos de ellos en el tomo I, lib. II, cap. IV de mi historia. En los países de los moxos se llaman lagartos de agua.

nunca en el Orinoco. Todos los vientos son iguales, excepto las brisas, que son un poco frescas.

III. M. la Condamine nos da en su viaje a la América meridional una sabia división de sus habitantes en rojos, blancos y negros. Los primeros son los indios, no sólo rojizos, sino amantes apasionados del rojo. Una camisa roja, las cintas rojas, son el mejor regalo que se puede hacer a un indio. El anoto y la chica, de que ya hemos hablado[1] son sus amores más tiernos. Los blancos son los españoles y otros europeos o nacidos en América o que han ido allí a habitar; y finalmente, los negros, los esclavos que son llevados allá de las costas occidentales de Africa y todos aquellos que nacen de los matrimonios contraídos con sus iguales en América.

[365] IV. A lo que parece, los tamanacos toman la belleza especialmente de la gracia de los ojos, y entre ellos es lo mismo decir que una persona es hermosa que decir que tiene vivaces y bellos los ojos. *Avangiacmaté itanúru* significa de ojos amables, o bello. A veces dicen de hermosa frente: *avangiacmaté ipéri.* Un nombre que expresa todo el rostro no lo tienen. El habla de los maipures es un poco distinta, pero coincide con la de los tamanacos. De hermoso rostro es lo mismo que *sonírri puricú,* y estas palabras significan el espacio bueno de los ojos.

V. Si yo en el Orinoco no supiera que están allí los guamos, que tienden mucho al negro, tienen pelos en la barba y son no poco fornidos, estaría tentado de atribuir toda la causa de la debilidad de los orinoquenses a aquel clima. Pero toda no puede depender del clima, menos aún de la desigualdad de alimentos con que se nutren. Los guamos se alimentan de manatí, pescado, es verdad, sustancioso y graso, pero nunca tanto como los jabalíes y los ciervos de que se alimentan los montañeses. Y sin embargo los unos son delgados y esbeltos comunmente; los otros, robustos y de cuerpo proporcionado.

Es un fenómeno maravilloso esta diversidad, en naciones de un mismo clima, de los mismos alimentos . . . Quería decir, de las mismas ocupaciones. Pero no. Y he aquí, según yo creo, en lo que consiste particularmente toda la diversidad: el uso de las fuerzas no hay duda de que sirve maravillosamente para aumentarlas. No

1 Tomo I, lib. IV, cap. XII.

digo que los guamos las ejerciten mucho para cultivar los terrenos. Son hasta perezosísimos en este aspecto, pero están tan dedicados a la pesca del manatí y de los caimanes, que tienen casi un ejercicio continuo de remar, de sacar los grandes peces a la orilla con cuerdas, y de tirarse al río para levantar las canoas.

Pero los ejercicios corporales de los otros indios, excepto el baile, que puedan robustecer los miembros, son muy pocos. Es verdad que algunas naciones, los sálivas por ejemplo, los [366] maipures y los avanes, cultivan la tierra, hacen las rozas y las plantan. Pero ¿cuánto dura esta fatiga? Concedamos quince días, que son bastantes para cortar la selva, cinco para quemarla y limpiarla de las raíces, otros diez para sembrarla de maíz o plantarla de yuca. Y he aquí terminadas las faenas todas de los indios, que se dicen fatigosas. El resto del tiempo ¿en qué se emplean? En charlar, en bailar, en dormir, en cualquier pequeño ejercicio bien de caza, bien de pesca. Introduzcamos esta vida en los mejores climas del mundo. ¿Qué podrá salir de ella sino gente muelle, débil, afeminada?

Confieso sin embargo que en todas las naciones orinoquenses, sin exceptuar siquiera la otomaca, conocí personas robustísimas. Pero precisamente eran aquellas que más ejercitaban sus fuerzas. Los indios *macos*[1] y los que por su voluntad están sirviendo a los españoles son robustos y valerosos. Lo son de alguna manera los reducidos, aunque no tanto, por las fatigas menores que tienen. Pero los salvajes y los indios nuevos son debilísimos, y parece que todo proviene de la vida inactiva que hacen.

No niego con todo que los indios (y demos de ello la culpa al clima cálido) sean débiles por sí mismos si los comparamos con otras naciones, y especialmente con los negros. Por robustos que sean, no soportan los indios sino con peligro de la vida y con larguísimas fiebres los trabajos duros, y por esta causa y para conservarlos con salud y vida, los españoles del Nuevo Reino, dejando a los indios, se sirven sabiamente de los negros para cavar en las minas.

VI. Se ha querido poner en controversia el país de donde vino a Europa el morbo que llamamos gálico. El insigne médico y poeta

---

1 Nombre que se da a los indios esclavos.

elegantísimo Girólamo Fracastoro[1] pretende que es tan antiguo cuanto otras extrañísimas [367] enfermedades, que han aparecido o se han aplacado por algún tiempo. Discurre egregiamente, como suele. Pero ¿dónde están los hechos, tomados de historia antigua, en apoyo de su pensamiento? No hay uno siquiera.

En un asunto que todos ordinariamente creemos extraño, yo me atendría a la opinión de los escritores antiguos españoles, en los que brilla la verdad tan hermosa, que enamora a los lectores. Oigamos ahora a Oviedo, escritor ingenuo, que se halló en muchas de las primeras conquistas de América y más capaz que ningún otro de darnos un informe justo sobre este mal: « Puede Vuestra Majestad — dice él al Emperador Carlos V[2] — que aquesta enfermedad vino de las Indias, y es muy común a los indios, pero no peligrosa tanto en aquella partes como en éstas; antes muy fácilmente los indios se curan en las islas con este palo,[3] y en Tierra Firme con otras yerbas o cosas que ellos saben, porque son muy grandes herbolarios. La primera vez que aquesta enfermedad en España se vio fue después que el almirante don Cristóbal Colón descubrió las Indias y tornó a estas partes, y algunos cristianos de los que con él vinieron que se hallaron en aquel descubrimiento, y los que el segundo viaje hicieron, que fueron más, trajeron esta plaga, y de ellos se pegó a otras personas. Y después, el año de 1495, que el Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba pasó a Italia con gente en favor del rey don Fernando joven de Nápoles, contra el rey Charles de Francia, el de la cabeza gruesa, por mandado de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, de inmortal memoria, abuelos de vuestra sacra majestad, pasó esta enfermedad con algunos de aquellos españoles, y fue la primera vez que en Italia se vio; y como era en la sazón que los franceses pasaron con el dicho rey Charles, llamaron a este mal los italianos el mal francés, y los [368] franceses le llaman el mal de Nápoles, porque tampoco le habían visto ellos hasta aquella guerra, y de ahí se esparció por toda la cristiandad, y pasó en Africa por medio de algunas mujeres y hombres tocados de esta enfermedad ».

---

1 *De morbo Gallico*, lib. I.

2 *Sumario de las Ind.*, cap. 75.

3 Esto es, con la madera que llaman guayacán.

Más extensamente aún, y más claramente habla en la historia natural de las Indias.[1] Transcribamos algunas líneas: « Muchas veces — dice — en Italia me reía oyendo a los italianos decir el *mal francés*, y a los franceses llamarle el *mal de Nápoles;* y en la verdad los unos y los otros le acertaran el nombre, si le dixeran el mal de las Indias. Y que esto sea assí la verdad, entenderse ha por este capítulo ».

Es un poco largo el capítulo de Oviedo, pero merecedor de ser leído por aquellos que desean saber a fondo el origen de este mal. Dejo otros pasajes, que quien quiera puede ver en Samusio. No es de opinión distinta Gomara, autor famoso y contemporáneo de Oviedo. Pero está de acuerdo con el primero, cuyos clarísimos relatos parece que demuestran hasta la evidencia no solamente que en las Indias hay en abundancia esta peste, como confiesa también el mismo Fracastoro[2] hablando de su remedio, sino que antes de las conquistas en América era desconocida en nuestro mundo.

No creo sin embargo que exista en toda región americana igualmente. Los caribes parecen los más enfermos de ella, y así el cacique de los tamanacos, usando una expresión muy india, me decía que son los dueños de ella. *Chamuráni yekchéme Carifna.* Los salvajes que están apartados de ellos o de otras personas que la han contraído no sufren de ella mucho. También hay comarcas, tanto frías como cálidas de América, donde no se conoce en absoluto, o es rarísima, al menos entre los indios, como dice el señor Ulloa.[3]

[369] VII. Aunque yo no me inclino a disimular los excesos que en las primeras conquistas de América, en contra de las urgentes y repetidas prohibiciones de los Reyes de España, usaron muchos, tanto españoles como extranjeros[4] contra los indios, no puedo acomodarme en manera alguna al parecer de aquellos los cuales por casi un innato prurito de decir mal de los otros y bien

---

1 Lib. II, cap. XIV.

2 *De morbo Gall.*, lib. III, v. 51.

3 *Noticias americanas*, entret. XI.

4 *Destruición de las Indias*, p. 35 de la edición de Sevilla, 1552.

siempre de sí mismos, cargan sobre los hombros de los españoles toda la culpa de la decantada devastación de América. Hay otras cien ocasiones de discutirla más verdadera y más honradamente. Pero este lugar no es sino de considerar desapasionadamente aquella que hemos llevado, esto es, la viruela. Y a fin de que no parezca inverosímil a cualquiera que un mal entre nosotros grande, pero no terrible del todo, pudiera exterminar de tal manera la América, debemos escuchar a Gomara, el cual nos describe los efectos en su historia,[1] hablando de la guerra que hizo a los de Méjico Pánfilo de Narváez: « Costó esta guerra muchos dineros a Diego Velázquez, la honra y un ojo a Pánfilo de Narváez, y muchas vidas de indios que murieron, no a hierro, sino de dolencia; y fue que, como la gente de Narváez salió a tierra, salió también un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Campoallan, y luego un indio a otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las más casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse a todos males, bañábanse con ellas y tullíanse; y aun tienen por costumbre o vicio entrar en baños fríos saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, [370] quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban a los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo. Sobrevínoles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque como ni tienen molinos ni tahonas, no hacen otro las mujeres sino moler su grano de *centli* entre dos piedras, y cocer. Cayeron, pues, malas de las viruelas, y faltó el pan, y perecían muchos de hambre. Hedían tanto los cuerpos muertos, que nadie los quería enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y porque no los echasen en ellas, diz que derribaba la justicia las casas sobre los muertos. Llamaron los indios a este mal *huizauatl*, que suena la gran lepra. De la cual, como de cosa muy señalada, contaban después ellos sus años. Paréceme que pagaron aquí las bubas[2] que pegaron a los nuestros ».

---

1 *Hist. de México*, edición de Amberes de 1554, p. 148.

2 Este es el nombre español que no sólo Gomara, sino también OVIEDO, *Hist. Nat. de las Ind.*, lib. II, cap. XIV, dan al morbo llamado gálico.

VIII. La higuereta de que he hablado no se halla sólo en América, sino también en otras partes. En Roma se llama por el vulgo *erba stella* y le atribuyen algunas virtudes que no me son conocidas por experiencia. Si ya existía en los tiempos de Plinio el historiador, parece cosa dudosa. No dice nada: en Egipto dice[1] que la hay en abundancia. En España también hay, según él, y crece pronto hasta la altura de los olivos, y hace una descripción tan justa del tallo como de las hojas y de la semilla, que no puede ser mejor. De esta altura es exactamente en América y la tienen todos por árbol.

Con todo eso, Dalecampio en la obra de Harduino[2] no tuvo dificultad en asegurar que Plinio se había equivocado al llamarla un árbol, queriendo con el vulgo que ha de contarse entre las hierbas. Pero el vulgo, que por la calidad de nuestro clima ve la pequeñez, es digno de paciencia, mas [371] no un escritor que podía saber no ya por Plinio, sino por Dioscórides,[3] Teofrasto[4] y otros, que es un árbol. Nuestros latinos, dice Plinio,[5] la llamaron *ricinum* por la semejanza de su semilla con la figura de la garrapata. El nombre vulgar de *erba stella* está tomado de la calidad de sus hojas. Nuestros botánicos lo llaman ricino.

IX. Sobre los piaches hay que añadir aquí lo que Gomara[6] dice de los de Cumaná.[7] Los llama en primer lugar *sacerdotes* de los indios. Pero yo universalmente lo niego, y si de la creencia de los antiguos cumanagotos, semajantes a los caribes en el habla, debe decirse verosimilmente lo que de la de los orinoquenses sus vecinos, creo no andar lejos de la verdad. En segundo lugar les da el título de médicos, como yo también de varias maneras he

---

1 Lib. XV, cap. VII.

2 En notas a PLIN., *Hist.*

3 Lib. IV, cap. 164.

4 Lib. I de la *Hist.*, cap. 18.

5 Loc. cit.

6 *Hist. gen. de las Indias.*, cap. 83.

7 Cumaná, es donde se deriva el étnico cumanagoto, es la capital de una provincia de nombre igual, cerca del Orinoco. Descubrió esta parte de Tierra Firme Colón el año 1498.

demostrado de los piaches del Orinoco. En tercer lugar les atribuye trato con el enemigo común y cuenta efectos notabilísimos. En cuarto lugar, según él, predicen los eclipses y anuncian los cometas. Esta ciencia de predecir los efectos cuyas causas verdaderas no se saben sino por personas de probado valor para hacer los cálculos astronómicos, es bien singular en un bárbaro. A no ser que con Gomara concedamos que predijeron los cometas y los eclipses del modo como predijeron la próxima llegada de una carabela española, esto es, por arte diabólico.

X. Las desproporcionadas alabanzas de la vida salvaje de los indios que el señor Marmontel[1] ora pone en boca del P. Las Casas, ora engrandece entusiásticamente él mismo con estilo agradable y astuto, no pueden leerse sin molestia. [372] Esperaremos a que él nos mande al cabo a la escuela de su Capána o de algún otro cacique americano para saber nuestros deberes y para observarlos. Un santo padre, un pueblo de inocentes y de justos, no harían en su historia (o pudiéramos llamarla novela) figura tan luminosa como la que hace Capana con sus salvajes desnudos. He aquí fuera de sí por la maravilla de las virtudes de aquellos al P. Las Casas:[2] « O Dieu de la nature! ». ¿Por qué no: oh Jesús, que es una expresión más natural y más frecuente entre los españoles? Aquel *Dios de la natura*, aquí al menos, me molesta un poco, y haciéndola usar a un español inoportunamente, no querría que fuera por algún asco hacia la religión revelada y que estuviera escondida la serpiente en la hierba.

Pero sigamos adelante: « O Dieu de la nature! Se pourroit-il que des coeurs si vrais, si doux, si simples, si sensibles, ne fussent pas innocents devant toi! ». Sí, señor, puede suceder. No es bastante para encontrar el corazón de Dios y para ser inocente ante sus purísimos ojos un genio naturalmente sencillo, dulce, simple y amoroso, cual el señor Marmontel supone en los indios del istmo de Panamá. Hace falta más, y es que a estas virtudes naturales se acompañe la honestidad, la observancia de la ley divina, y al mismo tiempo aquel culto de religión que nos ha revelado Dios en los sacros volúmenes, y que abraza la Iglesia su esposa.

---

1 *Les Incas ou Destruction du Perou.*

2 Tomo I, p. 125 de la edición de Berna.

La ley que tanto admira el señor Marmontel, y que sin darse cuenta de la calumnia hace convertirse en común con la del P. Las Casas,[1] no es adecuada a más que para condenarse, si se toma en toda su amplitud. Yo no quiero más que recitar las palabras en que está concebida, para que todos perciban el veneno: « Assis à coté du Cacique (de Capana, el apóstol del Istmo) et au milieu de sa famille las Casas s'instruit de [373] leur lois, de leurs moeurs et de leur police. La nature (he aquí de nuevo la naturaleza corrompida dándonos lecciones, unas justas, otras seductoras y malas) est leur guide et leur legislateur. S'aimer, s'aider mutuellement, eviter de se nuire; honorer leurs parens, obéir à leur Roy, s'attacher à une compagne qui les soulage dans leurs travaux et qui leur donne des enfants, sans que le supçon meme de la infidélité trouble cette union paisible ».

¿Sin que la sospecha misma de infidelidad turbe esta unión pacífica? Ese es « sans que le supçon meme de la infidélité trouble cette union paisible ». Esta lección de moral salvaje es un poquito oscura y confusa. Pero quedará completamente explicada en la cátedra que luego erigirá en la Isla Cristina el señor Marmontel, y sabremos de qué carácter debe ser según él la unión o el amor que llama tan impropiamente pacífico. ¡Qué faltas no hallaremos allí!

Y sin embargo, a un misionero, a un religioso, a un obispo católico le hace decir después del sermón de Capana que está bien todo lo que él ha dicho, y que en nada está en desacuerdo con las leyes santas del verdadero Dios. « Hé bien — dit Las Casas — c'est la loi de mon Dieu, qu'il a gravée dans vos ames ».[2] Esto es demasiado, pero no todo. Vayamos a la isla predilecta, donde por palabras y por hechos oprobiosísimos quedaremos completamente en claro sobre esta virtud que tanto se alaba en los salvajes y que parece se quiere extender a los pueblos no ya civilizados, sino cristianos.

Los habitantes de la Cristina son llamados un pueblo feliz.[3] Gómez (un capitán español, que arriba allí con sus compañeros), « Gomez — dice él — observoit à loisir les moeurs ou plutot le

1 Página 126, al fin.

2 Tomo I, cap. XIII, p. 123.

3 Tomo I, cap. XXIII, p. 226.

naturel des insulaires, car ils ne connossoient des lois que celles de l'instinct (que no bastan para hacer feliz a una nación). L'affluence de tous les biens, [374] la facilité d'en jouir ne laissoit jamais au desir le temps de s'irriter dans leurs ames. S'envier, se hair entre eux, vouloir se nuire l'un à l'autre, auroit passé pour un délire. Le mechant parmi eux étoit un insensé, et le coupable un furieux. De tous maux dont se plaint l'humanité dépravée, le seul qui fut connu de ce peuple etoit la douleur. La mort meme n'en êtoit pas un; ils l'appelloient *le long sommeil*». ¿Puede decirse más de los seguidores fervientes del Evangelio? *O sanctas gentes!* Pero créalo él. Quien ha estado en América no le creerá nunca. Pero oigamos otras alabanzas de los cristinenses: « L'égalité, l'aisance, l'impossibilité d'etre envieux, jaloux, avare, de concevoir rien au delà de la félicité presente devoient rendre ce peuple facile à gouverner ». Cosa distinta de fácil de gobernar. Tal gente no tenía necesidad de ningún imperio. *Lex iusto non est posita* (dice San Pablo a su Timoteo), *sed iniustis.*[1] Pero creámoslo. A los pueblos de virtud soñada démosles por gobernador al sueño, o bien un eterno olvido.

« L'amour seul — continúa diciendo Marmontel — auroit pu troubler l'harmonie et l'intelligence d'une société si douce; mais paisible lui-meme, il y étoit soumis à l'empire de la beauté. Le sexe fait pour dominer l'ascendent du plaisir avoit l'heureux pouvoir de varier, de multiplier ses conquetes, sans captiver l'amant favorisé, sans jamais s'engager soi-meme ». ¡Oh amor pacífico, o, digamos más verdaderamente, unión detestabilísima! ¡Oh virtud y santidad execrabilísima de los salvajes! He aquí adónde miraban las estudiadas locuciones oscuras del cacique Capana, precursoras funestas de tal monstruo.

¿Pero creeremos que tal le parezca él a nuestro escritor? De ningún modo. No hay nada vituperable en toda América, según él piensa, sino el fanatismo de sus conquistadores, el genio desolador, el bandidaje, exagerados de propósitos para [375] desacreditarlos. El rapto de Cora, pintado con los colores más feos, la disoluta vida de los isleños de la Cristina, el desenfreno de Alonso, no sólo no merecen de él reproche alguno, sino que le son propuestos al lector como acciones laudables de un pueblo afortunado.

---

1 *Ad Timoth.* I, cap. I, vers. 9.

En lo demás conoció bien Marmontel que no había en la conducta de los primeros conquistadores de América un mal para acusar de tal modo a los españoles que ellos solos fueran capaces de cometerlo, y « partout ailleurs (como dice en el prólogo)[1] les mêmes circonstances auroient trouvé des hommes capables des mêmes excés ».

Por lo tanto, ¿por qué de tantas maneras tan diversas ponderar la crueldad de aquellos? Para mejor realzar en comparación las imaginadas virtudes de los salvajes, para proponernos vicios enormísimos que imitar, y bajo el bello título de unión y de amor pacífico darnos a entender que no hay ningún mal en ellos. Si los españoles, en vez de proponer a los indios una religión un poquito estricta, como es la nuestra, un Dios castigador del pecado, como nos lo dice el Evangelio, hubiesen llevado de Europa « de sages lois,[2] des bonnes moeurs et un culte agréable au Dieu de l'univers » (¿quizá al de la Cristina?), los españoles serían santos a la par de los salvajes y quedaría por debajo de ellos cualquier otra nación. Nada de Dios justo y Dios severo con los pecadores. Si les hubiera sido anunciado a los americanos un Dios *clement* (no basta), un Dios *debonnaire* (y hasta podía decirse bobo), que es por extenso puesto en boca del P. Las Casas,[3] ¡oh santos, o amables españoles entonces! Todos habrían hecho en su historia aquella devota cuadrilla que hacen en ella el santo joven Alonso Molina, la honesta Cora, los felices cristinenses y Capana. He aquí en qué espantosas sirtes se rompe finalmente una nave que no es regida [376] por las luces de la santa religión, sino empujada furiosamente por los vientos de las pasiones más procelosas.

XI. Muchos, al oir la subversión de los indios ocasionada no raras veces por extranjeros, atribuyen toda la culpa de ella a los españoles que van a parar a sus aldeas. Pero lo mantienen mal, si se habla universalmente. No niego que también entre ellos, como en toda otra nación, haya díscolos. Pero sea por la antigua piedad de la nación, sea por la severidad de aquellos que mandan sobre ellos, son quizá los más contenidos. El daño de las costumbres cristianas viene de muchos motivos. Hay negros y hay zambos,[4]

1 Página XIII.

2 Tomo I, cap. XIII, p. 124.

3 Tomo I, cap. XII, p. 115.

4 Hijos de mujer india y de negro.

hay indios forasteros y vagabundos que enseñan a los neófitos aquella malicia que nunca supieron en sus selvas. Viendo los salvajes a gente de rango inferior y, como dije, casi semejantes a ellos, que se les acercan sin empacho, una vez hecha amistad, imitan fácilmente la costumbre. Al primer contacto, o al menos después de algún tiempo, he aquí que aparecen palabras nunca oídas de los indios salvajes, actitudes desvergonzadas: he aquí la subversión.

XII. Ninguna cosa demuestra más claramente la barbarie de los orinoquenses que la necesidad en que se hallan todos los religiosos de tener cerca de sí soldados, tanto para tener de algún modo con freno a los indios reducidos, como para entrar sin demasiado riesgo en las tierras de los salvajes para convertirlas. Los religiosos capuchinos, como hemos dicho en otro lugar, están defendidos por la guarnición de la Guayana, y a todas sus peticiones o necesidades acuden soldados a sus misiones, de los cuales unos se quedan para custodia del misionero y de los conversos, otros son destinados a acompañar a quien va al interior para sacar a los salvajes de sus selvas.

[377] Lo mismo ni más ni menos acaece en el alto Apure en Barinas, donde tienen sus misiones los dominicos. Excepto que allí todos los soldados que hay, excepto en tiempo de buscar a los salvajes, están contínuamente distribuídos por las poblaciones.

Dígase lo mismo de los observantes, que con toda urgencia han procurado siempre tener soldados para seguridad de su vida y de la de sus neófitos. El año 1750 para emprender al fin la conversión de aquellas gentes que de común acuerdo hecho entre los superiores de las religiones ante el gobernador de Cumaná don Carlos Sucre les habían correspondido en el Orinoco,[1] unidos en capítulo los religiosos trataron tranquilamente de los medios necesarios a tal fin. « Todo convenimos — dice el P. Caulin, uno de los principales de aquel capítulo — . . . que se pidiese igualmente a Su Magestad alguna escolta de gente armada que nos sirviese de custodia, como la que al mismo fin se había concedido a los RR. PP. Jesuitas de Orinoco y Capuchinos Cathalanes de la Guayana ».[2]

---

1 Este acuerdo fue señalado en el tomo I, lib. I, cap. X de la historia natural del Orinoco.

2 *Historia de la Nueva Andalucía,* lib. III, cap. XXIX.

Cinco años antes el P. Caulín cuenta[1] un viaje suyo a la nación de los tomuzas de esta manera: « El año de mil setecientos quarenta y cinco emprendí una expedición evangélica a la nación de indios tomuzas, llevando en mi compañía tres religiosos, doce españoles con su cabo y ochenta indios de armas ». Yo con indios armados no he hecho nunca un viaje en busca de gentiles, pero en compañía de cuatro, de seis, y hasta de diez soldados he viajado varias veces.

Para quien discurre a lo lejos de las cosas de América, come y duerme reposadísimo en Europa, será cosa extraña que se hayan unido todas las religiones para pedir soldados para llevar la fe a los salvajes. Y si fuera para obligarlos a abrazarla, no pensarían mal. Pero la cosa no es [378] así. Y para no entretenerme más de lo debido sobre una materia discutida por personas doctas muchas veces, y universalmente aprobada en aquellos lugares, digo que para quien considera de cerca una por una las circunstancias de la honradez de este uso, no hay extrañeza ni grande ni chica.

Entre gente tan bárbara, un misionero solo iría hacia la muerte, estoy por decir que temerariamente. De ningún provecho serían sus fatigas, sus pasos, sudores, sus palabras. Los mismos salvajes, sabedores de haber dado muerte a un misionero, parte por el nuevo crimen, parte por miedo a la venganza de los blancos, se harían cada vez más bárbaros, siempre más resistentes al Evangelio.

Por el contrario, una corona de pocos y pacíficos soldados, quita pronto y sin confusión toda dificultad. El misionero se presenta con decoro a los salvajes. Le escuchan ellos con reverencia, y de ordinario todo marcha bien. Y si mis lectores desean una razón sensible, por la que la costumbre de viajar con soldados no sea ya para los indios un motivo de alarmarse, sino más bien de honor para el misionero y de respeto a la vez para él, héla aquí en pocas palabras: así acostumbran los propios indios.

El cacique Imu, como contaré en otra parte, vino atestiguadamente en mi época al Raudal de Atures. Llevó consigo cien hombres armados de fusil. Los salvajes que vienen a las reducciones cristianas para sus asuntos siempre vienen armados, y es tenido por vil el que se pone en viaje sin armas. En suma, los soldados no son para la religión motivo de terror, sino más bien de honor.

---

1 *Ibid.*, lib. I, cap. XI.

¡Hubiérame tocado a mí, y también a mis antiguos compañeros, el felicísimo tiempo en que gobernó el Orinoco el señor Centurión! El, benéfico y benigno, habiendo quitado con la multitud de soldados los obstáculos que tuvo por tan largo tiempo por parte de los enemigos la fe, hubiera consolado mis largas esperanzas de ver algún día reducido a la Iglesia al gran Orinoco.

[379] Con pie tímido, con poca gente, en mis desatentados días no era posible hacer más. Languidecían las misiones oprimidas por el furor de los bárbaros, y la simiente evangélica no podía producir el fruto que tanto se deseaba por los misioneros. Y aunque parezca cosa extraña de pensar, de los hechos del señor Centurión podemos decir con seguridad que tanto se dilata allá la religión cuanto se extienden las armas. El soldado, decía el célebre Padre Román, es un mal (aludía al desenfreno de algunos), pero mal necesario en el Orinoco. Sin embargo yo habré de decir en mejor lugar que algunos soldados españoles, en especial en las excursiones con los misioneros por las selvas, se portan como buenos cristianos, y de ordinario no se apartan ni un punto de lo que les es ordenado por los misioneros o por sus jefes.

XIII. La teoría de Robertson[1] sobre el amor de los indios por sus mujeres no me parece verosímil en todo. Que una vida cómoda, abundante en recursos varios y libre de pensamientos molestos de tener que atender a las necesidades cotidianas de una familia hambrienta, sea más expuesta a las flechas del amor, se lo concedo de buena gana. Que el vestido introducido en las naciones civilizadas, los gestos estudiados y sobre todo la libre conversación, aumenten más cada vez las llamas, también se lo concedo. Pero en medio de estos incentivos del amor, he aquí un pensamiento que contiene de desfogar una pasión tan violenta: mira la religión ofendida, el alma que se pierde, y cuando todo lo demás falle, he aquí el honor, las consideraciones caballerescas, el puntillo. Y en suma, para usar de las palabras del citado escritor un poco cambiadas: « siendo puesto un freno a los complacencias por la religión y por las leyes y por la decencia, la disolución no llega al exceso ».

1 *Stor. di America*, tomo II, lib. IV, p. 98 s. de la edición de Florencia, 1778.

[380] Pero ¿dónde encontraremos tales motivos de contención entre los indios salvajes, sino en rarísimos? Como creo que es el por mí recordado de Cayuonári. De ordinario los salvajes no conocen ningún freno. Según sus deseos, sin temor de tener que padecer por ello eternamente, viven todos sujetos al bien presente, que miran, sin acordarse del porvenir, que no entienden.

La caza, la pesca, los trabajos del campo, son ocupaciones bien pequeñas para distraerlos de sus amores. La constitución débil de sus cuerpos, la imaginada frialdad y la indiferencia para el sexo débil son cosas que ciertamente no reconocen los españoles y los misioneros del Orinoco, que consideran a los indios muy ardientes.

Además que la vida salvaje no tiene ciertamente las caprichos y atractivos de la civilizada, pero tiene otros no menos peligrosos: la desnudez, el convivir casi continuamente entre sí, bañarse en los ríos indiferentemente, los bailes diarios, la pereza, la curiosidad, y otras cien no menos peligrosas que frecuentes ocasiones de prevaricar.

Concedo por lo demás que en los indios no se halla la deferencia y ternura hacia las mujeres que entre los europeos. En los cantos de los salvajes no tiene parte ninguna Cupido. Son desusadas las reverencias y otras ceremonias comunes entre nosotros, y por el contrario, en especial entre personas casadas, reina indiferencia hacia sus mujeres, así como desdén y severidad; ni una india gobierna en ningún caso al marido o le manda imperiosamente a baqueta, si no es acaso la hija de algún cacique, unida en matrimonio a uno inferior a ella.

XIV. He aquí otro motivo por el que en el Orinoco son necesarios soldados: la defensa de los neófitos. Las naciones salvajes, estando en guerra contínua con sus vecinos y con los que están lejanos, no dejarían estar seguras a las poblaciones cristianas, si no hubiera personas que las defendieran. En sus selvas [381] viven dispersas, encogidas en hondos valles, o bien en las cimas de los montes. No todas al mismo tiempo ni con el mismo riesgo quedan sujetas a una invasión: mientras que en las reducciones, situadas por lo común en lugares patentes y abiertos, serían sin soldados corderos juntos para el sacrificio.

En realidad, en las invasiones que ocurrieron en mi tiempo, su refugio, excepto para poquísimos de más espíritu, ha sido

siempre la iglesia, donde se reúnen al primer aviso de enemigos, mientras que los soldados guerrean en defensa de ellos. Por lo cual, no sólo no les sirven de molestia los soldados, sino que sabiendo que los hay en las reducciones cristianas, vienen de buena gana allí para estar seguros de sus enemigos; y los caciques mismos, cuando se hace una población nueva, piden con muchas instancias soldados.

Estos soldados están bajo el mando de un cabo, y de otros oficiales subordinados a un capitán, el cual, habiendo oído el consejo de los superiores ordinarios, reparte los soldados por las poblaciones o los envía con los misioneros a las selvas.

En toda población cristiana hay una casa fuerte en la que están, edificada por lo común en la vecindad de la iglesia o de la casa del misionero. En ella hay pequeños cañones y otras armas oportunas para la necesidad.

Este estilo, que era común en mi tiempo, se usa también entre los observantes y otros. El P. Caulin, que de buena gana citamos en apoyo de nuestros relatos, nos cuenta por extenso[1] de cierta casa fuerte formada por sus religiosos en Muitáco, uno de los puertos caribes. Esta casa, que, como él cuenta,[2] está a 7 grados y 59 min. de lat. bor. fue construída a modo de fortín y está provista de algunos pedreros y de diez soldados que han llegado con los religiosos misioneros desde las misiones de Píritu para dar principio a la conversión de los caribes que les habían tocado en suerte en la conocida división del Orinoco. Y que ha sido provechosa para los fines propuestos es cosa indudable, habiendo por tal medio provisto no menos a la [382] seguridad de los misioneros que al bien espiritual de aquellos salvajes.

XV. La debilidad, el vicio, el placer de los indios por mentir es cosa tan conocida en América que no creo que haya en aquel amplísimo continente ni uno que no lo sepa. Hemos dicho mucho de los orinoquenses. He aquí otras noticias.

Si se pregunta a los indios acaso por la conducta de sus curas, de los corregidores[3] y de otras personas cuyo oficio lleve consigo vigilancia sobre sus acciones (sea por defecto de mente, sea por

1 *Hist. de la Nueva Andalucía*, lib. III, cap. XXXIX.

2 *Ibid.*, lib. I, cap. X.

3 Nombre de los gobernadores españoles de los indios.

malicia, sea porque no es para ellos deshonroso no lo creen tampoco molesto para los blancos), dicen los mayores males. El cura es ladrón, es cruel para ellos, es impúdico y carnal. No digo que alguna vez no acierten, pero muchas veces yerran solemnemente.

De aquí que los obispos y no menos los concilios provinciales de América, y los mismos virreyes de varias partes de las Indias hayan hecho sabias provisiones para no errar en cosa de tanta importancia. El célebre señor Montenegro, obispo de Quito,[1] prescribe a los visitadores de las parroquias indias algunas reglas muy hermosas, por las que sin lesión del honor de los párrocos se investiguen los delitos de que sean acusados por sus indios.

El, o quizá otro, que ahora no se me viene a la memoria, cuenta de ciertos indios que por hastío de su cura le acusaron ante el visitador de homicidio. « Hijos míos — dijo el prudente visitador — lo sé, pero sé también más de lo que me decís, y es que vuestro cura mató al rey David ». « Así es — replicaron muy contentos los acusadores —. Lo sabemos también nosotros. Tal día, en domingo, después de la misa mayor, lo mató en la plaza pública con un puñal. No mentimos, Vuestra señoría hallará [383] al pobre rey sepultado bajo la cama de él ». El visitador fue sabio para darse bastante cuenta de la calumnia. Cambió de conversación, y se marchó.

El concilio III de Lima[2] para los casos en que un visitador no puede menos de servirse del testimonio de indios, quiere que reflexione atentamente qué fe se puede prestar a tal gente, que suele, como dice, perjurar: « Denique (son sus palabras) ubi necessitas exigendi testimonii urgens fuerit, et ex solo Indorum testimonio respondeat, perpendat quantum fidei talibus debeat adhibere, quos facile ad pejerandum induci notum est ».

Después del testimonio de un concilio tan respetable, no parecerá extraño lo que don Francisco de Toledo, virrey del Perú, había ordenado antes para los tribunales laicos,[3] y es que para un testimonio entero sean necesarios seis indios; ordenanza que a todos ha parecido tan sabia que, como Solórzano afirma,[4] fue también en otras partes de América universalmente recibida.

---

1 *Párroco de Indios.*

2 En el P. AVENDAÑO, *Thesaur. Indici*, tit. XV, cap. IV.

3 Avendaño, lug. cit.

4 Tomo II, lib. I, cap. 27, núm. 57.

Pero desde esta ordenanza en adelante, habiendo pasado muchos años, la capacidad de los indios, como dice el P. Avendaño,[1] ha crecido, y por consiguiente ha menguado el indecible prurito de mentir. En parte lo creo, en parte lo niego. Lo creo de aquellos indios cuyos curas se dedican al pensamiento de ponerles claramente a la vista la fealdad de la mentira. Pero lo niego firmemente de aquellos que o por mal instruídos o por salvajes todavía ni siquiera saben que sea vicio tan feo mentir. Además que algunos vicios dominantes y casi intrínsecos en una nación no se arrancan nunca perfectamente. Cada una, por bien amaestrada e instruída y civilizada que sea, tiene su flaco. El de los indios son las mentiras y la embriaguez.

[384] XVI. Las cosas que siendo nocivas para el alma son perjudiciales también para el estado, interesan a todos, sean sacerdotes, sean laicos. Y aquí entre estos últimos una persona que insigne por letras, ilustre y renombrada por brillantísimos cargos, ha escrito últimamente contra el intemperante beber de los indios, y con mayor fruto acaso. Hablo del célebre señor Ulloa. Fuera de que su libro, como eruditísimo, es leído por todos. Los de los misioneros espantan con su nombre y quedan en la oscuridad. No es deber que yo prive a mis lectores de las juiciosas reflexiones de este señor español, muy práctico en las costumbres indias. Hélas aquí en pocas frases.

I) Señala él en primer lugar la generalidad de la propensión por los licores fuertes en todos los indios de América. Los del Perú, dice, usaban antes de sola la chicha. Pero de pocos años acá se ha introducido el aguardiente, del que son apasionadísimos. La misma pasión por este pernicioso licor se ha observado también en los de la Luisiana, la Nueva Inglaterra y el Canadá y otras partes de América septentrional, que en las ventas de sus géneros a los ingleses, en las alianzas y tratados de comercio y de paz, uno de los primeros pactos que hacen es el de tener aguardiente en cambio. Y lo aprecian en tanto grado, que la llaman la leche de sus amigos.

II) Describe los tristes efectos, unos físicos, digámoslo así, y otros morales. Entre los físicos se debe contar la sensible disminución de todas las naciones, tanto meridionales, como septentrio-

1 Avendaño, *ibid.*

nales, después de la introducción del aguardiente. Este mal es conocidícimo y común, no menos a la América española que a la inglesa y francesa.

III) Pero los efectos tristísimos que llamé morales, introducidos con el aguardiente, son con mucho mayores. En el Perú todo aquello que los indios ganan en los trabajos de las minas va ordinariamente a terminar en una solemnísima borrachera, con daño inmenso de sus familias, [385] de la propia salud y del alma. En las minas de Huancavelíca, del Potosí, y otras partes, indios ha habido que el sábado por la tarde, cuando se les pagan sus fatigas, unos en parte, y otros también del todo, ha habido, digo, indios, que se ha bebido hasta trece botellas de aguardiente.

Pasando en estos excesos la tarde del sábado, pasando en ellos también el domingo, es fácil de pensar qué lacrimosos acontecimientos se siguen. La prudente contención con que la nación española no permite a los indios sino ninguna o pocas armas de fuego hace que no se maten muchos entre sí mismos. Pero no son raras las cuchilladas y los golpes, ni las riñas. Y cuando falten otras cosas, no son raros los indios que embriagados hasta reventar por la noche, perdidos después por el campo, se hallan muertos a la siguiente mañana.

No son menos luctuosos los ejemplos de la América septentrional. Ha habido indios en aquellos lugares, que, aunque amado como un hijo por su amo, traidoramente atentó contra la vida de aquel para quitarle una botella de aguardiente. Estos hechos, dice el señor Ulloa, no son raros en la Luisiana con ocasión de viajar o de ir de caza con algún indio; el cual, por la seguridad del golpe tramado, espera el tiempo en que el amo duerme, lo mata, se bebe el aguardiente, y deja la botella a pocos pasos de distancia del muerto.

Los muchos homicidios que los indios de la América más septentrional cometen tanto contra los negros y los blancos, como contra sus mismos connacionales y contra cualquier otro, incluso en tiempo de paz, por lo común no tienen otro origen que el aguardiente.

Esto sin embargo es una pequeña parte de los muchos males que trae el aguardiente en América. Para decir las impudicias, los desenfrenos y estupideces que aumenta en los indios el aguardiente en exceso, y ocasiona, harían falta volúmenes.

Concluyamos con las palabras del señor Ulloa:[1] « La chicha — dice — embriaga por la excesiva cantidad que beben; [386] pero de esta bebida no les resultaban aquellos daños que vemos se producen con el aguardiente, cuyo uso debería ser tan seriamente prohibido como el del veneno, a fin de conservar a las gentes ».

XVII. En algunas naciones que han estado antiguamente entre cristianos y que han huído después a las selvas, no se conserva amor alguno hacia sus antiguos señores, ni tampoco por la religión. Son incluso apóstatas y enemigos jurados de su nombre. A las orillas del Marañón (lo dice La Condamine en su viaje) hay un lugar llamado Santiago de las Montañas, antes grande, hoy casi completamente destruído por las contínuas correrías de los jíbaros, los cuales ya hace más de un siglo que abandonaron la religión cristiana.

La mayor parte de los motilones (así son llamados ciertos indios en la costa de Santa Marta) fueron no sólo cristianos, sino testigos oculares de los estupendos prodigios que allá para convertirlos hizo el apóstol del Nuevo Reino san Luis Beltrán, grande ornamento de la orden de Predicadores. ¿Qué son hoy día? Enemigos cruelísimos de los españoles, desertores abominables del cristianismo. Dejo otros hechos, siendo estos suficientísimos para probar que entre los indios quien conserva la fe, quien le vuelve, como en todas partes del mundo, vergonzosamente las espaldas.

XVIII. El juego que se creía primero rarísimo, leyendo y preguntando, he hallado finalmente que es el más común en América. El Padre José Patricio Fernández, dice de los indios llamados chiquitos que después de la comida gustan de entretenerse con algunos juegos agradables. « Uno de ellos (son sus palabras) es semejante al de la pelota europea. Se reúnen muchos en la plaza dispuestos en buen orden, tiran al aire una pelota y enseguida, no con las manos, sino con la cabeza, la devuelven con maravillosa destreza, agachándose a este fin hasta por tierra ».

Un juego tan extraño merecía no sólo indicarse, sino describirse minuciosamente. Suministra excelentemente el resto un exmisionero digno de todo crédito.[2] [387] « El juego de la pelota

1 *Noticias amer.*, entret. 27.

2 Señor abate Manuel Iraisós.

de resina, dice, está muy en uso entre las varias naciones de que se compone la misión de Moxos. Aunque más que los llamados Moxos son aficionados a esta suerte de juego los canisianá. Los jugadores son ocho, diez, y aun doce, y después de ponerse en círculo, devuelven con increíble habilidad la pelota, ora con el pie, ora con la pantorrilla, y ora también con las rodillas. Los adultos usan pelota sólida, y de tal modo grande que la que yo vi, con la que ordinariamente jugaban, era del peso de 25 libras españolas. Pero los jovencitos las usan pequeñas, y por lo común vacías por dentro. Este mismo juego es común entre movimas, cuyubambas y baures e itonamas; pero los más excelentes jugadores de pelota y los que más la frecuentan son los chiquitos, los cuales la devuelven con la cabeza o con los hombros. También he oído a un exmisionero del Paraguay que los guaraníes, entre los que se usa mucho esta pelota, se sirven para devolverla de los pies, las piernas y las rodillas, igual que los moxos ».

No debe sorprender la magnitud de la pelota de que hemos hablado, porque siendo el círculo en que se juega de apenas 20 palmos de diámetro, no es demasiada la fuerza que se pone para rechazarla. Para una distancia mayor de la susodicha, se sirven de pelotas más pequeñas.

Por lo demás, si la pelota sale con sus rebotes del círculo, y le da a uno encima, el golpe es peligrosísimo. Una vez, dice el citado exmisionero, rompió la pierna a un indio que pasaba a alguna distancia. Otra, que salió también del círculo, dando muchos saltos, llegó hasta la cabaña en que yacía en su red una vieja moribunda. Le cayó encima y quitóle la vida. « Vi, dice el citado exmisionero, el árbol que produce resina para pelotas, que allá se llama sárino. Es hermoso y de tamaño proporcionado. Sus flores son blancas y de olor semejante al de los jazmines. El fruto no es desagradable ».

[388] XIX. Mis lectores tienen poca o ninguna necesidad de saber los varios remedios que se han hallado en otras partes también para el veneno curare. Con todo, he aquí algunos para los curiosos y para los físicos y para los que andan recorriendo el mundo. En el Marañón y en las misiones llamadas por los españoles los maynas hay dos clases de curare, que allá en la lengua de los incas es llamado *yambí*. El primero, que se halla entre los lamistas, es de color rojo, y es el jugo cocido de cierta enredadera. Supera

en actividad al otro llamado negro, pero no es de igual duración, dada su continua fermentación, por la que se estropea. Se dice sin embargo que dura dos o tres años. Es igualmente más líquido que el negro, y cuando comienza a estropearse da señal con secarse la superficie. Pero los indios lo reavivan poniendo pimienta amarilla, aunque no recupere nunca la fuerza primitiva.

Para matar cuadrúpedos el veneno rojo es más eficaz que el negro. Pero las dos especies mezcladas entre sí tienen una fuerza increíble, no menos para matar toda clase de vivientes, que para quitar la vida a los mismos vegetales, que heridos en el jugo nutritivo mueren lo mismo que los animales. He dicho que tiene una fuerza increíble para matar a toda clase de animales, porque ninguno puede sustraerse a su actividad, sean serpientes venenosas, sapos e incluso peces.

El segundo veneno (que se halla entre los ticunas y los pebas) es negro, denso, y de duración mayor que el susodicho. Este es también el del Orinoco. Se hace con la corteza de las raíces de cierta planta pequeña, y es eficacísimo para matar aves, pero no tanto para los cuadrúpedos. Aunque junto con el rojo, como se ha dicho, sea de una eficacia sorprendente.

¿Quién creería que de venenos tan poderosos se haya encontrado una curación no sólo buena, sino facilísima? Sépase para utilidad común de los viajeros y para enseñanza de los físicos, que el remedio de ellos es la miel de cañas dulces, la miel de las abejas, los plátanos maduros, y cualquier otra cosa dulce que se coma o se aplique a la herida, porque estas cosas desatan la sangre que se ha detenido con el veneno. Los portugueses del Marañón [389] encontraron este remedio, que me fue comunicado, junto con la narración susodicha, por un amabilísimo exmisionero del río Napo,[1] y como él dice, después de ello, los indios no untan ya sus flechas con el veneno conocido.

El libro inglés *The annual register 1769* cuenta el modo como hacen el curare ciertos indios de Guayana holandesa. Dice que después de cocer durante un cuarto de hora los ingredientes varios que cita, se exprimen después con las manos, y su jugo es el terrible veneno que yo he llamado curare. En suma, se ve abiertamente por lo dicho que este veneno, aunque eficacísimo por todas partes,

1 Señor abate don Isidoro Losa.

no es hecho sin embargo de la misma manera en todos los países indios. El susodicho libro, además del remedio del azúcar, de que habla también el señor La Condamine,[1] cita también el del señor Herrisant, esto es, un cauterio aplicado enseguida a la herida.

XX. No sea desagradable oir extensamente el relato que el P. Gumilla hace de la rara construcción del tambor de los cáveres. Y hélo aquí cual él nos lo da:[2] « En las casas de los caciques, en lo más desembarazado de ellas, hay tres palos, ni más ni menos que una horca; del atravesaño de encima, con dos bejucos[3] de a cuatro a seis brazadas cada uno está colgado el tambor por las dos extremidades, distante una media vara del suelo. La caxa es un palo hueco de un dedo de casco, tan grueso, que dos hombres apenas le podrán abarcar, y de tres varas de largo, poco más o menos; la troza es enteriza por todo el circuito, y vaciada por las extremidades de cabo a cabo, a fuerza de fuego y agua. En la parte superior le hacen sus claraboyas, al modo de las que acá tiene el harpa, y en medio le forman una media luna, como una boca por donde la repercusión sale con más fuerza, y en la madera que hay en el centro de la media luna se ha de dar el porrazo para que suene, de modo que si se hiere en cualquiera otra parte sólo suena como quien da [390] en una mesa o en una puerta, mas aunque se aporree en el centro de la media luna, si no es con uno o dos mazos embueltos en una resina que llaman *currucay*, no suena. Item, aunque le den con dichos mazos, si abaxo en el centro de la caxa, en sitio perpendicularmente correspondiente a la media luna, no hay fixado un guixarro de pedernal que pese casi dos libras, tampoco suena; fixan dicho pedernal con el vetumen que llaman ellos *peramán;* puesto el pedernal en su lugar, tapan ajustadamente las dos bocas extremas de aquel disforme tronco hueco, y esta es la última diligencia de la obra, que como dixe, ha de estar pendiente en el aire de aquellos dos correrosos sarmientos que llaman bejucos; y si topa o en el suelo o en otra parte, tampoco da sonido alguno; y esta tropelía de requisitos, y en especial la del pedernal dicho (que parece no ser del caso) es lo que me ha causado

1 *Voyage à l'Amér' Merid.*

2 *Hist. del Orinoco,* tomo II, cap. XXXVI, [cap. XI – II].

3 Especie de sarmiento flexible y muy fuerte.

notable armonía [*sic*, sorpresa entiende la trad. francesa que cita Gilij] y creo la causará a todos.

« Pues su ruido y eco formidable, ¿quién lo podrá ponderar? Y ya ponderado, ¿quién en Europa lo querrá creer? Pero el que no quisiere creerlo, no incurre pena ni multa alguna . . . Yo refiero ingenuamente lo que he visto y oído, y protesto que es fiero y extravagante el ruido y estrépito de dichas caxas, cuyo eco formidable, fomentado del eco con que responden los cerros y los bosques, se percibe a cuatro leguas de distancia ».

INDICE DE COSAS NOTABLES

INDICE DE COSAS NOTABLES

Aguas del Orinoco, son cálidas, 28. Modo de refrescarlas, 29. Grandeza de las aguas del Orinoco, *ibid.* Saben un poco a sal, 30. Las aguas de los torrentes y de los lagos son malas, *ibid.* Pero las de los arroyos de ordinario son buenas, *ibid.*
Aire del Orinoco, malsano, 44. Se dice que es bueno en el interior, 44.
Ají del pajarito, 81. Su virtud, *ibid.* y s.
Almidón estimabilísimo de la yuca agria, 251.
América, 293. Su verdadero aspecto, *ibid.* y s. Variedad de sus habitantes, 294.
Amor de los orinoquenses por sus niños, 220.
Armas de los orinoquenses y su variedad, 280 s. Otras armas, 296.

Bailes, les gustan mucho a los orinoquenses, 227. Son de muchas clases, *ibid.* Los sálivas imitan con gracia los bailes de los otros, *ibid.* y s. No hay ahora en el Orinoco algunos bailes de que habla el P. Gumilla, 228. Bailes diarios, 228. Bailes extraordinarios y su forma, 230. Baile singular de los parecas, 233. Baile de los otomacos, *ibid.* y s. Baile llamado *cueti*, 233. Baile *akkei-naterí*, 237. Parecen supersticiosos, 238. Medios usados para extirparlos, 240 s.
Barniz, *v.* Chimiri.
Bebidas, *v.* Chicha.
Belleza, de dónde la toman los orinoquenses, 295.
Brisa, *v.* Vientos.
Budare, losa sobre la que se cuece el cazabe, 252.

Caciques del Orinoco, 169. Los hay en todas las naciones salvajes, 169 s. Títulos de su preeminencia sobre los otros, *ibid.* y s. Naturaleza de su gobierno, 171. Sus ocupaciones en tiempo de paz

y de guerra, *ibid.* Sus adornos, 172. Su frialdad para mandar, 173. Ejemplos de algunos caciques de más espíritu, 174. Nombres varios de los caciques y su número en las reducciones, 175.
Calor en el Orinoco, 39. Es mayor que el de nuestro agosto, *ibid.* Es causa de varios insectos, *ibid.* De perpetuo sudar, 40. El calor del Orinoco daña algunos comestibles, *ibid.* El vino de las Canarias se conserva bueno allí, como también el español, *ibid.* Oscurece la leche, daña el hierro, *ibid.* Ocasiona debilidad y dislocación de los nervios, 40 s.
Caribes, son fingidos y crueles, 56. Su astucia en las visitas a sus amigos, 57.
Catara, jugo de la yuca agria, es venenosa, 250 s. Cocida no es dañina, 251.
Cativía, raíz raspada de la yuca, 252.
Cáveres, son semejantes a los güipunaves, 57.
Caza, 265. Modo de cazar, *ibid.* y s.
Cazabe, pan del Orinoco, 248 s., modo de hacerlo, 249 s.
Ceñidor, *v.* Pampanilla.
Cerbatanas orinoquenses, 265. Su manufactura, *ibid.* y s.
Cielo del Orinoco, 30. Su belleza en tiempo de verano, *ibid.* Sus estrellas, *ibid.* y s. Baja posición de la estrella polar y de la osa mayor, 31. Estrellas del polo antártico, 32.
Comercio, 266. Se hace sin dinero, permutando las cosas, *ibid.* s.
Conocimientos varios de los orinoquenses, 196. Los conservan los viejos, 198.
Contravenenos y su variedad, 86 s. Ejemplo raro de las virtudes del gengibre, 87.
Crueldad de los orinoquenses probada de varias maneras, 116 s. Las mujeres son de genio manso, 119.
Cuentas curiosísimas de los orinoquenses, 269 s.
Cuevas de varias clases de tierras, 24.
Curare, *v.* Veneno.
Curiosidad de los orinoquenses, 141. Son curiosísimos de observar las actitudes de otros, 142. Los países que recorren, 143. Los libros y los mapas, 144. Su estima por los libros, 144. Util a la religión, 145. Para apaciguar las discordias, *ibid.*
Chaguala, adorno que llevan al cuello los orinoquenses, 64.
Chamacu, vaso grande de los tamanacos, 257.
Chicha, bebida india, 242. Modo de hacerla, 243 s. No es mala, 243. No parece que tenga las virtudes que se le atribuyen, 244.

Bebidas ordinarias de los orinoquenses, 245. Bebidas extraordinarias, *ibid.* y s.
Chimíri, barniz orinoquense, 257.
Chinchorro, cama de los indios, 191.
Chirguas de los guamos, 257.
Chiricoas, 96.

Debilidad de los indios, de dónde procede, 295. Sus remedios, *ibid.*
Disolución grande de los orinoquenses, 120. Pero no tanta como se cree comunmente de los bárbaros, 121. Tienen por pecado la simple fornicación, *ibid.*

Embriaguez, vicio común de los orinoquenses, y de dificilísima curación, 130 s. Las mujeres no se embriagan sino raras veces, 13.2 Remedios que pueden ponerse para quitar o disminuir la embriaguez, 133 s.
Enfermedades ordinarias en el Orinoco, 69 s.
Enfermedades extraordinarias, 74. De algunas enfermedades estaban exentos los orinoquenses antes de las conquistas, *iid.*
Enfermedades venéreas, 69. Vino de América el llamado morbo gálico, 296.
Escarcha, parece que la hay en el monte Chamaco, 42.
Esclavos de los orinoquenses, 287. Modo como los tratan, 288. Su habilidad para servir, 288.
Escorbuto, 85.
Espadilla, 78. Buena para los dolores de pleuresía, *ibid.*
Estaciones del Orinoco, 32. Manera como las llaman los indios, 33. En toda estación se suda, *ibid.*
Esteras, 260. Belleza de las de los otomacos, *ibid.*
Estrellas, fábulas de los orinoquenses acerca de ellas, 196. Nombres de algunas estrellas y conocimientos que de ellas tuvieron antiguamente los tamanacos, 198. Sus fábulas sobre la constelación llamada tahalí de Orión, *ibid.* y s.

Fiebres, son frecuentes en el Orinoco, 68. Son acompañadas de descomposiciones de vientre comunes y con sangre, 69. De vómito amarillos y negros, *ibid.* Remedios de las fiebres, 77 s.
Flautas singulares del baile de los maipures, 236. Flautas semejantes de los tamanacos, 237.

Fluxiones en los ojos, 72. Son horribles en el Orinoco, *ibid.* Se propagan fácilmente a los demás, *ibid.* Razones que los indios dan para tal propagación, *ibid.*
Fortalezas de los salvajes, 188. Descripción de la de los güipunaves, 188; de la de los maipures, 189.
Frío, siéntese algunas veces en la zona tórrida muy fuerte, 293 s.

Gálico, *v.* Enfermedades venéreas.
Glotonería exagerada de los orinoquenses, 114.
Granizo, no hay en el Orinoco, 41.
Guahívos, 58.
Guamos, 58. Sus alimentos, 295. Su robustez, *ibid.*
Guayuco, *v.* Pampanilla.
Guerra y modo tumultuario de hacerla, 278 s.
Güipunaves. Son valerosos, 57. Son antropófagos, *ibid.* De aire civil y militar, *ibid.* De color blancuzco y enemigos de colores postizos, *ibid.* Van vestidos también en sus selvas, 58.

Habitaciones indias y su significado, 182. Sus tierras incultas son comunes a toda la nación, 183. Las labradas son de los particulares mientras dura el cultivo, 183. Celo de los indios por sus bienes comunes y particulares, 183 s.
Hamaca, lecho indio, 198, 256.
Higuereta, 77. Sus hojas son buenas para los dolores de cabeza, *ibid.* Ejemplo singular de esta eficacia, *ibid.* Se encuentra en Egipto y en otras partes.
Honor, virtud conocida y amada de los orinoquenses, 146. Objeto de sus glorias, 146 s.
Horno orinoquense, *v. Budare.*
Huídas de los orinoquenses, son bastante frecuentes, 154. Pena de los misioneros por estas huídas, 155. El P. Gumilla cree que los indios huídos conservan la fe, 158. El P. Fray Gregorio García muestra negarlo, *ibid.* Yo digo que los que son los jefes de la huída son apóstatas verdaderos, *ibid.* y s. Pero que los otros llevados por la fuerza no lo son, y que conservan la fe por algún tiempo, 161.
Ictericia, sus remedios, 69, 81.
Impétigos y sus variedad, 69.
Inconstancia lamentable de los orinoquenses, 151. Son a modo de niños, *ibid.* s. Mudables en el pensar y en el querer, 156.

Ingratitud exagerada de los orinoquenses, 112.
Invierno del Orinoco, no es frío, 33 s. Algunas veces hace frío, pero no es duradero, 33. En el invierno llueve casi continuamente, 34. Lluvias tempestuosas, relámpagos, rayos y truenos, 35. Utilidad del invierno orinoquense, 36. Belleza del campo en aquel tiempo, *ibid.* Signos que preceden al invierno, 36. Rudeza de los indios para saber el tiempo en que viene, *ibid.* s.

Juegos, hay pocos entre los orinoquenses, 222. Se cuentan algunos, *ibid.* y s. Juego curiosísimo de la pelota otomaca, 223 s. Uso de este juego en otras partes de América, 226 s.

Kirípa, su trabajo, 261. Su estimación, *ibid.* Hace las veces de moneda, *ibid.*

Lengua, la de los bailes es anticuada, 231 s. Difícil de entender, *ibid.*
Lepra orinoquesa, 70.
Luna, malos efectos de sus rayos en América, 73.
Luna, pensamiento de los orinoquenses sobre sus eclipses, 200. Sus llantos al oscurecerse la luna, 201. Sus gritos para llamar a la luna en peligro, según ellos piensan, *ibid.* y s.
Luto de los orinoquenses, 105.

Llanto de los orinoquenses en la muerte de sus parientes, 102. Es a modo de música, 102. Sus cantinelas fúnebres, *ibid.* Uso de llorar a los muertos, *ibid.* Verdad de su llanto, *ibid.*

Maipures, son alegres y afables con los forasteros, 56. Su lengua se ha puesto de moda entre los orinoquenses, *ibid.* Son inconstantes y poco sinceros, *ibid.* Tienen la cabeza ordinariamente tonsurada, 63. Se dejan pequeños mechones, *ibid.*
Males de pleuresía, 69.
Marmontel alaba sin razón las virtudes de los salvajes, 300.
Matrimonios, los hay entre los orinoquenses, 204 s. Celos de sus mujeres, 205. Modo de casarse, 206 s. Después de casarse están en la casa del suegro, 206 s. Ejemplos de bueno y de mal matrimonio, 209 s. Los matrimonios de los gentiles no son de larga duración, 210. Toman varias mujeres, 211. Se casan con las

sobrinas y con las hermanas de su mujer, *ibid.* Algunas veces también con las hijastras, 211. Con las viudas de los hermanos, *ibid.* No hay de ordinario abusos en los grados de consanguinidad, 212.

Médicos cristianos del Orinoco, 88. Su pericia, *ibid.* Su caridad sorprendente, *ibid.*

Médicos salvajes, *v.* Piaches.

Mendigar de los orinoquenses, 139.

Moneda, no se encuentra entre los gentiles del Orinoco, 268.

Morteros de madera, su trabajo, 262.

Mucure, cántaros de los tamanacos, 257.

Mujeres casadas, no dejan la casa de sus padres, 206. Se casan sin dote, 207. Su molestia con la poligamia, 215. Abrazan de buena gana el cristianismo para no quedar sujetas a este uso, *ibid.* y s. Hecho curioso de las mujeres tamanacas, 215 s. No hay en el Orinoco mujeres comunes ni prostitutas, 216. Las casadas no sufren grandes dolores en sus partos, 217. Amor por sus hijos y modo de criarlos, 219 y s. No saben el tiempo de dar a luz, 220 s. Desean hijos varones, 221. Tienen caprichos como nuestras mujeres, *ibid.* Los llaman mentiras, *ibid.* y s.

Mujeres orinoquenses, estiman mucho el color blanco, 51. Con vestirse se vuelven blanquecinas, *ibid.* Su estatura es semejante a la de los hombres, *ibid.* Su voz es de ordinario varonil, *ibid.* Su risa de los defectos naturales, *ibid.* Su prisa en vestirse, 60. Algunas usan los cabellos largos, *ibid.* Se los untan con aceite de tortuga, *ibid.* y s. Adornos de sus orejas, 61. Adornos del cuello, de los labios y de la nariz, *ibid.* Su pasión por las bolitas de vidrio, *ibid.* y s. Su calzar, 62. Sus pampanillas, *ibid.* Vestido de las cristianas, *ibid.* y s. Modo de pintarse las salvajes, 66 s.

Niebla, no se ve en el Orinoco, 41. La hay en el río Auvana, 41. Causa de este fenómeno, *ibid.* Nombres curiosos con que es llamada por los indios, *ibid.*

Nombres gentilicios no los hay entre los orinoquenses, 178. Con todo, parece que los nombres de algunas naciones sean gentilicios, 179. Nombres propios de los varones, 180. De las mujeres, *ibid.* Personas a quienes corresponde poner el nombre a los niños, 180. Modo de llamar, semejante al de los aldeanos, 181.

Ocupaciones diarias y división de los tiempos, 193 s.
Orinoquenses, son de bello tipo, 49 s. Pero de color oscuro y rojizo, 49. Algunos tiran al negro, *ibid.* Algunos al blanco, *ibid.* Vestidos se vuelven más blancos, *ibid.* Gustan del color blanco, *ibid.* No es verdad que sean partidarios de los negros, *ibid.* Burlas que hacen de los negros, *ibid.* Amor de las muchachas orinoquenses por las señoras españolas, 50. Los orinoquenses son de complexión delicada, *ibid.* Carecen de barba, *ibid.* Se depilan el cuerpo, *ibid.* y s. Los viejos echan raramente canas, 52. Los cabellos de los orinoquenses son como cerdas pequeñas, *ibid.* Algunos los estiman, otros los cortan, *ibid.* Tienen pocas arrugas en el rostro, *ibid.* Son poco robustos, sujetos a varias enfermedades y de vida corta, 53. Son buenos nadadores, *ibid.* Rápidos de miembros, 53. y s. Cosas curiosas de su ligereza, 54 s. Generalmente son de genio alegre, 56. Los salvajes orinoquenses van todos desnudos, 58. A las mujeres les da vergüenza vestirse, 58 s. Al principio usan pocas veces los vestidos, 59. Poco a poco los aprecian mucho, *ibid.* Y quieren lindas telas para vestirse, *ibid.* y s. Los hombres no usan sombrero, 63. Adornan la cabeza con penachos, *ibid.* y s. Los montañeses llevan al cuello los dientes de los animales que matan, 63. Todos se agujerean las orejas, *ibid.* Extraño agujero que hacen los cáveres, *ibid.* y s. Vestir de cristianos, 65. Los gentiles se pintan todos, 66. Sus pinturas de todos los días, *ibid.* Su estima por estas pinturas, 66. Pinturas de baile, *ibid.* Están sometidos a varias enfermedades, 68. Algunas enfermedades comunes en Europa no las hay entre ellos, *ibid.*
Oro, si lo hay en el Orinoco, 25.
Otomacos, son bárbaros y perezosos, 56. Su curiosidad a la llegada de forasteros, *ibid.*

Pampanilla, trozo de tela con que los orinoquenses se cubren las partes vergonzosas, 59. Por lo común, todas las naciones la usan, *ibid.* Los quaquaros, los quirrupas y algunos otros van todos desnudos, *ibid.* Cordoncillos de los que cuelgan la pampanilla, 65.
Pan de los orinoquenses, 246. Varias clases de pan, *ibid.* y s.
Parenes, 57.
Pelota, *v.* Juegos.
Pesca, varios modos de pescar, 263, s.

Piaches, 88 s. Son los médicos de los orinoquenses, *ibid.* Sus nombres en diversas lenguas, *ibid.* y s. El piache no es el dios de los orinoquenses, 89. Los orinoquenses llaman piaches también a los médicos cristianos, *ibid.* Es cosa temeraria servirse de los remedios de los piaches, *ibid.* y s. Saben lo bueno de las hierbas y también lo malo, *ibid.* Son odiados por los indios, 90. Causa de su odio, *ibid.* Ejemplos de la malicia de algunos piaches, *ibid.* y s. Descripción de sus cualidades, 91. Su autoridad entre los indios, *ibid.* Sus engaños en la curación de los enfermos, *ibid.* Concepto en que son tenidos por los que conocen sus engaños, 92. Para qué fin usan los piaches sus imposturas, 93. Ejemplo de los amores de los piaches, *ibid.* Sus bribonerías, *ibid.* y s. Modo que tienen de alejar la lluvia, 93. Rara astucia de un piache areveriano, *ibid.* y s. Raras inepcias de este piache, 94. Jactancia ridícula de los piaches, 95. En los piaches no todo es malo, *ibid.* Su ciencia, *ibid.* Remedios ineptos prescritos por ellos en las enfermedades, 96. No tocan el pulso en las enfermedades, 96 s. Supersticiones de sus remedios, 97. Virtudes que atribuyen a algunas hierbas, 98. No son sacerdotes de los ídolos, 98 s. Hay fundamento para creerlos brujos, 99. Razones de este parecer, *ibid.* y s. Adivinan las cosas lejanas, 101. Embriagados con tabaco curuba fingen profetizar, *ibid.*

Piaroas, 58.

Piedras del Orinoco y su variedad, 24. Piedras de fuego, 24. Otras variedades de piedras, *ibid.*

Pereza extrañísima de los orinoquenses, 134 s.

Plata y sus nombres, 25.

Poligamia, la hay entre los gentiles del Orinoco, 213. Desenfreno de los caribes, *ibid.* Desunión y nombres que se dan entre sí las mujeres casadas con el mismo marido, 214 s.

Poblaciones de los salvajes, 185. Cambian a menudo de morada, *ibid.* Sus aldeas son pocas, 186. Cada una tiene su cacique, *ibid.* Forma de sus casas y cabañas, 186 s. Las de los sálivas y de algunas otras naciones son hermosas, 187. Modo de hacer las paredes, 188. No hay casas comunes ni templos, 190. Hay plazas para los juegos, *ibid.* Enseres de las casas, 191 s.

Quaquares, 58.

Quaquas, 58, sus adornos, 64 s. Su calzado, 65.

Quipus o cuerdecillas con nudos, 198.

Ricino, planta, *v.* Higuereta.
Remedios para los dolores de cabeza, 77 s. Para los dolores de costado, 78. Causa de estos dolores, *ibid.* Remedios de las disenterías, 80. De la ictericia, 81. De la tos, *ibid.* y s. Otros remedios para los dolores de cabeza, 81. Remedios de los tumores, *ibid.* y s. Remedios de las heridas, 82. Remedios abstergentes para las úlceras, *ibid.* Remedios del bicho, 83 s. Su eficacia y prontitud, 84 s. Remedios de las fluxiones de los ojos, 84. Remedio bárbaro de los indios, *ibid.* Remedio de las nubes, *ibid.* y s.
Repudio y sus causas, 209 s.
Robertson, su error sobre la frialdad de los indios hacia sus mujeres, 307.
Rozas al uso orinoquense, 49 s.
Ruidos internos de la tierra del Orinoco, 25. Semejantes a truenos, *ibid.*

Sálivas, son blandos y débiles, 56.
Sepultura. Los orinoquenses paganos sepultan a los muertos en sus cabañas, 104. Otros los ponen en las cuevas, *ibid.* Tienen los huesos en canastillos, o bien en orzas de barro cocido, *ibid.* Sepulturas de los cristianos, *ibid.* y s.
Sol perpendicular en Orinoco en los equinoccios, 30. Modo de conocer el mediodía, *ibid.*
Soldados, son necesarios para las excursiones de los misioneros a las tierras de gentiles, 304 s. Para la defensa de los neófitos, 308 s.
Sobrenombres, son de mucho uso entre los orinoquenses, 180.
Suegros orinoquenses, y su severidad para con sus yernos, 207 s.
Supersticiones de los orinoquenses en muchas cosas, 123.

Tambores orinoquenses, 286. De los cáveres, *ibid.*
Tiempos, su división, *v.* Ocupaciones diarias.
Tierra, los orinoquenses la comen, 259.
Trabajos de los hombres, 260. Tejido de los cedazos, *ibid.* Variedad de estos trabajos, *ibid.* y s.
Trabajos femeninos, 255. Hilar, *ibid.* y s. Belleza de su hilo, *ibid.* El tejer, 255. Hacen los vasos de barro, 257. No son barnizados, 257. Modo singular de colorearlos, 259. Modo de cocerlos, *ibid.*

Trato de los orinoquenses, es simple y rudo, 176. Sus saludos, 176 s. Su risa de nuestros títulos, 177. No besan la mano a nadie, 178.
Terremotos del Orinoco, 25. Espantoso terremoto del año 1766, 26. Antes de este año eran rarísimos, *ibid.* Aturdimiento de los indios ante este nuevo azote, *ibid.* Efectos que ocasionó en ellos, *ibid.* y s.
Tumores, 69. Ejemplo extraño de supuración de un tumor, *ibid.* y s.
Ulloa, sus prudentes opiniones sobre la embriaguez de los indios, 311 s.
Vasijas de barro cocido, 257. Su variedad, *ibid.* No son barnizadas por lo común, 257.

Veneno curare, 282 s. Su extraña actividad, 284. Sus remedios, 284, Mantenidos secretos por los indios, *ibid.*
Verano del Orinoco, 38. Su hermosura, *ibid.* Causa del verano, *ibid.* Caen las hojas de algunos árboles, 38. No llueve nunca, *ibid.* Se exceptúa la lluvia llamada de las tortugas, 38.
Vientos y su variedad, 42.
Versos, si los hay en los cantos de los orinoquenses, 231 s.
Virtudes morales de los salvajes, 109. No tienen juramentos ni palabras de imprecación, 110. Hecho singular de un indio que las dijo en español, *ibid.*

Yernos y sus obligaciones entre los orinoquenses, 207.

INDICES

NOMBRES GEOGRAFICOS

A

Alto Apure: 305.
Alto Orinoco: 68, 117, 144, 180, 229, 246, 278, 281.
Alpes, Los: 42.
Ambéres: 299.
Andes, Los: 165.
Angostura: 28.
Antillas, Las (islas): 75, 248.
Apure, río: 60, 165.
Aravacoto, roca: 27.
Atures, Raudal de: 43, 175, 264, 306.
Auvana (lugar antiguo de los maipures): 45.
Auvana, río: 42, 60.

B

Bajo Orinoco: 144, 279, 281, 289.
Barinas: 305.
Berna: 301.
Burro, Cerro del: 24.

C

Cabruta: 26, 69, 77, 90, 91, 267.
Cádiz: 32.
Caicara: 174.
Campoallan: 299.
Canadá: 311.
Canarias, Islas: 32, 40.
Capua: 202.
Cara- riachuelo: 92.
Caracas: 27, 75.
Carichana: 91.
Cartagena: 43, 248.
Casanare: 28, 30, 287, 289.
Castilla: 16.
Cayena: 224.
Cirene: 20.
Crataima (viejo sitio de los tamanacos): 24, 170, 186.
Cravo, río: 154.
Cristina, Isla: 302, 303, 304.
Cuchivero, río: 155, 180, 186.
Cumaná: 300, 305.

CH

Chamacu, monte: 30, 42.
Chiapa, ciudad: 17.
Chile: 90.
China: 203.

D

Dique (canal por el cual el mar de Cartagena comunica con el río Magdalena): 248.
Dorado, El: 32.

E

Egipto: 300.
Encaramada: 24, 26, 92, 105, 183, 199, 200, 233.
Esequibo (o Esquibo), colonia holandesa: 289.
España: 253, 297, 298, 300.

F

Firabitóva: 293.
Florencia: 307.
Francia: 76.

G

Granada: 165.
Groenlandia: 293.
Guanaíma, río: 231.
Guaya: 186.
Guayana: 28, 305.
Guayana holandesa: 315.

H

Habana: 294.
Huancavelíca, minas de: 312.

I

Iguana (lugar): 124.
Indias, Las: 98, 227, 253, 283, 297, 298, 299, 300, 310.
Indias Occidentales: 16, 284.
Iniridá, río: 188.
Italia: 28, 40, 41, 44, 51, 67, 70, 76, 95, 125, 139, 152, 195, 297, 298.
Ivayeni (lugar): 186.

L

Lima: 310.
Lisboa: 28.
Luisiana: 311, 312.

M

Macedonia: 202.
Macuco: 28, 91.
Magdalena, río: 115, 116, 248.
Maita: 155, 170, 186.
Maniapure, río: 186.
Mapara, cascada: 104.
Maracaibo: 28.
Marañón, río: 269, 289, 313, 314, 315.
Marianas, Islas: 122.
Margarita, Isla de: 93.
México: 15, 76, 226, 268, 299.
Meta, río: 28, 30, 91, 199, 287.
Monte Alto: 20.
Muitáco (puerto caribe): 309.

N

Napo, río: 315.
Nápoles: 297, 298.
Nueva Andalucía: 305, 309.
Nueva Inglaterra: 311.
Nuevo Mundo: 66.
Nuevo Reino: 26, 43, 71, 127, 165, 260, 296, 313.

O

Orinoco, río: 11, 12, 13, 18, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 49, 50, 56, 57, 58, 65, 68, 70, 71, 72, 75, 76, 78, 79, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 95, 99, 102, 106, 112, 113, 117, 120, 127, 131, 136, 139, 142, 155, 158, 169, 170, 174, 175, 186, 199, 201, 202, 203, 205, 206, 209, 212, 213, 217, 224, 225, 226, 228, 229, 232, 236, 239, 242, 243, 244, 247, 248, 249, 250, 252, 253, 254, 258, 264, 265, 266, 268, 271, 273, 274, 275, 276, 278, 279, 283, 285, 287, 289, 295, 300, 301, 305, 307, 308, 309, 315, 316.

P

Pacuta (población): 26, 28.
Panamá: 301.
Paraguay: 314.
Pararuma: 26, 42.
Paurari, monte: 27, 197, 236.
Patura: 155.
Pavichima: 105.
Perecoto: 170.
Perú, 16, 301, 310, 311, 312.
Píritu: 309.
Potosí: 312.

Q

Quito: 310.

R

Rere-yéuti (sitio): 186.
Río Negro: 179, 265, 289.
Roma: 35, 212, 300.

S

San Calisto: 20.
San Francisco: 88.
San Juan Nepomuceno: 155, 175.
San Pedro (Roma): 35.
Santa Fe (Nuevo Reino): 20, 26, 40, 42, 77, 78, 127, 248, 249, 285, 293.
Santa Marta: 16, 313.
Santiago de las Montañas: 313.
Santo Domingo: 75, 175, 227.
Sevilla: 17, 298.
Suapuri, río: 55, 84.

T

Tamanacu, monte: 180.
Tepumeréme, roca: 199.
Terceras, Islas: 32.
Tíber, río: 30.
Tierra Firme: 16, 66, 226, 297, 300.
Topia, montes de: 226, 227.
Toscana: 187.
Tuapu, río: 189.
Tunja: 71.
Túriva, montañas: 100.
Túriva, río: 55, 94.

U

Uaratáru panó (lugar): 24.
Uruana (reducción de los otomacos): 27, 69, 103, 154.

V

Venituari, río: 28.
Viterbo, ciudad: 40.

Y

Yuyamari, montaña: 42.

NOMBRES DE PERSONAS

A

Alemán, Luis: 88.
Amec-rauapú (indio pareca): 219.
Angélico, doctor: 113.
Apóto-puní (indio tamanaco): 222.
Arem-yane, Florentina: 69.
Avendaño, P.: 310, 311.

B

Beltrán, Luis: 313.
Benavente: 154.
Bibáculo, Furio: 42.
Bonalde, Capitán Juan Antonio: 53, 282.

C

Caiccámo (cacique): 125, 170.
Cancpó (o Kineméru): 197.
Capána (cacique): 301, 302, 303, 304.
Capi (cacique de los Güipunaves): 180.
Caravána (cacique de los Maipures): 53, 95, 170, 181, 198, 208, 213, 236.
Carlos V: 297.
Casas, Fray Bartolomé de las: 17, 18, 301, 302, 304.
Caulín, Fray Antonio: 305, 306, 309.
Cayuonári, Luis: 121, 145, 149, 213, 216, 308.
Centurión, Manuel: 307.
Clavigero, Abate: 15, 226, 268.
Clodio: 240.
Colón, Cristóbal: 15, 18, 297, 300.
Condamine, Carlos María de la: 18, 224, 269, 295, 313, 316.
Cora: 303, 304.
Córdoba, Fray Pedro de: 17.
Córdoba, Gonzalo Fernández de: 297.
Curucuríma (indio pareca): 100, 101.
Cuséru (cacique de los Güipunaves): 174, 186, 189, 286.

CH

Charles, Rey de Francia: 297.

D

Dalecampio: 300.
David (Rey): 310.
Díez, Apolinar: 24.
Dioscórides: 300.

E

Espinosa: 154.

F

Fernández, P. José Patricio: 313.
Fernando de Aragón: 297.
Forbisher, Martín: 293.
Forneri, Abate Giuseppe María: 188, 212, 271, 276, 286.
Fouquet, Madame: 76.
Fracastoro, Girólamo: 297, 298.

G

Galo, C. Suplicio: 203.
García, P. Gregorio: 158, 160.

Garcilaso, El Inca: 16, 232.
Gilij, P. Felipe Salvador: 17, 20, 317.
Le Gobien: 122.
Goitia, Simón: 93.
Gómara, Francisco López de: 16, 75, 298, 299, 300, 301.
Gómez (capitán español): 302.
González, P.: 155.
Gumilla, P. José de: 18, 76, 102, 103, 106, 154, 158, 159, 160, 201, 202, 206, 212, 226, 228, 248, 271, 283, 284, 286, 316.

H

Harduino: 300.
Hernández, cabo Juan de Dios: 83, 84, 90, 95, 174, 236, 251, 285.
Herrisant: 316.
Horacio: 42, 160.

I

Imu (cacique): 306.
Indalecio (indio payure): 177.
Iraisón, Abate Manuel: 294, 313.
Isabel, La Católica: 297.
Iturriaga, José: 113, 275.

J

Jezabel: 93.
Juana Paula (mujer avaricota): 251.

K

Keveicoto, Tomás (indio tamanaco): 126, 149, 241.
Kurrivána (cacique de los Avanes): 170, 241.

L

Leal, Hermenegildo: 126.
Livio: 202.
Losa, Abate Isidoro: 315.
Lubián, Roque: 28, 275.
Luigi, Pier: 20.

M

Macápu (cacique de los Güipunaves): 174.
Manácu, Mauricio: 208.
Maracayúri (indio tamanaco): 126, 213.
Marcos: 87.
Marcucci, Francisco Antonio: 20.
Marevó, Saverio: 83.
María Luisa (hija del tamanaco Paravacoto): 103.
Marmontel, M.: 204, 301, 302, 303, 304.
Matilde, Condesa: 237.
Mayacoto (indio tamanaco): 197, 198.
Molina, Alonso: 303, 304.
Monaíti (cacique de los Tamanacos): 104, 155, 170, 175, 198, 200.
Monroy, José: 90.
Montenegro, Obispo de Quito: 310.
Morello, P.: 26.
Mota, Bachiller José de la: 15.

N

Narváez, Pánfilo de: 75, 299.
Nericaguami (cacique de los Cáveres): 174.

O

Olmo, P. Francisco: 155, 174.
Onnapoyácu (india tamanaca): 206, 207.
Ovalle: 90.
Ovidio: 240.
Oviedo y Valdez, Gonzalo Fernández de: 75, 227, 253, 282, 283, 284, 297, 298, 299.

P

Paravacoto (indio tamanaco): 103.
Plinio: 300.
Polo, Abate Juan Bautista: 27, 84, 154.
Porémi, Mateo (joven oareca): 283.
Poveda, Abate Antonio: 294.

R

Ramusio, Juan B.: 257.
Rauber, P.: 158.
Ravignani: 17.
Robertson: 204, 307.
Rodríguez, Francisco: 79.
Román, P. Manuel: 26, 42, 151, 211, 289, 307.
Rotella, P. Bernardo: 91, 285.
Roxas, P.: 154.
Ruiz, P. Tomás: 16.

S

Sabina (joven avaricota): 209.
Sabino (joven otomaco): 209.
Samusio: 298.
Sana (indio maipure): 267.
San Agustín: 203.
San Ambrosio: 203.
San Francisco Javier: 165.
San Ignacio: 87.
San Pablo: 303.
Sansón: 146.
Sepúlveda, doctor: 17.
Solórzano: 310.
Steineffer, Hermano: 76.
Sucre, Carlos: 305.

T

Tano (cacique cávere): 240, 241.
Tapu, Bernardo (cacique de los Cáveres): 174, 285.
Teofrasto: 300.
Timoteo: 303.
Toledo, Francisco de: 310.
Tomás, Fray Bruno: 20.
Trigaut, P.: 202.

U

Uachaivará (indio pareca): 150.
Uáite, Luis: 55, 179, 206, 224.
Ulloa, Antonio de: 298, 311, 312, 313.

V

Velázquez, Diego: 299.
Veniamari, Francisco (joven maipure): 42, 101.
Vespucio, Américo: 293.

Y

Yama (indio pareca): 45.
Yamári (cacique de los Avanes): 170.
Yare (cacique de los Parecas): 170.
Yauaría (cacique de los Caribes): 213.
Yucumare (indio tamanaco): 92, 157, 197.
Yurá, José (indio tamanaco): 210.

INDICE

Indice de los libros y de los capítulos contenidos en el tomo II de la Historia Natural del Orinoco 11
Prefacio 15

LIBRO PRIMERO

Noticias preliminares de la tierra, del agua y del cielo del Orinoco.

Cap. I – De la tierra 23
Cap. II – Algunos fenómenos de la tierra 25
Cap. III – De las aguas 29
Cap. IV – Del cielo del Orinoco 31
Cap. V – De las estaciones en el Orinoco 32
Cap. VI – Del invierno del Orinoco 35
Cap. VII – De las señales que preceden al invierno 37
Cap. VIII – Del verano orinoquense 38
Cap. IX – Efectos del calor del Orinoco 39
Cap. X – De la niebla, del granizo y de los vientos 41
Cap. XI – Del aire del Orinoco 44

LIBRO SEGUNDO

Del físico de los orinoquenses.

Cap. I – De sus rasgos 49
Cap. II – De la complexión de los orinoquenses 52
Cap. III – De la agilidad de los orinoquenses 53
Cap. IV – Del genio de los orinoquenses 56
Cap. V – De la desnudez de los orinoquenses 58
Cap. VI – De los adornos de las mujeres orinoquenses 61
Cap. VII – De los ornamentos de los hombres 63
Cap. VIII – De los colores con que se pintan los orinoquenses 66
Cap. IX – De las enfermedades a que están sujetos los orinoquenses 68
Cap. X – De las enfermedades particulares del Orinoco 71
Cap. XI – De las enfermedades extraordinarias de los orinoquenses 74

Cap. XII – De los remedios usados en las fiebres, en los dolores de cabeza y en los males de pleuresía 76
Cap. XIII – De los remedios de las disenterías, de la ictericia, de las fluxiones de cabeza y de los abscesos 80
Cap. XIV – De los remedios del bicho, de las fluxiones de ojos y de otras enfermedades del Orinoco 83
Cap. XV – De los contravenenos 86
Cap. XVI – De los médicos orinoquenses 88
Cap. XVII – Carácter de los médicos y de los piaches orinoquenses 91
Cap. XVIII – De las curaciones de los piaches 96
Cap. XIX – Si los piaches son brujos 98
Cap. XX – De la muerte, de los funerales y del luto de los orinoquenses .. 102

Libro Tercero

De lo moral de los orinoquenses.

Cap. I – De las virtudes naturales de los orinoquenses 109
Cap. II – De la ingratitud 112
Cap. III – De la glotonería 114
Cap. IV – De la crueldad 117
Cap. V – De la disolución y liviandad 120
Cap. VI – De la superstición 123
Cap. VII – Del carácter mentiroso de los orinoquenses 127
Cap. VIII – De la embriaguez 130
Cap. IX – De la pereza 135
Cap. X – Del mendigar de los orinoquenses 139
Cap. XI – De la curiosidad 142
Cap. XII – Si son amantes del honor los orinoquenses 146
Cap. XIII – De la inconstancia de los orinoquenses 151
Cap. XIV – De las huídas de los orinoquenses 154
Cap. XV – De la fe de los fugitivos 158

Libro Cuarto

De lo político de los orinoquenses.

Cap. I – De los caciques del Orinoco 169
Cap. II – De los ornamentos y del mando de los caciques 172
Cap. III – Del trato entre los orinoquenses 176
Cap. IV – De los nombres de los orinoquenses 178
Cap. V – De las habitaciones 182
Cap. VI – De las poblaciones de los salvajes y de las fortalezas 185
Cap. VII – De los enseres de las cabañas salvajes 191
Cap. VIII – De las ocupaciones estables de los salvajes, y de la división de los tiempos 193
Cap. IX – De los conocimientos de los orinoquenses 196
Cap. X – De los eclipses lunares 200
Cap. XI – De los matrimonios 204

Cap. XII – Del repudio 209
Cap. XIII – Otros defectos de los matrimonios indios 211
Cap. XIV – De la poligamia 213
Cap. XV – De las mujeres casadas 217
Cap. XVI – De los juegos 222
Cap. XVII – De los bailes 227
Cap. XVIII – De los bailes extraordinarios 230
Cap. XIX – Del baile *cueti* y del baile *akkéi-naterí* 234
Cap. XX – Medios usados para la extirpación de los bailes nuevos 238
Cap. XXI – De las bebidas 242
Cap. XXII – Del pan 247
Cap. XXIII – De la preparación de los dos mejores panes del Orinoco . 249
Cap. XXIV – De los trabajos domésticos de las mujeres 255
Cap. XXV – Trabajo de los hombres orinoquenses 260
Cap. XXVI – De la pesca y de la caza 263
Cap. XXVII – Del comercio y de la moneda 266
Cap. XXVIII – Del contar de los orinoquenses 269
Cap. XXIX – Del trabajo de la tierra 273
Cap. XXX – De la guerra 278
Cap. XXXI – Del veneno curare 282
Cap. XXXII – De los esclavos llamados *poitos* 287

Notas y aclaraciones 293

Indice de cosas notables 321

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
REALIZADO EN LOS TALLERES DE
ITALGRAFICA, C. A., CARACAS,
EN EL MES DE JULIO DE 1965